

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

REVOLUCION

Serie Teoría social crítica

LA REBELDÍA EN PALABRAS Y HECHOS

HISTORIAS DESDE LA ORILLA IZQUIERDA LATINOAMERICANA EN EL SIGLO XX

Gerardo Necochea Gracia
José Pantoja Reyes
[Coords.]



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH



ENAH



CLACSO

**LA REBELDÍA
EN PALABRAS Y HECHOS**

Colección Grupos de Trabajo

LA REBELDÍA EN PALABRAS Y HECHOS

**HISTORIAS DESDE LA ORILLA IZQUIERDA
LATINOAMERICANA EN EL SIGLO XX**

**Gerardo Necochea Gracia
y José Pantoja Reyes**
(Coords.)

Grupo de Trabajo
Izquierdas: Praxis y Transformación Social



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH



ENAH



CLACSO

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

La rebeldía en palabras y hechos : historias desde la orilla izquierda latinoamericana en el siglo XX / Mauricio Archila Neira ... [et al.] ; coordinación general de Gerardo Necochea Gracia ; José Romualdo Pantoja Reyes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-792-5

1. Izquierda Política. I. Archila Neira, Mauricio. II. Necochea Gracia, Gerardo, coord. III. Pantoja Reyes, José Romualdo, coord.

CDD 324.2098

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Izquierdas / Comunismo / Socialismo / Revolución / Luchas

Populares / Clase Obrera / Capitalismo / Estado / América Latina



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaría Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Teresa Arteaga, Tomás Bontempo, Natalia Gianatelli y Cecilia Gofman



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La rebeldía en palabras y hechos: historias desde la orilla izquierda latinoamericana en el siglo XX (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2020)

Revisiones Carmen Pineda Nebot, María Eugênia da Silveira Mota Campos

Traducciones Ramón Canal Oliveras, Javiera Macaya, Carmen Pineda Nebot

ISBN 978-987-722-792-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a un proceso de evaluación por pares.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Gerardo Necoechea Gracia y José Romualdo Pantoja Reyes Presentación		9
Mauricio Archila Neira Reflexiones conceptuales y metodológicas sobre las izquierdas en América Latina		19
Marcos Montysuma La <i>neolengua</i> como cultura política. El enfrentamiento entre izquierda y derecha en Brasil en el tiempo presente		29
Ana Laura Ramos Saslavsky La guerra de las Malvinas. Cuando un gobierno criminal abandera una causa justa. Análisis desde la prensa mexicana		41
Patricia Pensado Leglise El pensamiento gramsciano y la izquierda heterodoxa. El caso del Movimiento de Acción Popular		61
Alejandro Peñaloza Torres La construcción de la identidad política de la Liga Comunista 23 de septiembre a través de su publicación, el periódico <i>Madera</i>		73

Gerardo Necochea Gracia	
Prensa de izquierda. Desenmascarar la ideología, explicar la realidad	91
Mariana Mastrángelo	
Memoria de una intendencia comunista, Brinkmann, Córdoba, Argentina, 1958	113
Gustavo López Laredo	
Las organizaciones de izquierda en el Sindicato de los Trabajadores del Metro, en la Ciudad de México, 1970-1990	135
Edna Ovalle Rodríguez	
Tránsito de militancias y el movimiento estudiantil en Monterrey a finales de los años sesenta (Siglo XX)	149
Viviana Bravo Vargas	
Clase trabajadora, izquierda y protesta urbana en la crisis del desarrollismo (Chile 1960-1962)	169
Sobre las autoras y autores	195

PRESENTACIÓN

**Gerardo Necoechea Gracia
y José Romualdo Pantoja Reyes**

Por más de una década, algunos de quienes colaboramos en este libro hemos trabajado juntos. El primer libro, anterior a conformarnos como grupo de trabajo, señaló el camino que estábamos interesados en seguir (Necoechea Gracia y Pensado Leglise, 2010). En primer lugar, nuestro trabajo se distinguía por el uso de historias orales, y nos interesaba seguir indagando en el método y en el tipo de evidencia que arroja la fuente oral. En segundo lugar, en tanto practicantes de historia social, prestábamos especial atención a los entrecruces de la experiencia vivida con la cultura heredada a través del tiempo, en situaciones cambiantes y condicionadas por una maciza estructuración social. Por último, era nuestro interés llevar estas preocupaciones conceptuales y metodológicas al estudio de la izquierda organizada y su influencia en los actos de protesta, los movimientos e insurrecciones sociales. A través del tiempo, durante nuestras discusiones y en los libros que nuestro grupo ha producido, hemos delineado y esclarecido este campo de estudio (Pensado Leglise, 2013; Cajías de la Vega y Pozzi, 2015; Pozzi, 2016).

La reunión de nuestro grupo de trabajo en 2019 tuvo la particularidad de ser puente entre el cierre de un ciclo y la apertura de otro. Durante los años que funcionó el grupo de trabajo Ser de Izquierda Hoy en América Latina (2016-2018), cerramos una secuencia de

reflexiones en torno a la politización y la constitución del sujeto rebelde, los marcos culturales compartidos entre el militante organizado y los grupos sociales que llevan a cabo la protesta, y la violencia política que con frecuencia moldea las acciones. El seminario de 2019, formalmente el primero de un grupo renovado y transformado, Izquierdas: praxis y transformación social (2019-2022), estableció líneas de continuidad, pero redirigió la atención hacia nuevas preguntas. Cálida y amablemente acogidos por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la ciudad de México, los miembros del GT compartimos durante tres días investigaciones, discusiones, pan y vino.

En esta ocasión, como ha sido costumbre, se unieron a las discusiones colegas del país e institución sede que coinciden con las preocupaciones y temáticas de investigación del GT. La intervención de estos colegas contribuyó una mirada fresca sobre nuestras polémicas, y además abrió el espacio temporal, para incluir el siglo XIX, e introdujo aspectos antes no contemplados en nuestras cavilaciones. No podemos compartir la riqueza así lograda al lector de este libro, desafortunadamente, porque no incluimos ni las discusiones ni todas las comunicaciones presentadas. Nos duele muy en especial que el trabajo de Luiz Felipe Falcao, colega que acompañó la vida del GT desde su primera edición en 2011, no se encuentre aquí. Felipe pidió tiempo para revisar y ampliar su texto—un incisivo diálogo crítico con las llamadas epistemologías del sur—, labor truncada por su sorpresiva muerte. El presente libro, en consecuencia, da cuenta solo parcialmente de lo transcurrido en esos tres días, y sirva la ausencia de Felipe para recordar su presencia.

Atravesó nuestras discusiones la cuestión del lugar que ocupa la izquierda en las historias nacionales y en consecuencia, por supuesto, en la historia latinoamericana. No se trata de una cuestión que se resuelva meramente señalando su existencia, sino que interesa conocer cómo cambia nuestro conocimiento convencional de la historia a la luz de lo que emerge en nuestras investigaciones; en otras palabras, no se trata de construir un ghetto para los estudios de historia de la izquierda sino de transformar el conjunto de la historia mediante la inclusión de un componente central.

Para dar dirección a nuestras investigaciones ha sido necesario elaborar una noción sobre qué es izquierda, o al menos vagamente considerar a qué nos referimos cuando empleamos el término. Los textos de Mauricio Archila y Marcos Montysuma abordan de manera directa el problema.

Ambos toman como punto de partida el sitio ocupado por derecha e izquierda en un espacio político imaginario, de manera que izquierda se define por su relación a la derecha. Una de las formas de distinción

ocurre en el lenguaje, y es el propósito de Montysuma indagar cómo las palabras delimitan y significan la política. “La nueva-lengua como cultura política” toma prestado el término de la novela de Orwell y lo usa para seleccionar y reflexionar acerca de palabras y términos usados en el enfrentamiento político brasileño desde los años sesenta del siglo xx hasta la actualidad; presta mayor atención a las denostaciones que aparecen en los nuevos medios sociales y caracterizan el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda en el Brasil actual.

Frente a esta noción topográfica, Archila propone que el estar en la izquierda de los sujetos se complementa por el ser de izquierda, es decir, que hay ciertos principios debido a los cuales los sujetos se posicionan a la izquierda. Archila subraya que estos principios no son una esencia, sino que desde el siglo xviii aparecen en formulaciones variadas y sufren modificaciones al correr de los tiempos y las geografías, manteniendo adhesión a los ejes de igualdad y libertad, añadiendo, en los últimos tiempos, el reconocimiento de la diferencia como causa de opresión y de resistencia. El texto de Archila revisa y dialoga con objeciones a un texto anterior suyo.¹ Pero también nos lleva a una reflexión que parte de la melancolía señalada por Enzo Traverso para tratar de entender la vitalidad de las izquierdas latinoamericanas en el presente.

Cómo se podrá apreciar, más que una definición, existen diferentes aproximaciones al término que enriquecen nuestra comprensión. El texto de Ana Ramos, por ejemplo, ahonda y complejiza la cuestión de la diferencia en los campos semánticos, porque nos enfrenta a la pregunta de qué sucede cuando la derecha se apropia de términos de la izquierda. Ramos toma la guerra de las Malvinas y el discurso antiimperialista esgrimido por la junta militar argentina, e inquiriere respecto de la recepción en dos diarios de centro izquierda de la ciudad de México. Esa prensa, además de ofrecer su propio punto de vista, abrió sus páginas a la expresión de organizaciones e individuos, incluyendo exiliados argentinos, que polemizaron en torno al conflicto. Ante la disyuntiva de apoyar una causa justa enarbolada por una dictadura criminal, los polemistas intentaron y no siempre lograron desbrozar los argumentos enredados de antiimperialismo y dictadura.

El texto de Ramos nos introduce al terreno de las elaboraciones ideológicas realizadas por grupos particulares en lugares y momentos específicos. Tres artículos sobre México en los años setenta del siglo xx muestran los contrastes, y por tanto la pluralidad, en el lado izquierdo

1 Las críticas que Pablo Pozzi planteó en el transcurso de una mesa redonda son similares a las expresadas en el “Prólogo” a Pozzi 2016: IX-XIII.

de la política de entonces. Cada uno examina líneas políticas divergentes, incluso encontradas, que emanan de una tradición compartida sobre la que en ocasiones pretenden innovar. Los textos muestran que la izquierda no solo se define respecto de la derecha, también lo hace dentro del campo que ocupa.

Patricia Pensado examina a un grupo de intelectuales mexicanos que coincidieron en sus reflexiones a partir de la lectura de Gramsci. Se distanciaron, en primer lugar, del marxismo-leninismo ortodoxo concentrado en el Partido Comunista Mexicano, en particular por la atención que dedicaron a comprender el Estado emanado de la revolución de 1910. En segundo lugar, se distinguieron de la izquierda armada insurreccional contemporánea, por su énfasis en la importancia de los movimientos sociales y de lograr las reformas posibles dentro del capitalismo, para avanzar la lucha por el socialismo. Jóvenes intelectuales que eran, apuntaron a convertirse en intelectuales orgánicos, con el propósito de enarbolar la lucha por la democracia como principal objetivo. Pensado de esa manera introduce otro elemento definitorio: la práctica, es decir, la izquierda es lo que la izquierda hace. En este caso, la teoría alimentó la participación en la sindicalización universitaria, y la práctica impactó sobre las ideas e interpretaciones de estos intelectuales gramscianos.

Alejandro Peñaloza se ocupa del extremo opuesto en el espectro de la izquierda mexicana de los años setenta. Peñaloza incursiona en la formación de una identidad política del grupo político armado Liga Comunista 23 de Septiembre; para este propósito revisa el órgano de propaganda de la Liga, el periódico *Madera*. La lectura minuciosa lleva a Peñaloza a destacar cómo ciertas nociones acerca del papel de vanguardia, uso de la violencia revolucionaria, la función del periódico revolucionario y la misión histórica de la clase obrera crearon un discurso de nosotros, en oposición a un ellos constituido por todos los que no concordaban con los planteamientos políticos y las acciones militares de la Liga. Por contraste con los intelectuales estudiados por Pensado, *Madera* descartó cualquier idea acerca de la legitimidad del Estado y, por lo mismo, fue ajeno a las preocupaciones desprendidas de la noción de hegemonía usada por Gramsci. La preocupación, en cambio, estaba enfocada a proveer la chispa que encendiera la violencia revolucionaria. Este artículo aporta un elemento más, no propiamente definitorio pero sí característico: el sectarismo. Parecería que la izquierda, como los cristianos, se reconoce en la práctica por su propensión a la fragmentación y multiplicación, la evolución natural de todo organismo vivo, dirían algunas.

“Desenmascarar la ideología”, de Gerardo Necoechea, también enfoca el estudio de un periódico. *El Martillo* no fue vehículo

comunicativo de una organización y, quizás por esa razón, enfatizaba la necesidad de unidad en las organizaciones populares y en la izquierda. Podría decirse que en el espectro político de los setenta, *El Martillo* ocupó un lugar intermedio: pugnaba por la revolución sin rechazar la inmersión en el movimiento social. El periódico consideraba que su función se dividía entre ser crítico de la ideología dominante y ser propagandista de la ideología proletaria. Ello significó en ocasiones cuestionar la idea de una vanguardia y, en otras ocasiones, considerarse integrante de dicha vanguardia. El estudio del periódico nos brinda otro aspecto significativo para entender a las izquierdas: su larga relación con la palabra impresa, a través de la cual erige la mortífera crítica del presente y se convierte en oráculo de la utopía.

Así como ha sido importante estudiar la generación de ideas y prácticas que hacen a la izquierda, también ha sido importante contemplar el entrecruce de prácticas enmarcadas en valores culturales que orientan la experiencia hacia cuestionar la concentración de la riqueza y el poder en los arreglos sociales vigentes. La atención, en estas investigaciones, va dirigida a la gente trabajadora, excluida de diversas maneras del control sobre su trabajo, su vida y la política, y que por esa razón buscan transformaciones que satisfagan las necesidades y anhelos de la mayoría.

El artículo de Mariana Mastrangelo toma como punto de partida lo que parece un suceso excepcional: la elección, en 1959, de un obrero de la construcción comunista para intendente del pueblo de Brinkmann, en el interior de la provincia de Córdoba. Mastrangelo recurre a variadas fuentes escritas, orales y gráficas para examinar la cultura local. Plantea que en Brinkmann —y otras pequeñas ciudades similares— convivía una sociedad conservadora en la superficie, cuyo símbolo era la iglesia católica, con un mundo subterráneo en el que la izquierda arraigó como conjunto de prácticas culturales que moldearon el sentido común. Describe estas prácticas, de las que emerge una noción de “buena persona” que describe al candidato comunista, cuya conducta pública opera como caja de resonancia de valores culturales que cohesionaban el mundo de los de abajo. Las prácticas culturales que conformaron una estructura de sentimiento, y no un ideario político, explican, en particular, la elección de un intendente comunista en Brinkmann, y en general, la aceptación de los comunistas en el interior provinciano.

“Memoria de una intendencia comunista” emplea una referencia espacial distinta, la de la sociedad superficial sobre el submundo popular, que nos lleva a la imagen del volcán y la ocasional erupción: el mundo popular que irrumpe y desequilibra la superficie de las buenas costumbres. Sugiere entonces que la izquierda viene de abajo.

Sugiere también que la izquierda no solo es lo que hace sino lo que otros perciben que hace: la buena persona es la que encaja en esa cultura y hace posible entonces la organización y solidaridad que la izquierda anhela.

Nos trasladamos de la pequeña ciudad provinciana a la ciudad industrial de Monterrey, en el norte de México. Edna Ovalle lleva la atención al movimiento estudiantil que se desarrolló ahí, y describe tres fases a lo largo de la década del sesenta e inicios de la siguiente. En el transcurso de esos años, los jóvenes estudiantes reclamaron la falta de atención a sus problemáticas particulares por parte de las izquierdas existentes que, para colmo, exhibían una fastidiosa e ineficaz moderación en su acción política. La autora, interesada en comprender el auge que cobraron hacia el final de ese periodo organizaciones políticas emergentes, algunas de ellas clandestinas y armadas, señala las muchas maneras en que los activistas estudiantiles chocaron con direcciones partidistas estancadas y ortodoxas, y enfrentaron las repetidas instancias de represión gubernamental. Los jóvenes militantes, en consecuencia, experimentaron un rechazo hacia el autoritarismo a la vez que, influidos por los aires revolucionarios de la época, optaron por organizaciones que postulaban la revolución como único camino a la transformación de la sociedad.

El trabajo de Edna nuevamente tuerce la referencia espacial, para postular la contraposición entre el margen y el centro. A diferencia de Brinkman, la izquierda en Monterrey no hizo eco de la cultura que emergía entre los jóvenes estudiantes, marginando sus preocupaciones e intereses al punto que dejó de ser relevante para ellos. La aparición de nuevas organizaciones y los traslados entre organizaciones pueden ser pensados como la irrupción desde los márgenes que reconfiguró el espacio y creó otros centros. Esta manera de comprender la izquierda facilita nuestro entendimiento de ese proceso de fragmentación y reconstitución que caracteriza la vida de las izquierdas.

El artículo de Gustavo López trata de los trabajadores del Metro de la Ciudad de México.² López Laredo describe la lucha de los trabajadores por lograr una representación sindical democrática, y enfoca en particular los casi diez años (1975-1983) en que los trabajadores pasaron de la resistencia al triunfo y nuevamente a la resistencia clandestina. El autor considera que en estos años

2 Cabe notar que Edna Ovalle y Gustavo López Laredo participaron en los eventos que describen, una como activista estudiantil cercana al Movimiento Espartaquista, y el otro como integrante de la disidencia sindical que destronó al liderazgo corporativo y corrupto.

los trabajadores vivieron una experiencia intensa de organización y de práctica democrática. El sindicato fue formado en 1970, en las altas esferas oficiales de la burocracia sindical de empleados gubernamentales, de manera que excluyó a los trabajadores del funcionamiento sindical y solo los consideró como pagadores de cuotas. Los excluidos eran, en su mayoría, jóvenes con estudios superiores, muchos de ellos influidos por las prácticas de activismo usadas en el movimiento estudiantil de 1968. Recurrieron a ellas para enfrentar el control corporativo. El éxito, no solo en la política sindical sino en gestionar demandas laborales, llevó a la respuesta represiva: golpizas, arrestos, pedidos.

Es interesante notar, nuevamente, como la combatividad nace de la exclusión, y los disidentes irrumpen en el orden establecido para ser tomados en cuenta, y al hacerlo, cambian el funcionamiento de la organización. Acorde al autor, esta fue labor de los trabajadores mismos, sin influencia directa de las organizaciones de izquierda que hicieron presencia en el conflicto.

Finalmente, vemos una vez más este desplazamiento de la periferia hacia el centro en el trabajo de Viviana Bravo. Ella describe dos marchas ocurridas en Santiago, una en 1960 y la otra en 1962, que fueron motivo de luchas callejeras. Ambas marchas fueron convocadas por una coalición de partidos de izquierda y de la Central Única de Trabajadores, para protestar la desastrosa política económica, en particular el alza inflacionaria. En las dos ocasiones, la disputa pasó por la apropiación espacial —no la del espacio político imaginario de izquierda y derecha sino el espacio urbano— ya que la autoridad gubernamental obligaba a seguir determinado curso en las marchas, mientras que los marchistas afirmaban su derecho a seguir otra trayectoria a través de la ciudad. Bravo detalla la organización y el recorrido, en particular para la marcha del 19 de noviembre de 1962, que integra la periferia al centro político de la ciudad, y reafirma su argumento de un proceso formativo de clase que engloba a estos nuevos trabajadores residentes en los barrios mal llamados marginales. Dentro de ese proceso formativo, los proletarios se mueven tanto en el espacio imaginario como en el espacio urbano, y trastocan el orden urbano y el orden social.

Para concluir, brevemente esbozamos tres puntos que señalan, como decíamos al principio, un cierre y una apertura a los trabajos del grupo. En primer lugar, la definición topográfica de izquierda es sin duda útil pero limitada. Solo funciona cuando el espacio imaginado está en proceso de institucionalización. En cambio, la introducción de las metáforas superficie y submundo, centro y periferia, nos refieren a ese espacio no institucional, y a los ámbitos desde los que

se irrumpe y subvierte los espacios institucionalizados. La izquierda nace ahí, aunque sus posteriores trayectorias hagan difícil reconocer el origen. Más importante para los autores de este volumen, la historia latinoamericana que nos ocupa ha estado marcada y formada por estas irrupciones—con frecuencia nombradas en la historiografía como barbarie, anarquía, atraso e incivilidad—y los procesos históricos de larga duración solo se entienden a partir de ellas.

En segundo lugar, parece igualmente importante fijar la atención en que la izquierda organizada articula la crítica del presente que está latente en el punto de vista del ocupante del submundo y de los márgenes. Si no lo hace, deja de ser esa caja de resonancia característica de la “buena persona”, como dice Mastrangelo; y corre el mismo peligro si la pierde. La derecha, por supuesto, también es crítica del presente, y el neoliberalismo en particular se apropió del lenguaje del cambio, de la autonomía y de la crítica del Estado. Conforme ganó dominio de las instituciones Estatales, sin embargo, recobró el lenguaje de defensa y conquista, anunciando que su reinado era el equivalente al fin de la historia y nada había que reconvenirle al eterno presente anunciado. La izquierda que logra acceder a espacios institucionales de gobierno en América Latina, si rehúye la crítica del presente que incluye sus propias acciones, pierde su capacidad para dismantelar las instituciones que oprimen y contienen su ímpetu eruptivo.

En tercer lugar, como muestran varios de estos artículos, son las prácticas y los valores que cohesionan esos submundos y esos márgenes los que marcan las diferencias entre izquierda y derecha. En ese sentido, quizás sea más adecuado definir izquierda en términos de una tradición selectiva de cánones que se sobreponen y de prácticas y valores cambiantes, tradición de la que se echa mano, no como receta de cocina, sino como ingredientes para nuevos guisos. La dificultad de la definición estriba precisamente en el carácter fluido de los elementos culturales que informan la política de izquierda y que, en última instancia, son su mejor definición.

Por último, queremos agradecer al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales por todo el apoyo brindado al Grupo de Trabajo y por la ayuda financiera que facilitó la realización del seminario. Agradecemos también a la Escuela Nacional de Antropología e Historia y, en particular, a la coordinación de la licenciatura en historia, por el trabajo de organización y el uso de las instalaciones. Agradecemos a quienes participaron en el seminario y enriquecieron las discusiones; agradecemos a Georgina Escoto Molina por su diligente trabajo de revisión de los originales.

BIBLIOGRAFÍA

- Cajías de la Vega, Magdalena y Pozzi, Pablo (coords.). (2015). *Cultura de izquierda, violencia y política en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Necoechea Gracia, Gerardo y Pensado Leglise, Patricia (coords.). (2010). *Voltear el mundo de cabeza: historias de militancia de izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pensado Leglise, Patricia (coord.). (2013). *Experimentar en la izquierda: historias de militancia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Pozzi, Pablo (coord.). (2016). *Rebeldes e inconformistas: procesos de politización y rebelión en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO/ Imago Mundi.

REFLEXIONES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICAS SOBRE LAS IZQUIERDAS EN AMÉRICA LATINA

Mauricio Archila Neira

“Izquierda y derecha [...] todavía hoy están tan cargadas de significado emotivo que encienden los ánimos hasta el punto de ser utilizadas por cada una de las dos partes, bien para magnificar la propia, bien para insultar la contraria” (Bobbio, 1995, p. 43).

Lo que pretendo en este artículo es un diálogo a muchos niveles y con distintos autores: en primera instancia retomo el texto que escribí hace ya más de diez años (Archila, 2008, pp. 23-46), y que ha provocado alguna polémica en Colombia y fuera del país. Esto me lleva a dialogar de nuevo con Norberto Bobbio en quien me basé en aquella ocasión para ver qué sigo compartiendo con él y en qué me distancio. También es una conversación con nuevos textos que se han publicado recientemente sobre la situación actual de la izquierda, en especial *Melancolía de izquierda* de Enzo Traverso (2019). Igualmente retomo los debates que por años hemos tenido con los colegas del grupo de trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO] sobre izquierdas latinoamericanas, y en especial discuto al final con los comentarios que planteó mi colega historiador Pablo Pozzi, en el marco del congreso de CLACSO realizado en Buenos Aires a finales de noviembre de 2018. Por último, aunque no sea muy evidente, estas notas son un diálogo con mi experiencia en la actual coyuntura colombiana, especialmente en torno a la desmovilización

* Este artículo es una reelaboración de la ponencia presentada en el Coloquio “Rebeldes u Heterodoxos, pasado y presente de las izquierdas en América Latina” llevado a cabo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia [ENAH] en México, 28 al 30 de agosto de 2019.

de la mayor guerrilla del país y posiblemente de América Latina, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo [FARC-EP] y su paso a ser un partido autodefinido como de izquierda —la Fuerza Autónoma Revolucionaria de Común [FARC]—, en medio del nuevo impulso de una derecha cada vez más guerrera y recalitrante no solo en América Latina, sino en el mundo, a juzgar por los casos de Brasil, Estados Unidos e Inglaterra, para solo citar los más prominentes.

Con Norberto Bobbio sigo compartiendo la convicción de que la diada izquierda/derecha existe, no ha desaparecido, como quisieran ciertos sectores de derecha y de alguna izquierda que reniega de su pasado. A la derecha le conviene anular la diferencia para esconder en un impreciso “centro” su verdadera agenda guerrera y extractivista. De hecho en Colombia el partido del expresidente Álvaro Uribe Vélez se autodenomina (Puro) Centro Democrático. En esto Ramón Cotarelo (2006) tiene razón: en Occidente la izquierda ha tenido mala imagen, desde cuando en la Biblia se decía que los buenos se sentarían a la derecha de Dios Padre, o desde los Pitagóricos en Grecia para quienes el bien se asociaba con la derecha. A los niños en nuestra “civilización” se les corrige si son zurdos, en cambio se les alaba si son diestros. No en vano en muchos idiomas a la izquierda se le nombra con temor: en italiano se la llama siniestra y en español uno de los sinónimos, según la Real Academia Española [RAE], es “torcido”, “no recto”, al contrario del otro polo que es “derecho”, “correcto”. Eso para no entrar en algunas voces coloquiales que tienen implicaciones de orientación sexual para quienes se reclaman de izquierda.

Como decía en mi artículo original, la distinción se puede situar en tres niveles: los principios o la doctrina; la acción política¹; y el plano de los comportamientos cotidianos. Estos tres niveles corresponden a distinciones hechas por los analistas o académicos, pues como sugiere Pozzi (2018), la gente común y corriente no suele hacer tan sofisticadas separaciones y más bien sigue lo que cada quien se autoatribuye como identidad política. Pero, como sabemos, ese sentido común es el menos común de los sentidos. Al igual que hace diez años, esta vez me volveré a centrar en la distinción en el primer plano: el de los principios divisorios.

1 Que refiere a cuestiones de táctica y estrategia que van cambiando con el tiempo, como el paso de una izquierda sedicente a una democrática y viceversa; asuntos que dificultan trazar una precisa línea divisoria, pues además existe una cierta capacidad mimética en la política, por medio de la cual a veces lo que hace un polo termina siendo imitado por el otro, haciendo realidad aquel adagio popular de que los “extremos se tocan”.

Volviendo a la lectura de Bobbio, cuando retomo su idea de que estamos ante una distinción topográfica y no ontológica, no lo hago para disminuir el peso de la distinción ni menos para borrar la existencia de la diada, sino para desesencializar la diferencia, sacarla de un punto fijo “natural” y más bien ubicarla en un continuo hacerse históricamente en forma mutua, de cara al otro extremo del espectro político. El uso de la metáfora topográfica no era, como sugiere Pozzi en su comentario, para banalizar la distinción y decir que todo depende del lugar que por azar le tocó en la Convención francesa de fines del siglo XVIII. Conuerdo con mi colega historiador, quien apoyándose en Albert Soubul dice:

[...] en cada ala se reunían individuos que compartían, más allá de sus propuestas específicas, una visión en torno al desarrollo de los eventos en Francia: quienes querían cambiar las cosas se sentaron a la izquierda y quienes buscaban conservar el orden establecido se sentaron a la derecha (Pozzi, 2018, p. 3).

Este es el origen de la distinción topográfica. Pero, como lo recordamos brevemente en el artículo señalado (Archila, 2008), con el tiempo cada polo fue dotándose de otros elementos programáticos en su construcción identitaria de cara al otro extremo. Este mutuo hacerse históricamente no anula la diada ni la polarización, pero no la entiende en forma lineal y fija sino dialécticamente construida. Es un proceso histórico inmanente, no metahistórico y teleológicamente orientado, bien sea por la Providencia o bien por la razón y el progreso. No creo que desesencializar la distinción signifique borrarla, más bien es enriquecerla desde una perspectiva histórica. Por ejemplo, hubo izquierdas librecambistas y hay derechas proteccionistas, hubo y hay izquierdas democráticas, así como derechas guerreras y *putchistas*. Ahora bien, ese mutuo construirse se da sobre ejes diferenciadores que estructuran la diada, como veremos luego.

Una vez más reafirmamos que las izquierdas, y por ende las derechas, son plurales, no son homogéneas, e incluso una misma organización puede variar a lo largo de su historia no solo en sus tácticas —lo que debía ocurrir permanentemente atendiendo a las cambiantes coyunturas—, sino en su ideología y principios. Por ejemplo en Colombia, el Partido Comunista, Marxista Leninista [PC-ML] pasó de ser un partido recalcitrantemente maoísta, en sus orígenes en los años sesenta, a romper con esta ideología en los años ochenta, primero de la mano de los albaneses, quienes, cuando murió Mao Tse Tung y subió Deng Tsiao Ping, denunciaron la captura del poder por una “camarilla revisionista”, para luego también apartarse de los albaneses y emprender su propio vuelo rompiendo con el maoísmo, aunque no

le duró mucho, pues se desintegró prontamente (Archila, 2009). Pues bien, esta pluralidad significa que hay gran variedad de expresiones políticas e ideológicas que se consideran de izquierda: desde populistas y nacionalistas hasta comunistas y anarquistas; así como una amplia gama en sus formas organizativas: partidos, guerrillas, movimientos sociopolíticos, redes, ONG, frentes y coaliciones, etc.

Para el estudio de los ejes articuladores de la diada desde la perspectiva de los principios usé, siguiendo la propuesta de Bobbio, algunas metáforas que no terminaban explicando totalmente la distinción (Archila, 2008). Voy a enumerarlas simplemente para no extenderme en algo ya sabido: 1) la opción por el cambio o por la permanencia, algo que sigue vigente hoy, aunque a veces se usen inversamente los términos, con el agravante de que una y otra compartieron durante mucho tiempo la idea de progreso; 2) la cuestión del poder traducido en el dilema entre reforma o revolución, pero esta metáfora es ante todo una distinción dentro de la izquierda; 3) ciencia y razón en contra de mito y sentimiento, hoy obviamente cuestionada en su raíz moderna occidental, pues encerraba una oposición entre naturaleza, asimilada a la barbarie, y humanidad, entendida como civilización; 4) lo ideológico en lo que recordamos que para el marxismo leninismo no había izquierda o derecha, sino una política correcta proletaria contra las desviaciones de izquierda o de derecha; 5) lo público y privado, también cuestionado hoy, entre otros por el feminismo; 6) la “representación” del pueblo —¿quién lo representa?—. Y podríamos seguir agregando nuevas metáforas como sugiere Cotarelo (2006, p.15), cuando menciona que algunas feministas dicen ser la izquierda y los hombres, la derecha, y no falta que diga algo similar en asuntos de etnia y raza, aunque en Colombia, como en muchas partes de América Latina, los indígenas afirman que esa es una distinción occidental y que, si la insurgencia encarna a la izquierda, ellos no están con ella pero tampoco con el Estado o con los paramilitares de derecha. En todo caso los riesgos de esencializar la diada siguen estando al orden del día.

De la mano de Norberto Bobbio (1995) llegamos hace diez años al meollo de la distinción que vuelvo a explicitar en forma geométrica sobre los ejes de libertad e igualdad: existe un polo igualitario horizontal en contra de otro antiigualitario vertical. Él sugería una matriz en la que se cruzaran esos dos ejes mostrando a la izquierda y la derecha alejadas de sus extremas, pues estas negaban la libertad. Su propuesta, que hoy retomo con fuerza, era articular el eje de igualdad con el de la libertad, en lo que llamamos *equilibertad*, traduciendo del francés a Alex Callinicos (2003), neologismo que hoy más apropiadamente designaría —si se me permite el barbarismo

lingüístico— *igualibertad*, pues igualdad no es lo mismo que equidad —esta es atenuar la desigualdad—, ni tampoco igualitarismo —igualdad en todo—. Se trata de una lectura crítica de lo que vivió el mundo en el siglo xx con un comunismo que representaba la lucha por la igualdad pero anulando la libertad², y un (neo)liberalismo que arrastraba una apelación a la libertad manteniendo las exclusiones³, Esto sin olvidar que en la primera mitad del siglo pasado hubo una variante extrema en todo sentido, hoy muy olvidada como insiste Enzo Traverso (2007): el fascismo que era el peor de los mundos, pues apelaba a la desigualdad sin libertad.

Ahora bien, la equilibertad, o mejor la igualibertad, como decíamos hace diez años (Archila, 2008), no excluye el reconocimiento de la diferencia, pues según la historiadora feminista Joan W. Scott (2009), lo que se opone a la igualdad es la desigualdad y lo que se opone a la diferencia es la homogeneidad. Aquí radica el nuevo eje de las izquierdas hoy, que cada vez le apuestan —o le deben apostar si quieren sobrevivir— a lo que se llama interseccionalidad: la simultaneidad de formas de dominación, y de consiguiente resistencia, en términos de clase, raza/etnia, género, orientación sexual, generación y un largo etcétera (Viveros, 2018). Como lo hemos mostrado en otros estudios (Archila, 2003), no existe solo la contradicción de clase, la conflictividad social está atravesada además por otros conflictos, lo que nos permite hablar más ampliamente de movimientos sociales, en los que incluimos las clases obrera y campesina especialmente.

Este breve *recorderis* nos lleva a una nueva reflexión en torno a la situación actual de la izquierda a nivel global, pero en especial en América Latina. Y acá inicio el diálogo con Enzo Traverso, especialmente con su último libro sobre la *Melancolía de Izquierda* (2019). De acuerdo con él, el “espacio de la experiencia” de la izquierda contemporánea —como nos señala retomando la conceptualización de Reinhart Koselleck (1993)—, está marcado por la derrota del socialismo realmente construido. Según Traverso, el peso de la derrota nos arrastró a todos, no solo a los comunistas ortodoxos sino incluso a los críticos de la Unión Soviética —desde los socialdemócratas hasta los maoístas y trotskistas, pasando incluso por los anarquistas—. De nuevo acudiendo a Koselleck, el historiador italiano nos dice que esa derrota limitó el “horizonte de expectativa”, el principio de esperanza o la utopía, pero, por fortuna, no los anuló. Nos quitó la certeza de un

2 Pero incluso luego se cuestionó que en el socialismo realmente construido hubiera existido igualdad económica y menos política.

3 No falta quien pregunte si realmente se puede hablar de libertad en esta corriente.

futuro seguro que en Occidente había pasado del paraíso celestial al triunfo de la razón y el progreso en una teleología secular montada por la ilustración. Hoy, después de la caída del muro de Berlín, estamos ante una radical incertidumbre sobre el futuro.

Ahora bien, ese impacto genera lo que Traverso define como melancolía de la actual izquierda, pero no es la única vez que ella ha sufrido derrotas. ¿Entonces cómo entender la actual melancolía de izquierda? Nuestro historiador hace un giro de la concepción psicoanalítica y sociológica común de la melancolía. En efecto se aparta de Freud (s. f.) para quien, retomando la etimología de la palabra —que en griego refería a “bilis negra” o al cuarto humor negativo que generaba tristeza—, la melancolía era una enfermedad que, al contrario del duelo, afectaba el amor propio —el ego— lo que producía alejamiento del mundo. Para Freud era un duelo imposible en el que el principio de realidad era derrotado y el objeto perdido tendía a permanecer en forma fantasmagórica. Traveso también se aparta de la propuesta de Norbert Elías (1991) para examinar a Mozart a quien tacha de melancólico de sí mismo. Para el sociólogo alemán Mozart murió (auto) derrotado, lleno de deudas y sobre todo, privado del amor femenino y de su público. Pero al final Elías abre una puerta que nos acerca a la concepción de Traverso, al señalar que Mozart fracasó por ser un trasgresor de las normas cortesanas del momento y hasta se burló de ellas, fue un rebelde indomable. Esa visión se filtra también en uno de los inspiradores del libro de Traverso, Michael Lowy, a quien le dedica el libro, pues además de incursionar en el tema, fue su tutor doctoral. Pero lo que Lowy y Robert Sayre (2008) querían trabajar, muy cerca de la caída del muro de Berlín⁴, era la validez de la utopía romántica en la crítica a la modernidad, más afín del marxismo de lo que se pensaba, comenzando por el mismo Marx que tenía mucho de romántico⁵. En ese rescate del romanticismo possocialista, los autores señalaban dos extremos en los que podía caer el romántico: por una parte la rebeldía y por otra, la melancolía, aunque ambos extremos estaban ligados y no se excluían.

Pues bien, Enzo Traverso retoma los rasgos críticos de la personalidad melancólica, y apoyándose en experiencias de derrotas previas leídas por autores como Walter Benjamin o Daniel Bensaid, plantea

4 El original en francés es de 1992.

5 Esta es una dimensión que parcialmente sale en la extensa biografía de Marx hecha por Gareth Stedman Jones (2016). Lo que sorprende es la afirmación, que se ilustra apropiadamente, de que el origen del pensamiento revolucionario de Marx no fue el materialismo propiamente sino el idealismo alemán, en el que se formó cuando era un joven hegeliano de izquierda.

que la actual izquierda está en un estado de duelo reflexivo, pero no inhabilitante de la acción. Por el contrario, es una situación de cuestionamiento crítico que impulsa a revisar la experiencia pasada y abrirse a un nuevo horizonte de expectativa, a una nueva utopía anticapitalista. En esto sigue el sendero de Lowy y Sayre, para quienes “la utopía será romántica —es decir rebelde y melancólica— o no será” (Lowy y Sayre, 2008, p. 249). Para Traverso, citando a Judith Butler, en la melancolía el sujeto experimenta “una retirada o retracción del habla que hace posible el habla” (Traverso, 2019, p. 97). O, pensando en la vida de Bensaïd: “la transformación del mundo era una apuesta melancólica, ni arriesgada ni estúpida, alimentada por la memoria, voluntarista pero también basada en la razón, una mezcla de ‘hipótesis estratégica y horizonte regulador’” (Traverso, 2019, p. 399).

Examinemos el contenido de la propuesta de Enzo Traverso para ver si nos sirve para entender a las izquierdas latinoamericanas de hoy. Aunque creo que hay muchos marxismos, concuerdo con él en que existe una matriz común entre el socialdemócrata, el comunista, el que Perry Anderson (1979) llamó marxista occidental y aun con la nueva izquierda y hasta con ciertos anarquismos: la idea de una historia lineal, por lo común evolutiva, con un final claro y seguro, que no era otro sino el socialismo. Se trataba de la secularización definitiva de la teleología judeocristiana, pero a costa de la positivización del marxismo. Para Traverso hay excepciones a esta tendencia en figuras melancólicas como Benjamin y Bensaïd, pero también por momentos en intelectuales como Gramsci o Edward Palmer Thompson, por solo citar unos pocos, que proponen una visión histórica no lineal sino a saltos, sin un final preciso, es decir profundamente dialéctica y radicalmente crítica de la trampa del progreso, pues este no es la encarnación de la civilización contrapuesta a la barbarie, sino que también encerraba a la barbarie. Piénsese en los campos de concentración nazis, las bombas nucleares, el cambio climático y la destrucción del planeta.

Pero volvamos sobre nuestro objetivo de reflexionar sobre las izquierdas latinoamericanas, en este caso desde su historia. En esa dirección, me pregunto: ¿cómo leer un pasado no necesariamente melancólico desde una posible postura actual melancólica? Aquí hay que evitar el anacronismo y respetar los contextos de cada época, a no ser que extrapolemos el presente al pasado para mostrar una (aparente) historia de permanentes derrotas. Pero la historia de las izquierdas latinoamericanas y globales no ha sido solo de derrotas, o no siempre lo sintieron así los actores de esas luchas. Muchos de ellos vivieron y murieron convencidos de que el futuro era socialista o comunista y hasta alcanzaron a acariciarlo. Piénsese no solo en los revolucionarios del siglo XIX y en sus breves conquistas en las revoluciones de 1830,

1848 y sobre todo en la Comuna de París, sino en lo que significó la revolución bolchevique de 1917. Hoy sabemos que cayó ese socialismo realmente construido, aunque no estoy seguro de que estuviera condenado a ese destino. Yo creo que hubo acciones humanas y decisiones que pudieron cambiar ese rumbo⁶, pero no se trata de hacer historia contrafactual del socialismo para “llorar sobre la leche derramada”. Mi punto es que hubo revolucionarios, marxistas o no, que no estuvieron y aún no están signados por la derrota y por tanto no necesariamente se pueden asimilar a la melancolía.

No obstante, en este punto retomo la imagen que ofrece Enzo Traverso del historiador como forastero en el pasado, pero al mismo tiempo testigo de los cambios. Algunos hemos vivido momentos tan opuestos como los años sesenta y los noventa del siglo pasado⁷, y hemos experimentado en carne propia la tensión que desde *Annales* reclama la Historia entre pasado, presente y futuro. Por ello debemos tomar distancia aun de nuestra propia melancolía para entender otros pasados que no eran percibidos como derrotas sino como marchas ineluctables hacia un mundo mejor. Solo así podremos entender la acción de hombres y mujeres, no solo en su contexto espaciotemporal sino, como apropiadamente dice Pablo Pozzi (2018, p. 4) en sus notas a mi texto, hay que atender a la cultura en la que se enmarcan las vidas de los seres humanos de izquierda o derecha. Esa cultura que hace que en pleno siglo XXI, a treinta años del fin de la guerra fría, se les atribuya a dirigentes de derecha roles de izquierda, por el simple hecho de que, como es el caso del expresidente colombiano Juan Manuel Santos, fue realista en hacer un acuerdo con la insurgencia a la que tenía arrinconada pero no lograba derrotarla.

Culmino coincidiendo con mi colega historiador Pablo Pozzi (2018) en que para estudiar nuestras izquierdas debemos ser pragmáticos, es decir, articular la autodefinición del sujeto estudiado con la consideración del investigador. El investigador necesita definiciones operativas, lo suficientemente flexibles para que puedan ser rastreadas en una historia determinada. No puede tomar la opción del militante —imbuido de la lógica excluyente de amigo/enemigo— sino la de la gente común y corriente, que no es tan excluyente y permite considerar como de izquierda a una amplia gama de expresiones políticas que van del populismo al anarquismo pasando por la socialdemocracia, el comunismo, la nueva izquierda y las guerrillas.

6 Al respecto ver el análisis que hace Eric Hobsbawm (1994).

7 Aunque algunos los conectan como es el caso de Giovanni Arrighi, Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein (1999).

Claro que Pozzi se contradice —es propio de los humanos— y en sus comentarios a mi propuesta original da muchas definiciones de izquierda, por ejemplo, aquella que abarca a todos los que luchan por el socialismo, lo que excluiría obviamente a los peronistas, pero también a los seguidores de Andrés Manuel López Obrador en México y de pronto al actual partido FARC.

Me gusta más cuando Pozzi retoma a Raymond Williams diciendo: “tiendo a considerar que ‘ser de izquierda’ es más una noción cultural, una estructura de sentimiento al decir de Raymond Williams, que una precisión ideológica o siquiera de una praxis política. Mi comprensión es el término ‘izquierda’ es un sistema signifiante (que comprende señales y signos específicos) a través del cual se cuestiona un orden social y las formas en que se comunica, se reproduce, se experimenta” (Pozzi, 2018, p. 6). En esto se acerca a Ramón Cotarelo (2006) para quien:

[...] la izquierda es una forma de ser [...] siempre hay alguien que critica, se opone y se rebela contra las normas que rigen y pretende cambiarlas para mejorarlas [...]. En definitiva, la izquierda es oposición, desobediencia, resistencia y está claro porqué tenía que ir a parar al lugar de los condenados en los anuncios evangélicos (p.175).

No en vano estas reflexiones se dieron en el marco de un encuentro académico sobre “Rebeldes y Heterodoxos”, aquellos expulsados de los paraísos celestiales y terrenales para compartir el destino con los seres humanos comunes y corrientes, y de pronto, en este nuevo caminar podamos contar con aliados como el melancólico Mozart o el romántico Marx.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Archila, Mauricio (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Luchas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH / CINEP.
- Archila, Mauricio (2009). El maoísmo en Colombia: la enfermedad juvenil del marxismo-leninismo. En Archila, Mauricio y otros, *Una historia inconclusa, izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: CINEP.
- Archila, Mauricio (2008). La izquierda hoy: reflexiones sobre su identidad. En Estrada, Jairo (comp.), *Izquierda y socialismo en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arrighi, Giovanni, Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel (1999). *Movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal.

- Bobbio, Norberto (1995) *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- Callinicos, Alex (2003). *Igualdad*. Madrid: Siglo XXI.
- Cotarelo, Ramón (2006). *La izquierda en el siglo XXI*. Bogotá: Universidad Externado.
- Eliás, Norbert (1991). Mozart: la melancolía por sí mismo. En *Nexos*, 168.
- Freud, Sigmund (s.f.) (1917) Duelo y melancolía, edición electrónica de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Arcis, Santiago de Chile.
- Hobsbawm, Eric (1994). *The Age of Extremes*. New York: Pantheon Books.
- Jones, Gareth Stedman (2016). *Karl Marx, Greatness and Illusion*. Cambridge: Harvard University Press.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lowy, Michael y Sayre, Robert (2008) (1992). *Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Pozzi, Pablo (2018). Comentarios a la distinción izquierda/derecha de Mauricio Archila. Buenos Aires: Inédito.
- Scott, Joan Wallach (2009) (1988) *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, Enzo (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.
- Traverso, Enzo (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- Viveros, Mara (2018). De la *extreversión* a las epistemologías *nuestroamericanas*, un descentramiento en clave feminista. En Gómez, Santiago, Moore Torres, Catherine y Múnica, Leopoldo (comps.), *Los saberes múltiples y las ciencias sociales y políticas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

LA NEOLENGUA COMO CULTURA POLÍTICA

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE IZQUIERDA Y DERECHA EN BRASIL EN EL TIEMPO PRESENTE

Marcos Montysuma

En este texto problematizamos los enfrentamientos que ocurrieron entre la izquierda y la derecha en Brasil. Discutimos el ahora, el presente, pero nos retiramos en el tiempo hasta la década de 1960. Nos imaginamos a través de fragmentos escasos contenidos en el uso de las palabras, que marcan los recursos retóricos, que son adoptados por la derecha y la izquierda, como un medio para delimitar sus campos de pertenencia en la confrontación política.

Tratamos de seguir cómo se producen estos usos, cuando se alteran o corrompen sus sentidos actuales, como una forma de calificar/descalificar, nombrar, definir, distinguir, marcar y señalar al otro o a situaciones que forman la vida cotidiana social. El uso de las palabras se produce como un medio para significar campos políticos de acción.

Es en la novela *1984*, de George Orwell (1984) que buscamos referencias para comenzar nuestra reflexión acerca de los enfrentamientos políticos entre la derecha y la izquierda en Brasil, así como de los espectáculos contorsionistas que las autoridades establecidas hacen del lenguaje para discutir situaciones.

En esta novela se retrata una sociedad en la cual el Estado controla a las personas de una manera muy peculiar, prohibiéndoles incluso mantener sus recuerdos de infancia, del pasado. Lo que en un momento había estado bien, ya no lo está en el momento siguiente,

porque existe una voluntad imperativa de los gobernantes que determina el cambio a un nuevo sentido.

El control llega a tal punto que, hasta los diálogos susurrados entre las personas, los ruidos más tenues, son captados por un dispositivo llamado *teleplane*, que “[...] recibido y transmitido simultáneamente” (Orwell, 1984, p. 8), llega a los oídos de los empleados a cargo del control. En consecuencia, había una amonestación o era iniciado el proceso de criminalización del “delincuente”.

Una situación increíble, inimaginable e inusual ocurre justo dentro de las habitaciones, en la privacidad de la casa.

En esa sociedad, el significado de las palabras también es cambiado, corrompido, controlado, ordenado. Se atribuye un nuevo entendimiento huyendo de lo que inicialmente se tomaría como primer significado, de acuerdo con el propósito del significado de esa palabra.

Todo es concebido, originado, articulado, planeado, tomado en forma y emanado por el Ministerio de la Verdad —o *Miniver*—. Esto se basa en “una enorme pirámide de muy poco cemento blanco [...]” (Orwell, 1984, p. 9).

Emblemática e irónicamente, y no por casualidad, la verdad y la limpieza se confunden y desaparecen a través de ese edificio que acomoda y gestiona la política de control sobre las personas. Todo se hace en nombre del Gran Hermano incorporado por un ser sin medir, o una entidad sin medir, que proclama que haría todo para preservar, promover y asegurar el bien de todos.

En la vía pública y dentro de los edificios es común encontrar la frase fijada en paneles y carteles “el gran hermano se preocupa por usted” (Orwell, 1984, p. 7). Era un ser omnipresente que gobernaba a la gente y a todo. El celo por las personas significa el control más absoluto. Es este celo que pesa como una espada sobre sus cabezas.

Lo más temido por esa sociedad era la Policía del Pensamiento, porque nadie escapaba de su control. Todos los sonidos emitidos, los movimientos practicados por la gente eran capturados (excepto los que transcurrían en la oscuridad). Pronto todo sonido o movimiento, dependiendo del sentido expreso podría denunciar al ser humano que estaba allí.

El régimen destinado a dar flujo a su aparato persuasivo y represivo también elabora instrumentos más sutiles, pero no menos opresivos, con el objetivo de dominar. De ahí viene la creación de la *neolengua*, que atribuye nuevos significados a las palabras y a las frases conocidas hasta el momento por la sociedad. Es a través de las palabras que designan a las cosas y las situaciones que se dominan que se ejerce el poder. También modifica situaciones, acontecimientos que de alguna manera contradicen los intereses políticos del gobierno en el

presente. Con gran atención también modifica datos estadísticos que podrían escapar de las proyecciones esperadas en un pasado dado, no consumados en el presente.

La *neolengua* es presentada por el personaje Winston Smith, para quien los lemas del Partido se resumían así: “la guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza” (Orwell, 1984, p. 19). Estas frases representan no solo los lemas centrales del Partido. Representan sobre todo los principios constitutivos de esa sociedad, que son condensados en ese formato a través de *neolengua*.

No es razonable que ninguna persona, en estado de conciencia, crea efectivamente que “la guerra es paz”; que “la libertad es esclavitud” o que cuando se ejerce “la ignorancia es (tener o expresar) fuerza”. Si esto sucede, algún propósito macabro, loco, hay detrás de todo esto.

Usando algunos rudimentos sobre lo que ha estado sucediendo en la sociedad brasileña interpreto que es razonable exponer facetas de lo que nos ha impactado. Por eso tomo la novela de *1984* como inspiración. En este ejercicio, mi objetivo es escapar de lo que ha visto Winston cuando comienza a escribir su diario a escondidas. Su razón para aventurarse en la escritura es simple: teme que la gente del futuro no reconozca los sentidos de las cosas y las situaciones experimentadas en ese presente suyo porque nuevas palabras y frases, con otros sentidos, las hubiesen borrado. Por eso escribe siempre que tiene libertad para hacerlo. Se sorprende por el uso de la palabra “*doblepensar*” en la *neolengua*.

Doblepensar, en términos generales, puede explicarse como la capacidad de creer en dos realidades distintas para explicar el mismo fenómeno. Puesto que no se acepta que la guerra es al mismo tiempo la paz; la libertad es a la vez la esclavitud y menos aún que la ignorancia es la fuerza.

En este contexto no hay manera de comunicarse con y para el futuro, con el objetivo de hacer perdurable en el tiempo el sentido de las palabras y los contenidos relacionados con ellas. Según Winston entiende, no hay certeza de tal condición, y esto lo sorprende al tomar parte de sus energías para encontrar una manera de escapar de esa situación, a partir de la prohibición de llevar al futuro lo que ya había cambiado de significado ante sus ojos. Por eso escribe su diario ávidamente.

Lo que más le pesa en la conciencia es el hecho de que el cambio de significados en las palabras y en las situaciones se da justamente por su acción directa en el sistema. Ya que en su papel de empleado del Departamento de Registro tiene que cambiar el sentido de todo el contenido que le llega a su oficina. Es a través de sus manos que, ni

bien se cambia un contenido, se produce la incineración inmediata de todas las pruebas relativas a todo aquello que había dejado de existir.

Allí, para los intereses de ese estado, no parecía haber una guía ética y moral escrupulosa que lo hiciera diferenciar la verdad de la mentira.

En el siguiente pasaje tenemos un ejemplo refinado de esta situación: “Consistía en falsificar una serie de informes de producción dos años antes con el fin de desacreditar a un eminente Miembro del Partido Interno que ahora estaba medio comprometido. Fue el papel que Winston jugó con más talento [...]” (Orwell, 1984, p. 103).

Pero no es solo eso, porque “La arquitectura no podía aprender más historia que los libros. Calles, piedras conmemorativas, estatuas, nombres de calles, todo lo que podía arrojar luz sobre el pasado se había alterado sistemáticamente” (Orwell, 1984, p. 95), borró cada rastro, sacó todo sentido de lo que había existido, porque ya había sido inscrito, consumado un nuevo significado.

Pero como sujeto dotado de carga subjetiva, Winston está denunciando al sistema de vigilancia al señalar en su diario los sentidos de las palabras, lugares, situaciones de coyuntura existentes una vez con el objetivo de dejar huellas de lo que había existido para el futuro.

Es este fenómeno el que nos afecta, lo que nos lleva a pensar en los significados y los trabajos de las palabras y las situaciones en el ejercicio de la política en nuestra sociedad actual.

En Brasil tenemos varias fuentes que afirman la hipótesis de fuerzas hegemónicas, de manera que podemos hablar en un *status quo* constituido —desde las autoridades estatales, así como las fuerzas policiales— como un aparato represivo que apoya el dominio de las élites sobre las masas; pero también la prensa, que luchó y sigue luchando por presentar como natural designar y significar los sectores ampliamente señalados como dejados de manera despectiva.

Sindicalistas, anarquistas, comunistas fueron y son nombrados como izquierdistas, internacionalistas, quinta columna, traidores de la patria. Pero también marxistas, moscovitas, rusófilos, leninistas, estalinistas, rojos. Términos similares y aún más agresivos existieron y se atribuyen a todos los que luchan o de alguna manera defienden ideas a favor de operarios, campesinos sin tierra, asalariados y desposeídos en general. Esto todavía afecta a las organizaciones no gubernamentales en estos días.

La carga más pesada recae sobre los miembros de los partidos anarquistas, socialistas y comunistas. Estos son tratados como bandidos, traidores de la patria.

Algunas designaciones relacionan personas o grupos con ideas político-filosóficas. Mientras que otros claramente se destacan por

llevar los sentidos que pretenden provocar en la sociedad, el asco y la ojeriza contra los participantes de la izquierda.

En general, la intención siempre es la misma: vincular el activismo político de izquierda con el mal, y ese mal debe combatirse en todas sus formas; la izquierda debe ser combatida con hierro y fuego; eliminada.

En Brasil, designar a una persona como “quinta columna” significa llamarla traidora de la patria. No es casualidad cuando se percibe el desuso de expresión, en el texto de Antônio Mesquita Galvão titulado “Quinta-columnas” publicado en el sitio web Recanto das Letras en donde señala que “cayó el término “quinta-columna”. “Los jóvenes no saben lo que es. Recuerdo que mi padre solía hablar, en los años cincuenta, de las ‘quintas columnas’, como traidores, subversivos” (Galvão, 2008).

Designar al otro como quinta columna proviene de la Guerra Civil española. Las fuerzas leales a Franco avanzaban en cuatro columnas sobre Madrid. Mientras que una quinta columna anónima, disfrazada entre la multitud, entraba como un elemento sorpresa para apoyarlos.

En los años marcados por la dictadura cívico-militar de 1964-1985, era común proyectar una profusión de nominaciones en los sectores de la izquierda, abarcando a todos genéricamente, tales como: agitadores, comunistas, peludos, cabezones, vagabundos, traidores, enemigos de la patria, quinta columna.

En el artículo “La dura vida de la izquierda en un Brasil cada vez más anticomunista”¹, publicado el 12 de noviembre de 2017 en el periódico “Pragmatismo Político”, el profesor João Elter Borges Miranda argumenta que:

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y, principalmente, durante gran parte del siglo XX, el miedo al comunismo permeó el planeta. Con más intensidad en Occidente, durante décadas el conjunto de ideas, corrientes y tendencias que identifican a los comunistas como la encarnación de la malvada opinión pública condicionada a creer que debemos luchar contra ellos² (Miranda, 2017).

Tenemos una verdadera ideología de criminalización al choque político, que transforma a los miembros de izquierda en enemigos peligrosos, contra los que debería haber una guerra. Eso explica tanta persecución de estos sectores.

1 Título en portugués: “A dura vida da esquerda num Brasil cada vez mais anti-comunista”.

2 Esta y las demás citas son de traducción nuestra.

En Brasil, a pesar de la llamada reformulación partidista, Ley Falcão de 1980, la legislación de excepción, que marca la dictadura cívico-militar, seguirá prohibiendo la manifestación libre de los Partidos Comunistas. Estos permanecieron escondidos hasta 1985.

El fenómeno de la persecución a la izquierda ayuda a entender por qué el Partido de los Trabajadores [PT], fundado en 1980, sufrió todas las formas de prejuicio y persecución. Sus miembros sintieron en sus zapatos las más variadas formas de acusaciones, donde las más ligeras eran los “chicos del PT”, pero también: peludos, cabezas de olla, un montón de hippies, vagos, izquierdas, comunistas, agitadores.

Se puede afirmar sin lugar a dudas que el partido tiene su vida marcada por la persecución, en la que el uso de designaciones discriminatorias es recurrente, y que huyen del debate de las ideas políticas. Así que tanto el llamado “derecho” como los medios de comunicación construyeron retórica dando sentido a contenido que no integra su programa y estado. Solo sirve para encender a los sectores ignorantes sin leer y entender políticamente la realidad tangible para sentir odio a las siglas.

Más recientemente, a partir de 2013, las prácticas políticas ganan nuevos niveles. Entra en juego una militancia de perfil nazi-fascista, que sale a la calle abiertamente para gritar sus ideas. ¿Se preguntaría una sociedad civilizada: si no hubiera tolerancia a las potencias constituidas con grupos de perfil nazi-fascista? Es un hecho que estos grupos expresan públicamente todo tipo de irregularidades autoritarias, intolerantes y prejuiciosas, sin temor a las consecuencias. También es un hecho que los poderes y las autoridades constituidas no hacen nada para restringir tales prácticas.

Es en este contexto que a los seguidores del PT y de la izquierda se los llamará “mortadella”. El significado de este término habría dado lugar a la idea de que los participantes de las manifestaciones políticas consumían sándwich de pan con mortadela porque no podrían pagar el almuerzo en un restaurante.

Por otro lado, la izquierda también nombrará a las élites y sectores de derecha “*coxinha*”, en el contexto de las protestas contra el gobierno de Dilma. Las personas que protestan los fines de semana fuera del horario de oficina son tan *coxinha*. Son miembros de las élites y de las capas medias altas de la sociedad. Aparecen vestidos con camisetas amarillas del equipo de fútbol brasileño, con pantalones cortos que exponen sus muslos blancos. Estos aspectos denotan su rico y blanco origen.

Petralha es otro término que se lanzó contra los miembros del Partido de los Trabajadores. La designación se une a PT más *metralha*. Alusión a la idea de que el PT se habría convertido en una organización

criminal, en la línea de los “Hermanos *Metralhas*” – personajes de Disney, que vivían diseñando planes para robar la caja fuerte del tío Scrooge. Leonardo Attuch, el 18 de enero de 2020, en el texto titulado “El neonazismo brasileño nació cuando Reinaldo Azevedo acuñó la palabra *petralha*” (Attuch: 2020), lo explica en los siguientes términos: “Puede parecer extraño lo que voy a decir ahora, pero el origen del mal fue que Reinaldo Azevedo haya creado la palabra ‘*petralha*’. Al hacerlo, nombró al enemigo, el nuevo judío. El nazismo brasileño, que degeneró en Roberto Alvim, nació allí” (Attuch, 2020).

En el pasaje mencionado anteriormente, el periodista Leonardo Attuch señala al columnista Reinaldo Azevedo como el creador de una palabra, que dará identidad al enemigo público, que debe ser combatido por la sociedad en su conjunto, pero, y principalmente, por las derechas. Al mismo tiempo, el término “*petralha*” cumple varios roles. Porque si por un lado nombra al enemigo común —que se identifica por la designación *petralha*—; por otro lado, facilita la comunicación persecutoria eligiendo una palabra que dé sentido a quien debe ser acusado, perseguido. Esto se debe a que esa palabra resume todos los significados que reúnen a los súbditos que por pertenecer al PT deben ser odiados, así como a los judíos en la Alemania nazi. No por casualidad se refiere al entonces Secretario de Cultura (gobierno de Bolsonaro) Roberto Alvim, quien hizo el discurso plagiando a Goebbels. Si en ese régimen la persecución de los judíos resultó en la muerte en cámaras de gas, en el Brasil de Bolsonaro hay una promesa de matar a los petistas, y con ellos toda la izquierda.

No es demasiado recordar que, en el momento de la campaña electoral de 2018, el candidato presidencial Jair Bolsonaro, en la ciudad de Rio Branco, dijo que dispararía a la *petralhada*. El discurso fue reportado en un artículo publicado en la revista *Exame* el 3 de septiembre de 2018. Veamos su contenido:

En una campaña electoral en la ciudad de Rio Branco, en Acre, el candidato del Partido Social Liberal [PSL], Jair Bolsonaro, volvió a hacer un gesto de arma, pero, esta vez, con un trípode de cámara imitando a un pelotón de fusilamiento mientras hablaba encima de un coche de sonido.

“Vamos a fusilar a la ‘*petralhada*’ aquí en Acre, ¿eh? Vamos a expulsar del Acre a esos embusteros. Ya que les gusta tanto Venezuela, esos tienen que irse para allá. Solo que no hay mortadela allá, chicos. Van a tener que comer hierba”, dijo mientras levantaba el trípode imitando el tiro.

Después del discurso, Bolsonaro fue aplaudido por el público presente. Un video [ver al final del informe] que muestra la escena fue compartido por los usuarios de Internet. El consejero del candidato le dijo al diario *Extra* que el video es verdadero y que el acto “fue una broma como siempre” (*Exame*, 2018).

Observemos el uso de un lenguaje discursivo directo, por aquel que grita “Vamos a fusilar a la *petralhada* [...]”. Cuando, más tarde, el reportero investigó con el consejero del candidato con respecto a la expresión, este negó la veracidad de la amenaza para los petistas. Se pronuncia en los siguientes términos “fue una broma como de costumbre”. Aquí percibimos la reversión lógica de lo que se dijo. Todo está negado. ¿El significado que se atribuye es que “fue una broma como siempre” - “jugar como siempre”? Las amenazas hechas en el presente son arrojadas al pasado. El presente siempre está reinventando el pasado haciéndolo nulo. Además, las verdades habladas son tratadas como bromas. No es creíble que las amenazas se disipen como en un pase de magia, así que es solo una broma. E incluso podríamos concluir que una broma ocurre sin intención de causar daño. Pero el discurso de quienes declaran el cargo de presidente de la República no puede tener lugar en un tono jocoso, “como siempre”. Siempre debe exigirse transparencia, coherencia, claridad, lo que no puede ser dudoso.

Vemos en esta lógica del candidato una reversión discursiva que interpretamos que ocurre impregnada por las intencionalidades de la *neolengua*, en la que “la guerra es la paz”, o en el caso de que “grave es broma”, “la verdad es una mentira”. Lo contrario es cierto de lo que quieres practicar.

Por otro lado, cuando llegamos a la actualidad, percibimos la ocurrencia de ciertos fenómenos en la vida política, social, policial y económica del país que nos obliga a detener un poco tratando de interpretar lo que realmente ocurre. Aquí también interpretamos la presencia de una verdadera política de *neolengua* en pleno ejercicio en el presente. Por esta lógica, los ministerios descritos en 1984 están todos en plena vigencia. Por eso no sería demasiado decir que encontramos muchos elementos que nos remiten al ámbito de la *neolengua*. Especialmente cuando recurrimos a los discursos de las autoridades y los políticos en sus manifestaciones.

Los significados de las situaciones que se han producido en la vida cotidiana son adulterados, modificados, corrompidos para dar rienda suelta a los propósitos de quienes enuncian. Este es el caso, por ejemplo, de Geraldo Alckmin, candidato del Partido da Social Democracia Brasileira [PSDB] para la presidencia de la República, irónicamente también en 2018, quien defendió un proyecto de ley que facilita el uso de pesticidas, habló en los siguientes términos, como se señala en el artículo del periódico online *DCM*, fechado el 8 de junio de 2018, que replica un artículo del diario *O Globo*, cuyo título es “Alckmim elogia el paquete de veneno que hace que el uso de pesticidas sea más flexible: ‘Ley del remedio’”, que señala lo siguiente:

El candidato del PSDB a la presidencia, Geraldo Alckmin, defendió el lunes el proyecto de ley, que está en discusión en la Cámara de Representantes, lo que hace que sea más flexible regular los pesticidas. Apodo por los oponentes de “PL de Veneno”, fue llamado por Alckmin “Ley de medicina”. Alckmin ha participado del encuentro “Coalición por la Construcción”, un evento que reúne a entidades empresariales del sector de la ingeniería. No es la ley del veneno. Es la Ley de Medicina. A medida que los animales se enferman, las plantas también se enferman. Así que necesitas tener pesticidas agrícolas para defender la planta. Necesitamos pesticidas agrícolas más modernos que tengan un mejor efecto: menos problemas de salud, para el medio ambiente y proteger la agricultura (DCM, 2018).

Entendemos en el texto que los pesticidas, conocidos como malévolos para la vida de los seres humanos, animales y plantas, se definen como transmutados para remediar, para “defender” la planta, como un medio de proporcionar “menos problemas para la salud”. Esto es lo que se dice en el asunto como lo pronunció el candidato Geraldo Alckmin.

En los últimos tiempos en Brasil ha estado circulando una caricatura, en grupos de WhatsApp, que apunta a una reversión dada de la situación de corrupción de los sentidos que se creó en el país. Dice textualmente así:

ONG: izquierdistas
NASA: izquierdista
SATÉLITES: izquierdistas
ONU: izquierdista
INPE: izquierdista
CIENCIA: izquierdista
UNIVERSIDADES: Izquierdista
HISTORIA: izquierdista
EUROPA: izquierdista
MEDIO AMBIENTE: izquierdista
ANIMALES Y PLANTAS: izquierdista
PSIQUIÁTRICOS: izquierdista
IMPRESO: izquierdista
IBGE: izquierdista
BOLSONMINIO: Extremista de derecha con inteligencia superior al Homo sapiens. Un ser único, capaz de refutar todas las organizaciones mundiales, siglos de historia, datos científicos, naciones, investigaciones y números utilizando YouTube y WhatsApp como la única fuente de estudio (Comunicación por WhatsApp, 2019).

Es difícil imaginar que varios organismos nacionales e internacionales, instituciones acreditadas, sean de izquierda. Es difícil creer que

el medio ambiente, así como los animales y plantas que requieren cuidado y preservación fueran izquierdistas. Tampoco es creíble que el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística [IBGE], que produce datos estadísticos desde y para el país, así como el Instituto Nacional de Pesquisas Espaciais [INPE] que realiza investigación espacial, sean de izquierda. Pero para el jefe del gobierno y sus seguidores, los “bolsominios”, todo lo que va en contra de sus intereses o de su noción del mundo solo puede ser de izquierda. Así que son también de izquierda los satélites de la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio [NASA] que capturan y almacenan imágenes de deforestación en la Amazonia, o bien la Organización de las Naciones Unidas [ONU], que exige que el Brasil cumpla con los acuerdos de los que es firmante.

Después de los debates, que generalmente circulan a través de la red informática, confrontando la discusión de la gente común, nos damos cuenta de que el texto de la caricatura antes mencionada refleja muy de cerca lo que realmente ocurre en la sociedad brasileña, con respecto a la comprensión y explicación de hechos y situaciones.

Por otro lado, la definición de los llamados “bolsominios”, como los extremistas de derecha y los seres superiores al Homo sapiens, no es exagerada, dado que explica todo basado en WhatsApp o vídeo de YouTube.

En Instagram circula un texto atribuido al escritor de Luis Fernando Veríssimo, publicado en la cuenta de Carlos Almo, @carlosalmo_br, que dice lo siguiente sobre la izquierda: “Comunista es el seudónimo que los conservadores y nostálgicos del fascismo inventaron para designar a todos los sujetos que luchan por la justicia social” (@carlosalmo_br, 2020). Tal vez esta definición ponga un nivel de reflexión en la mente de las personas sobre lo que puede estar detrás de todo lo que inventaron para quedarse en la sociedad actual. Sin ninguna manera de contrarrestar la defensa de los intereses de clase, desde la defensa de la justicia social, los anhelos del fascismo, conservador e insensible decidieron apelar a la designación de comunista, que acusa y genera en el otro la antipatía general.

BIBLIOGRAFIA

- Almo, Carlos (29 de enero de 2020) “Comunista e um pseudônimo que os conservadores e saudosistas do fascismo...” [Imagen]. Instagram. Recuperado de <https://www.instagram.com/p/B77XKGOHE-M/?utm_source=ig_web_copy_link>
- Attuch, Leonardo (2020). O neonazismo brasileiro surgiu quando Reinaldo Azevedo cunhou a palavra *petralha*. Recuperado de:

<<https://www.brasil247.com/blog/o-neonazismo-brasileiro-surgiu-quando-reinaldo-azevedo-cunhou-a-palavra-petralha>>. Acceso 18 de enero de 2020.

Jungblut Cristiane; Góes, Bruno (2018). Alckmin elogia Pacote do Veneno, que flexibiliza o uso de agrotóxicos: “Lei do remédio”. Recuperado de: <<https://www.diariodocentrodomundo.com.br/essencial/alckmin-elogia-pacote-do-veneno-que-flexibiliza-o-uso-de-agrotoxicos-lei-do-remedio/>>. Acceso en 7 de noviembre de 2019.

Mesquita, Antônio (2008). Quinta-colunas. Recuperado de: <<https://www.recantodasletras.com.br/artigos/1233230>> Acceso 14 de noviembre de 2019.

Miranda, João (2017). A dura vida da esquerda num Brasil cada vez mais anticomunista. Recuperado de: <<https://www.pragmatismopolitico.com.br/2017/12/vida-da-esquerda-brasil-anticomunista.html>> Acceso 9 octubre de 2010.

Orwell, George (1984). 1984. São Paulo: Companhia Editora Nacional.

Ribeiro, Janaína (2018). “Vamos fuzilar a *petralhada*”, diz Bolsonaro em campanha no Acre. Recuperado de: <<https://exame.abril.com.br/brasil/vamos-fuzilar-a-petralhada-diz-bolsonaro-em-campanha-no-acre/>> . Acceso 29 de noviembre de 2019.

LA GUERRA DE LAS MALVINAS

CUANDO UN GOBIERNO CRIMINAL ABANDERA UNA CAUSA JUSTA. ANÁLISIS DESDE LA PRENSA MEXICANA

Ana Laura Ramos Saslavsky

Generalmente los discursos antiimperialistas están asociados con la izquierda, pero no necesariamente es así. En ese sentido nos preguntamos ¿qué les pasa a las izquierdas cuando es la derecha quién toma la bandera antiimperialista? Para analizar al respecto elegimos un caso paradigmático: la guerra de las Malvinas.

En 1982, la Junta Militar argentina, un gobierno dictatorial de derecha, criminal, responsable por lo menos de treinta mil desaparecidos, quinientos niños apropiados, miles de asesinatos, una desindustrialización creciente y un enorme endeudamiento externo, ante su inminente decadencia decidió hacer suya una reivindicación antiimperialista de gran sensibilidad nacional, la recuperación de las Islas Malvinas, por la vía de las armas. De esta manera, la Junta Militar argentina, hizo suyo un discurso nacionalista y antiimperialista que estaba muy lejos de coincidir con los lineamientos seguidos por su gobierno, caracterizado por la privatización de la riqueza pública y la alianza con las trasnacionales. Sin embargo, con esta postura logró unificar filas de diversos sectores, incluso de los que la propia Junta había reprimido, exiliado, empobrecido, y creó la percepción de que el enemigo estaba afuera del país.

Esta situación generó a las izquierdas la disyuntiva en relación a la postura que debían tomar. Diferentes sectores, no solo en Argentina,

sino en muchos lugares del mundo, incluso gobiernos de tendencia izquierdista, se plantearon si debían apoyar o no esta aventura del gobierno argentino. ¿Qué postura tomar ante un gobierno criminal que abandera una causa justa?

Ante esta situación queremos llamar la atención respecto a la fuerza que pueden tener las ideas antiimperialistas, que han sido capaces de unificar y lograr alianzas solidarias entre grupos antagónicos. El discurso antiimperialista en este caso logró ir más allá de las diferencias internas. También logró el apoyo de gobiernos a los cuales la Junta Militar había intentado desestabilizar. Sin embargo, las reacciones no fueron homogéneas, hubo sectores que se plegaron a esta aventura de los militares, pero otros, fueron muy críticos. En este sentido, para el análisis de las diferentes posturas encontramos tres niveles de discursos definidos según la naturaleza de su emisor. Por una parte, están las posturas oficiales de los gobiernos, por otra, las de las diversas organizaciones y finalmente las posturas individuales. Principalmente en estos últimos dos niveles encontramos una amplia gama de opiniones que dialogaron y debatieron entre sí.

Otra cuestión que nos interesa en el presente trabajo es la manera en que este conflicto llamó la atención de la prensa de Ciudad de México, la cual dedicó cientos de primeras planas, editoriales y secciones internacionales a la cobertura de la guerra de las Malvinas. Además de publicar noticias, caricaturas, fotografías, notas de opinión en cantidades sorprendentes, también dio lugar a diversos posicionamientos e incluso a polémicas. Pensamos que el enorme interés que la prensa mexicana demostró ante el conflicto de las Malvinas, se explica por la gran presencia de argentinos en México, muchos de ellos vinculados al periodismo. Pero también, el gran espacio que esta prensa dedicó al tema, en buena medida se debió a que este conflicto desnudaba la naturaleza del sistema interamericano y la inoperancia de organizaciones como la Organización de Estados Americanos [OEA] y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca [TIAR]. Y ponía al descubierto que la utilidad de estos organismos estaba en función de los intereses de Estados Unidos contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS], y no en función de defender la soberanía de los países americanos.

Para reflexionar al respecto realizamos un seguimiento de los periódicos *Unomásuno* y *El Día*, ambos de Ciudad de México, en sus publicaciones de 1982. Tomando en cuenta las noticias que publicaron, pero sobre todo las editoriales, las noticias de opinión, los desplegados o posicionamientos que diversas organizaciones publicaron, así como los debates que tuvieron lugar a través de esta prensa. Y de esta manera analizamos la polémica que se dio en torno a la pertinencia de

apoyar o no a la Junta Militar en su aventura malvinense. En esta discusión participaron argentinos pertenecientes a diferentes corrientes de pensamiento, organizaciones de las izquierdas mexicanas e intelectuales latinoamericanos.

Hasta el momento no se ha realizado ninguna investigación previa sobre el conflicto malvinense desde México. Pero sí existen estudios que analizan el conflicto desde España como es el de Jorge Saborido y desde Cuba como el trabajo de Gustavo Placer Servera. Ambos trabajos han servido de referencia para la presente investigación. También han sido de utilidad los análisis de la prensa argentina respecto al conflicto realizados por César Díaz, Marta Passaro y Mario Giménez. Por otra parte, hemos utilizado el trabajo “Las Malvinas son argentinas y los desaparecidos también” de Pablo Yankelevich en su libro *Ráfagas de un exilio*.

UN POCO DE HISTORIA DE LAS MALVINAS

Al hablar de las Malvinas nos referimos a un territorio de tres millones de kilómetros cuadrados ubicados en el Atlántico Sur que incluyen las islas Malvinas, las islas Georgias y las islas Sandwich. Es un territorio de gran valor geoestratégico ya que por su ubicación comunican al Atlántico Sur con el Pacífico.

Las reclamaciones argentinas sobre estos archipiélagos se fundamentan en razones geográficas, por pertenecer estas islas al continente americano y también se apoyan en razones de orden histórico¹. Cuando las Provincias Unidas del Río de la Plata se independizaron de España en 1816, las islas Malvinas pasaron a formar parte del nuevo estado. Sin embargo, empresas estadounidenses usaban las islas de manera ilegal para cazar lobos marinos entre otras actividades comerciales. Cuando el gobierno argentino decidió controlar y contener la depredación de sus recursos naturales, los norteamericanos indignados destruyeron todas las precarias instalaciones del lugar, quemando tanto las viviendas civiles como las fortificaciones militares. Sin embargo, a Estados Unidos no le interesaba extender sus posesiones en tan alejadas latitudes, pero a los ingleses sí. En 1833, dos años después de la destrucción, los ingleses tomaron las islas, violando la doctrina Monroe, pero Estados Unidos, como lo hizo antes y volvería a hacerlo después, no se dio por enterado y consintió ese y otros abusos en las Malvinas y otras regiones de Latinoamérica. Desde este momento las Islas Malvinas han estado en posesión del gobierno británico bajo el

1 Para el análisis de la historia del conflicto nos basamos principalmente en el trabajo de Gustavo Placer Cervera y en los de Gregorio Selser.

nombre de Falklands. En 1852, una sociedad comercial con el apoyo del gobierno inglés creó la Falkland Islands Company [FIC] destinada a monopolizar la economía del archipiélago, situación que perdura hasta la actualidad.

A partir de la usurpación inglesa, los gobiernos argentinos han realizado protestas diplomáticas por la recuperación de dichos territorios. Aunque entre 1850 y 1880 se consolidó el Estado nacional argentino basado en una economía liberal y agroexportadora, dependiente del mercado extranjero, donde el capital británico obtuvo el control de los principales sectores económicos. A partir de entonces la oligarquía terrateniente local presionó a los diferentes gobiernos a mantener buenas relaciones con los gobiernos británicos, lo cual significaba subordinar los intereses nacionales a los de Gran Bretaña. En ese contexto las reclamaciones por la soberanía argentina sobre las islas se volvieron muy complicadas. No obstante, continuaron, a veces muy frontales y otras muy tibias, dependiendo de la naturaleza de los gobiernos en turno.

Entre los episodios más relevantes del conflicto queremos mencionar que en 1884 el Instituto Geográfico Militar argentino publicó por primera vez un mapa de la República Argentina que incluía como territorio nacional a las islas Malvinas, lo que ocasionó protestas del gobierno británico. Durante la Primera Guerra Mundial se hizo patente la importancia geoestratégica del archipiélago, el territorio fue disputado por Alemania. Después de sangrientas batallas, Inglaterra continuó con el dominio sobre las islas. En 1934, el senador socialista Alfredo Palacios, publicó el libro *Las islas Malvinas. Archipiélago argentino*, y cinco años después fundó la Junta de Recuperación de las Malvinas, que inició una intensa campaña pública por los derechos argentinos sobre el archipiélago, logrando que en 1941 se incluyera con carácter obligatorio en todos los planes de estudios escolares la enseñanza del tema de las Malvinas.

En 1946, el presidente Juan Domingo Perón incluyó la recuperación de las islas como parte de su proyecto de unidad latinoamericana, y llevó la reclamación de la soberanía argentina sobre las islas a foros internacionales, principalmente a la Organización de Naciones Unidas [ONU]. También logró introducir al meridiano donde se ubica el archipiélago dentro de los límites establecidos por el TIAR. Y en 1948, en el primer discurso pronunciado por Argentina en la OEA se afirmaron los derechos argentinos sobre las islas Malvinas. A partir de ese momento se reforzó en las escuelas la enseñanza de que “Las Malvinas son argentinas” y de esta manera, el conflicto malvinense se consolidó como un tema de gran sensibilidad nacional. En 1964, el piloto argentino Miguel Fitzgerald realizó un vuelo clandestino a Malvinas y enarboló allí la bandera

argentina. Dos años más tarde, dieciocho jóvenes de afiliación peronista, autodenominados como “Comando Cóndor”, secuestraron un avión comercial, lo dirigieron a las Malvinas, y clavaron banderas argentinas y entregaron una proclama que repudiaba el colonialismo británico y exigía la devolución de las Islas. En 1968, Inglaterra flexibilizó su postura y representantes de los gobiernos en conflicto redactaron el documento titulado “Memorándum de Entendimiento”, donde los ingleses aceptaban transferir la soberanía a los argentinos sobre las islas si se garantizaban los intereses de sus habitantes. Sin embargo, el proceso de firma del documento no fue concluido por ninguno de los dos gobiernos. En 1969 se sospechó en relación con la existencia de petróleo alrededor de las Malvinas, lo que tensó las negociaciones entre ambos países. En 1975, a pesar de la oposición argentina, el gobierno inglés envió una misión de evaluación de las posibilidades de explotación económica en la isla a cargo de Lord Shackleton. El gobierno argentino consideró que con esta acción el gobierno inglés había roto de manera unilateral las negociaciones, y las relaciones diplomáticas se congelaron, aunque los encuentros y negociaciones en la ONU continuaron.

LA DICTADURA MILITAR Y GUERRA DE LAS MALVINAS

El 24 de marzo de 1976 un golpe de Estado llevó al poder de la Nación argentina a una Junta Militar en lo que se autodenominó Proceso de Reorganización Nacional, que estableció un régimen fascista, mediante la institucionalización del terrorismo de Estado. Esto no fue un hecho aislado; en casi todos los países de América del Sur se instalaron dictaduras semejantes, que contaron con la asesoría y respaldo de organismos de inteligencia y de gobierno de Estados Unidos. En este contexto, en la primera etapa de esta dictadura, la visibilidad que había alcanzado el conflicto de las Malvinas fue sustituida por otras tensiones internas resultantes de la aplicación de los planes políticos y económicos de la Junta. La dictadura gobernó desde 1976 hasta 1983, lapso en el que tuvo cuatro presidentes militares: Jorge Rafael Videla, Roberto Viola, Leopoldo Galtieri y Reynaldo Bignone.

Galtieri, “el niño mimado de los Estados Unidos” según sus propias palabras, asumió la presidencia en diciembre de 1981, en un contexto de grandes conflictos al interior de la cúpula castrense y un gran desprestigio al exterior. Necesitaba un triunfo importante que le proporcionara aliento a su desgastado gobierno. Y para ello decidió recuperar las islas Malvinas por la vía armada, aventura que comenzó del 2 de abril de 1982, dando comienzo a lo que llamamos guerra de las Malvinas, que duró 74 días y terminó con una derrota incondicional de los militares argentinos.

Al inicio del conflicto, con el desembarco de tropas argentinas en las islas, los militares consiguieron un insólito éxito militar, político y diplomático dentro y fuera de su país. El periódico mexicano *Unomásuno* publicó en su editorial del 11 de abril de 1982 que “un comprensible sentimiento nacionalista agitó al pueblo argentino, ya no contra la Junta Militar, sino contra el enemigo externo”. Distintos sectores sociales de Argentina se reunificaron en torno al conflicto malvinense. Por ejemplo, el líder montonero Mario Firmenich, desde el exilio, dijo estar dispuesto a regresar a su país para defenderlo de Gran Bretaña, y se sumaron a esta postura la Confederación General de Trabajadores (CGT) e incluso la Multipartidaria², reprimida por los militares pocos días antes. Fuera de Argentina, la empresa también recibió apoyos inauditos como el respaldo que ofrecieron Cuba y Nicaragua a los militares argentinos, quienes a su vez colaboraban con Estados Unidos para desestabilizar a estos gobiernos latinoamericanos. Estas manifestaciones de apoyo reivindicaban la soberanía argentina sobre el archipiélago y no pretendían legitimar a la Junta, sin embargo, la fortalecían de manera implícita.

LA RECONFIGURACIÓN DE ALIANZAS INTERNACIONALES

Según Placer Cervera (2018), los militares argentinos decidieron reconquistar las Malvinas basándose en una serie de suposiciones erróneas:

La dictadura argentina se había aliado a Estados Unidos en sus políticas intervencionistas, actuando como su aliado en la lucha anti-comunista en Centroamérica y el Caribe. Por ello, ante la confrontación con Gran Bretaña, los militares calcularon contar con el apoyo de Estados Unidos. Sin embargo, no contemplaron que el principal aliado del gobierno de Ronald Reagan en Europa y en la Organización del Tratado del Atlántico Norte [OTAN] era el Partido Conservador británico, al que no pensaban desairar.

Además, la Junta Militar valoró que Gran Bretaña aceptaría pasivamente la toma de las islas Malvinas. No pensó en los posibles términos militares de la confrontación que desató. La idea fue “ocupar para luego negociar” según las propias palabras de Galtieri. Posiblemente no se contempló de manera adecuada que para el gobierno de Margaret Thatcher podía ser conveniente la confrontación armada, dadas las protestas internas que debía enfrentar provocadas por su política económica. Esta falla en los cálculos queda clara cuando vemos que la

2 Integrada por la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, Intransigente, Demócrata Cristiano y el Movimiento de Integración y Desarrollo, tuvo como objetivo presionar a la dictadura militar para que abandonara el poder.

operación para la ocupación de los archipiélagos se planificó detalladamente, sin embargo, no se formuló una estrategia de enfrentamiento bélico posterior a la ocupación, por lo que tuvieron que improvisar y mantener una actitud defensiva más que ofensiva que los condujo a una derrota total.

Tampoco previeron que la Comunidad Económica Europea [CEE]³ se definiera, como lo hizo, en apoyo total a Gran Bretaña, e impusiera a Argentina un conjunto de sanciones económicas y el embargo de toda venta de armas e implementos bélicos.

Por todas estas fallas en los cálculos de los militares argentinos el devenir del conflicto fue bien diferente a lo que habían previsto. Estados Unidos, en un primer momento del enfrentamiento se colocó como mediador neutral. Ante el fracaso de una solución pacífica, propuso crear un gobierno tripartito en las Malvinas integrado por Inglaterra, Argentina y el propio Estados Unidos. Inglaterra no estuvo dispuesta a ceder su dominio sobre las islas y la guerra comenzó. En este contexto Estados Unidos declaró su absoluto apoyo a Londres y desconoció la resolución adoptada por los cancilleres del TIAR, que, entre otras cuestiones, reconocía la soberanía argentina sobre las islas.

Con este actuar, Estados Unidos puso en evidencia que las instancias continentales como la OEA y el TIAR no eran sino instrumentos a través de los cuales Washington canalizaba su política hacia el espacio latinoamericano. La prensa mexicana identificada con la izquierda puso énfasis en esta cuestión, por ejemplo, el periódico *Unomásuno* publicó en su editorial del 2 de mayo “que la pretendida asistencia recíproca solo podía ejercerse a nivel continental en un eventual enfrentamiento Este-Oeste, es decir cuando convenga a los intereses estadounidenses.” Y que Estados Unidos privilegiaba “su alianza con los países de la OTAN, aunque ello conduzca, peligrosamente, hacia la internacionalización del enfrentamiento”. (*Unomásuno*, 2 mayo 1982)

La postura adoptada por Estados Unidos fue interpretada por la dictadura argentina como una traición, y a partir de ella se dio una reconstitución de alianzas internacionales sorprendentes e inesperadas por la propia Junta. Desde los primeros días de haber iniciado el conflicto varios países fijaron su postura. Pocos países se declararon neutrales, como fue el caso de Israel, que consideró al conflicto como “superfluo”. También Irlanda se manifestó neutral.

Entre el apoyo que recibió Gran Bretaña, además del recibido por Estados Unidos, destacó el otorgado por la CEE que, como

3 Países pertenecientes: Francia, Alemania Occidental, Italia, Luxemburgo, Bélgica, Dinamarca, Irlanda, Reino Unido, Grecia.

mencionamos anteriormente, aprobó realizar un embargo total al comercio con Argentina. También Canadá anunció que proporcionaría ayuda logística a Londres, en comunicaciones y espionaje.

España, que se encontraba en pleno proceso de democratización, enfrentaba una situación similar a la de Argentina respecto a las Malvinas en el Peñón de Gibraltar que estaba en posesión de Inglaterra, por lo que se hubiera podido identificar con Argentina, pero al mismo tiempo acababa de ingresar a la OTAN, cuestión por la que necesariamente tenía que estar alineada con Inglaterra. La guerra de las Malvinas puso al gobierno y a la opinión pública española ante una situación incómoda y compleja: “La posible comparación de Malvinas y Gibraltar como hechos coloniales y el alineamiento de Estados Unidos, y sobre todo de la OTAN, con el Reino Unido obligaban a tomas de posición incómodas y conflictivas” (Saborido, 2003, p. 48).

Por otra parte, hubo países que reivindicaron la soberanía argentina sobre las islas, pero condenaron el uso de la fuerza para recuperarlas y consideraron que la solución debía acordarse en la ONU. Entre ellos encontramos a China, India, Ecuador, República Dominicana, Honduras y también la Internacional Socialista.⁴

En este grupo encontramos la postura del gobierno mexicano: respaldó el reclamo argentino de soberanía sobre las islas Malvinas, pero condenó el uso de la fuerza para resolver las controversias internacionales. Consideró que debían continuar las negociaciones en el Consejo de Seguridad de la ONU para encontrar una solución, aunque consideró que el plazo durante el cual se había negociado el caso de las Malvinas había sido excesivamente prolongado. También, aprovechó la coyuntura para negociar con la Junta Militar el otorgamiento del salvoconducto del exsecretario general del Movimiento Justicialista, Juan Manuel Abal Medina, quien se encontraba asilado en la embajada de México en Argentina desde hacía seis años.

Respecto al apoyo que recibió Argentina llama la atención cómo la dictadura militar, que se había caracterizado por su anticomunismo y por su desprecio al latinoamericanismo y al Tercer Mundo, recibió el apoyo de varios países de América Latina, incluyendo países con los que tenía grandes diferencias políticas.

Los cinco países del Pacto Andino (Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela y Colombia) respaldaron las acciones emprendidas por el gobierno argentino. Por ejemplo, en respuesta al bloqueo que impuso

4 La Internacional Socialista es la organización mundial de partidos socialdemócratas, socialistas y laboristas, fundada en 1951. Ver www.internacionalsocialista.org

la CEE a Argentina, acordaron abrir sus mercados a los productos argentinos. Incluso Perú declaró estar dispuesto a enviar ayuda militar.

Cuba fue uno de los países que más apoyo brindó a Argentina en la lucha por su soberanía sobre las islas Malvinas. Lo había hecho de manera continua desde 1959 y a pesar de las posturas antagónicas tanto en lo político como en lo ideológico, el gobierno cubano apoyó abiertamente a la Junta en su aventura. A pocos días de iniciado el conflicto malvinense, el embajador de Cuba en Argentina regresó a Buenos Aires, después de haber estado fuera por más de un año. En 1975 había sido objeto de un atentado y en agosto de 1976 dos funcionarios de la embajada habían sido secuestrados y desaparecidos.

Aun así, Cuba dio su apoyo total a la posición de Argentina en el conflicto, y se declaró dispuesta a ayudar a Argentina con todos los medios que fueran necesarios frente a la agresión de Gran Bretaña, que calificó como “intolerable” y reclamó a los países de América Latina idéntica actitud. El gobierno cubano declaró en varios foros internacionales que la causa de las Malvinas era la causa del pueblo argentino, y por lo tanto la causa de América Latina y el Caribe. Aprovecharon para denunciar la hipocresía del sistema interamericano forjado por el imperialismo de Estados Unidos para servir a sus propios intereses.

El gobierno sandinista de Nicaragua también fijó su postura solidaria con Argentina, a pesar de estar enterado de la participación del gobierno argentino en el adiestramiento de la contra en Honduras. El ministro del Interior, Tomás Borge declaró que “a pesar de todo, los nicaragüenses son incondicionalmente solidarios con Argentina, al margen de las diferencias que existen entre Managua y Argentina sobre cuestiones ideológicas y políticas”, y subrayó la obligación moral y política como país latinoamericano de estar del lado de Argentina (*Unomásuno*, 2 mayo de 1982). La misma postura solidaria declaró el gobierno de El Salvador ante los “hermanos argentinos”. El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) fijó su postura de “apoyo a la legítima demanda del pueblo argentino de recuperar su territorio y oposición a cualquier clase de colonialismo en nuestro hemisferio” (*Unomásuno*, 6 junio de 1982).

El Movimiento de Países No Alineados, con Fidel Castro como presidente, brindó un importante apoyo al gobierno argentino con declaraciones a su favor en diversos foros internacionales. Respaldó la soberanía argentina sobre las islas, lamentó la pérdida de vidas humanas en el conflicto y denunció la actitud de Estados Unidos que permitió a Gran Bretaña llevar a su flota a las islas. Castro motivó a los jefes de Estado miembros del movimiento para que realizaran gestiones para detener la “inminente agresión anglo-estadounidense

contra el pueblo argentino”, en lo que consideró “una guerra colonial, que por su carácter y evolución las potencias imperialistas tratan de convertirla en una lección para todos los países del Tercer Mundo que, no importa cuál sea su régimen político o social, defiendan su soberanía e integridad territorial” (*Unomásuno*, 11 mayo de 1982).

Es interesante ver el cambio de discurso que la Junta Militar implementó al verse sin el apoyo de Estados Unidos. Galtieri, guiado por un occidentalismo ortodoxo, una de las primeras medidas que había tomado al subir a la presidencia en 1981 había sido la de crear una comisión para analizar si Argentina debía seguir formando parte del Movimiento de Países No Alineados. El canciller argentino Nicanor Costa Méndez apenas semanas antes del inicio del conflicto en una conferencia de prensa, al ser interrogado sobre si la Argentina continuaría siendo un “país tercermundista”, respondió: “Le pediría que no me haga esta pregunta antes de almorzar” (Selser, *El Día*, 4 mayo de 1982). Este gobierno, que se había aliado a Estados Unidos en su cruzada anticomunista, ahora recurría a los que había desdeñado en busca del apoyo que no había obtenido en la OEA ni en sus antiguos aliados. El periódico *Unomásuno* llamaba la atención al respecto, en su editorial del 2 de junio publicó que “No es sorpresivo, aunque sí irónico, el entusiasmo con que Argentina concurre al encuentro tercermundista”. (*Unomásuno*, 2 junio de 1982) La Junta Militar decidió retirar a más de doscientos ochenta asesores militares anticomunistas que había enviado a El Salvador, Honduras y Guatemala, con lo que se confirmó la sospecha de la existencia real de esos asesores como uno de los aspectos más específicos y repugnantes del intervencionismo militar del Pentágono y sus aliados en los países centroamericanos. Y entre otras declaraciones que sorprenden por el cambio de dirección de los discursos de los militares argentinos podemos nombrar el del canciller argentino, quien declaró en un foro internacional “creer conveniente que Cuba regresara a la OEA” (*Unomásuno*, 27 mayo de 1982).

En otro editorial, el *Unomásuno* dice “Lo primero que golpea la vista en esta especie de comedia de equivocaciones en que se ha convertido la política internacional argentina a partir del 2 de abril es la falta de coherencia de esas declaraciones y de la presencia misma de Costa Méndez en La Habana, en relación con la composición, la política interior, las convicciones ideológicas y la formación mental de los gobernantes de Buenos Aires. Esa incoherencia atestigüa elocuentemente la agudeza de la crisis que atraviesa el régimen militar ante el giro sombrío que está tomando para él la guerra de las Malvinas [...] más que proclamas de guerra, las palabras del canciller son palabras de crisis” (*Unomásuno*, 4 junio de 1982).

Finalmente, el apoyo ofrecido por los países latinoamericanos no se concretó materialmente, principalmente por falta de tiempo, ya que el 14 de junio los militares argentinos se rindieron incondicionalmente ante Gran Bretaña. Esta derrota condujo a un cambio de grupo castrense en el poder argentino y aceleró el regreso a la democracia en este país.

La postura solidaria latinoamericana y principalmente la cubana se explica porque más allá de las diferencias que pudieran tener con la Junta Militar argentina entendían el conflicto malvinense en el marco del antiimperialismo, el latinoamericanismo y la descolonización. Aunque es importante, también, no perder de vista que apoyar en ese momento a Argentina ayudaba a romper su alianza anticomunista, cuestión de gran interés, principalmente para los gobiernos de Nicaragua, El Salvador y Cuba. Sin embargo, hubo voces muy críticas con estas posturas solidarias, sobretodo provenientes de intelectuales argentinos, quienes plantearon la imposibilidad de apoyar al gobierno argentino, a pesar de que la causa por la que decía luchar fuera considerada justa. Para ejemplificar estas declaraciones retomaremos las voces de tres analistas políticos argentinos exiliados en México: Gregorio Selser, Adolfo Gilly y Guillermo Almeyra.

Selser, periodista argentino, socialista que dedicó su vasta obra a denunciar el imperialismo y el intervencionismo en América Latina, publicó más de cien artículos acerca del conflicto malvinense en los que denunció las falacias de los discursos de los militares, que por una parte hacían un llamado patriótico y por otro reprimían al pueblo y privatizaban los bienes estatales. Desde el inicio del conflicto definió el actuar del gobierno argentino como “Show de barato patriotismo”, ya que los militares, al mismo tiempo que pretenden recuperar las islas, “balean, apalean, gasean y encarcelan a miles de trabajadores que, ellos sí, con razones de patria, han salido a las calles de las ciudades en todo el país en demanda de paz, pan y trabajo” (Selser, *El Día*, 2 abril de 1982). Selser calificó al nacionalismo de la Junta Militar como criptovirreinal, oligárquico y elitista. Planteó que esta aventura militar no era para el pueblo argentino y, mucho menos, para la causa latinoamericana, la operación de las Malvinas tenía por objetivo fortalecer a la casta castrense y proveer de más reservas de gas y petróleo a las transnacionales.

La postura de Almeyra consistió en que “no puede haber independencia nacional sin liberación social. La Junta es por lo tanto la principal enemiga de la independencia nacional y una aliada importante del principal imperialismo, que no es el inglés, sino el estadounidense. Todo lo que la refuerza, refuerza las cadenas que atan a Argentina y América Latina a Washington. La lucha por una legítima aspiración

nacional [...] debe subordinarse al desenmascaramiento y el aislamiento de la Junta, entreguista en toda su acción seudonacionalista que espera la ayuda estadounidense en las Malvinas". Su derrota "es lo que más puede servir a la independencia nacional", no a manos de los ingleses, sino de los vastos sectores obreros. "La reivindicación de las Malvinas es justa. La independencia frente a los militares, la oposición a muerte a la dictadura lo es aún más y es esencial para que Argentina pueda ser algún día independiente" (Almeyra, *Unomásuno*, 19 abril de 1982).

En el mismo sentido, Gilly planteó que la Junta Militar era el "enemigo acérrimo del socialismo, de los sindicatos y, ante todo y sobre todo, de la clase obrera y del pueblo argentino". Y que la "política desorbitada y fuera de proporción" de este gobierno había abierto "una crisis específica dentro del ejército, por cuya fractura penetraba la presión de la crisis económica y social del país. La expedición de las Malvinas trataría así de recomponer esa fractura [...] tales objetivos de casta no son deseables ni apoyables" (Gilly, *Unomásuno*, 10 abril de 1982).

POSTURAS Y POLÉMICAS DE LAS IZQUIERDAS EN MÉXICO

A través de la prensa mexicana diferentes sectores se posicionaron ante el conflicto malvinense. Las izquierdas a través de pequeños partidos políticos, organizaciones o intelectuales a título personal tanto mexicanos como argentinos y latinoamericanos manifestaron sus posturas y en algunos casos debatieron la pertinencia o la imposibilidad de apoyar a la Junta Militar en su intento de recuperación de las islas.

Recordemos que la postura del gobierno mexicano se basó en la reivindicación del reclamo argentino sobre las islas, pero en el marco de las negociaciones pacíficas dentro del Consejo de Seguridad de la ONU. Esta postura fue expresada reiteradamente en diferentes ámbitos tanto por el presidente José López Portillo, el canciller Jorge Castañeda, el representante de México en la ONU Porfirio Muñoz Ledo, el candidato a la presidencia y futuro presidente Miguel de la Madrid, entre otros funcionarios mexicanos, a lo largo de todo el conflicto. Es importante ubicar que todas estas declaraciones se realizaron en el contexto de campañas electorales previas a la elección presidencial que tuvo lugar en julio 1982.

A continuación, recuperaremos algunas declaraciones de diversas organizaciones para comprender las diferentes tendencias de opinión que se plasmaron en la prensa mexicana. Todas las declaraciones están tomadas del periódico *Unomásuno*. Por ejemplo, el candidato a la presidencia del Partido Demócrata Mexicano [PDM], de orientación de derecha sinarquista, declaró que el gobierno

mexicano debía exigir a “Inglaterra y Argentina un irrestricto respeto al derecho internacional y ventilar en los foros su problema, o de lo contrario estallará un conflicto bélico indeseable para el mundo entero”. (*Unomásuno*, 11 abril de 1982) Agregó que le corresponde a Argentina el derecho sobre las islas Malvinas, pero que la guerra no es el camino. Vemos que su postura es básicamente la misma que la del gobierno mexicano.

Con un sentido semejante se posicionó el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) que señaló el derecho del pueblo argentino a luchar por la recuperación de las islas, pero que el gobierno militar “no era el instrumento idóneo para encabezar la lucha, sino el pueblo trabajador”. Pero agregó que México debía “retirarse de los acuerdos del TIAR y de la OEA por su carácter proimperialista, que ha mostrado en dicho conflicto su verdadera cara” (*Unomásuno*, 12 mayo de 1982).

Por otra parte, “hombres y mujeres del quehacer político, sindical y cultural de México,” “preocupados por la grave situación que vive el pueblo argentino, que es víctima de una pretensión imperialista y de una dictadura militar”, anunciaron la creación del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Argentino, manifestando su reconocimiento de la soberanía argentina sobre las Malvinas, reivindicando la solución por la vía pacífica a través de los organismos internacionales, y manifestando su apoyo a la lucha del pueblo argentino por el restablecimiento de la democracia. Está firmado por aproximadamente ciento treinta personas y dos organizaciones mexicanas, entre los que podemos mencionar a personajes como Horacio Labastida, Pablo Gómez, Graco Ramírez, Heriberto Castillo, José Luis Cuevas y Carlos Monsiváis (*Unomásuno*, 29 mayo de 1982).

En un sentido diferente se pronunció el diputado federal priista por Oaxaca, el general Rubén Darío Somuano López quien afirmó que “la razón, el derecho y la justicia están a favor de Argentina en el conflicto de las islas Malvinas”, calificó de valiente la decisión argentina de invadir esas islas. Y aprovechó para asegurar que las islas mexicanas están perfectamente protegidas y bajo control militar (*Unomásuno*, 13 abril de 1982).

Ninguno de estos posicionamientos ameritó una respuesta o una polémica. Muy diferente fue el caso del Partido Revolucionario de los Trabajadores [PRT México], de orientación trotskista representante de México en la Cuarta Internacional. El PRT mexicano, el 6 de abril, es decir cuatro días después de iniciado el conflicto, se manifestó “en total apoyo a la medida adoptada por el gobierno argentino” a través de un comunicado de prensa donde decía que la decisión del gobierno del general Galtieri “encierra un claro contenido anticolonial

y responde a legítimos intereses del pueblo argentino” (*Unomásuno*, 6 abril de 1982).

Pocos días más tarde, el periodista argentino exiliado en México y de ideas trotskistas, Mauricio Schoijet, cuestionó duramente la postura del PRT y de los gobiernos de Nicaragua y Cuba. Planteó que

[...] la legítima reivindicación nacional está siendo usada como instrumento para la constitución de un subimperialismo argentino y para el desarme de la clase obrera [...] Por ello, si se trata del uso reaccionario de una reivindicación legítima, corresponde rechazar decididamente la ocupación, lo que exige una lucha a muerte contra el chovinismo argentino.

Añadió: “Si la guerra es funcional para los objetivos de la Junta, porque un drama más grande y más sangriento hará olvidar el problema de los desaparecidos, conviene preguntarse a quién le favorece que Argentina gane la guerra”. Por no hacerse esta pregunta el internacionalismo proletario ha sido sustituido por la demagogia tercermundista

[...] con lo cual partidos y gobiernos que se ubican en el campo revolucionario han dado lamentables traspies que los conducen a ayudar a uno de sus peores enemigos, enemigo jurado del pueblo argentino y de la revolución latinoamericana. Nos referimos al Partido Revolucionario de los Trabajadores mexicano y los gobiernos de Nicaragua y Cuba (*Unomásuno*, 17 abril de 1982).

Por su parte, el 23 de abril el grupo de Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio en México [TySAE] publicó un importante desplegado, que sorprende sobre todo por la cantidad de firmas que lo apoyan. Encontramos cientos de firmas aglutinadas en organizaciones argentinas; organizaciones latinoamericanas; organizaciones políticas; organizaciones campesinas, populares y universitarias; organizaciones de solidaridad, culturales, democráticas y religiosas; organizaciones sindicales; revistas; firmas de personas mexicanas, latinoamericanas y argentinas. Entre las múltiples firmas de diversas organizaciones políticas, se encuentra la del PRT de México. El título del desplegado es: “A los trabajadores y pueblos del mundo. ¡Las Malvinas son argentinas y los muertos, presos y desaparecidos también!”, el planteamiento principal del desplegado es que

No se puede apoyar a la Junta Militar argentina, aunque levante una reivindicación formalmente sentida. Si la Junta logra sus objetivos, se fortalecerá el principal enemigo de las masas trabajadoras y democráticas del propio país, y uno de los mayores enemigos de los pueblos latinoamericanos (*Unomásuno*, 23 abril de 1982).

Como vemos hay una contradicción importante entre el planteamiento antes expresado por el PRT y lo que sostiene en este desplegado que incluye la firma del propio PRT. Una semana más tarde el PRT aclaraba la situación. En un desplegado afirmaban que su posición es “diferente a la de los compañeros” que firmaron el manifiesto de los Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio y que “por un error lamentable la firma de nuestro PRT fue incluida en tal documento”. Y reiteraban su postura inicial planteando que el conflicto se trataba “de una operación imperialista contra una nación oprimida y sojuzgada por los dictámenes de las trasnacionales [...]”, por lo tanto, “el proletariado argentino y sus aliados deben estar en la primera fila en la defensa de las Malvinas contra el imperialismo británico, con la congruencia y firmeza que le son propias” (*Unomásuno*, 30 abril de 1982).

La respuesta de Schoijet no tardó en ser publicada en la sección de correspondencia con el título “Antiimperialismo arqueológico y demagogia tercermundista del PRT”. Plantea que la postura del PRT es inconsistente, porque “no se trata de una guerra entre una potencia imperialista y una nación colonizada, sino de un choque entre dos potencias imperialistas, una potencia imperialista en declinación, y una potencia imperialista en formación, aunque más bien podríamos hablar de un imperialismo de mendigos, ya que no tiene los medios para realizar sus ambiciones”. Y “Si el conflicto argentino-británico es entonces una lucha interimperialista, desde el punto de vista del internacionalismo proletario” debemos estar en contra, no del imperialismo más fuerte, sino del que “en la presente coyuntura es la más peligrosa para el movimiento revolucionario a nivel internacional”. Y esa es la Junta Militar argentina, “auténtica heredera de la Alemania nazi”, enemiga “más temible de la revolución en el Cono Sur y en Centroamérica, que es en este momento el punto focal de la confrontación entre revolución y contrarrevolución a nivel mundial” (*Unomásuno*, 3 mayo de 1982).

También el TySAE le contestó al PRT, aclarando que el “origen del lamentable error” al que se había referido el PRT, no correspondía al TySAE, ya que el PRT había expresado su deseo de anexión al pronunciamiento. “Las contradicciones internas que el PRT tiene sobre las Malvinas es problema del PRT”. Sin embargo, plantean que hay un segundo “lamentable error” mucho más substancial:

[...] al contrario de lo sostenido por el PRT, Argentina no es un país semicolonial, sino una potencia capitalista regional emergente, con todo y crisis. Es verdad que los ingleses no tienen nada que hacer en las Malvinas, pero el conflicto por ellas no es una guerra entre una “semicolonia” y “el

imperio”, sino entre un país capitalista mediano y otro grande (aun cuando decadente) (*Unomásuno*, 11 mayo de 1982).

En su respuesta el PRT reafirma su postura. Plantea estar de acuerdo tanto con Schoijet, como con el TySAE, respecto al punto de partida: “que para realizar un análisis del presente conflicto es necesario adoptar el punto de vista internacionalista”. Sin embargo, no comparte los resultados a los que con este criterio llegaron. El PRT plantea que, a diferencia de lo expuesto por Schoijet, el enemigo más temible de la revolución en el Cono Sur y Centroamérica es el imperialismo estadounidense y consideran que Argentina no es una potencia imperialista, ni tampoco como lo plantea el TySAE una potencia capitalista regionalmente emergente. “Argentina, como otros países de América Latina, de Asia y África es un país dependiente de las economías imperialistas centrales que ha logrado un desarrollo económico considerable”. “La recuperación de las islas Malvinas, evidentemente tenía objetivos diversionistas. Pero igualmente evidentes son los derechos de la nación argentina, secularmente explotada, precisamente por el imperialismo inglés” (*Unomásuno*, 13 mayo de 1982).

Las posturas del PRT mexicano y del PRT-ERP argentino son diferentes. El PRT-ERP argentino publicó en el mismo diario su posicionamiento, aunque no hace alusión a la polémica antes expresada. Plantea que, si bien las Malvinas son argentinas, consideran que la dictadura ha entregado el patrimonio nacional, ha sumido en la miseria al pueblo, asesinado, encarcelado y secuestrado a los más “consecuentes luchadores por la efectiva soberanía, atropellando a los pueblos hermanos en Bolivia y Centroamérica, e intenta hoy presentarse como auténtica defensora de la soberanía nacional y de los intereses nacionalistas. Por lo tanto, consideran que la Junta Militar carece de toda legitimidad política, y que por su carácter criminal y represivo no tiene ninguna autoridad moral, que por su naturaleza entreguista nunca será consecuente en la defensa del territorio patrio” (*Unomásuno*, 27 mayo de 1982).

La postura del PRT mexicano, sin estar a favor de la Junta Militar argentina, prioriza la lucha por la recuperación de las Malvinas, ya que considera que es una lucha antiimperialista legítima. En un sentido similar encontramos la postura de un grupo de aproximadamente cincuenta exiliados peronistas ligados al grupo denominado Montoneros y al Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), quienes en un acto político demandaron al cónsul argentino en México que entregara a su gobierno una carta donde solicitaban que se les permita retornar a su país para luchar por la recuperación de las islas Malvinas, por considerar que es un deber de todo argentino luchar por la soberanía sobre estas islas. Para cerrar el acto, los exiliados, el

cónsul y los empleados de la oficina diplomática “entonaron juntos el himno nacional de su país” (*Unomásuno*, 9 mayo de 1982). Hay que recordar que la reivindicación por la recuperación de la soberanía argentina ante las Malvinas había sido una causa que los movimientos peronistas habían encabezado históricamente.

En sentido inverso se pronunció la Comisión Argentina de Solidaridad [CAS], agrupación de argentinos exiliados en México sin afiliación política, quién publicó un desplegado donde expresaban que, si bien consideraban “indiscutible la reivindicación territorial”, no podían apoyar el actuar de la Junta Militar ya que

corresponde con la concepción belicista con que ha venido orientando su política interna y externa, y tiene como objetivo quebrar al movimiento antidictatorial postergando sus reivindicaciones sociales frente a un hecho consumado con el cual pretende obtener el disciplinamiento de toda la sociedad [...] la solución pacífica del conflicto salvaguardando la soberanía argentina sobre las Malvinas es imprescindible (*Unomásuno*, 16 abril de 1982).

De esta manera, a través del análisis de la prensa mexicana de la época, podemos observar que existieron diversas posturas de las izquierdas ante la disyuntiva de apoyar o no a la Junta Militar argentina en la Guerra de las Malvinas. La causa era justa, pero quien la abanderaba era un gobierno criminal.

REFLEXIONES FINALES

El conflicto de las Malvinas de 1982 representa un caso donde un gobierno de derecha, proimperial, hizo suya una causa nacionalista de gran sensibilidad popular; usando a su favor un discurso antiimperialista a través del cual atrajo el apoyo de sectores que le eran antagónicos. De esta manera, podemos observar la fuerza del discurso antiimperialista, que logró que un gobierno absolutamente indefendible, con una importante oposición, obtuviera, aunque por un tiempo breve, la solidaridad de algunos sectores de un pueblo al que había reprimido de manera brutal, y el apoyo de gobiernos a los que había contribuido a desestabilizar. La causa antiimperialista, latinoamericanista y nacionalista tuvo un peso mayor que las enormes diferencias que estos sectores y gobiernos tenían con los militares argentinos. No reivindicaron en sí a la Junta Militar, pero sí la apoyaron en su aventura antiimperialista.

La dictadura militar reclamó las Malvinas para lograr un respaldo popular a su impopular régimen. La recuperación de las Malvinas se trataba del último recurso de los militares de preservar legitimidad. El discurso antiimperialista y nacionalista al que apelaron no

correspondía a la política económica que habían sostenido. Se trataba de obtener apoyos a través del enfrentamiento a un enemigo externo. En un principio esta estrategia funcionó, los militares contaron con el apoyo de diversos sectores. Sin embargo, debido a fallas enormes en los cálculos de los militares, la derrota fue total, conduciendo primero a un cambio en la cúpula militar en el gobierno y posteriormente a la apertura democrática.

En una especie de comedia de equivocaciones, la Junta Militar argentina, que se había aliado a Estados Unidos participando en la ofensiva contrarrevolucionaria centroamericana y caribeña, pretendió contar con el apoyo de este país, imperialista por excelencia, para combatir el imperialismo británico. Sin embargo, el gobierno argentino se encontró con que los que se oponían a su aventura anticomunista, fueron los que defendieron el derecho de Argentina a reivindicar su soberanía sobre las islas Malvinas, como el caso de Cuba, Nicaragua y El Salvador. Y, por el contrario, los que alentaban su intervención en Centroamérica, fueron quienes apoyaron al imperio británico y a su política colonial en las Malvinas, como fue el caso de Estados Unidos. Para Cuba, Nicaragua y El Salvador apoyar a Argentina, más allá de las diferencias ideológicas de sus respectivos gobiernos, significaba liberarse del apoyo que Argentina brindaba a Estados Unidos en su cruzada anticomunista en Centroamérica y el Caribe, cuestión que se materializó, por ejemplo, cuando Argentina decidió retirar a doscientos ochenta asesores anticomunistas que había enviado a Centroamérica. De esta manera, el conflicto malvinense supuso una recomposición temporal de alianzas a nivel internacional muy distinta a la calculada por la propia Junta Militar.

La prensa de la Ciudad de México demostró un enorme interés en el conflicto malvinense al dedicar un enorme espacio a su cobertura. Esto se entiende por una parte por la relación estrecha que México tenía con Latinoamérica y por la cantidad de argentinos radicados en México, muchos de ellos periodistas, pero también por una cuestión fundamental: este conflicto dejaba al desnudo la naturaleza del sistema interamericano, mostrando de manera clara que sus organismos, principalmente la OEA y el TIAR, servían únicamente a los intereses de Estados Unidos y no a los de los pueblos latinoamericanos. Constantemente la prensa de la Ciudad de México y de manera especial el periódico *Unomásuno* en sus editoriales, llamaron la atención al respecto, denunciaron la inutilidad de estos organismos para atender los intereses latinoamericanos y la hipocresía de Estados Unidos quién, por ejemplo, ignoraba las resoluciones del TIAR por no ser convenientes a sus intereses. Fueron varios los pronunciamientos al respecto, no solo de la prensa, sino también de organizaciones políticas y civiles, así como declaraciones a nivel individual. Por ejemplo, el PSUM, al fijar

su postura respecto al conflicto malvinense, declaró que México debía salirse de estos organismos dada su naturaleza proimperialista.

Ante el conflicto malvinense podemos encontrar una amplia gama de posicionamientos. Las posturas externadas por los diferentes gobiernos estuvieron condicionadas por la ideología de cada estado, pero sobre todo por las coyunturas geoestratégicas del momento. Algunos gobiernos, aunque pocos, tuvieron posturas no tan abiertamente definidas, por ejemplo, el de España, que por su propia situación le era muy complicado posicionarse de manera clara, y otros gobiernos cuya postura fue inamovible, como el mexicano. Gran Bretaña contó con el apoyo principalmente de los países europeos y de Estados Unidos. Dentro de los gobiernos que apoyaron a la Argentina encontramos básicamente dos posturas: los gobiernos que externaron su respaldo incondicional a la Junta Militar en su aventura malvinense, incluso ofreciendo el envío de ayuda militar, entre los que encontramos a los países del Pacto Andino y a gobiernos resultados de revoluciones sociales como el cubano, el nicaragüense y el salvadoreño, como ya se ha dicho. La otra postura consistió en la reivindicación de la soberanía argentina sobre las islas, pero en el rechazo de la vía de la confrontación bélica por la que habían optado los militares argentinos, ya que consideraban que el conflicto debía ser resuelto en la ONU. Con esta postura encontramos al gobierno de México, así como a los de China, India, Ecuador, República Dominicana, Honduras y también la Internacional Socialista.

Respecto a las declaraciones externadas por diversas organizaciones, así como las realizadas a nivel personal, encontramos en la prensa de la Ciudad de México, una amplia gama de lecturas respecto al conflicto. Generalmente todas defienden la soberanía argentina sobre las islas, pero difieren en la concepción de la naturaleza del conflicto y también con respecto a si debían apoyar o no a la Junta Militar. El PRT México fue la organización que de manera más abierta planteó su apoyo a las medidas militares tomadas por la Junta argentina al considerar que se trataba de un conflicto de carácter anticolonial que respondía a legítimos intereses del pueblo argentino. Esta postura fue duramente criticada por intelectuales y organizaciones, principalmente por el periodista argentino Schoijet que consideró que el conflicto era un choque interimperialista entre una potencia imperialista en declinación y una potencia imperialista en formación, enemiga del proletariado, por lo que de ninguna manera se podía apoyar. Para el TySAE tampoco se trataba de una lucha anticolonial sino un conflicto entre un país capitalista mediano y otro grande. Y plantearon la imposibilidad de apoyar a la Junta Militar argentina, aunque levantara una reivindicación legítima. Selser definió el conflicto como “Show de

barato patrioterismo”, encaminado a fortalecer a la casta castrense y a las transnacionales. Una postura semejante tuvieron Gilly y Almeyra en el sentido de considerar una causa legítima la reivindicación de la soberanía argentina sobre las islas, pero plantearon la imposibilidad total de apoyar a la Junta Militar por ser el principal enemigo del pueblo argentino y latinoamericano. En sentido inverso encontramos las declaraciones de integrantes del COSPA, quienes solicitaron desde el exilio permiso para retornar a su país para luchar por la recuperación de las islas Malvinas, por considerar un deber de todo argentino defender la soberanía argentina sobre las islas.

Para concluir, podemos decir que en México prácticamente todos los pronunciamientos publicados en la prensa coincidieron en que la soberanía de las islas Malvinas pertenecía a Argentina, y nadie apoyó directamente a la Junta Militar como gobierno legítimo. Sin embargo, donde sí encontramos diferentes posturas es ante la disyuntiva si la causa de recuperación de las islas por la vía de la fuerza ameritaba o no apoyar en ese aspecto a los militares argentinos. O sea, si una causa nacionalista antiimperialista ameritaba diluir las fronteras entre la derecha y la izquierda. Muchos consideraron que no, pero hubo otros que consideraron que era más importante la legitimidad de la causa que los horrores de quién la enarbolaba.

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz, César L., Passaro, Marta y Giménez, Mario (diciembre de 2014). Clarín y la guerra de Malvinas: Los dilemas del cambio de época. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En *Memoria Académica*. Disponible en:
El Día (1982, enero-diciembre) Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4716/ev.4716.pdf >
- Placer Cervera, Gustavo (2018). *Conflicto Malvinas. Una visión desde Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Saborido, Jorge (2003). Un conflicto incómodo: la prensa española frente a la guerra de las Malvinas. En *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas 5*, Recuperado de: <http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/anuario_fch/n05a12saborido.pdf>, Acceso 2019.
- Unomásuno* 1982 (México, D.F.) marzo- julio.
- Yankelevich, Pablo (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires: FCE, COLMEX.

EL PENSAMIENTO GRAMSCIANO Y LA IZQUIERDA HETERODOXA

EL CASO DEL MOVIMIENTO DE ACCIÓN POPULAR

Patricia Pensado Leglise

Entre todas las cuestiones que han servido para diferenciar al marxismo del viejo antiimperialismo democrático y liberal en México, ninguna tan importante como la caracterización de la Revolución Mexicana y, por consiguiente, del Estado dominante. Frente a la “tradicición” impuesta por la ideología oficial [...] el pensamiento marxista ha debido comprobar lo que en otras latitudes parecería un bizantinismo: el carácter de clase de la Revolución de 1910-1917, del Estado construido sobre las ruinas del régimen porfirista y de la ideología surgida en el curso de la lucha revolucionaria. Sin embargo, obvio es decirlo, la simple constatación de que el estado es burgués [...] no resuelve ninguno de los problemas concretos que la práctica política enfrenta cotidianamente. [...] el peso específico del Estado en la sociedad mexicana constituye acaso la “peculiaridad” más significativa del capitalismo mexicano. De ahí la extraordinaria importancia que tiene investigar las formas que asume el poder de la clase dominante. Adolfo Sánchez Rebolledo. Presentación.

En 1979, Carlos Pereyra escribe: “Si toda lectura es una intervención en el texto y nunca la asimilación pasiva de significaciones, ya dadas de manera inalterable, los escritos de Gramsci ofrecen más posibilidades aun de lecturas diferenciadas” (Pereyra, 1979, p. 66). Quizá por esta razón los escritos del pensador italiano durante los años sesenta y setenta no fueron lectura “masiva” entre grupos mexicanos de izquierda sino solamente entre aquellos a quienes les resultaba incompleta o insuficiente la visión de las organizaciones estalinistas. Se trató de grupos heterodoxos que buscaban otras vías de acción y comprensión de las complejidades sociales que se les presentaban.

En las líneas que siguen me referiré a la recepción de las tesis gramscianas por un grupo de intelectuales universitarios a los cuales podemos reconocer como de la generación del 68, en el sentido atribuido por Karl Mannheim (1993), de coincidir en una experiencia política común de una época¹. Y para quienes resultó de suma importancia conocer y discutir las tesis de Gramsci durante un buen tiempo desconocidas u olvidadas por las izquierdas, tesis que resultaban irredentas ante el marxismo soviético, calificado así por el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez (1999).

Antonio Gramsci, quien además de infatigable luchador comunista, dedicó buena parte de su vida al estudio y reflexión del “Estado moderno”, desarrolló conceptos como hegemonía, bloque histórico, sociedad civil, guerras de posiciones y de movimientos y sobre “el decir verdad en política” capaces de explicar, desde miradores más amplios, la(s) forma(s) en que se mantiene el poder bajo la férula de las clases dominantes.

Para el político italiano la actividad política no podía caminar ajena, por así decir, de la actitud ética. Enriqueció, en consecuencia, el “humanismo marxista al exaltar el elemento consciente de las acciones humanas que hace a los hombres sujetos de la historia” (Betancourt, 1990, p. 113). Era requisito desarrollar una moral distinta que al tiempo que comprendiera las aspiraciones liberadoras de la sociedad comunista, también estuviera atenta a la conciencia crítica y la acción de los intelectuales orgánicos.

La lectura que, en nuestro medio, hicieron Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra y Rolando Cordera sobre Antonio Gramsci les proporcionó fundamentos para sustentar sus tesis acerca del Estado mexicano y los movimientos sociales, debido a que validaba la lucha política reformista dirigida a crear condiciones de mayor igualdad en los aspectos de la vida social y económica dentro del capitalismo, lo cual contribuiría a configurar una nueva hegemonía de los trabajadores y de las masas populares en la sociedad y el Estado, “basado en la democracia política de masas y en la transformación y el empoderamiento de la sociedad civil” (Oliver, 2016, p. 21). Y, también, mejorar sus argumentos contra el socialismo real poniendo en el centro la democracia.

1 Jóvenes egresados o en sus primeras actividades docentes que coincidieron en la necesidad de organizar un sindicato del personal académico en la Universidad Nacional Autónoma de entre quienes se encontraban, por mencionar sólo algunos nombres: Rolando Cordera, Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra, Eleazer Morales, Pablo Pascual Moncayo, Luis Emilio Giménez Cacho, Erwin Stephan Otto, José Woldenberg, Raúl Trejo Delarbre, se trató de un grupo relativamente homogéneo en términos de intereses y visiones políticas aunque entre ellos alguno había formado filas del Partido Comunista Mexicano.

SER UNA IZQUIERDA HETERODOXA

Comienzo por recordar algunos eventos que compartieron y, al parecer, los acercaron en términos políticos como, por ejemplo, la participación en el movimiento estudiantil de los años sesenta, el triunfo de la Revolución cubana en 1959 o la formación del Movimiento de Liberación Nacional [MLN] en 1961, especie de frente antiimperialista creado por iniciativa del general Lázaro Cárdenas, frente que cobijó a prácticamente todas las corrientes de izquierda de la época. Los de mayor edad eran ya egresados en 1968 y varios trabajaban en el sector público del que tras el movimiento fueron expulsados en razón de las posturas solidarias adoptadas como fue el caso de Pablo Pascual y Rolando Cordera quien además llegó a conocer a los dirigentes estudiantiles de Alemania y del Mayo Francés, Rudi Dutschke y Dany Cohn Bendit, meses antes que comenzara el movimiento en México. De esos encuentros, a decir de Rolando Cordera, le impresionó la idea del “movimientismo” como una opción frente a la actuación de los partidos. Dicho en sus palabras: “los años oscuros, muy duros, de mucha confusión” de los años setenta, en que el sistema político no estaba dispuesto a ceder nada, y se continuaba “la estrategia de sitio por parte del gobierno de Díaz Ordaz sobre las universidades”², continuó con el gobierno de Echeverría ante la manifestación estudiantil del 10 de junio de 1971, donde la represión según Cordera, apareció como nunca antes se había visto “fue una agresión artera, criminal aparecen como un contingente mortífero que atacan, golpean, saben artes marciales y disparan”.

A raíz de esos acontecimientos pero, en muy buena medida, presionados por un “ambiente complicado”, algunos de ellos se unieron a una iniciativa promovida por Raúl Álvarez Garín para fundar una revista, Punto Crítico, que posibilitara el intercambio de opiniones y reflexiones. También organizaron el llamado Consejo Sindical integrado por profesores de enseñanza media superior, sobre todo de los colegios de Ciencias y Humanidades (creados en esos años) y de enseñanza superior buscando la formación de un sindicato del personal académico que sin demérito del trabajo intelectual de los profesores universitarios consideraban que no era ajeno a cualquier otro trabajo asalariado.

Fue desde esa plataforma que se sumaron a la iniciativa de Rafael Galván, dirigente de la Tendencia Democrática de los Electricistas del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República

2 Pensado, Patricia y Arellano, Erick, (23 de abril de 2019). Quinta entrevista a Rolando Cordera Campos. Facultad de Economía UNAM.

Mexicana [SUTERM] por la democratización de las organizaciones obreras. Posteriormente formaron el Movimiento de Acción Popular [MAP] para muy pronto, integrarse al Partido Socialista Unificado de México [PSUM] y algunos al Partido Mexicano Socialista [PMS] y al Partido de la Revolución Democrática [PRD]. Al final de los años noventa, varios de ellos llegan a ser parte del Partido Socialdemócrata, bajo cuyas siglas Gilberto Rincón Gallardo contendió por la presidencia (2000); varios de ellos a quienes se les han sumado jóvenes generaciones se dan cita en una organización civil constituida en el año de 1989: el Instituto de Estudios por la Transición Democrática.

Marxistas heterodoxos que encontraron en el pensamiento gramsciano sustento para su posición político-social de crítica contra el socialismo real y las organizaciones alejadas del movimiento de masas. Si bien la mayoría incursionó en la praxis sindical, se solidarizaron con los movimientos obreros y campesinos, y consideraron las actividades de la prensa y la propaganda un trabajo imprescindible no sólo para la organización de las masas sino como una responsabilidad de los intelectuales, así participaron en la redacción de proclamas, volantes, artículos en la Hoja Popular, en las revistas Política, Octubre, Solidaridad, el suplemento cultural de la revista Siempre, Punto Crítico y Cuadernos Políticos.

En palabras de Sánchez Vázquez: “[este grupo, como otros de la izquierda mexicana, encontró en las tesis de Gramsci] un vigoroso punto de apoyo en la búsqueda de una alternativa al marxismo soviético socializado” (Sánchez, 1999, p. 8). Asimismo, coincidieron con la propuesta de Gramsci acerca de que el poder del Estado no se debe solo a la coerción sino a “los diversos mecanismos de dominación,” (Pereyra, 1984, p. 213) que le otorgan consenso social y hegemonía política, la cual “se constituye en virtud del comportamiento gubernamental, del parlamento y del sistema jurídico, etcétera, y también en el espacio formado por sindicatos, partidos, medios de comunicación, centros educativos y culturales,” (Pereyra, 1984, p. 218) entre otros.

De ahí, que Carlos Pereyra concluya la necesidad de que la transformación de la sociedad solo podía ser producto de la organización de las masas, librando la guerra de posiciones “proceso a través del cual el bloque dominado vigoriza su presencia en las instituciones de la sociedad civil alterando la correlación de fuerzas en el tejido social característico de la formación capitalista” (Pereyra, 1984, p. 219).

Planteamiento que rebatió las premisas del marxismo ortodoxo sobre el proletariado como sujeto revolucionario, ya que al retomar los conceptos gramsciano de “bloque dominado” y “hegemonía”, se incluye en la categoría de sujeto revolucionario al “constituido progresivamente en el transcurso de la confrontación social ni más ideología

revolucionaria que la formada por este mismo proceso con base, en efecto, en el aporte discursivo del marxismo e integrando los elementos ideológicos nacionales y populares de cada historia particular” (Pereyra, 1984, p. 234).

Por esta razón, el interés de este grupo por el estudio y la comprensión del proceso histórico del Estado mexicano y el rescate de las formas populares del nacionalismo, cuyas raíces en opinión de Arnaldo Córdova derivaban del proceso revolucionario iniciado en 1910, se entremezclaron la insurrección campesina encabezadas por Zapata y Villa, y la revolución burguesa dirigida por Madero y Carranza (Córdova citado por Pereyra, 1990, p. 109).

Carlos Pereyra consideraba que los vínculos entre el charrismo sindical y el Estado eran mucho más fuertes y estructurales que la simple imposición violenta; eran rasgos corporativos, como dijo en su momento Arnaldo Córdova, que participaban de una forma del Estado” (Pensado, 2014, p. 74).

Por su parte, Adolfo Sánchez Rebolledo, uno de los más entusiastas impulsores de los encuentros reflexivos mencionaba que la organización de seminarios era práctica común. En una entrevista recordaba que en el contexto de la revista Cuadernos Políticos se dieron discusiones amplias sobre el reformismo y sus límites³.

EL MOVIMIENTO DE ACCIÓN POPULAR: SUS TESIS

Buena parte de las discusiones y visiones cultivadas en años de práctica político-sindical, de estudio y debates derivaron en las tesis (y programa de acción) del Movimiento de Acción Popular. A la vez que ideario político, las tesis eran análisis y diagnóstico; ahí se señalaba que, a raíz de la política reformista del general Cárdenas, las organizaciones sociales (trabajadores del campo y la ciudad) habían quedado bajo la tutela del Estado. La creación del Partido de la Revolución Mexicana [PRM], ahora PRI sujetaría a los trabajadores al Estado “a través de las organizaciones corporativas, la sindicalización de los burócratas, la expansión del sector público y la implementación del bagaje ideológico reformista de la Revolución” (Pereyra, 1990, p. 110).

Y agregaba: “Pocas veces en la historia, un Estado había obtenido un grado tal de legitimidad y un dominio tan definitivo sobre la vida económica, política e ideológica de un país” (Pereyra, 1990, p. 110). De tal manera, que las carencias democráticas se manifestaban más en las organizaciones sociales debido a que su “sujeción al partido del

3 Es posible consultar esos artículos en página de cuadernos políticos disponible en <<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/index.html>>.

Estado los convierte más en correa de transmisión del poder político que en lugares de organización y participación de las clases trabajadoras” (Pereyra, 1990, p. 42).

De acuerdo con las tesis del MAP, la contradicción permanente entre la política de clase y la política social del Estado mexicano provoca tensiones que, unas veces, lo hacen entrar en conflictos con la clase dominante, mientras que otras veces ponen en peligro su legitimidad social” (*Tesis del Movimiento de Acción Popular*, México, p. 87). Asimismo, tempranamente advertían que el Estado sería menos reformista en la medida en que se impusieran los intereses de la clase dominante; por ello, pensaban, la izquierda tendría que “plantearse como objetivo inmediato y a largo plazo la lucha a fondo por las reformas sociales, de la que deberá hacer, paradójicamente, una lucha revolucionaria [...]” (*Tesis del Movimiento de Acción Popular*, 1981, p. 90).

Interpretación del Estado mexicano que hacía que el concepto gramsciano de hegemonía cobrara sentido para fundamentar la viabilidad de “una hegemonía socialista” (Pereyra, 1990, p. 62) sin la destrucción del Estado. Punto precisamente donde el grupo difería de otras opiniones sostenidas por algunas organizaciones de izquierda, que en el contexto de la “actualidad de la revolución”, buscaban nuevos modelos para la acción revolucionaria como la guerra popular y prolongada o los focos guerrilleros. El MAP, por el contrario, insistía en que: “En cada situación histórica las tareas de los socialistas vienen definidas por las circunstancias existentes, no por una receta doctrinaria de supuesta validez universal” (Pereyra, 1990, p. 64). Tareas que podían ser realizadas por las fuerzas políticas “(que) cuentan con la posibilidad de articular sectores heterogéneos de la sociedad y concertar voluntades en torno a proyectos definidos” (Pereyra, 1990, p. 81).

Sin embargo, estas ideas no fueron compartidas ni comprendidas por toda la izquierda, de ahí la crítica que hace Arnaldo Córdova en 1985 a la izquierda, quien a pesar de haber estado involucrada en los procesos electorales, desde que se hace la primera reforma política en 1977, “se da el caso de que la mayoría de los izquierdistas no creen que las elecciones sirvan para efectuar transformaciones de importancia en el sistema político mexicano; en esencia creen que las elecciones constituyen una salida inútil en la gran tarea de terminar con la explotación y la opresión en México e instaurar una sociedad socialista” (Córdova, 1986). Ideas que confrontaron a las distintas corrientes de las izquierdas en el país y que impidieron, como ha señalado José Woldenberg (2019), que se valoraran las virtudes del proceso de la transición democrática, como son: el pluralismo, la libertad de

expresión, la necesidad de instituciones nuevas, el reforzamiento de sistemas de contrapeso y mediación; en fin, ir construyendo una cultura democrática.

EL CONSEJO SINDICAL

Ejemplo de praxis política de este grupo en los años setenta fue, como se anotó, la creación del Consejo Sindical, inspirados por la antigua tradición anarquista del movimiento obrero mexicano e italiano que retomaba el planteamiento de Gramsci de los consejos de fábricas. Rolando Cordera recuerda que

le pusimos inicialmente Consejo Sindical porque varios, entre ellos uno que fue muy activo durante un tiempo, Juan Garzón, filósofo, dijo que había también que traer las experiencias y las tesis de los consejistas [...] Para evitar formaciones verticales, proclives al autoritarismo, etcétera, etcétera, al gremialismo [...] Entonces dijimos, bueno, un Consejo Sindical⁴.

El Consejo se propuso la sindicalización de los profesores-investigadores universitarios para atender los problemas específicos tanto de tipo gremial como de participación política como lo demostraron al sumarse a la insurgencia sindical de los años setenta y también al formar parte del Frente Nacional de Acción Popular desde su fundación en 1976.

SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

Por otra parte, la crítica al socialismo real se sustentó en las evidencias, que se empezaban a conocer con mayor celeridad debido a la falta de libertades políticas y la concentración del poder; de ahí entonces que el llamado a la lucha por la democracia y al pluralismo fuera visto como algo consustancial a la democracia. También hay que apuntar que en el rechazo a las prácticas políticas del socialismo real, contó también el hecho de que algunos miembros tuvieran contacto con dirigentes de organizaciones estudiantiles europeas en los años 67 y 68, quienes desarrollaban las tesis del movimientismo, modo de hacer política en oposición a las praxis de los partidos comunistas, tal vez influenciados por las tesis maoístas y situacionistas tan en boga durante esa época⁵.

4 Entrevista citada.

5 La Internacional Situacionista [IS], (Italia 1957), fue un movimiento artístico y político que concede un papel central a lo artístico en sus luchas ya que éstas se desarrollan en el plano de la propaganda y de la educación de las masas. Guy Debord, uno de sus fundadores, señala que la IS “puede verse como una vanguardia artística,

Años después, estas críticas se plantearían de forma abierta por parte de tres partidos comunistas importantes de Europa occidental (Italia, España y Francia), que constituirían el movimiento del eurocomunismo, basados en cambiar su estrategia política al retomar la lucha democrática sin renunciar a sus objetivos de transformación social. En palabras del comunista español, Fernando Claudín

[...] el eurocomunismo fue el producto de la crisis global del sistema capitalista desatada en la segunda mitad de los años setenta, y del abismo en el desarrollo histórico entre el modelo revolucionario de Rusia y el de los países occidentales. Las críticas de los partidos comunistas al centro soviético aumentaron a medida que se dieron cuenta de que el partido comunista de la Unión Soviética pasaba gradualmente pero irremediablemente de revolucionario en sus primeros años a convertirse en una expresión de una nueva clase dominante (Donofrio, 2014, pp. 27-32)⁶.

Además, el alejamiento del Partido Comunista Italiano [PCI] y su deslinde del PCUS generó una propuesta “para emprender la política de la “vía nacional” al socialismo y, después, la de la colaboración entre fuerzas sociales mejor conocida como “compromiso histórico” (Ortega y Méndez, 2018, p. 2), tesis que contradecía el papel vanguardista del partido de cuadros.

Otra convergencia fue la que establecieron con la corriente disidente del PCI, que publicaba la revista *Il Manifesto*, desde 1968, en donde participaban Rossana Rossanda, Lucio Magri y Luigi Pintor, quienes criticaron al socialismo soviético, “particularmente por los “excesos” cometidos por el estalinismo, de los cuales, la dirigencia del Partido Comunista Italiano, afirmó no haber estado enterado desde antes, y por las invasiones soviéticas a Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968)” (Gómez, 2018, p. 27). La visita de Rossanda y Magri a México fue enriquecedora para este grupo de intelectuales universitarios; entre otros frutos de esos encuentros y cercanías fue la publicación en editorial ERA, dirigida por Neus Espresate, de *Il Manifesto*⁷.

como una investigación experimental de modos posibles de construir libremente la vida cotidiana y como una contribución al desarrollo teórico y práctico de una nueva contestación revolucionaria.”, en “El vivir de una forma artística: Del letrismo al situacionismo”, en <<https://solicitud210.wordpress.com/2018/09/03/el-vivir-de-una-forma-artistica-del-letrismo-al-situacionismo/>>, acceso 29 de noviembre de 2019.

6 Consultar en Gabriela Evangelina Canchola García “La influencia del eurocomunismo en la alianza de izquierdas: la formación del Partido Socialista Unificado de México [PSUM] 1977-1981”, Tesis de licenciatura en Historia, SUAYED, UNAM, mayo 2015.

7 Este sello editorial además de haber dado “cobijo” al proyecto de la revista *Cuadernos Políticos*, también publicó en los primeros años ochenta los *Cuadernos de la cárcel* traducidos por Ana María Palos (Véase Gómez, 2018).

Fue un hecho que los espacios que estos intelectuales de izquierda, dedicaron al debate teórico de las ideas de Rosa Luxemburgo, León Trotsky, Lenin, Ernest Mandel así como el intercambio con intelectuales de otros continentes (a los ya mencionados habría que señalar los casos de Roger Garaudy y Juan Carlos Portantiero; su contacto y solidaridad con las pléyade de políticos que tenían que salir de sus países a la llegada de las dictaduras del cono sur, contribuyeron a enriquecer la teoría socialista y la reflexión en nuestro contexto. Y en esta discusión desempeñó un papel relevante las lecturas que hicieron sobre Gramsci que contribuyeron a la “lectura crítica del Estado mexicano y comenzó a surgir una reflexión diferente en torno a las opciones que se le plantean a la izquierda” (Pensado, 2014, p.110); ejes centrales que, hasta ahora, no han sido considerados todavía como fundamentales en el programa de la izquierda: la igualdad social y la democracia política.

PARA FINALIZAR

En el contexto de los años setenta las ideas del pensador italiano, como han señalado diversos autores, fueron retomadas por la izquierda mexicana para definir derroteros heterodoxos, rechazando transitar por las mismas vías que, en retrospectiva, quedan debiendo. Las ideas gramscianas alimentaron su propia praxis tanto en el movimiento sindical, como después en la organización del PSUM y, también, en sus relaciones ideológicas y políticas con sus pares, militantes de otras organizaciones de la izquierda nacional y latinoamericana.

Abrevaron de un nacionalismo revolucionario, renovándolo con la tradición socialista heterodoxa, estos intelectuales se convirtieron en parte importante de una izquierda mexicana que reivindicó la lucha por las reformas como vía posible y factible para el cambio social y que, al igual que Rosa Luxemburgo, están claros que sin democracia no hay socialismo.

De ahí se explica la gran receptividad del pensamiento gramsciano por parte de este grupo ya que como apuntan Jaime Ortega y Diana Alejandra Méndez “las ideas de Gramsci tomaron un lugar central en la reflexión de las ‘vías diversas’ o nacionales de lucha por el socialismo y, posteriormente, en una forma particular de entender la relación entre democracia y transformación socialista” (Ortega y Méndez, 2018, p. 2) que permeó a una parte importante de nuestra izquierda e inspiró a muchos.

Asumir el papel del intelectual orgánico, que considera imprescindible el trabajo intelectual en la medida de que es capaz de acompañar a las clases subalternas, y aporta elementos para

entender e interpretar la realidad histórico social, constructor de “una hegemonía alternativa [...] a un nuevo bloque histórico” (Illades, 2018, p. 23)

Para este grupo la recepción de las ideas gramscianas significó asumir a la política como lucha por la democracia y por la reforma del Estado contribuyendo a crear las condiciones necesarias para acceder a condiciones más equitativas.

BIBLIOGRAFÍA

- Betancourt, Carlos (1990). Gramsci y el concepto del Bloque Histórico. En *Historia Crítica* (4).
- Donofrio, Andrea (2014). El eurocomunismo, ¿producto de la crisis económica y política de los setenta? En Canchola, Gabriela, *La influencia del eurocomunismo en la alianza de izquierdas: la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) 1977-1981*. México: UNAM.
- Córdova, Arnaldo (1986). Hacia Gramsci: La larga marcha de la izquierda mexicana. En *Nexos*. Recuperado de <<https://www.nexos.com.mx/?p=4634>> Acceso 29 de noviembre de 2019.
- Gómez, Olivia (2018) *Cuadernos Políticos: debates coyunturales a partir de una izquierda marxista no ortodoxa (1974-1990)*. (Tesis Doctorado en Historia Moderna y Contemporánea). Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora: México.
- Illades, Carlos (2012). *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*. México: Océano.
- Illades, Carlos (2018). *El marxismo en México. Una historia intelectual*. México: Taurus.
- Mannheim, Karl (1993). El problema de las generaciones. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (62), 193-244.
- Oliver, Lucio (2016). La lectura autónoma de Gramsci. Sus aportes a la teoría histórico política del siglo XXI. En Oliver, Lucio, *Debatiendo Gramsci*. México: UNAM.
- Ortega, Jaime y Méndez, Diana (2018). Recepciones de Gramsci en México: Una mirada panorámica. En *Demarcaciones. Revista latinoamericana de estudios althusserianos*, (6).
- Pensado, Patricia y Erick Arellano (2019). Entrevista a Rolando Cordera Campos (Ciudad de México).
- Pensado, Patricia (2014). *Adolfo Sánchez Rebolledo. Un militante socialista*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Pereyra, Carlos (1979). Estado y sociedad civil. En *Cuadernos Políticos* (21).

- Pereyra, Carlos (1984). *El sujeto de la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pereyra, Carlos (1990). *Sobre la democracia*. México: Cal y Arena.
- Piñón, Francisco (2016). Gramsci: humanismo y crítica de la cultura. En Oliver, Lucio (coord.) *Debatiendo Gramsci. La sociedad como teoría, historia y poder*. México: UNAM.
- Sánchez Rebolledo, Adolfo, (1977). Presentación. *Cuadernos Políticos*, (13).
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1999). *Gramsci Vol. I*. México: UNAM.
- Tesis del Movimiento de Acción Popular (1981). México.
- Woldenberg, José (2019). Conferencia. Sesión del 25 de mayo del Instituto para el Estudio de la Transición Democrática, Museo Trotsky, Ciudad de México.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD POLÍTICA DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE A TRAVÉS DE SU PUBLICACIÓN, EL PERIÓDICO *MADERA*

Alejandro Peñaloza Torres

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objetivo definir la identidad política de la Liga Comunista 23 de Septiembre (en adelante LC23S) a partir de su publicación, el periódico clandestino *Madera*, el cual existió desde 1974 y hasta 1981, dando un total de cincuenta y ocho números. Identidad que se construyó desde la discusión primigenia, hacia 1972, entre los miembros de diferentes organizaciones armadas de carácter urbano y que se cimentó sobre tres ejes esenciales, a saber: la idea de la vanguardia del proletariado, la violencia revolucionaria como método de transformación social y la creación del mismo periódico *Madera* como eje rector de toda su acción política y militar, es decir, la palabra escrita basada en la teoría marxista leninista, como guía inexcusable de la lucha.

La LC23S fue una organización de izquierda, clandestina y armada que existió entre 1973 y 1981. Sostuvo una posición de enfrentamiento directo contra el Estado mexicano con el objetivo claro y definido de derrocarlo e instaurar la dictadura del proletariado. Fue, seguramente, la más radical e ideologizada de las organizaciones armadas de izquierda que existieron en las décadas de 1960 y 1970 en México, período que se caracterizó por la existencia de varios grupos armados de izquierda opositores al régimen.

El periódico clandestino *Madera* se repartía en los centros de trabajo del proletariado en las ciudades más industrializadas del país: Distrito Federal, Estado de México, Monterrey, Ciudad Juárez, Culiacán, Hermosillo, Guadalajara.

Tanto el nombre de la organización como el del periódico, hacían clara referencia al asalto al cuartel militar de Ciudad Madera en Chihuahua, llevado a cabo el 23 de septiembre de 1965 por el Grupo Popular Guerrillero [GPG]. No obstante, no existió nexos ideológico entre la LC23S y el GPG¹.

La investigación comienza en 1972, es decir, un año antes de la fundación de la LC23S, ya que fue en ese momento cuando se construyó la relación que permitió la unificación de varios grupos armados de corte urbano para conformar uno solo, pero sobre todo porque la base de la discusión para concretar esa unión fueron los textos de Ignacio Arturo Salas Obregón, cuyo alias más conocido fue *Oseas*, quien fuera el principal ideólogo y dirigente de mayor importancia en toda la historia de la LC23S.

Esos textos resultan fundamentales porque no solo sirvieron para concretar la unión de los diversos grupos armados, sino que ahí se encuentra, precisamente, la base sobre la que se edificó la identidad política de la LC23S. Los textos constitutivos pusieron los cimientos para la identidad política que rigió a la Liga durante toda su existencia.

La discusión ideológica sobre la necesidad y la viabilidad de las armas que desembocaría en la creación de la LC23S se inició hacia

1 Si se contraponen los documentos del GPG, escritos por su dirigente principal, Arturo Gámiz García, con los textos de la LC23S, el planteamiento de la lucha armada es completamente divergente. La diferencia principal es la conformación del sujeto revolucionario. Gámiz, sin ser maoísta, señala al campesino como el actor revolucionario y encuentra múltiples virtudes en la lucha por la tierra en varias partes del país, pero sobre todo, desestima la posibilidad de que el obrero encabece la lucha armada en México, debido a que, señala, ha sido cooptado por el gobierno pos revolucionario. En contraposición para la LC23S, el sujeto revolucionario es el obrero, y por tanto el proletariado, quien estaba llamado históricamente a la lucha por el socialismo en México. Esta diferenciación no es de ninguna manera banal, este aspecto fue el centro de las críticas y ataques en los escritos de la LC23S contra todo el espectro de la vieja izquierda e incluso en contra de todas las demás organizaciones armadas del país. De tal suerte, que el hecho de que la Liga haya adoptado la fecha del asalto al cuartel Madera para bautizar a su periódico y la fecha del acontecimiento para nombrarse como organización, parece tener que ver con la construcción de un imaginario de heroicidad, que con vínculos ideológicos entre una y otra organización. Desde nuestra perspectiva, los ideólogos de la Liga no parecen haber tenido acceso a los documentos del GPG, porque de haberlos leído, las diferencia ideológicas no hubieran pasado desapercibidas, como ocurrió con el PDLP, una vez la Organización Partidaria, embrión de la Liga, estuvo en contacto con ellos.

finales de 1970, tras el rompimiento con el Partido Comunista de México [PCM] de una fracción, liderada por Raúl Ramos Zavala, de la Juventud Comunista. El grupo encabezado por Ramos Zavala fue conocido como Los procesos debido al texto que escribió y que sirvió como punto de partida de la discusión sobre el carácter de la revolución y la viabilidad de la lucha armada en México, y que finalmente desembocaría en la creación de la LC23S.

Sin embargo, Ramos Zavala fue abatido por la policía en febrero de 1972, por lo cual Ignacio Salas Obregón asumió la dirección del grupo armado, que para entonces se llamó Organización Partidaria (AGN, s DFS, c 165, e Graciela Mijares Lopez).

Fue en ese año que se dio el sesgo definitivo que concluyó en la conformación de una organización con las siguientes características: proletaria, clandestina y armada, el eje rector de esa discusión fueron los textos conocidos como Maderas Viejos. En realidad, Salas Obregón retomó los escritos de Ramos Zavala, y a partir de ahí definió los suyos, puliendo y profundizando los primeros planteamientos de Los Procesos y, de igual forma basándose completamente en el Leninismo, redefinió la identidad política de la incipiente organización. (Hirales, 1996, 181).

Cabe mencionar que además de los Maderas viejos, existe otro documento fundacional, asimismo escrito por Ignacio Salas Obregón, que se llamó Cuestiones fundamentales del Movimiento Revolucionario (Salas Obregón, 2003), el cual condensaba los planteamientos esbozados en esos Maderas Viejos. Hay algunos otros textos que también sirvieron para nutrir la identidad como organización armada de la futura LC23S, es el caso de *Apreciaciones sobre el movimiento revolucionario en el campo* y *Comunicado al Partido de los Pobres*.

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA IDEOLOGÍA DE LA LC23S.

Siguiendo a Alberto Martín y Eduardo Rey Tristan, existen oleadas en los movimientos revolucionarios latinoamericanos (Martín y Rey, 2012) y en un primer momento, inmediato posterior a 1959 con el triunfo de la revolución cubana, las organizaciones guerrilleras surgidas en esa parte del continente tomaron “esquemas aprendidos del castrismo” y estuvieron influenciados por los planteamientos del Che Guevara, así proliferaron grupos que reivindicaban el foco como estrategia de lucha (Martín y Rey, 2012, 18-19). Los mismos autores señalan la existencia de una “identidad colectiva revolucionaria orientada hacia la emancipación” y de la “conformación de identidades políticas revolucionarias”. Se trata, en términos de los autores mencionados, de “una identidad colectiva” tendiente a la construcción de

sociedades igualitarias y cuya circulación fue posible en las décadas de 1950-1970, gracias al avance de los medios de comunicación, en particular la prensa (Martin y Rey, 2012, 24-25).

En este caso se trata de la divulgación de las ideas marxistas, en sus diferentes tendencias, y de la existencia del socialismo real, materializado en gobiernos establecidos tras revoluciones triunfantes en varias partes del mundo, lo cual parecía demostrar la efectividad del esfuerzo organizativo de la clase dominada.

Sí en Latinoamérica un referente fundamental fue el triunfo de los revolucionarios cubanos y este sirvió de ejemplo y motivación para organizaciones guerrilleras de diferentes países, que incluso recibieron apoyo del gobierno cubano con capacitación militar; el imaginario de la LC23S no se construyó sobre la base de esa revolución victoriosa y las figuras del Che Guevara y Fidel Castro, sino sobre la del triunfo de la revolución rusa y su máximo ideólogo, Vladimir Ilich Lenin. Estas fueron las ideas que guiaron su acción política y armada y que influyeron en su decisión de intervenir en el proceso de luchas económicas, (*sin dirección*, en sus propios términos) para transformarlas en luchas políticas.

Consideramos que es fundamental destacar que hacia 1972, momento en el que se colocaron las bases para la conformación de la LC23S y aparecieron los Maderas viejos, surgieron también otros periódicos y revistas de izquierda: El Martillo en Chihuahua, Punto Crítico en la Ciudad de México y Debate en Guadalajara. Todos ellos, retomando la tradición leninista, coincidentes en la idea sobre la importancia de la prensa en la construcción del partido de vanguardia y en la formación política de las masas trabajadoras (Necochea, 2018, pp. 140-141).

Efectivamente estamos ante una generación que abrevó de las ideas del marxismo y las asimiló como elemento fundamental para la posibilidad de un cambio en la sociedad y respondía a una identidad colectiva que pugnaba por la emancipación.

En el caso de México, se trataba de sectores intelectualizados que pretendían un cambio político en el país y se autoproclamaban como la vanguardia del proletariado, insertándose en una tradición de izquierda añeja, que no solo tenía que ver con el proceso en nuestro país, sino que estaba relacionado con el contexto internacional y que se entendían a sí mismos como el grupo que ejercería la dirección del sujeto revolucionario, es decir, que se asumían a sí mismos como la vanguardia (Salas, 2014). En otras palabras, y siguiendo a José Revueltas (1962), la cabeza faltante al proletariado.

Este es el primer elemento de la construcción ideológica de la Liga: la vanguardia como punto de partida de la acción política.

El segundo elemento es la violencia revolucionaria. Otras organizaciones que desplegaron medios de prensa de izquierda en el mismo período, aunque llegaron a señalar el tema de las armas y su uso legítimo en contra el Estado, no lo llevaron a la práctica nunca, esto representa un elemento de diferenciación primordial con la LC23S, para esta, la discusión teórica no solo se basó en la condición irrenunciable del ejercicio de la violencia revolucionaria, sino en desplegarla de manera clara, abierta y decidida.

Unido a la elaboración de la violencia revolucionaria, que no solo estaba conformada de la parte dura y práctica de la estructura militar, se conformó un imaginario bélico caracterizado por la confianza plena en el futuro que se veía reflejada en la idea de la inevitabilidad del triunfo, heroicidad y utopía, mediante la elaboración de un discurso sobre una patria proletaria, la patria de todos los trabajadores.

Tercer elemento: el *Madera* como profecía autorrealizada. El periódico era un fin en sí mismo, si bien este sirvió para colocar en la esfera pública los elementos arriba mencionados, también funcionó como propaganda de sí mismo: su existencia era la muestra tangible de que la organización proletaria daba frutos y que con esa poderosa herramienta (desde la perspectiva de la LC23S) el triunfo de la revolución socialista era ineludible. Así como el marxismo daba los elementos para entender la realidad y al mismo tiempo transformarla, el periódico daba los elementos para aglutinar, educar y guiar al proletariado, a la vez que se iba construyendo y ganando centralidad, de este modo, sus páginas hacían la apología de sí mismo.

LOS MADERAS VIEJOS

En este orden de cosas, la base sobre la que comenzó a construirse la identidad política de la LC23S, son los mismos textos que sirvieron como elemento unificador entre los diversos grupos armados que la conformarían, es decir, los *Maderas Viejos*. De estos se escribieron los números 1, 2, 3, 3 bis y 4, durante la primera mitad de 1972. Estos textos escritos por Salas Obregón, condensaron la necesidad de crear una sola organización sobre la base de la teoría marxista, no obstante, el eje rector de estos materiales es el *¿Qué hacer?* de Lenin, de hecho, el lenguaje que se utilizó emulaba los escritos del líder bolchevique.

Con estos textos bajo el brazo, Salas Obregón se reunió con los principales dirigentes de otros grupos armados, con algunos de ellos ya se había establecido contacto desde 1971 (Hirales, 1996, p. 177). Se trataba de organizaciones conformadas por estudiantes de diferentes partes del país. En general las negociaciones fueron exitosas y teniendo como columna vertebral lo planteado en esos textos, se avanzó en la creación de una organización única (Peñaloza, 2014, pp. 152-162).

EL PARTIDO DE VANGUARDIA

El elemento primordial en la construcción ideológica de la LC23S es el planteamiento de la existencia de la vanguardia, la cual tiene la capacidad de entender las necesidades del movimiento obrero y sus carencias, de las cuales la principal es la falta de claridad política, originada por la nula conciencia de clase. Es capaz también de condensar las luchas de carácter económico y revertirlas en luchas políticas, dando claridad a los objetivos trazados y permitiendo la conciencia de clase de los explotados (Salas Obregón, 2003, pp. 62-64).

Desde luego, la LC23S se pensaba a sí misma como esa vanguardia. Sus militantes entendían que solo a partir de ellos, el movimiento tomaría forma y estaría en posibilidades reales de triunfar. En este sentido, un rasgo que permaneció durante toda su existencia, fue la descalificación de todo el espectro político. A la LC23S no le interesaba el apoyo de ningún otro sector de la población que no fuera aquel que ellos habían definido como el actor revolucionario, es decir, el obrero industrial y los trabajadores agrícolas asalariados, que constituían, de acuerdo a los planteamientos leninistas, la clase explotada por antonomasia.

Desde los primeros textos habían definido esa orientación política y estaba basada en un análisis de las condiciones económicas del país, en él se entendía que México se encontraba en un estadio de producción capitalista, que tras el proceso de industrialización posterior a la revolución mexicana presentaba las características del capitalismo, seguramente dependiente y atrasado, pero finalmente, México era un país capitalista.

En este punto es importante señalar que esta interpretación de la realidad apuntaba hacia una zona concreta del territorio nacional, que efectivamente se encontraba inserta en un proceso modernizador, y que había comenzado, seguramente, desde principios del siglo xx: los estados de la república de donde provenían los militantes de la futura LC23S eran los más industrializados: Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Jalisco, Distrito Federal y, sobre todo, Monterrey.

De esta forma no colocaban su interpretación en el vacío, ciertamente existió un proceso de industrialización y una creciente clase obrera. Por ejemplo, en el caso de la frontera Ciudad Juárez (Chihuahua) hacia mediados de la década de 1960 comenzaron a establecerse maquiladoras norteamericanas que obtenían de los mexicanos mano de obra barata. Para el caso de ciudades como Hermosillo (Sonora) y sobre todo Culiacán (Sinaloa), se había desarrollado un proletariado agrícola, esto es, trabajadores del campo, pero no ejidatarios como los que existían en el sur del país, sino asalariados, trabajadores que no eran dueños de la tierra y que laboraban por una

paga, insertos completamente en la dinámica capitalista de producción. Todo esto no pasó desapercibido para la LC23S.

En los textos escritos por Oseas se hacía mención de manera particular a dos acontecimientos (el movimiento ferrocarrilero de 1958-1959 y el estudiantil de 1968) que, entendía, eran muestras fehacientes de la disposición de lucha del proletariado pero ante la *dirección oportunista* de otras organizaciones, básicamente del PCM, habían concluido en fracasos y represión por parte del Estado, de ahí la necesidad irrevocable de la construcción del partido que dirigiera esas luchas hacia objetivos definidos por los intereses de clase y no por intereses económicos o laborales. En otras palabras, en la visión de la Liga, el triunfo de estos movimientos no tenía que ver con ganar sus demandas, si no con proseguir hacia la insurrección armada que permitiría la transformación social.

Esto representa la parte total de la construcción ideológica de la LC23S. En tanto esta entendía el mundo a partir del materialismo histórico, de la división de la sociedad en clases sociales, de la implantación coercitiva del modo de producción capitalista, lo cual llevaba a la explotación desmedida. De ahí se desprendía su visión dicotómica de la realidad: burguesía-proletariado, violencia opresora-violencia libertadora.

En este tenor, el centro de la acción política y armada lo constituía la “destrucción de las relaciones capitalistas de producción”, este fue el eje que rigió los principios fundacionales, prácticamente desde el *Madera Viejo* número 1:

La lucha del proletariado tiene en estos momentos como objeto la destrucción de las relaciones capitalistas de producción y no la superación de los modos capitalistas: de donde se desprende necesariamente el rechazo absoluto de la lucha “nacionalista” o de “liberación” como tarea propia del proletariado. La alianza con la burguesía nacional (“progresista”) queda por lo mismo, como “línea política” exclusiva de la posición burguesa que intenta dominar el desarrollo del proletariado y a los representantes de tal posición como enemigos de clase (*Madera Viejo* (1), 5 de mayo de 1972).

Este párrafo concentra la postura de la LC23S respecto a varios tópicos que se colocaron en el centro de sus formas discursivas (y por tanto de su identidad política), a saber, su radicalidad absoluta al considerar como enemigos de clase a quienes no concebían la destrucción del capitalismo y el señalamiento claro del proletariado como el único capaz de la transformación social, en otras palabras, la identidad colectiva de la LC23S se construyó a partir de la identidad de clase.

De este modo, se elaboró un discurso donde aparecía una clara diferenciación entre un *nosotros* y un *ellos*. En este sentido, su

discurso se centraba en la existencia de enemigos de la clase obrera: *ellos* y quienes tenían la obligación de combatirlos, es decir los propios obreros: *nosotros*.

Para Dipak Gupta el elemento esencial en la construcción de esta visión lo constituye la represión, esta compone un elemento traumático capaz de moldear una identidad colectiva revolucionaria y la separación de un *nosotros/ellos* (Gupta en Martin y Rey, 2012, p. 28) En este mismo tenor, William Gamson identifica lo que denomina “marcos de injusticia al interior de ciertas comunidades críticas”. Esta construcción permite redefinir aquello que es entendido como de orden natural o del infortunio y comprenderlo como “resultado de acciones de personas o instituciones concretas”, que a su vez abona la noción de “nosotros y ellos”, y esto permite la “construcción de una identidad colectiva revolucionaria” (Gamson citado en Ídem.).

Desde nuestra perspectiva, este paradigma explicativo resulta eficaz para pensar a la LC23S y la construcción de su identidad política y su correspondiente acción.

Esta diferenciación en su producción discursiva entre nosotros-ellos es permanente. *Ellos*, en sus textos, se erigen como todos los demás que no concuerden con sus planteamientos políticos y sus acciones militares. Se trata, desde luego de una posición absolutista que responde, sin embargo, al mismo paradigma explicativo sobre la elaboración de la injusticia como resultado de la acción de personas o instituciones.

Para la LC23S, el concepto de *injusticia* no resultaba trascendental, nunca lo emplearon para legitimar sus acciones, fue la teoría marxista lo que les permitió encontrar legitimidad para ejercer la violencia política, el carácter de la lucha armada encontraba un halo científico al basarse en el marxismo leninismo (Comunicado al Partido de los Pobres, 1972 y Apreciaciones sobre el movimiento revolucionario en el campo, 1973).

Desde la visión de la Liga:

Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario. La teoría revolucionaria es pues la guía para la acción del proletariado, solo en la medida que ésta se desarrolle, los problemas prácticos que plantea el conjunto del movimiento revolucionario irán siendo resueltos, la teoría responde a la necesidad de resolver los problemas teóricos que el movimiento proletario plantea, existe una unidad indisoluble entre práctica y teoría (Periódico *Madera*, (9) p. 23).

Sin embargo, el trasfondo de la acción desplegada por la LC23S apelaba a la transformación sustancial de una estructura social injusta fundada por el capitalismo, en la cual se diferenciaba claramente a los

responsables de la misma: la burguesía, en tanto se habían apropiado de los medios de producción y de los bienes resultantes de estos, sumiendo a la clase trabajadora en la miseria.

El discurso de *nosotros* (el proletariado) y *ellos* (la burguesía) es finalmente, el resultado de una visión dicotómica del mundo y la firme intención de eliminar la explotación de *ellos* sobre *nosotros* para siempre.

De aquí se desprende el otro elemento fundamental en la construcción ideológica de la LC23S: la violencia revolucionaria. Partiendo de la base de que el proletariado se encontraba subyugado por la burguesía, y esta lo controlaba valiéndose en la dominación ideológica y en la fuerza militar; apropiándose de esta manera de los medios de producción, arrebatando el resultado del trabajo de los asalariados y sometiéndolos a una explotación desmedida; la única manera de revertir esa situación era por medio de la fuerza. Desde esta perspectiva, se trataba de una fuerza ejercida en sentido opuesto, no solo porque implicaba empujar de abajo hacia arriba, sino porque era una violencia que lo que pretendía era la emancipación de los asalariados y terminar definitivamente con toda explotación del hombre por el hombre, en otras palabras, se trataba del ejercicio de una violencia libertadora versus una violencia opresora.

La 23 de septiembre señaló:

Para la burguesía todas las armas son buenas y legítimas; sus masacres sobre los oprimidos se hacen con la ley en la mano y en nombre del orden burgués; por el contrario, cualquier arma en manos de los proletarios, constituye por sí solo un grave delito, pero cuando esa arma se empuña para combatir, para guerrear contra la parasita clase burguesa y su Estado, entonces eso no solo es un delito, sino una verdadera locura, un crimen, entonces según burgueses y lacayos eso es terrorismo.

Los revolucionarios no podemos analizar el papel y génesis de los cuerpos policiaco-militares, al margen de su relación con el Estado, y al margen y funciones de este. Los revolucionarios hemos afirmado una y otra vez que el Estado es un órgano de dominación de clase, y que particularmente en la sociedad capitalista el Estado es un órgano de opresión de la clase burguesa sobre el proletariado. [...] Es claro que la policía y el ejército constituyen la fuerza armada del Estado burgués, son el brazo armado y represivo de la clase burguesa, para aplastar todo intento de emancipación proletaria” (Periódico *Madera* (23), pp. 13-14).

De este modo, al establecer el carácter de la revolución y enunciar su posición ideológica, la LC23S instauró la definición del adversario a la vez que legitimó su acción armada.

Encontramos que, desde los textos fundacionales, hasta el final de su producción escrita, la LC23S desconoce cualquier tipo de

legitimidad en el Estado, porque se trata de la burguesía en el poder, por lo tanto su legalidad era nula, ya que, tras su análisis de la realidad, entendió que el Estado mexicano se había establecido mediante la fuerza, no se trataba de un consenso entre clases, sino de un gobierno de facto, es decir de *la dictadura del capital*:

El imperialismo es la negación más completa de toda democracia [...] Llamar al proletariado a luchar por las “libertades democráticas” solo obedece al interés de la oligarquía financiera y sus emisarios en el seno del movimiento obrero, de desviar su energía para que no luche por sus verdaderos objetivos (Periódico *Madera* (10), p. 20).

En este sentido, la construcción discursiva de la LC23S apelaba a la acción política eminentemente armada del proletariado y este necesitaba de su partido, el cual estaba a la cabeza, al frente de toda movilización. La creación del partido concernía a su vanguardia, esto es, a los elementos más avanzados con los que contaba la clase.

Es necesario puntualizar que para la 23 de septiembre estos dos elementos, vanguardia y violencia revolucionaria, estaban entrelazados, no podía pensarse el uno sin el otro, para ellos la verdadera vanguardia entendía que el carácter de la revolución era violento, aquellos que no aceptaban que la clase obrera debía armarse y ejercer su derecho (en realidad su obligación) de combatir a sus opresores, aparecían como *traidores de clase*.

Desde esta perspectiva, se daba legitimidad a la lucha armada, desembocando en la idea de que el enfrentamiento era inminente e inevitable (Periódico *Madera*, 1975, (13), p. 3).

Para la LC23S, aquellos que se asumían como la vanguardia, pero pretendían dirigir las luchas del proletariado hacia otros fines que no fuera la toma del poder político, fueron señalados como *oportunistas, pequeñoburgueses* que pugnaban por la *conciliación entre clases*, en otras palabras, por el mantenimiento y reproducción del orden establecido².

LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA COMO TRANSFORMADOR SOCIAL

Entendemos que “el proceso de legitimación de la violencia constituye un factor determinante para la realización de este tipo de acciones políticas” (Sabucedo, Barreto, et al., 2019, p. 280) Desde esta

2 Toda la producción discursiva de la Liga, durante sus ocho años de existencia, apela a la lucha contra el oportunismo y a una serie de advertencias sobre la existencia de traidores de clase insertados en el movimiento revolucionario y en consecuencia, al llamado a los verdaderos comunistas a la lucha permanente, en otras palabras, a una suerte de pureza revolucionaria condensada en su militancia.

perspectiva, para la LC23S el proceso de legitimación sobre el uso de la violencia política estaba basado en el marxismo leninismo, es a partir de este que se definió todo su discurso. Independientemente de la complejidad en el ejercicio de la violencia política y su dimensión histórica, siempre existe una relación entre esta práctica y la valoración ética que de ella se elabore (Sabucedo, Barreto, et al., 2019, p. 289).

Partiendo de esta premisa, entendemos que el discurso de la LC23S y su puesta en práctica, conlleva una responsabilidad política y una decisión consiente de intervenir en el devenir del país. Y es justo ahí, en su discurso, donde se encuentra la explicación de cómo el grupo se interpretó a sí mismo, la manera en que descifró la realidad en la que se encontraba inmerso, la valoración ética que hizo del uso de la violencia como agente de cambio social y su decisión de actuar en consecuencia.

De este modo se desarrolló la idea de que los medios legales y pacíficos estaban cerrados completamente, no se trataba de que el Estado transgrediera la legalidad, sino que esta sencillamente no existía, ya que había sido instaurada mediante la fuerza por la burguesía y únicamente por medio de la violencia revolucionaria podría transformarse la situación imperante³.

Esta tendencia, que efectivamente podemos calificar de militarista, se encuentra en los documentos de la LC23S desde el primer momento, no hay ningún cambio durante la existencia del grupo, es decir, nunca replantearon ni los medios ni los objetivos, la centralidad que la Liga dio a lo militar no fue tardío, no obstante, para ellos, la violencia era un medio, no un fin en sí mismo.

Sin embargo, en el terreno militar las acciones ofensivas se limitaron a realizar asaltos bancarios para procurarse recursos monetarios y al momento de cometer atentados directos contra las fuerzas de seguridad del Estado, el objetivo inmediato era abastarse de armamento.

Por supuesto que los militantes de la Liga protagonizaron múltiples enfrentamientos con las fuerzas de seguridad del Estado, pero contrario a lo señalado en su discurso sobre la necesidad de pasar a la ofensiva, en realidad se trató de acciones de carácter defensivo,

3 “La clave de ese comportamiento, y lo que nos permite comprender las respuestas tan diversas que se pueden dar ante situaciones similares, hay que buscarlas en el modo en que cada grupo interpreta y da sentido a las condiciones en las que se encuentra” (Sabucedo, Barreto, et al., 2019, pp. 280-281). Coincidimos totalmente con este planteamiento, entendemos que eso fue precisamente lo que la LC23S hizo: interpretar y responder a las condiciones en que el país se encontraba, al contexto internacional y a su propia condición de estudiantes, que habían logrado acceder a la discusión sobre la importancia y posibilidades de transformación de la realidad.

tanto al momento de repartir el *Madera* en los centros de trabajo del proletariado, lo cual resultaba fundamental para las fuerzas policíacas y paramilitares para lograr detener a los guerrilleros, como en las acciones cuando fueron allanadas casas de seguridad que habían sido ubicadas, o bien en los casos de citas entre los militantes, que habían sido detectadas.

Sin embargo, las formas discursivas siempre mantuvieron la tendencia de la legitimidad de la lucha armada y de la inevitabilidad del triunfo. Un ejemplo claro lo representa el siguiente texto, publicado en el *Madera* en la segunda mitad de 1978:

El camino hacia el socialismo no es el camino de la conciliación de clases y la colaboración con la burguesía. [...] El camino hacia el socialismo no es ese camino de democratizar al Estado [...] El camino revolucionario actual [es] el de la intensificación de la movilización de los obreros y las masas populares, el de la movilización de nuevos paros y huelgas económicas, el de su generalización y transformación en huelgas políticas, el del incremento de los combates de calle y las acciones masivas de lucha guerrillera (Periódico *Madera* (38), p. 5).

Debido al espacio con que contamos, no es posible analizar el proceso por el cual atravesó la Liga como organización armada⁴, pero sí podemos señalar que, a pesar del enfrentamiento directo que sostuvo con el Estado mexicano, siempre en condiciones sumamente desiguales y en desventaja absoluta en el terreno militar, su orientación política y por ende su consiguiente construcción discursiva, no varió en sus ocho años de existencia.

Esto independientemente de que existieron etapas coyunturales significativas, como las divergencias al interior que concluyeron en su escisión y que coincidieron con la detención y desaparición de su máximo dirigente, Ignacio Salas Obregón. Igualmente, el período inmediato a la fractura, es decir, hacia 1975-1976, en el cual la Liga consigue afianzarse y establecer una estructura jerarquizada, lo suficientemente unida ideológicamente al interior para continuar desarrollando su proyecto político e incluso desafiar al Estado con acciones tan temerarias como lograr evadir a varios de sus militantes de la cárcel de Oblatos en Guadalajara, o intentar secuestrar a la hermana del presidente electo José López Portillo. O bien la desarticulación de casi toda su dirección en 1977 en el contexto de la reforma política (Peñaloza, 2018, pp. 159-179).

4 Para aquellos interesados en un análisis pormenorizado sobre la evolución de la LC23S como organización político militar puede consultarse (Peñaloza, 2014).

En otras palabras, durante el período comprendido entre 1972, año en el cual se sentaron las bases para conformar a la LC23S, y 1981, año de su contundente derrota, se mantuvo un discurso que coincidió totalmente con su manera de actuar, es decir, con base en los conceptos leninistas, asumirse como una organización político-militar, prácticamente desde los primeros textos que buscaban clarificar el carácter de la revolución y sus posibilidades en nuestro país, proclamándose como la dirección de las masas trabajadoras, del proletariado industrial (que se encontraba en auge en nuestro país) para autoerigirse como su vanguardia y significando la violencia revolucionaria como única vía posible del cambio social.

De este modo, a pesar de la sangría que supuso el aniquilamiento de la LC23S por parte del Estado, su posición ideológica no cambió y su discurso, que paulatinamente se alejaba más de la posibilidad real de radicalizar al proletariado y conducirlo hacia la victoria, continuó atacando, aunque sea en las páginas del periódico *Madera*, al *Estado capitalista*, a los *traidores de clase* y a los *oportunistas pequeño burgueses*.

Así, el último dirigente de la LC23S, Miguel Ángel Barraza García, cayó en enero de 1981 bajo las balas de la policía mientras repartía el *Madera*. (AGN, s DFS, c 163, e LC23S, l 13, f. 290) Asunto por demás significativo que evidencia la importancia del periódico para ellos y de la necesidad de repartirlo hasta el último aliento. En él podemos apreciar no solo la posición política e ideológica del grupo armado, si no como esa misma construcción ideológica no se modificó a lo largo de su existencia.

El texto siguiente (publicado tras la muerte de David Jiménez Sarmiento, quien fue el máximo dirigente de la Liga entre abril de 1974 y agosto de 1976, fecha de su muerte) ilustra la permanencia de su ideología, la primacía tanto de su discurso como de su identidad política:

La empresa parece enorme y un sueño imposible, pero no hay duda de que el proletariado está dispuesto a emprender tareas de igual o mayor envergadura, no hay duda de que, por encima de tropiezos y derrotas recibidas, la clase obrera está dispuesta a marchar y marchará por el sendero de la lucha a muerte contra el capital, por el camino floreciente de la revolución comunista (*Periódico Madera* (24), p. 5).

CONCLUSIONES

La LC23S creyó que era posible un salto cualitativo en la movilización de los trabajadores, creyó en la transformación radical de la acción de las masas. Entendió que era viable una lucha que

no buscara reivindicaciones económicas, sino la toma del poder político para transformar desde sus cimientos a la sociedad, para lo cual era necesaria la toma de conciencia por parte de la clase oprimida, desde esta lógica se concibió a sí misma como la guía del proletariado.

Esta idea parte de la concepción de que la vanguardia era capaz de entender aquello que la propia clase no podía distinguir, a saber, que exclusivamente la violencia revolucionaria era el medio para alcanzar la toma del poder político y que la forma de partido y ejé debate era la única manera de organización viable para los oprimidos⁵.

Así, para Liga sus textos se constituían como la única guía posible del movimiento obrero, la única manera de transformar las *condiciones objetivas en subjetivas*. Como ya el mismo Lenin había señalado:

Hemos dicho que es preciso inspirar a nuestro movimiento [...] la misma decisión abnegada y la misma energía que en aquella época. En efecto, parece que hasta ahora nadie había puesto aún en duda que la fuerza del movimiento contemporáneo consiste en el despertar de las masas (y principalmente del proletariado industrial), y su debilidad, en la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de los dirigentes revolucionarios (Lenin, 1973, p. 29).

Esta idea y su desarrollo parece haber sido retomada por la LC23S de manera literal. Aquí encontramos los elementos centrales que constituyeron su imaginario y dieron forma a su producción discursiva e identitaria: la decisión *abnegada* de actuar, *la fuerza* del movimiento, el despertar inminente de las masas, la existencia de acciones espontáneas como resultado de la falta de conciencia de clase y el papel fundamental de los dirigentes revolucionarios.

Lenin, como guía teórico del pensamiento de la LC23S, le permitió a partir de la lectura de sus textos, la explicación exacta de la realidad de nuestro país. Ellos eran esos dirigentes revolucionarios de los que el líder bolchevique hablaba y que eran capaces de guiar a las masas desposeídas. No se trató, sin embargo, de un delirio; era, en todo caso, la extrapolación del ideario socialista y sobre todo del triunfo de la revolución rusa como ejemplo de que era perfectamente posible dirigir a las masas hacia la victoria y con ella, terminar con la explotación del ser humano.

5 A propósito de la vanguardia, Ernesto Salas señala que “las relaciones de poder desigual que se establece entre la vanguardia y las masas en la acción revolucionaria, se reproducen en las estructuras burocráticas del Partido”, finalmente la posición de vanguardia “apela a un saber que los demás desconocen” y que esto representa “una pose soberbia” ante los demás (Salas, 2014, pp. 74-75).

La interpretación de la LC23S, sin embargo, no estaba puesta en el vacío, no se colocó en una serie de posibilidades que no fueran percibidas como reales, a partir de la interpretación que realizaron de las condiciones políticas y sociales de nuestro país.

No obstante, que sus interpretaciones sobrevaloraron completamente el papel del obrero al considerar equivocadamente que este estaba dispuesto a una lucha del todo o nada contra el capital, y que bastaba la sola palabra de “su vanguardia” para que no existiera duda alguna de que la violencia revolucionaria era el único camino posible. De la misma manera, su interpretación subestimó el poder del Estado y su capacidad de respuesta.

La construcción ideológica desplegada en el Madera, complejizaba la respuesta a la existencia de un Estado que violentaba cada vez más la protesta organizada. Para la LC23S, la profundidad de la tensión existente entre la movilización de una clase y la respuesta violenta de la otra, estaba en el origen mismo del capitalismo, en la distribución desigual de la riqueza producida por los trabajadores, la esencia del capitalismo estaba en el despojo sistemático del trabajo de los asalariados.

Por lo tanto, la LC23S construyó su identidad colectiva sobre la base de los planteamientos de Lenin, asumiendo que se incorporaba al proceso histórico de la lucha de clases. Desde su perspectiva, su acción política y armada era el único factor determinante en nuestro país para la liberación del proletariado.

La violencia revolucionaria, elemento que representó la columna vertebral de la acción de la LC23S, tuvo como principio el planteamiento de la existencia de una *violencia originante y una violencia de respuesta*⁶, es decir, la violencia de los oprimidos versus la violencia de sus opresores, como única opción ante la coyuntura y como único medio posible de liberación. Lo cual no significa que fuera real o ficticio, sino que, ante las circunstancias prevalecientes, los jóvenes que conformaron dicha organización armada, asumieron una decisión política, desde nuestra perspectiva, de manera completamente consciente, lo cual nos permite pensarlos ya no como víctimas o como victimarios sino como actores sociales de un proceso complejo desarrollado en nuestro país durante las décadas de 1960 y 1970.

6 Tomamos los términos de violencia originante y violencia de respuesta de Sabucedo (2019, p. 289).

REFERENCIAS DOCUMENTALES

Archivo General de la Nación. Fondo Dirección Federal de Seguridad. CDMX.

Documentos de la LC23S:

Maderas viejos:

Números del 1 al 4, mayo de 1972-abril de 1973.

Madera Viejo (1972, mayo). Número 1.

Periódico clandestino Madera. (1975, febrero). Número 9, 23.

Periódico clandestino Madera. (1975, marzo). Número 10, 20.

Periódico clandestino Madera. (1975, agosto). Número 13, 3.

Periódico clandestino Madera (1976, julio). Número 23, 13-14.

Periódico clandestino Madera (1976, septiembre). Número 24, 5.

Periódico clandestino Madera (1978, noviembre). Número 38, 5.

Otros textos de la LC23S.

Comunicado al Partido de los Pobres, noviembre de 1972, mimeo.

Apreciaciones sobre el movimiento revolucionario en el campo.

Septiembre de 1973, mimeo.

Textos del GPG

Resoluciones de la sierra Heraclio Bernal, 1965, mimeo.

BIBLIOGRAFÍA

Hirales, Gustavo (1996). *Memoria de la guerra de los justos*. México: Cal y Arena.

Lenin, Vladimir, Ilich (1973) [1902]. *¿Qué hacer?* México: Ediciones de Cultura Popular.

Martin, Alberto y Rey, Tristan Eduardo (2012). La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis. *Naveg@merica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, (9). Fecha de consulta diciembre de 2019.

Necoechea Gerardo (2018). La prensa de izquierda en México en la década de 1970: el ¿Qué hacer? y la fundación de El Martillo. *Cuicuilco* (27), 139-158.

Peñaloza Torres, Alejandro (2014). *Guerrilla urbana en México: la Liga comunista 23 de septiembre, 1970-1981*. (Tesis de doctorado). Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Peñaloza Torres, Alejandro (2018) El aniquilamiento de la disidencia armada en el marco de la Reforma Política en México. El caso de la Liga Comunista 23 de septiembre (1977-1978). *Cuicuilco*, (71), 159-179.

- Sabucedo, José Manuel, Barreto, Idaly, Borja, Henry, et al. (2006) Legitimación de la violencia y contexto: análisis textual del discurso de las FARC-EP. En www.researchgate.net/publication. Fecha de consulta diciembre de 2019.
- Salas, Ernesto (2014). *De resistencia y lucha armada*. Buenos Aires: Punto de encuentro.
- Salas Obregón, Ignacio Arturo (2003). *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*. México: Ed. Huasipungo.

PRENSA DE IZQUIERDA

DESENMASCARAR LA IDEOLOGÍA, EXPLICAR LA REALIDAD

Gerardo Necochea Gracia

Posiblemente el camino recorrido con mayor frecuencia para comprender a la izquierda es el análisis de la ideología. Los estudiosos normalmente escogen analizar cuidadosamente a un determinado autor o examinar en profundidad un cuerpo de publicaciones de contenidos político y teórico. Otra forma de abordar el asunto ha ido conformándose en los últimos años, y consiste en analizar las publicaciones periódicas, prestando atención a su contenido y también a su forma, circulación e intenciones. El interés no se detiene en desmenuzar la ideología, sino que abarca preguntas acerca de la recepción y de las particulares formas que tomó la comunicación (véase, por ejemplo, Melgar Bao, 2015; Pérez Daniel, 2012, pp. 173-193). El presente ensayo se inscribe, con las limitaciones que se harán evidentes más adelante, en esta perspectiva de estudio.

Otra manera de entender a la izquierda es comprender a quienes militaron en sus filas. Con ese propósito, en un trabajo anterior revisé las diferentes maneras en que los individuos se acercaron a la política y cómo caminaron un sendero en el que las relaciones afectivas familiares y amistosas, el contexto de época y la sedimentación subjetiva de experiencias vividas y heredadas los llevaron a la militancia política. Me valí de conceptos tales como cultura, experiencia, expectativa

y estructura de sentimiento para analizar ese proceso de constitución del sujeto militante (Necochea Gracia 2016, pp. 13-34).

Presté atención, a la par del proceso subjetivo, a la ideología. Lo hice de manera particular: en primer lugar, recurrí a las nociones de desplazamiento e inversión ideológica para entender cómo ideas dominantes se convirtieron en ideas rebeldes; en segundo lugar, me interesó cómo la tradición socialista se convirtió en una memoria colectiva heredada gracias a la escritura y la lectura; por último, asociado a lo anterior, cómo ciertas prescripciones surgidas para resolver problemas arraigados a un momento y lugar específico devinieron en mitos que impulsaron a la acción. Para esto último, analicé cómo la argumentación de Lenin para justificar un único periódico partidista, expresada en *¿Qué hacer?*, con el tiempo se convirtió en el principio leninista que aseguraba la organización y el triunfo del partido, idea que estuvo presente en la explosión de publicaciones periódicas de izquierda en las décadas de 1960 y 1970 (Necochea Gracia 2018, pp. 139-157).

El presente ensayo mantiene el interés en la ideología, pero desplaza la perspectiva. Paso de los individuos y su comprensión de las ideas a la expresión y transmisión ideológica a través del periódico. En las siguientes páginas, tomando como fuente el periódico *El Martillo*, me ocupo de las ideas y cómo estas operan en sentido ideológico, es decir, como justificación para mantener el poder o como incitación a tomar el poder (Williams, 1977, pp. 55-71; Thompson, 1991, pp. 28-73).

* * *

Brevemente resumo ciertas características del periódico. *El Martillo* fue fundado en la ciudad de Chihuahua, en el norte de México, en 1972. En total salieron 103 números, entre julio de 1972 y mayo de 1986. Fue una publicación inicialmente quincenal y su primer año fue bastante regular; durante los siguientes dos años osciló entre publicaciones quincenales y mensuales. La periodicidad, después de 1975, fue errática. El tiraje común fue de mil, aunque en ocasiones especiales podía aumentar a dos mil ejemplares (Entrevista a García Chávez, 2013). La extensión, mientras la periodicidad fue constante, fue de cuatro o seis páginas y, en promedio, aparecieron siete artículos por número. La extensión aumentó después a entre ocho y diez páginas, y diez artículos por número. La última edición conmemoró el 1 de Mayo de 1986 y conminaba a fortalecer la organización proletaria.

El presente ensayo se aboca a estudiar las ideas enunciadas y los propósitos que con ellas persiguió *El Martillo*. Con este fin, revisé la

columna editorial durante los primeros dos años de publicación, recurriendo a artículos noticiosos en algunos casos. El probable destinatario de los editoriales era el lector asiduo, convencido ya de la orientación general del periódico y que buscaba un punto de vista sobre alguna cuestión en específico. Los editoriales fueron tarea colectiva del núcleo que sostenía la publicación, y los textos enunciaron la postura del periódico de manera más clara y precisa que otros artículos; en consecuencia, ofrecen el punto de vista que fue adoptado en la descripción y análisis de las noticias y reportajes contenidos en el resto del periódico. Aunque una lectura cuidadosa revela muchos otros temas, los que aquí trato fueron recurrentes y, por lo mismo, considero que eran la espina dorsal de la ideología del periódico.

La aparición de *El Martillo*, a los ojos de sus fundadores, era oportuna, debido al evidente “ascenso del movimiento obrero” y rápido desarrollo de un movimiento revolucionario. El periódico cumpliría la tarea de agitar y organizar para seguir caminando en esa dirección. El camino lo señalaban los propósitos de desenmascarar la ideología burguesa, difundir las luchas de los trabajadores y transmitir la ideología proletaria. El empeño haría de *El Martillo* un “instrumento de lucha de los sectores que constituyen la clase de los explotados, el ejército de los desposeídos” (*El Martillo*, en adelante *EM*, 1 de julio, 1972)¹.

El editorial del primer número, con ese fin en mente, invitó a los explotados y desposeídos a convertirse en seguidores. A ellos ofrecía su favorable parcialidad. La otra prensa actuaba por el bien de los capitalistas y ocultaba la información que expusiera sus arbitrariedades. Por contraste, *El Martillo* dedicaría sus páginas a examinar las engañosas ideas que enaltecían el bien común mientras defendían la desigualdad que favorecía a la burguesía. En consecuencia, explicaría el “verdadero significado político” de los acontecimientos, aclarando entonces quiénes eran los enemigos y cuáles eran los términos del enfrentamiento (*EM*, 1 de julio, 1972.). Su labor contribuiría a democratizar la vida política y, más importante, a vincular a las fuerzas revolucionarias y formar la conciencia de clase necesaria para obreros y campesinos.

El periódico ponía ante sí tres tareas básicas. La primera consistía en analizar la estructura social mexicana para mejor comprender los sucesos coyunturales sobre los que informaba. La segunda era

1 Los editoriales siempre aparecieron en la página dos, bajo el título “Editorial” (en ocasiones con algún subtítulo), de manera que omito mencionar el número de página en la referencia; solo cuando la referencia es a otro tipo de artículo, agrego la página a la referencia.

someter a escrutinio las ideas que predominaban en la política para exhibir las ilusiones ideológicas que esparcía la burguesía acerca de la sociedad mexicana. Por último, así como criticaba la ideología, debía propagar la línea política correcta que guiara los enfrentamientos entre “las masas desposeídas” y los burgueses y su gobierno.

IDEOLOGÍA COMO MECANISMO PARA MANTENER EL PODER

Desenmascarar la ideología burguesa ocupaba un lugar central en las funciones de organizar y agitar que debía cumplir un periódico de izquierda. Así lo explicó el texto de presentación aparecido en la edición inaugural. *El Martillo* diría al obrero, al campesino, al estudiante “la verdad de su situación” (1972), dejando de lado cualquier pretensión de imparcialidad, ya que buscaba contrarrestar la información parcial vertida en la prensa burguesa. No transmitiría meramente noticias sino que sometería los sucesos al análisis necesario para transferir el significado político contenido en todo acontecimiento social. Esta necesaria labor integraba el deber revolucionario de explicar lo sucesos, ya que los sutiles designios de la burguesía aparecían finamente ocultos “a los ojos de los trabajadores” y los conducían a emprender acciones contrarias a “sus intereses generales de clase” (*EM* 1 de julio, 1973).

¿Cuáles eran las ideas que astuta y sutilmente usaba la burguesía para entrapar a los trabajadores? La principal consistía en negar que la sociedad mexicana fuera una sociedad de clases antagónicas. Por supuesto nadie sostenía era una sociedad sin clases, argumento que habría sido fácil de refutar. Lo que desde distintos lugares se aseveraba es que o bien las clases en México no estaban en posturas antagónicas o bien el gobierno mexicano representaba a las clases populares y por lo mismo equilibraba desde el poder político el poder económico detentado por quienes poseían fábricas, bancos, comercios y grandes extensiones de tierras.

En un editorial apropiadamente titulado “¡A combatir la ideología burguesa!” (*EM*, 12 de agosto, 1972), el autor afirmaba que para ganarle las masas a la revolución socialista era necesario mostrar la manera en que “el aparato burgués” frenaba la lucha revolucionaria de los trabajadores. Siguiendo esa línea de pensamiento, expuso la existencia de dos proyectos cuyo efecto era desviar, frenar o contener la oposición organizada e independiente de obreros, campesinos y estudiantes al sistema. Al primero de estos proyectos lo identifiqué como el de la apertura democrática, frase que representaba la postura política expresada por el presidente Echeverría, y con la cual pretendía desaparecer el autoritarismo y reconstruir el apoyo al régimen unipartidista mexicano. El otro proyecto lo describe como la idea de la revolución interrumpida, que hacía referencia al carácter popular y

antimperialista de la revolución de 1910, cuyo avance había sido parado por los gobiernos conservadores que siguieron al del presidente Cárdenas (1934-1940). Ambos proyectos impulsaban el interés nacional que debía sobreponerse al conflicto entre sectores de la sociedad y asentaban que la colaboración armónica entre el capital y el trabajo imperaba —o debía imperar— en México.

Editoriales posteriores prosiguieron con la crítica a las posturas políticas de Echeverría. Uno de ellos denunció las aseveraciones contenidas en sus discursos que convertían los logros obtenidos mediante la lucha obrera en beneficios graciosamente otorgados por la bondad presidencial. Afirmaciones en ese sentido alimentaban la idea de que la mediación gubernamental, en la práctica, suprimía el conflicto entre clases (*EM* 9 de septiembre, 1972). Un año después, el periódico denunció el nacionalismo revolucionario enarbolado por Echeverría porque consideró que en realidad estaba al servicio del capitalismo. El presidente, pretendiendo hablar directamente a los trabajadores, en realidad explicaba a la burguesía cómo sus acciones habían defendido sus intereses (*EM* 1 de septiembre, 1973). Otro editorial explicaba que la emblemática celebración obrera del 1 de Mayo había sido expropiada, en México, por la burguesía y su partido, para ondear en esa fecha, bajo la mirada presidencial, la bandera de la cooperación capital y trabajo en aras del bien nacional (*EM* 1 de mayo, 1973).

El análisis que los editoriales hacían del discurso gubernamental mostraba la deliberada negación del conflicto de clases en la sociedad mexicana. Por contraste, las noticias de las prácticas obreras exponían sin ambages el enfrentamiento clasista. En octubre de 1972, miembros de la sección cinco del sindicato de trabajadores ferroviarios, adheridos al Movimiento Sindical Ferrocarrilero [MSF], arrebataron el edificio sindical del control de los dirigentes sindicales corruptos y espurios (popularmente denominados “charros”), lo que suscitó un violento enfrentamiento dos días después. Encabezando la noticia como “Victoria Popular”, el periódico argumentó que se trataba de un enfrentamiento entre clases. Los charros representaban a la burguesía y empleaban sus armas: “chantaje, corrupción y violencia, incluyendo al grupo paramilitar Halcones”. El MSF representaba los intereses de clase de los trabajadores. El desenlace a favor del MSF demostraba que “el pueblo organizado puede derrotar a sus enemigos” (*EM* 7 de octubre, 1972, p. 1). El enfrentamiento, además, mostraba la extensión de la línea clasista a toda la sociedad: mientras que estudiantes y colonos populares eran aliados del MSF, el gobierno había apoyado a los charros. La prensa burguesa falsamente informó que la policía y el ejército habían intervenido para guardar el orden cuando, en realidad, observaron impasibles mientras los charros

tomaron la ofensiva, e intervinieron a su favor cuando consideraron que los charros perdían la pelea.

El enfrentamiento de clases aparecía incluso en instituciones que se ufanaban de estar por encima de la política. Los empresarios poderosos y las autoridades de la universidad estatal habían emprendido una costosa campaña con el fin de ganar las mesas directivas de las sociedades de alumnos en las facultades, mientras en sus discursos exaltaban el principio del purismo estudiantil y la neutralidad universitaria. La nota “Alto a la ofensiva reaccionaria” señalaba que la lucha de clases en la universidad demostraba la importancia de establecer la alianza obrero-estudiantil-campesina (*EM* 10 de octubre, 1972, pp. 2-3). En este artículo y en el de los ferrocarrileros, los periodistas de *El Martillo* ponían en práctica el análisis de cada noticia para extraer de ella el conflicto de clase que era la causa del acontecimiento.

Una vez expuesto el conflicto de clase que moldeaba la sociedad mexicana, era necesario situar al gobierno en relación con ese enfrentamiento entre trabajadores y burgueses. El examen partía de afirmar que el gobierno —junto con todas las instituciones que conformaban el Estado— operaba a favor de la burguesía. La opinión editorial afirmaba que la finalidad del análisis era transparentar “las formas como opera el aparato burgués para contener o frenar la lucha revolucionaria de los trabajadores” (*EM* 12 de agosto, 1972).

La ley ofrecía el más claro ejemplo del funcionamiento del aparato burgués. La ley laboral, en particular, era un terreno en el que continuamente se encontraban patrones y trabajadores, y estos últimos con frecuencia dudaban respecto de si ajustar o no sus acciones a la legislación. *El Martillo*, discutiendo sobre esta dificultad, afirmaba que el derecho laboral protegía los intereses de la burguesía. Los patrones imponían las reglas que regían las relaciones industriales, de manera que podían invocarlas para impedir organizaciones independientes o conjurar amenazas de huelga; para llevar asuntos a conciliación y demorar años en juicios que debían resolver sobre conflictos inmediatos; para crear comisiones legislativas que enterraban agravios y exigencias en discursos y papeleo burocrático. El periódico señalaba que, no obstante el derecho a huelga, cuando los trabajadores lo ejercían se topaban con que las Juntas de Conciliación ponían trabas o de plano declaraban inexistente la huelga (*EM* 9 de septiembre, 1972). Los trabajadores no debían cejar en su empeño por hacer efectivas las conquistas que habían quedado registradas en la ley, como el derecho a huelga y a organizar sindicatos autónomos. Al mismo tiempo, era evidente que cuando los patrones percibían que la vía legal no inclinaba los enfrentamientos a su favor, no dudaban en violar las reglas, desde la corrupción

hasta la violencia policiaca para reprimir a huelguistas y revoltosos. Concluía el periódico que, así como la burguesía usaba la ley y la fuerza, así debían actuar los obreros, porque la lucha de clases no era jurídica sino política y no había manera de conciliar los intereses opuestos (*EM* 23 de septiembre, 1972).

Por supuesto, el aparato de la burguesía era más eficaz cuando no usaba la fuerza y en cambio recurría a la manipulación y la infiltración. Para ese propósito contaba con la Confederación de Trabajadores de México [CTM]. La CTM había nacido como organización de lucha obrera, pero se había convertido en un engranaje más del Estado, encargado de administrar y contener el descontento obrero (*EM* 12 de agosto, 1972). Así, cuando al inicio de 1973 la CTM lanzó la demanda de acortar la semana de trabajo de cuarenta y ocho a cuarenta horas, *El Martillo* calificó la demanda de “recurso politiquero de los charros.” Consideró el periódico que, debido a la intensificación de la insurgencia sindical, los líderes de la CTM estaban preocupados por mantener su liderazgo. La demanda, entonces, obedecía a esta preocupación y no a la voluntad de mejorar las condiciones de trabajo. El periódico aclaró que no se oponía a la reducción de la jornada laboral, sino que consideraba que la CTM no tenía “capacidad para llevar a cabo esta lucha.” La Central dependía de estrategias avaladas por la burguesía local e internacional, que la dirigían hacia “nuevas formas demagógicas, engaños y mentiras” para esconder su “filiación y dependencia de los patrones y capitalistas” y para detener la “avanzada revolucionaria del movimiento obrero independiente.” El éxito en obtener la semana de cuarenta horas operaría como “válvula de escape al sistema de explotación”, oportuna y necesaria debido al crecimiento del movimiento revolucionario de los trabajadores. Pero la lucha podía convertirse en “un clavo ardiendo” que acelerara la caída de esos líderes traidores, siempre que los “proletarios, campesinos e intelectuales” hicieran de “un arma demagógica de nuestros enemigos [...] un puntal más de la avanzada revolucionaria hacia el movimiento obrero independiente” (*EM* 3 de febrero, 1973).

La pieza clave del poder burgués era el Partido Revolucionario Institucional [PRI], que había adquirido el carácter de partido de estado desde los años treinta. El funcionamiento del partido era complejo y perseguía gran variedad de objetivos; principal entre ellos era el propósito de descarrilar las luchas populares. Desde su aparición se había presentado como representante y defensor de los intereses populares. El tiempo había revelado que fachada y discurso no eran más que fórmulas repetidas incesantemente cuyo único fin era esconder la verdadera intención de controlar a los trabajadores por medio de “la

corrupción sindical, el charrismo, los sindicatos blancos y la agresión a los organismos independientes del movimiento obrero” (*EM* 9 de septiembre, 1972).

El descrédito del partido iba en aumento, resultado en parte de años de demagogia y en parte de la violencia represora desplegada en años recientes. Particularmente fresca en la memoria estaba la represión de los estudiantes en 1968. Para contrarrestar esa imagen, en los primeros años de la década de 1970, dirigentes del partido insistentemente prometieron nuevos rumbos políticos para el país. Al igual que Echeverría y su apertura política, Reyes Heróles, presidente del partido, prometió democracia y libertad de expresión dentro del partido. *El Martillo* recordó a sus lectores los 40 años anteriores de promesas incumplidas y auguró que lo dicho por Reyes Heróles sería mucho ruido y pocas nueces (*EM* 15 de julio, 1972). Posteriormente, en noviembre de 1972, constató que la séptima asamblea del partido no resultó en los esperados cambios profundos; el editorial de esa ocasión insistía en que, sin importar el número de asambleas nacionales y locales que celebrara, el partido no transformaría su estructura antidemocrática ni tomaría la delantera en la defensa de los intereses obreros. La razón, concluía, era simple: el PRI era el “partido de la burguesía y es imposible que esta se ataque a sí misma” (*EM* 18 de noviembre, 1972).

Las mentiras lanzadas a través de programas y discursos culminaban en la gran farsa electoral. *El Martillo* observaba lo sucedido en otros países latinoamericanos, como la elección de Unidad Popular en Chile, y concluía que en México era clara la dictadura de la burguesía. En los primeros meses de 1973, el periódico observó las campañas electorales en curso en el estado y criticó la ausencia de “los destacamentos revolucionarios, que representan los intereses de la clase obrera”. Las reglas electorales excluían al creciente “bloque histórico de oposición al sistema,” y, por esa razón, las preocupaciones de los obreros no serían tomadas en cuenta ni en la campaña ni en las acciones de los políticos que resultaran electos. El periódico reflexionó, de manera más general, que “la cerrazón antidemocrática de la legislación electoral” dejaba a la izquierda la única opción de participar “por encima de la ley” y, en consecuencia, “chocar con la represión organizada.” Por eso los trabajadores consideraban “innecesaria la existencia del teatro electoral” y preferían no acudir a las urnas. *El Martillo* aconsejaba a los trabajadores mejor ocuparse de “consolidar una fuerza, plenamente constituida y consolidada que, a pesar de la legislación electoral, pueda conquistar el poder político para los obreros y los campesinos e inicien el camino del socialismo en nuestro país” (*EM* 15 de abril de 1973).

Exhibir la ausencia de democracia y la demagogia política oficial era moneda corriente de la prensa. El asunto era tratado por los grandes periódicos nacionales, a los que *El Martillo* calificaba de voceros de la burguesía (Márquez, 1977, pp. 3-29). Era fácil convencer a la mayoría de la población de que simulación y engaño eran comunes en la política mexicana. Era difícil, en cambio, exhibir como artimañas otras ideas profundamente arraigadas y que eran esgrimidas para movilizar a los trabajadores y a algunos sectores de la izquierda. Esta ideología, que Thompson denomina latente (1991, pp. 40-44), miraba hacia el pasado y, en el presente, aseguraba el dominio de la burguesía porque daba fundamento a convocar la unidad nacional o aceptar el carácter popular del gobierno. Los dos símbolos sobre los que esa ideología descansaba eran la revolución mexicana y el nacionalismo revolucionario.

La revolución de 1910 había sido, durante ya muchos años, el símbolo invocado por gobiernos cada vez más conservadores. Los discursos proferidos por políticos y líderes sindicales o campesinos trazaban una línea continua que unía el levantamiento de 1910 y el momento actual, confundiendo en uno solo a dirigentes sociales y militares que de hecho estuvieron enfrentados. La retórica convertía a los gobernantes actuales en herederos de un movimiento del pueblo mexicano y, por lo mismo, guías en la marcha hacia el progreso material y la libertad política. La promesa revolucionaria dejaba a un futuro siempre próximo la realización plena de estas metas.

El Martillo llamaba a entender las lecciones del pasado. Trabajadores y campesinos habían ganado mejoras en sus condiciones de vida con las armas en la mano en los años inmediatos posteriores a la guerra revolucionaria; “pasada la amenaza de los trabajadores armados, la burguesía gradualmente suprimió estas conquistas” (*EM* 6 de enero, 1973). Después, nuevamente gracias a su movilización masiva, los trabajadores ganaron derechos laborales en los años treinta; muchos de ellos se convirtieron en letra muerta en décadas posteriores. Las movilizaciones del presente empujaban a la burguesía a prometer reforma política y renovación de las cúpulas sindicales. Frente a ese discurso, *El Martillo* recordaba a los obreros “la experiencia de los años treinta” y alertaba contra las “viejas tesis lombardistas de la conciliación de clases y de la unidad nacional”, que en el presente llevaban a aliarse a las direcciones sindicales espurias bajo la idea de unificar “las fuerzas antiimperialistas” (26 de julio, 1978 y 1 de mayo, 1979).

Detrás de las ideas de unidad y conciliación entre clases estaba la ideología nacionalista. La clase obrera había transitado por el camino del nacionalismo en el pasado, y esa experiencia había truncado su “desarrollo independiente y revolucionario.” En el momento

presente era un contrasentido luchar contra el charrismo dentro de los sindicatos, mientras que se afirmaba el apoyo al Estado “en su papel de supremo juez en los conflictos clasistas.” Esa actitud contradictoria inhibía la lucha sindical clasista. Por esa razón, *El Martillo* abogaba por que la clase obrera no continuara un camino que en todos los casos había probado ser un callejón sin salida (21 de octubre, 1972). El mensaje insistente, transmitido no solo en sus editoriales, señalaba que en México no había burguesía progresista, que la lucha de clases era cotidiana en todos los espacios y que el socialismo, y no el nacionalismo, ofrecía la verdadera emancipación para la clase obrera.

IDEOLOGÍA PARA TOMAR EL PODER

El Martillo consideraba tarea principal desenmascarar la ideología porque su aceptación generalizada contribuía a la permanencia del poder burgués. Contrarrestar ese poder implicaba también mostrar que existía una oposición fuerte. Así que otro propósito del periódico era dar a conocer las luchas de los trabajadores. Reportar sobre las variadas y numerosas luchas indicaría al lector el carácter nacional del enfrentamiento. Además de informar, el periódico aconsejaba acerca de la mejor conducción política de los conflictos concretos.

Las noticias acerca de trabajadores ocuparon más páginas del periódico que cualquier otra. Fueron sobre todo noticias acerca de trabajadores industriales, repartidas más o menos con equidad entre locales y nacionales. Así, por ejemplo, en la sección “En los frentes de lucha” (12 de agosto, 1973, pp. 1-2), informó sobre la elección de un sindicato independiente en la fábrica de artículos de limpieza La Nacional, en la ciudad de Chihuahua, y sobre los magros logros en la negociación llevada a cabo por el sindicato ferrocarrilero y la empresa para un nuevo contrato nacional. Respecto de lo segundo, el artículo concluía denunciando la falta de democracia sindical y aconsejaba remover a los líderes corruptos antes de la siguiente negociación contractual. La misma sección, en la edición del 26 abril de 1976, informó del triunfo de la huelga de los trabajadores de Erlo, en Chihuahua, y procedió a proponer a los trabajadores que comunicaran su experiencia a otros movimientos, empezando por unirse a la marcha del 1 de mayo.

Los reportajes de luchas particulares construían la base para elaborar un programa general para los trabajadores. Había que oponerse a los charros y abandonar las centrales obreras controladas por ellos. Al mismo tiempo, había que construir la unidad entre los trabajadores y lograr la independencia de sus organizaciones. Esos objetivos podían lograrse solo a través de la lucha, recurriendo cuantas veces

fuera necesario a su arma fundamental: detener la producción (*EM* 26 de agosto, 1972, y 2 de diciembre, 1972).

Reportar las luchas obreras era necesario para entender el momento por el que atravesaba el país, pero no suficiente. Había que complementar con un análisis de las coyunturas políticas para descubrir la verdad detrás de los sucesos. Esa verdad subyacente emergía cuando se prestaba atención a las características tanto objetivas como subjetivas del momento presente. Las primeras apuntaban a la agudización de la miseria y la explotación; las segundas, al incremento de la conciencia política de las masas obreras y populares.

Dos elementos clave que conformaban el presente eran la carestía y la represión. *El Martillo* consideró que los trabajadores vivían un “nuevo embate del sistema capitalista” que consistía en el alza de precios de los productos de primera necesidad. Un editorial ensayó una explicación de la inflación. Inició aseverando que el alza de precios obedecía a la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los medios de producción, y después procedió a explicar el enunciado. La ganancia es el incentivo de los capitalistas y su incesante persecución, de manera individual, siempre topa con una crisis porque satura los mercados de mercancías. El editorial explicó entonces que la ganancia provenía de “la fuerza de trabajo que [el patrón] no les paga a los obreros durante el proceso de producción”, y que esa ganancia se convertía en dinero solo recurriendo al mercado. Por ello, y para evitar las crisis, los capitalistas constantemente buscaban abrir nuevos mercados, y ponía como ejemplos la guerra de Vietnam y la exploración espacial. Para financiar estas aventuras se imprimía más dinero y, en consecuencia, disminuía su valor. Aunque lo descrito sucedía en Estados Unidos, causaba inflación en México debido a la dependencia de la economía mexicana con la de Estados Unidos (*EM* 6 de agosto, 1973). No eran los banqueros, los industriales o los grandes comerciantes los afectados por el alza de precios; por el contrario, todos ellos se veían beneficiados porque obtenían un mayor precio por los productos sin haber pagado un mayor salario para su producción, así que aumentaban ganancias. Los afectados era los obreros, porque disminuía el poder de compra de su salario: Frente a la inflación, los trabajadores podían quejarse y luego terminar aceptando los nuevos precios, o podían inconformarse activamente exigiendo aumento salarial (*EM* 15 de enero, 1973). Si decidían protestar, era seguro que enfrentarían represión. “Tenemos ante nosotros —afirmaba el editorial— al Estado jugando su verdadero papel de instrumento represivo al servicio de los capitalistas”. Carestía, protesta y represión eran indisociables en los tiempos que corrían.

Las condiciones objetivas de carestía y represión provocaban la movilización de los obreros. Este auge del movimiento obrero era discernible en lo que el periódico calificó de cada vez más profundas y extensas luchas que, en conjunto, constituían una “insurgencia de las masas trabajadoras” (*EM* 14 de noviembre, 1972, y 26 de agosto, 1972). No solo la cantidad era importante, también la aparición de nuevas formas de organización y de protesta, como lo eran el Comité de Defensa Popular en Chihuahua y la Unión Popular Independiente en Durango, cuyas acciones rompían con el habitual aislamiento en que ocurrían los enfrentamientos de trabajadores, campesinos, colonos o estudiantes. El pueblo demostraba confianza en su capacidad para oponerse a las injusticias mientras construía vínculos solidarios (*EM* 12 de diciembre, 1972, y 21 de octubre, 1972).

En la apreciación de *El Martillo*, las luchas populares desbordaban una y otra vez la legalidad burguesa y adquirían por tanto una cualidad política de rebeldía. A consecuencia de ello, las masas vivían un proceso de acelerada concientización política, que se traducía en la tendencia a organizarse, unificarse y continuar la lucha independiente. Ocurría de esa manera un cambio cualitativo, puesto que se adquiría “la conciencia de clase y la convicción y la decisión de actuar en ella hasta conseguir los objetivos históricos del proletariado” (*EM*, 4 de noviembre, 1972). El potencial acumulado sería realizado si los revolucionarios señalaban “el camino a seguir”; de ahí la importancia que adquiría el periódico que difundía “la filosofía de la clase obrera”, vinculaba “las fuerzas revolucionarias”, y esclarecía “el verdadero significado político de cualesquier acontecimiento social” (*EM*, 1 de julio, 1972).

Los escritores del periódico, porque eran revolucionarios, se autoencomendaban la elaboración y trasmisión de la línea política correcta. Un editorial crítico de las promesas de cambio emanadas del PRI esbozó a contrapunto los elementos clave de “la línea política que deben adoptar los trabajadores” (*EM*, 15 de julio, 1972). Editoriales posteriores elaboraron con mayor detalle estos elementos.

En primer lugar, había que emprender la lucha y lograr organizaciones independientes del gobierno y de la burguesía. En segundo lugar, las organizaciones creadas debían tender puentes y buscar la unidad de quienes estaban en la misma brega, de manera que eventualmente emergieran organizaciones independientes de carácter nacional (*EM*, 26 de agosto, 1972). En tercer lugar, las luchas que emprendieran estas organizaciones tendrían que usar todas las armas a su disposición, recurriendo a tácticas ilegales si fuera necesario, y sin olvidar que la huelga debería rebasar el uso meramente económico y convertirse en arma política (*EM*, 9 de septiembre, 1972).

En cuarto lugar, había que tener claramente definido al enemigo: los gobernantes, los grandes capitalistas mexicanos y los inversionistas extranjeros (*EM*, 26 de agosto, 1972). Estos cuatro grandes puntos constituían un programa político, orientado a lograr el reparto de la riqueza “en un plano de igualdad” y “la entrega inmediata a todos los trabajadores de los instrumentos de producción” y los recursos financieros (*EM*, 15 de julio, 1972).

El programa delineado llevaba implícitas posturas frente a ciertos debates en la izquierda de la época. Posiblemente las tres discusiones más importantes concernían, primero, a quién debía considerarse el sujeto revolucionario; segundo, cuál era la forma adecuada de organización; y tercero, cuál era la táctica adecuada para la transformación revolucionaria.

EL SUJETO REVOLUCIONARIO

Los socialistas marxistas sostuvieron con fiereza, desde mediados del siglo XIX, que la clase obrera daría sepultura a la burguesía y al capitalismo. Las revoluciones exitosas del siglo XX sacudieron esta confianza en la misión histórica de la clase obrera, dado que ocurrieron en países en los que los obreros industriales eran minoría. En los hechos, el campesinado revelaba que podía ser el sujeto revolucionario que alumbraría el futuro socialista. Eso fue precisamente lo que Ernesto Guevara argumentó, basado en la experiencia de la revolución en Cuba: la vanguardia armada encabezando la insurrección campesina hacia la conquista del poder (Guevara 2007, pp. 6-8). La organización revolucionaria de los campesinos fue la marca distintiva de organizaciones armadas surgidas en los años sesenta en México. Apenas una década después de la revolución cubana, el insurreccional año de 1968 puso a los estudiantes universitarios en la lista de sujetos revolucionarios. El movimiento estudiantil de ese año en México dejó una secuela de activismo que reivindicaba a los estudiantes como sujeto revolucionario. Así emergió un debate, envuelto en el pesado clima de la Guerra Fría, respecto de quién era el moderno sujeto revolucionario. Esta fue una característica que distinguió a la nueva izquierda, aun cuando la renovada izquierda marxista sostuvo el principio del obrero revolucionario.

El Martillo, sin abordar el debate de manera explícita, contribuyó sus dos centavos. No ponía en duda la calidad revolucionaria del campesinado en México. Después de todo, algunos de sus editores habían estado fuertemente marcados por la revolución cubana y por la guerrilla rural mexicana. También, y puesto que casi todos los editores eran estudiantes o recién egresados de la universidad, reconocían la existencia de “vanguardias estudiantiles más conscientes”

que avanzaban hacia “los intereses generales de la revolución”. No obstante, la publicación se inclinó hacia el proletariado como sujeto revolucionario. Cerca de la mitad de los artículos publicados en el primer año trataron la cuestión obrera; a lo largo de la vida del periódico, casi una tercera parte de los artículos tuvieron que ver con obreros, mientras que campesinos y estudiantes recibieron, cada uno, menos del 10% de atención.

Más allá de las cifras, los editoriales inequívocamente declaraban al proletariado como el sujeto revolucionario. Reflexionando acerca del Movimiento Sindical Ferrocarrilero y su lucha por el local sindical en Chihuahua, el autor declaró que la acción del MSF era equivalente a la futura “toma del poder político para la destrucción del sistema de producción capitalista y la implantación de una nueva sociedad” (*EM*, 10 de octubre, 1972). Esta era por supuesto la tarea de la clase obrera, como expresó otro editorial, en el que pintaba a los capitalistas parados frente al precipicio debido a la crisis económica, y sentenciaba: “El papel de los obreros es darle el empujón que necesitan los capitalistas” (*EM*, 6 de agosto, 1973). Un tercer editorial argumentó a favor de extender la actividad huelguística, para que los trabajadores demostraran “por qué ellos y nadie más que ellos representan la clase revolucionaria por excelencia” (*EM*, 2 de diciembre, 1972). Por esa razón, porque eran el sujeto revolucionario, para los trabajadores tomar conciencia de su interés de clase era equivalente a convencerse de su poderío y su inevitable destino de destruir el capitalismo.

No era esta una tarea que la clase obrera podía llevar a cabo por sí sola. *El Martillo* por ello distinguía, dentro del movimiento revolucionario y democrático en general, dos componentes: el movimiento obrero y el movimiento de masas (21 de octubre, 1972). No se trata, claro, de una división argumentada y examinada de manera sistemática, así que, en ocasiones, los términos fueron empleados como sinónimos. En la medida en que operó la distinción, entonces, dentro del movimiento de masas encontramos a estudiantes, colonos urbanos y campesinos que podían actuar en movimientos separados o en conjunto (ver también *EM* del 3 de febrero de 1973). El llamado a la unidad contemplaba una coalición de estos movimientos y sectores de la población bajo el liderazgo de los trabajadores. Los editores del periódico coincidían en la ya añeja distinción que hiciera Lombardo Toledano entre clase obrera y pueblo, y situaban dentro del segundo a los “campesinos, los pequeños propietarios despojados y empobrecidos, los intelectuales revolucionarios” (*EM*, 1 de julio, 1973; véase Necochea Gracia, 2015, p. 19). El proletariado, que se distinguía precisamente por

su conciencia de clase, dirigía el movimiento revolucionario. Este proletariado tenía la capacidad de resolver los problemas nacionales y lo haría “teniendo en cuenta, por encima de todo, los intereses de las masas explotadas del campo y de la ciudad” (*EM*, 1 de mayo, 1973). Los otros sectores de la sociedad podían también ser revolucionarios, en la medida en que marcharan en sintonía con la lucha obrera hacia la “consecución de un gobierno de los trabajadores que ofrezca una solución proletaria a los problemas de los explotados y permita el establecimiento del socialismo en nuestro país” (*EM*, 16 de diciembre, 1972).

LA NECESIDAD Y EL CARÁCTER DEL PARTIDO

Los jóvenes radicales de los años sesenta y setenta rechazaron los partidos de izquierda existentes, el Partido Popular Socialista y el Partido Comunista Mexicano. No era un rechazo a la idea del partido como tal, sino a cómo estos dos partidos habían devenido en burocracias políticas oportunistas, o al menos acomodaticias al sistema político autoritario mexicano, sin duda en parte influenciados por José Revueltas (1980). Al mismo tiempo, muchos de los jóvenes responsables por la creación de una nueva izquierda fueron producto de esos partidos; tal fue el caso de Jaime García, quien estuvo brevemente en el PC antes de unirse a un grupo político armado (García Chávez, entrevista, 2013). Para él y para los demás fundadores, *El Martillo* fue su manera de explorar una forma de organización no partidista, aunque el fin último era la creación de un partido.

Un elemento central de la línea política que esgrimía el periódico era la unidad. La unidad debía resultar de acciones y, a su vez, debía conducir a organizaciones independientes y combativas que llevaran a buen término las luchas en las que estaban inmersos los trabajadores, campesinos y estudiantes. La unidad en la lucha cobraría intensidad si todas las fuerzas involucradas acordaran un programa de acciones y demandas. En un siguiente paso, ese programa exigiría repartir equitativamente la riqueza del país y entregar a los trabajadores todo lo concerniente a la producción que era propiedad privada. Para lograr este fin, sería necesario contar con una organización nacional “que dirija la lucha y nos lleve a la victoria” (la cita en *EM*, 29 de julio, 1972; véase también 15 de julio, 1972).

El carácter de esta organización apenas quedó esbozado en los editoriales del periódico. Algunas veces usaron el término partido, en ocasiones calificado de partido obrero de nuevo tipo y en otras de vanguardia revolucionaria. Lo que era cierto es que dicha organización debía “plantear la toma del poder y la dictadura del proletariado”, porque de otra manera no podrían distinguirse de

la “izquierda tradicional” y caerían en su mismo “desprestigio y bancarrota” (la cita en *EM*, 21 de octubre, 1972; 12 de agosto, 1972 y 15 de julio, 1972).

La relación entre partido y base política con frecuencia era referida en los términos acostumbrados del leninismo. En un editorial acerca de la necesidad del programa revolucionario, el texto afirmaba la creciente radicalización que acompañaba la multiplicación de protestas emprendidas por obreros, campesinos y estudiantes. Añadía, sin embargo, que una notable debilidad de ese movimiento era “la inexistencia de una organización de vanguardia” (*EM*, 21 de octubre, 1972). Otro editorial explicó porque esa ausencia era una debilidad: la confianza y sagacidad del pueblo para detectar injusticias y combatirlas estaba limitada a mejoras específicas. En cambio, de existir una “dirección revolucionaria”, la lucha sería frontalmente contra el sistema (*EM*, 4 de noviembre, 1972). Pero la clase obrera estaba impedida de crear esa dirección revolucionaria porque le habían sido inculcadas ideas acerca de la necesaria colaboración entre el capital y el trabajo en aras del interés nacional y la estabilidad política (*EM*, 1 de mayo, 1973). El mismo editorial sugería una formulación diferente: la organización de nuevo tipo solo acaecería cuando el proletariado tomara conciencia de que su interés de clase estaba en oposición al de la burguesía. En este caso, aunque no lo hace explícito, la conciencia obrera ocurría primero y, después, como consecuencia de la concientización, el partido. Parecería que al menos en los primeros años, *El Martillo* pensó posible que la práctica política diaria del movimiento de masas condujera a la conciencia de clase que, a su vez, resultaría en la formación de un partido revolucionario. Aun así, la idea leninista de la vanguardia intelectual que conoce y señala el camino ejerció una fuerte atracción. Entre estos polos opuestos de cómo concebir la organización partidista y la relación que esta debería tener con las masas, o lo que hoy denominamos movimiento social, la postura expresada por los editoriales del periódico era indecisa, ambigua. Víctor Orozco, en retrospectiva, consideró que la lectura de Rosa Luxemburgo ayudó a afinar un punto de vista cada vez más crítico respecto de la idea del partido de cuadros que inyecta la conciencia en la clase a los obreros; en su recuerdo, la idea de Rosa Luxemburgo de “fecundar” los movimientos fue convenciéndolos de pensar la relación entre el partido y el movimiento de manera distinta (Orozco, entrevista 2017).

LA TRANSFORMACIÓN REVOLUCIONARIA

Los editoriales en el periódico con frecuencia recuerdan al lector que el fin último de todo el trabajo de organización y de las batallas parciales acometidas era el socialismo. Cuando uno de los autores de

estos editoriales tomó el enfrentamiento entre charros y democráticos en el sindicato ferrocarrilero como muestra de la gran lucha de clases en la sociedad, concluyó que el enfrentamiento mostraba el camino hacia “la toma del poder político para la destrucción del sistema de producción capitalista y la implantación de una nueva sociedad” (*EM*, 10 de octubre, 1972). Declaraciones como la anterior eran comunes entre las organizaciones autoadsritas a la izquierda política en esos años. Pero había quienes disentían y pensaban que era posible introducir reformas en la sociedad mexicana con el fin de fortalecer el carácter popular del Estado, cuyo origen era la revolución de 1910, afianzando el control y la rectoría económica del Estado para favorecer los intereses populares. Esta había sido la postura del Partido Comunista hasta los años sesenta, seguía siendo la del PPS y era también la expresada por Rafael Galván, quien dirigía la Tendencia Democrática entre los trabajadores electricistas y tenía un papel prominente en la denominada insurgencia sindical de esos años (Poniatowska, 1972a, pp. 48-53, y 1972b, pp. 36-41). La postura de Rafael Galván, en particular, era referida como nacionalismo revolucionario. Esta fue una de las maneras en que se dividió el campo de la izquierda entre revolucionarios y reformistas.

El debate tuvo otros puntos de contención. Uno de ellos concernía el tipo de organización y los medios para lograr el objetivo. En un lado estaban las organizaciones político militares, que ponían al frente los actos de armas como propaganda y como necesidad inmediata para alcanzar el poder. En el otro lado estaban las organizaciones no armadas, que favorecían la participación en los movimientos de base con el propósito de ganarlos a la lucha por el socialismo y que, no obstante profesaban de palabra la necesidad del cambio revolucionario, fueron equiparadas a organizaciones que exclusivamente perseguían reformas. Una tercera manera de concebir la diferencia entre reformistas y revolucionarios tenía que ver, en específico, con el apoyo o no a la política de apertura democrática seguida por Luis Echeverría durante su presidencia. Varios intelectuales prominentes, que fueron críticos del gobierno, particularmente después de la represión de 1968, optaron por apoyar esta política de apertura, algunos de ellos aduciendo que, de no hacerlo, el régimen político mexicano caminaría hacia el fascismo. Esta fue la particularidad que en México adquirió la pregunta clásica que informó los análisis políticos en América Latina: ¿reforma o revolución?

El Martillo marcó su postura claramente en favor del cambio revolucionario. Ya hemos notado antes que consideró la política de Echeverría y las promesas de democratización del partido en el gobierno como parte de la ideología burguesa que había que combatir.

Lo mismo hizo respecto del nacionalismo revolucionario, al que consideró responsable de que los obreros guardaran ilusiones respecto del sistema político actual y, en consecuencia, no avanzaran por el camino de transformación real hacia el socialismo.

Precisamente para avanzar en el camino al socialismo, *El Martillo* concebía que su papel en el movimiento de masas era doble: por un lado, participar, difundir y apoyar las luchas por reivindicaciones particulares; por el otro lado, señalar que las demandas que pudieran ganar en el momento no resolvían el problema de fondo, que era la explotación capitalista del trabajo. Por esta razón, los editoriales del periódico, además de reflexionar sobre conflictos en curso, aconsejaban siempre proseguir la lucha hacia el fin mayor.

Así, por ejemplo, una y otra vez declararon su apoyo a los esfuerzos por desconocer a líderes sindicales corruptos. Pero, añadían, incluso el PRI podría estar de acuerdo en luchar contra los charros para cambiar un sistema de contención por otro. Era necesario introducir la perspectiva revolucionaria, y eso pretendía hacer *El Martillo*, porque, de otra manera, “sería criminal enfrascar a las masas mexicanas en una lucha que no tiene perspectivas” (*EM*, 26 de agosto, 1972). Otro editorial argumentó de manera similar, declarando la necesidad de apoyar la campaña emprendida por la Confederación de Trabajadores de México por un aumento salarial de emergencia, y al mismo tiempo señalando que

[...] el problema de la carestía de la vida, como otros muchos, solo podrá ser solucionado definitivamente con un cambio revolucionario que termine para siempre con el sistema de trabajo asalariado, en el cual los patrones se roban la mayor parte del valor de nuestra fuerza de trabajo y solo nos pagan una pequeña porción del mismo (*EM* 15 de enero, 1973).

La participación en las luchas reformistas era imprescindible para cumplir el objetivo de elevar la conciencia y llevar esos combates parciales hacia el enfrentamiento revolucionario. Por eso criticaban a quienes, en las organizaciones de izquierda, proponían el “movimientismo”, es decir, la exaltación de las luchas por sí mismas, y preferían el espontaneísmo a la consolidación de un programa revolucionario. Olvidaban, quienes actuaban así, “el deber revolucionario de darle alternativas programáticas al actual movimiento” para conducir las luchas limitadas “hacia la meta de las conquistas históricas” (*EM*, 21 de octubre, 1972). En otras palabras, la lucha de los trabajadores debía ser una lucha revolucionaria por el socialismo y no solo una lucha por “mejorar parcialmente las condiciones de vida” (*EM*, 1 de julio, 1973).

Los editoriales aconsejaban que los conflictos individuales requieran de todos los medios de lucha. La burguesía, porque imponía las

reglas del juego, exigía a los obreros seguir el curso legal. *El Martillo* señalaba que la burguesía no titubeaba, en cambio, cuando requería actuar ilegalmente para aplastar la disensión obrera. El gobierno, de la misma manera, exigía la acción de protesta pacífica, pero con mayor frecuencia recurría a la represión brutal para intimidar a los disidentes. En consecuencia, los obreros debían entender que la lucha era política, no legal, y por ello había que recurrir a los instrumentos legales y a las acciones ilegales; que a la violencia organizada del Estado había que responder con la violencia organizada de los trabajadores, llevando la lucha a “las calles, las fábricas, los centros educativos” (*EM*, 23 de septiembre, 1972). No debían caer en la trampa reformista de aceptar la dádiva por miedo al garrote (*EM*, 3 de febrero, 1973). En suma, los movimientos tenían a su disposición un repertorio amplio de acciones y su criterio de selección debía ser político, teniendo en mente la victoria.

El Martillo no abogaba por la acción no violenta y legal ni por la constitución de organizaciones político armadas de vanguardia. Tres de sus fundadores pertenecieron a organizaciones político militares. Más importante, el periódico trazaba su génesis al triple asalto bancario del 15 de enero de 1972, en Chihuahua, llevado a cabo por tres comandos de guerrilla urbana. “Esas acciones expropiatorias fueron la coyuntura que permitió a las fuerzas revolucionarias actuantes en la ciudad la formación del Comité de Defensa Popular” y, entre otras “consecuencias conocidas”, la fundación de *El Martillo* (*EM*, 15 de enero, 1973, p. 1). Al mismo tiempo, un editorial acerca de las tácticas revolucionarias criticó lo que llamó “escuadrismo”, porque era imitación de los métodos de lucha del enemigo. El editorial afirmaba, apoyándose en Gramsci, que la debilidad del Estado y los patrones los orillaba a emplear grupos armados privados e ilegales. “Creer que se puede contraponer a la actividad ilegal privada otra actividad similar, es decir, combatir el escuadrón privado con el escuadrismo es una necesidad” porque, a fin de cuentas, la lucha en el terreno del enemigo conduce al desgaste y a la derrota. Continuaba argumentando la importancia de “una estrategia general, que asimile las condiciones existentes en la sociedad y se base en el movimiento y conciencia de las masas y organizaciones revolucionarias actuantes”, y que las tácticas específicas derivaban de esa estrategia propia y tenían por finalidad “darle continuidad al movimiento en sentido ascendente y a la ofensiva”. Este debería ser el criterio para seleccionar las formas de lucha, pacíficas o violentas, “sin importarles las reglas del juego o la legalidad burguesas, y profundizando siempre en las acciones y formas que eliminarán los instrumentos de fuerza en que se sostiene el poder político de la burguesía” (*EM*, 21 de febrero, 1973).

Los editoriales del periódico no elaboraron de manera concreta lo que sería esa estrategia general, y tan solo afirmaron el objetivo final de la transformación revolucionaria hacia el socialismo. ¿Cuál sería el carácter de la revolución? El editorial “La huelga: el arma de los obreros” insinúa una posible respuesta. El texto refiere la insurgencia de obreros, campesinos, estudiantes y “demás sectores explotados” y el camino hacia ensayar nuevas formas de protesta. En la coyuntura que vivían, las manifestaciones, mítines, propaganda y denuncias resultaban insuficientes para poner en crisis el sistema capitalista. En cambio, la aparición del Comité de Defensa Popular en Chihuahua y la Unión Popular Independiente en Durango ofrecía nuevas formas para romper el aislamiento de las luchas. A este desarrollo debería seguir la realización por parte de los trabajadores de “la fuerza que les da su papel en la producción” y, por tanto, del potencial para poner “en crisis al aparato de poder” si detenían la totalidad de la producción. Esta huelga generalizada se convertiría en un movimiento indestructible, “precisamente por golpear al sistema en su parte más débil con los métodos más revolucionarios”, y demostraría por qué los obreros “representan la clase revolucionaria por excelencia” (*EM*, 2 de diciembre, 1972). Los redactores de los editoriales, o al menos de este en específico, parece que se inclinaban por la huelga masiva, tal como la plantea Rosa Luxemburgo, como el vehículo para derrocar al capitalismo. En ese sentido, no consideraban que fueran los cuadros de la vanguardia, armada o no, quienes debían dirigir el asalto sino el conjunto de trabajadores insurrectos.

CONCLUSIÓN

Las décadas del treinta y cuarenta del siglo xx fueron de intensa movilización popular en México. Campesinos y obreros fundaron organizaciones nacionales para defender y avanzar sus intereses, mientras que el presidente Lázaro Cárdenas intensificó la reforma agraria, decretó la nacionalización de las empresas petroleras y apoyó las luchas de los trabajadores. El jacobinismo revolucionario alcanzó su punto más alto en esos años. La continuidad esperada no ocurrió y, en cambio, accedió a la presidencia un católico conservador, seguido de un cínico y corrupto que convirtió la política en negocio, y ambos inauguraron la secuela contrarrevolucionaria que dominó el resto del siglo xx. El gobierno persiguió entonces la institucionalización política y la industrialización a costa del bienestar de obreros y campesinos. Las centrales campesina y obrera devinieron apéndice del partido de Estado y bailaron al son del anticomunismo característico de la guerra fría. El discurso nacionalista revolucionario devino nacionalismo ramplón de agencia publicitaria

que, eso sí, se apropió del lenguaje y simbolismo revolucionario, vaciándolo de contenido. Sobrevino entonces, entre muchas consecuencias, la despolitización de obreros y campesinos, que prefirieron resolver los asuntos que podían resolver dentro de los ámbitos familiares y comunitarios.

Contra esta despolitización fue que *El Martillo* enfiló su estrategia de comunicación. Los editores insistieron en la crítica de la ideología dominante, para desnudar el cinismo y la ligereza con que los baños de pueblo ocultaban la opresión política y la explotación económica. Era difícil poner al frente un discurso revolucionario, cuando el oponente ya había hecho suya la palabra revolución, y pretendía tener el monopolio sobre el bienestar popular. Por ello los editoriales del periódico enderezaron su crítica hacia ciertos elementos de la ideología dominante —la unidad nacional, el nacionalismo, la herencia revolucionaria— que calaban hondo en la cultura popular. También por esa razón lanzaron desde sus páginas una ideología contraria, la proletaria, para politizar nuevamente la movilización popular y darle armas en su lucha por el bienestar inmediato y, en el futuro no lejano, el socialismo.

El periódico desplegó sus argumentos de crítica de la ideología burguesa y de construcción de la ideología proletaria en sus primeros años. Los principios enunciados fueron elaborados con mayor o menor complejidad posteriormente, pero no cambiaron en el transcurso de la década y media de vida del periódico. Posiblemente el único cambio significativo —y habrá que detallarlo en posteriores estudios— ocurrió en torno a la participación electoral y la organización partidista, respuesta, en parte, a la reforma electoral ocurrida en 1977 y, en parte, a la declinación de la movilización popular en los años ochenta. Sin embargo, la primera plana del último número aún ostentaba en el plano superior el nombre, *El Martillo*, seguido del lema “por la revolución proletaria” y, por debajo, ocupando toda la página, las imágenes de Carlos Marx y Ricardo Flores Magón iban acompañadas de citas de cada uno denunciando el poder del patrón y llamando a los desheredados a la lucha. En el interior, un artículo acerca del Primero de mayo llevaba por título “¡A fortalecer la organización proletaria!” mientras que el editorial concluía era necesario rechazar las viejas fórmulas nacionalistas de la izquierda y trazar una nueva ruta con los recursos en manos de trabajadores y organizaciones democráticas y revolucionarias (*EM*, 1 de mayo, 1986, pp. 1-3). Ironías de la historia, dos años más tarde muchos de los que formaron el colectivo editorial se sumaron al naciente Partido de la Revolución Democrática, bajo el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas.

BIBLIOGRAFÍA

- El Martillo* 1972-1975 (Chihuahua) Nos. 1-60.
- Guevara, Ernesto “Che” (2007) [1960] *Guerra de guerrillas* en Proyecto Espartaco. Recuperado de <https://latinoamericanos.files.wordpress.com/2007/05/guevara-ernesto-guerra-de-guerrillas.pdf>
- Lenin, Vladimir I. (2010) [1902] ¿Qué hacer? Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Márquez, Javier (ed.) (1976). *Pensamiento de México en los periódicos: páginas editoriales*. Ciudad de México: Editorial Tecnos.
- Melgar Bao, Ricardo (2015). *La prensa militante en América Latina y la Internacional Comunista*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Necochea Gracia, Gerardo (2015). Lombardo, Revueltas y la clase obrera. En *Cuicuilco* 22(64).
- Necochea Gracia, Gerardo (2016). Experiencia, ideología y proceso de politización en las historias orales de militancia e izquierda durante la segunda mitad del siglo xx. En Pozzi, Pablo (coord.) *Rebeldes e inconformistas: procesos de politización y rebelión en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO/Imago Mundi.
- Necochea Gracia, Gerardo (2018). La prensa de izquierda en México en la década de 1970: el ¿Qué Hacer? y la fundación de *El Martillo*. En *Cuicuilco*, 25(71).
- Necochea Gracia, Gerardo y de los Ríos Merino, Alicia (2013). Entrevista a Jaime García Chávez (Chihuahua, Chih.)
- Necochea Gracia, Gerardo y de los Ríos Merino, Alicia (2016). Entrevista a Víctor Orozco. (Ciudad Juárez, Chihuahua).
- Pérez Daniel, Iván (2012). La revista *Ruta* entre dos épocas, 1933-1938: la recepción del realismo socialista en los años treinta en México. En Granados, Aimer (coord.) *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa/Juan Pablos editor
- Poniatowska, Elena (1972^a). Exclusiva: con Rafael Galván. En *Punto Crítico*, (1).
- Poniatowska, Elena (1972^b). Entrevista con Valentín Campa. En *Punto Crítico*, (4).
- Revueltas, José (1980) [1963]. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Ciudad de México: Era.
- Thompson, John B. (1991). *Ideology and modern culture: critical social theory in the era of mass communication*. Stanford: Stanford University Press.
- Williams, Raymond (1977). *Marxism and literature*. Oxford: Oxford University Press.

MEMORIA DE UNA INTENDENCIA COMUNISTA, BRINKMANN, CÓRDOBA, ARGENTINA, 1958

Mariana Mastrángelo

INTRODUCCIÓN

El 27 de febrero de 1958 ganó la intendencia en Brinkmann Félix Stradella, obrero de la construcción y comunista. Este dato puede ser llamativo ya que este hecho se anticipó un año a la Revolución Cubana. Aunque, en el contexto de la provincia de Córdoba, este no fue el primer caso en donde los comunistas se presentaron a elecciones y ganaron. En el año 1928, fue elegido un peón rural y comunista, José Olmedo, para la intendencia de Cañada Verde, actualmente Villa Huidobro. Estos datos deberían llevarnos a reflexionar sobre si Brinkmann y Cañada Verde son hechos aislados o responden a una experiencia previa, a una cultura subterránea como la denominaría Raymond Williams (1980).

En este artículo estudiaremos la intendencia comunista de Brinkmann. Sostenemos que esta experiencia se dio en un proceso acumulativo de prácticas de izquierda que pueden rastrearse desde principios del siglo xx en el departamento San Justo, al este de la provincia de Córdoba, Argentina. Desde las primeras décadas del siglo pasado, podemos observar la presencia de anarquistas, socialistas,

radicales rojos¹ y luego comunistas por las ciudades más relevantes de la zona, como eran San Francisco y Brinkmann. Primero fueron los anarquistas, que ayudaban en los conflictos obreros que se daban en las zonas rurales recogiendo el ideario del Grito de Alcorta² y “sembrando conciencia”. Donde llegaban los anarquistas, levantaban humildes piecitas que servían para reunir a los obreros rurales y formaban las primeras Asociaciones de Oficios Varios y también enseñaban matemática y las primeras letras. Años más tarde, ya en las pequeñas ciudades, como era el caso de San Francisco, llegaron los socialistas y los comunistas. Desde la década de 1920 militantes comunistas como los hermanos Jesús y José Manzanelli, el socialista Mario Bravo, eran personajes habituales en actos y actividades culturales. En particular, los hermanos Manzanelli, junto a Antonio Maruenda, colaboraron en la organización del “Tampierazo”. Esta huelga del año 1929, que tuvo su epicentro en la fábrica de fideos Tampieri, paralizó a la ciudad por más de tres meses y llegó a funcionar un “comisariado del pueblo” o “soviét”. A pesar de que la lucha obrera fue brutalmente reprimida, como consecuencia del conflicto nació el Sindicato de Oficios Varios, que organizó a los trabajadores en sindicatos y la izquierda creció en la zona, llegando este movimiento a los pueblos vecinos, como Brinkmann (Mastrángelo, 2011).

DISTINTAS FUENTES PARA ABORDAR LA MEMORIA DE LA INTENDENCIA COMUNISTA DE BRINKMANN

La palabra latina *memor* pertenece a un núcleo semántico asociado siempre con el pensamiento como actividad, como práctica. *Imprimir*, para los antiguos poetas y filósofos, era una manera de no olvidar, una actividad. La memoria está asociada a la escritura o a la iconografía, a todo lo que hace posible la conservación, para ser recuperado en otro momento (Díaz-Quiñones, 1993, p.72).

Esa memoria no solo será conservada y luego recuperada para futuras generaciones sino que también será transmitida. Allí, los

1 Dentro del Radicalismo se distinguieron dos tendencias con diferentes enfoques políticos-doctrinarios: los rojos que representaban el ala renovadora y reformista, basado en el georgismo y el liberalismo humanista, y los azules que era conservador y reaccionario.

2 Rebelión agraria de pequeños y medianos arrendatarios rurales, que en 1912, durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, sacudió el sur de la provincia de Santa Fe y se extendió por toda la región pampeana, con centro en la ciudad de Alcorta, y que marcó la irrupción de los chacareros (mayoritariamente procedentes de inmigrantes europeos, especialmente italianos y españoles) en la política nacional del siglo XX, dando origen además a su organización gremial representativa, la Federación Agraria Argentina.

historiadores tenemos muchas formas de estudiar esa memoria guardada, por medio de las tradiciones orales, los recuerdos y otros registros escritos, las habilidades, el espacio y las imágenes, tanto pictóricas como técnicas. Podemos afirmar entonces que el hombre es un *hacedor de imágenes*, si a esto lo articulamos con el hecho de que el historiador es un *hacedor de memoria*, este encuentra en lo visual una herramienta fundamental de trabajo para desarrollar estudios explicativos históricos, trascendiendo una de sus facetas, la de ser una mera ilustración, para desarrollar una vertiente histórico-cultural (De las Heras Herrero, 2009). O como plantea Raphael Samuel, en el caso de las fuentes fotográficas, estas pueden ser entendidas como relatos con sustancia propia. En esta línea interpretativa, la fotografía se convierte en el ojo de la historia según el autor (Samuel, 2008, p. 378)

Lo interesante de utilizar distintos tipos de fuentes es que amplían los recursos para estudiar un hecho que ha dejado escasos registros, como en este caso la intendencia comunista de Brinkmann. Quizás por esta razón es que son pocos los estudios que se han realizado sobre este tema,³ aunque debemos destacar la tesis de Ramón Bianciotti “Brinkmann la roja” (Bianciotti, 1990) y el artículo en la revista *Voces Recobradas* de Jorge Gómez y Andrés Gutiérrez, “Primera Intendencia Comunista en América Latina” (Gómez y Gutiérrez, 1999).

¿Con qué tipos de fuentes contamos para estudiar esta experiencia? De la época se pueden mencionar una serie de notas periodísticas en el diario local *La Voz de San Justo*⁴ o provincial como *La Voz del Interior* y el diario *Córdoba* y en el periódico del Partido Comunista *Nuestra Palabra*, que dan cuenta del suceso. En el plano internacional, el diario *The Milwaukee Journal* escribió un artículo titulado “Sacerdote e intendente comunista libran una batalla ideológica. Una pequeña ciudad argentina es el escenario de la lucha mundial en versión miniatura”.⁵ También, la revista *Leoplan* (Editorial Sopena) realizó un artículo, escrito por Juan R. España, con fotografías de Zenteno Zegarra que tituló: “Don Camilo y Peppone en la Argentina. Brinkmann. Un pueblo de Dios y de Khrushchev. El caso del alcalde comunista y del cura de Guareschi”. (España, 1958)

3 El Archivo Municipal de Brinkmann y, en especial, Laura Frola, están realizando desde hace años un trabajo de recopilación de fuentes escritas y orales para escribir la historia de la intendencia comunista del año 1958. En la actualidad, se encuentran en ese proceso.

4 *La Voz de San Justo* es el diario de San Francisco que cubre todo el departamento San Justo.

5 *The Milwaukee Journal*. 26 de julio de 1959, artículo escrito por Brian Bell. Traducido por Laura Frola, (2018).

En este último caso, las fotografías registradas en la nota periodística de la revista *Leoplan*, serán parte de las fuentes que analizaremos, junto a una serie de entrevistas orales a sus protagonistas, para recuperar la memoria de los brinkmannenses y la intendencia comunista del año 1958. Ahora bien, ¿por qué nos adentramos en esta historia desde estas imágenes fotográficas? Siguiendo a Samuel, y si la fotografía es el ojo de la historia, estas representaciones de la época darían cuenta de la dicotomía que existía en los pueblos y ciudades del interior cordobés y que se ejemplifican en el título del artículo: “Brinkmann: un pueblo de Dios y de Khrushchev. El caso del alcalde comunista y el cura de Guareschi hecho realidad”. Por un lado, se puede observar el carácter conservador de la sociedad, representado por la figura del cura Jorge Isaac, por el otro, la existencia de un mundo subterráneo, encarnado por Félix Stradella. Ese mundo se compone de prácticas culturales donde la izquierda ha podido arraigarse, ya que comparte estructuras de sentimiento y un sentido común que los identifica. Siguiendo a Raymond Williams, las estructuras de sentimiento se conforman de prácticas y maneras de ver y estar en el mundo (Williams, 1980). El contrapunto que captaron las imágenes de la revista *Leoplan* entre el párroco y el intendente comunista dan cuenta de manera gráfica de esta convivencia, que puede resultar en teoría contradictoria, sin embargo, en la práctica, no lo era. Por esta razón, estas fotografías, junto a otras imágenes tomadas durante la gestión de Félix Stradella, se convertirán en el “ojo de la historia” para narrar esta experiencia⁶.

LOS ANTECEDENTES DE LA INTENDENCIA COMUNISTA EN BRINKMANN

En las décadas de 1930 y 1940 se instalaron en Brinkmann la empresa cooperativa láctea SanCor, fruto de la unión de los productores de Brinkmann y Sunchales (Santa Fe), y el Frigorífico Regional Serrano. La economía de la ciudad desde sus inicios se desarrolló junto a la agroindustria y la producción lechera, combinando el trabajo “golondrina” en el campo con el de la fábrica en la ciudad. Recuerda Juan Bogliero, obrero de la fábrica Sancor y concejal comunista, que “Los habitantes de Brinkmann, la mayoría, cazaba perdices, ‘corrían la liebre’ como quien dice. La época de la trilla

6 Estos materiales se encuentran en el Archivo Municipal de Brinkmann, creado en el año 2004 con el objetivo de compilar y construir la memoria de la intendencia comunista de la ciudad. Por medio de un arduo trabajo, han digitalizado el archivo que tenía la familia Stradella. Agradecemos a Laura Frola que nos abrió las puertas de este archivo y de esta historia.

mejoraba un poco las condiciones, pero pronto debían irse a otros lados, como golondrinas”.

Junto al desarrollo agroindustrial se fue formando una clase obrera que en pocos años fue organizándose. En este contexto, nació el Sindicato de Oficios Varios que comprendía a trabajadores de distintas ramas —peones rurales, bolseros, construcción e industria láctea, entre otros—. Como recuerda Bogliero, uno de sus primeros afiliados: “Eran otras épocas. Para buscar el beneficio de todos y la mejora de condiciones aportábamos una cuota sindical, teníamos en claro la fuerza de la unión” (Bogliero, 2013).

Este fue el primer sindicato organizado en Brinkmann y sus principales representantes fueron Renato Ninfi y Aldo Caponi. Ambos tenían una larga experiencia en el comunismo local y eran personas reconocidas y queridas dentro del ambiente obrero (Gómez, et al., 1999). Habían llegado a Brinkmann en la década de 1950, Aldo Caponi, maestro, proveniente de Rosario, y Renato Ninfi, inmigrante italiano y trabajador en el Frigorífico Regional Serrano, con ideas de izquierda y con la intención de “organizar” la zona. Pronto empezó la actividad partidaria y los vínculos con obreros como Félix Stradella. Las primeras reuniones tuvieron como punto de reunión la casa de Aldo Caponi y la de Félix Stradella ya que no tenían recursos económicos para alquilar un local partidario. La amistad fue uno de los motivos principales de la propagación del ideario izquierdista, así lo recuerda Juan Bogliero: “Como éramos amigos, nos hacía alguna charla y bueno, veníte a la reunión y allí vemos lo que podemos hacer” (Gómez, et al., 1999).

Esta noción de amistad y reconocimiento en la comunidad de Stradella también es recordada por el historiador Roberto Ferrero:

“(Félix) Stradella gana ese mismo año en que (Arturo) Frondizi es elegido presidente, en San Francisco es elegido por la Unión Cívica Radical Intransigente [UCRI] (Guillermo) Peretti y, en Brinkmann, Stradella. Pero no gana por ser comunista sino a pesar de ser comunista. Cuando nos reunimos en el Comité Radical, cuando nos enteramos de que había ganado Stradella mucho no nos extrañó porque era muy popular, porque era un gran jugador de fútbol y además porque era muy buena persona, y era del PC como podría haber sido conservador, lo elegían lo mismo. Lo eligieron por él. Era un pueblo chico” (Ferrero, 2011).

En estos dos relatos observamos cómo las estructuras de sentimiento, que en este caso se describen como “amistad”, “reconocimiento”, “era popular”, “era buena persona”, se conectan con el ideario de izquierda y sirvieron para organizar a las personas en la estructura del Partido Comunista. Como bien señala Ferrero, a Stradella lo votaron porque

era buena persona, era popular y era querido entre la gente. Más allá de un ideario político o ideológico, fueron sus prácticas culturales, sus estructuras de sentimiento vinculadas a los de su comunidad lo que lo llevó a convertirse en intendente comunista.

El grupo que comenzó a militar en el Partido Comunista, en sus inicios, estaba formado por los hermanos Stradella, Félix y Orlando; Olimpio y Carlos Farello; Teófilo Sawlenovich; Alfonso Carubelli; Alberto Popino y Clemente Dal Masso. En pocos años, el partido sumó doscientos cincuenta afiliados. El trabajo partidario que realizaron fue de “hormiga” y los primeros frutos de esta labor organizativa del partido se vieron en las elecciones constituyentes del año 1957, donde obtuvieron 174 votos. Lo llamativo en estos comicios es que sacaron menos votos que la cantidad de afiliados que tenían. Bogliero explicaba que dejaron a sus afiliados votar libremente, que estas elecciones a constituyentes no se trabajaron como sí lo hicieron para la de intendente (Gómez, et al., 1999). De la ciudad de Córdoba también iban dirigentes del partido para ayudar en la formación del comunismo en la ciudad, organizando actos y mítines, aunque lo distintivo del Partido Comunista en Brinkmann fue el carácter orgánico de funcionamiento, con una Comisión Constituida a nivel local. De esta manera fueron sumando afiliados, sin embargo, el trabajo más significativo fue el que realizaron en los barrios populares y obreros y en las zonas rurales. Así lo recuerda Juan Bogliero:

Vislumbramos de que éramos bien vistos entre la gente trabajadora...se arrimaba a nosotros y dábamos cuenta de que podíamos... el fenómeno de que ganamos las elecciones no es precisamente por el grupo o la gente que nosotros teníamos, las reales que teníamos: sino que pasó un poco así... porque el peronismo... estaba proscrito y nosotros nos lanzamos... pero antes hicimos un trabajo de hormiga... fuimos a los barrios, salimos al campo, teníamos muchos amigos entre los tamberos, y la mayoría era peronista (Gómez, et al., 1999).

En el testimonio de Bogliero surge nuevamente la noción de estructuras de sentimiento: “Vislumbramos que éramos bien vistos entre la clase trabajadora”. ¿Por qué eran bien vistos entre la clase trabajadora? ¿Qué elementos en común los identificaba? ¿Las necesidades materiales? ¿O también prácticas culturales? La manera de organización política en forma de “hormiga”, donde se apelaba al “de boca en boca” y donde los comunistas iban a los lugares de trabajo para organizar a los obreros y estos les respondían, revelarían prácticas culturales compartidas, que se reflejan en lazos de amistad, empatía y un lenguaje común. Otro elemento interesante que remarca Bogliero es que mucha de la gente que se sumó al comunismo provenía del peronismo. Más allá

del contexto de proscripción del peronismo como bien se señala, la organización trasciende estructuras partidarias y se asienta en estructuras de sentimiento, en un modo de ver el mundo que acerca, en este caso, a los peronistas locales a un partido de izquierda.

Asimismo, este “trabajo de hormiga” quedó retratado en las fotografías que la revista *Leoplan*, tomó de Stradella. En las siguientes imágenes se lo puede ver al futuro intendente en su moto, recorriendo barrios populares y reuniéndose con obreros para “concientizar”. Es interesante analizar en la primera imagen cómo el fotógrafo compuso la fotografía. En el fondo se lee “Vote al Comunismo”, y en primer plano, a Stradella con su moto, como símbolo del militante comprometido que recorre la calle.

LEOPLAN

DON CAMILO
(Padre Jorge Isaac)

Las políticas derrotadas que trataron de salvar bajo la amara no encuentran protección. Eso no vale.

La Iglesia no responde a un sistema que se edifica en su contra con otros valores, otros con otros. Si quisiera, no podría por el momento, porque la única impresión del pueblo es de los comunistas. Felicitamos, ya tiempo al sistema para la institución de una segunda impresión. El factor equilibrio está dentro de lo que es justicia.

Si la intendencia pudiera erudir con fines benéficos, contribuirá, siempre que el apelo no favore al "partido".

Hay que conseguir una moral del Banco Nación. Si el intendente fracasa —y sabe que fracasará por un ritual comunista— tendrá de la Iglesia ya, pero la habilita antes del asunto. Hay que hacer juego limpio.

No hay que transgredir los leyes de la Iglesia. Los comunistas están excomulgados y no pueden participar de los sacramentos. Las excepciones son autorizadas por la superioridad. Se han hecho comuniones entre comunistas y católicos, pero en privado. Yo no consentiré la Iglesia.

Esta situación se debe a un mal antiguo. Como que si los partidos políticos no ajustan la guitarra, la melodía se va corriendo.

PEPPONE
(Intendente Félix Stradella)

Una mañana, desde el púlpito, el cura abogó la obra de la Ullmann y atacó a la cuestión estatística.

Si el cura encargara un trabajo para la imprenta, que no de dos comarcas —una de ellos hermanas más—, estoy seguro de que sería castigado y, según lo que dijere, se procedería a su impresión. Es un establecimiento comercial. Además, el cura tiene recursos para transmitir misa a todo el mundo. Hasta a quienes no quieren escucharlo.

Si la Iglesia pudiera ayudar con fines benéficos, la apoyaría, con tal de que sea para hacer bien a la sociedad.

Estamos haciendo todo lo posible para que se instale la escuela en el pueblo. Pero las gestiones son difíciles. Siempre se ponen trabas a este gobierno comunal surgido del comunismo.

Son nuevos años curules. A mí nada le dieron una medalla por ser la mejor alférez de su grado en la escuela religiosa. No me acuerdo que la Iglesia, pero mis tres hijos fueron bautizados. Y la mesa, que fue a mi colegio, es la única que hizo la primera comunión.

El comunismo tiene que avanzar en todo el mundo, y de nosotros que hemos de ganar la próxima elección dentro de cuatro años.

Con esta tierra y otros amplificadores, el cura hizo escuchar la misa a todo el mundo. "Le gusta a su la gente".

El intendente tiene auto, pero también viene en moto. El personal de la comuna está tan entusiasmado, que se sacó tiempo para hacer algunas inscripciones de la campaña electoral.

NO VOTE AL COMUNISTA

Foto 3 de Zenteno Zegarra, 1958

En la siguiente imagen, la fotografía retrata a Stradella reunido con trabajadores en una fábrica láctea.



Niñas pobres. Entra la población laboriosa de manera recurren. obtiene Félix Stradella los votos que le llevaron al triunfo.

Esta pista de deportes es obra exclusiva del

IDEARIO DE BRINKMANN

DON CAMILO
(Padre Jorge Isaacs)

DON PEPPONE
(Intendente Félix Stradella)

No encontramos apoyo en las instituciones, especialmente en el periodismo católico. Lo luchamos contra el comunismo no lo hay a hacer yo desde aquí, sé creo que de resultados. Debo ser un enfermo nacional.

El comunismo propugna una nueva sociedad; hay que transformar el mundo. A la iglesia le va a liquidar la historia. A nosotros nos va a levantar el futuro. El otro quiere llevar la historia hacia atrás.

No "hacer" obra. "Hicieron" obra. En la forma de combatir al comunismo. Con hechos positivos. No con palabras.

Yo mismo colaboré para cortar los ruyos que tenían hasta dos metros, controlar las nuevas canchales y empapar el suelo.

Al pensar, a así dicen que piensan, los dos hombres claves de este relato, según las respuestas que dieron a una serie de preguntas.

Hay mucho que realizar y mucho concretado. Por lo pronto, tendremos un Instituto de Enseñanza Secundaria. Luego vendrán otras beneficias.

Levantaremos un micro-hospital con tres salitas, una sala de operaciones y un consultorio. El gobierno provincial ya municipal una rifa para recaudar fondos.

No le escape el error de ser comunista, pero como hombre es una persona inteligente. Hasta donde ha podido, se ha preocupado por mejorar el pueblo. Si...

Aunque no es un hecho de bien, el comunista cuando uno escapa en la intendencia. No habrá choques sin causas graves. Mantengamos una línea serena.

La municipalidad es una cosa y el partido otro. La municipalidad debe estar a servicio del pueblo, ya sea católico o comunista, y no se ha decidido a pensar en las diferencias posibles.

Si la intendencia se incendiará sólo a espasar el fuego porque la intendencia no es de ellos. También debería el intendente porque salvó las almas es nuestra obligación. ...

No enfrentamos a nadie, pero no por andar bien comunicamos a nuestros principios. No acepto que se dicten normas a la parroquia.

Ellos quieren el enfrentamiento de las fuerzas católicas y comunistas. Nosotros, no. Con el trabajo común, el pueblo irá adelante.

Un momento silencio. Ha llegado la hora de escuchar Raúl Morad. "A ver si Néstor manda algo para el pueblo".

Foto 4 de Zenteno Zegarra, 1958

LA EXPERIENCIA DE LA INTENDENCIA COMUNISTA EN BRINKMANN

A nivel nacional se impuso la fórmula representada por la UCRI⁷ encabezada por Arturo Frondizi; en Córdoba triunfó también el candidato Ucrista, Arturo Zanichelli; con 113 694 votos, le siguió la UCRP que obtuvo 75 706 votos, el Partido Demócrata ocupó el tercer lugar con 47 814, y el cuarto lugar fue para el PC que consiguió 8 712 votos.⁸

En la ciudad de Brinkmann, la prédica marxista más el trabajo de hormiga “germinó” entre los brinkmannenses y, el 27 de febrero de 1958, ganó la intendencia del pueblo Félix Stradella. La fórmula que presentó el Partido Comunista a nivel local se compuso de la siguiente manera: Félix Stradella, candidato a Intendente; Leoncio Baldo, Juan Bogliero, Clemente Dalmaso y Ernesto Marenchino, candidatos a concejales titulares; José Venutti, Alfonso Carubelli, Teófilo Sawlenovich y Alcides Farello como candidatos a concejales suplentes. Todos eran activos militantes, con la sola excepción de Ernesto Marenchino, carnicero de profesión, que era demócrata nacional. A nivel provincial, los candidatos comunistas fueron Miguel Contreras a gobernador y Luis Sánchez a vicegobernador. En pleno período de proscripción del peronismo⁹ y división del radicalismo, los comunistas obtuvieron 753 votos, la Unión Cívica Radical Popular [UCRP] 699 y la UCRI 409¹⁰. La consigna de Félix Stradella y su junta de gobierno se resumía en el eslogan de su campaña “El 23 derrote al continuismo. Lleve al Partido Comunista al Parlamento y la Comuna. Stradella Intendente”.

7 La fórmula que presentó la UCR para presidente estuvo dividida: La Unión Cívica Radical del Pueblo, [UCRP] con Ricardo Balbín como candidato y La Unión Cívica Radical Intransigente [UCRI] con Arturo Frondizi como candidato, con un perfil opositor al gobierno y una campaña antiimperialista y popular, buscando un acercamiento con el peronismo y la izquierda. [es importante que revise en el texto uso de las siglas. Sola la primera vez se escribe completo nombre de organización, partido, etcétera, y entre paréntesis se ponen las siglas. En siguientes menciones solo se ponen las siglas.

8 Véase *La Voz del Interior* y *Córdoba* desde fines de febrero a principio de marzo del año 1958.

9 Con el peronismo local llegaron a un acuerdo con el Doctor Pereyra, representante del peronismo en el Departamento San Justo, y los votos peronistas fueron al Partido Comunista.

10 *La Voz del Interior*, 4 de marzo de 1958.



Foto 5 de la boleta del Partido Comunista a nivel provincial y comunal. Archivo Municipal de Brinkmann

En la siguiente imagen se puede observar el apoyo popular a la fórmula ganadora, en ella se ve a una multitud reunida frente a la casa de gobierno, con la bandera roja, la hoz y el martillo.



Foto 6 del festejo por el triunfo del Partido Comunista. Archivo Municipal de Brinkmann

En la siguiente imagen de la conmemoración del aniversario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS] se puede apreciar la diversidad de los militantes comunistas locales, por su vestimenta, se observa la presencia de obreros de fábrica y de trabajadores rurales.



Foto 7 de la conmemoración del aniversario de la URSS. Archivo Municipal de Brinkmann

Lo que revelarían las imágenes anteriores es el amplio apoyo popular que logró Félix Stradella y su ideario de izquierda. En un pueblo de no más de 2 500 personas, las fotografías dan cuenta de cómo se superponen y articulan prácticas culturales y esto también se ejemplifica en los testimonios orales. Estas prácticas se evidencian en el tipo de organización partidaria como era el “trabajo de hormiga” que usaron los comunistas locales en la campaña electoral, como también en una experiencia acumulativa que la izquierda fue generando durante años en la zona. Esa práctica toma relevancia en una coyuntura particular y emerge en un momento histórico en donde la prédica de izquierda logra conjugarse con las necesidades materiales de los brinkmannenses. Uno de los objetivos principales de los comunistas fue responder a las necesidades de esa clase obrera olvidada y desprotegida por parte de los sectores dominantes locales. En este sentido se orientaron las acciones del gobierno de Stradella: las más significativas fueron la creación de una carnicería local con precios accesibles para la población, y una disposición novedosa para

la época fue la regulación de los precios de la canasta básica. El hijo de Stradella era el encargado de asistir a las ferias ganaderas y tomaba nota de cuánto abonaban los matarifes por el kilo de hacienda en pie, y hacía lo propio en los molinos con el valor de la bolsa de harina. El intendente utilizaba la información para fijar el precio de venta de los cortes en las carnicerías y el kilo de pan en las panaderías. Recuerda Stradella hijo que:

Fuimos precursores de los precios cuidados... [y con esta medida] se armaban unos “quilombos” *bárbaros porque a los carniceros y panaderos los precios que se fijaban nunca les parecían suficientes; hasta mi tío Pancho (Francisco Ruata) que tenía panadería se peleó muchas veces con mi viejo, que era su cuñado (Stradella, 2015).*

También se arreglaron las calles del pueblo y los caminos rurales, se construyeron nichos y se arregló la portada del cementerio local, además se construyó una vereda y cordón en la plazoleta de la Estación del Ferrocarril Mitre. Las obras que se llevaron a cabo se hicieron con fondos genuinos provenientes de impuestos locales y con la coparticipación provincial. Entre los planes estaba construir un hospital. No menor fue el proyecto de establecer medidas para la enseñanza obligatoria y gratuita. Estas últimas acciones respondían a un gobierno comprometido con las clases populares y los trabajadores, al decir de Bogliero:

El anhelo de la gestión comunista fue consolidar un “gobierno justo”. La materialización de nuestras ideas era el bienestar social: la creación de una carnicería municipal, para que todos pudieran comprar carne; la reducción de las tarifas de los servicios públicos; el intento de reabrir el Frigorífico El Serrano y generar así una nueva fuente de trabajo; la atención médica gratuita para asegurar la salud de los más necesitados y el control exhaustivo de los precios de la canasta familiar (Bogliero, 2013).

Asimismo, este gobierno trascendió las barreras partidarias, dando cuenta de las estructuras de sentimiento de los brinkmannenses. Recuerda Félix Stradella hijo que “Cuando se compró el primer tanque de riego, como al municipio no le alcanzaba, se hizo un bono de contribución y lo vendían hasta dirigentes de distintas líneas políticas. Todos trabajaban por el bien común” (Stradella, 2016).

De esta manera las prácticas solidarias y el trabajo por el bien común se conjugaron con el ideario del gobierno comunista para lograr ese tan ansiado bienestar social.

En la siguiente imagen se puede ver a Félix Stradella observando la realización de obras públicas.



Foto 8 Félix Stradella observando obras de arreglo de calles. Archivo Municipal de Brinkmann

RESISTENCIA A LA INTENDENCIA COMUNISTA

La intendencia comunista fue muy resistida entre la burguesía local y sobre todo por la Iglesia. La “Moscú chica”, como se la denominó en la época a Brinkmann, se convertía en una amenaza, ya que desde sus acciones de gobierno tendieron a mejorar la vida de los brinkmannenses. La Iglesia Católica fue la primera que reaccionó a la influencia que el comunismo iba logrando en el pueblo y en el año 1956 el arzobispo de Córdoba, Monseñor Lafitte, decidió que el pueblo debía tener un sacerdote, de esta manera llegó Jorge Isaac a Brinkmann.

En la imagen de página siguiente se puede observar al cura Jorge Isaac dando misa.

Se cumplía de esta manera uno de los deseos de las familias de la clase dirigente que veían al comunismo como una amenaza. En este sentido la llegada del cura sirvió como valla de contención contra el avance marxista entre los brinkmannenses, ya que hasta la gente de la policía leía el diario Nuestra Palabra (Órgano del Partido Comunista). Félix Stradella hijo lo recuerda así:

[...] Esa gente pudiente quería un cura, pero, según parece, el mandato que le dieron era porque acá el comunismo había entrado en una fase de mucha envergadura... era jovencito; los elogios, los discursos a su llegada, los hicieron la gente que lo trajo, la gente pudiente (Gómez, et al: 1999).



El padre diciendo misa. Antes concurrían 150 personas; ahora lo hacen 400 y hasta 500 y espera que pronto vayan 700.



El comercio nos apoya en un 80 por ciento. Nunca ganar, sea él, el ambiente obrero. Pero confiamos. El socialismo tiene principios cristianos.

No puede dudar de que esta es un pueblo católico. Hace tres años escuchaban misa 180 personas. Ahora lo hacen 400 y hasta 500 por domingo. Y todavía no estoy conforme. Deben llegar a 700. Dentro de poco alcanzaremos ese número.

Yo estimulo al intendente para que haga también mucha obra. Primero, por el bien del pueblo. Segundo, entre nosotros, porque gobernando se van a ganar los comunistas. No hay que hacerse ilusiones. La vela del barco no sirve para el martes, ni la del martes para el miércoles. Tiempo al tiempo.

Le pedí al intendente el puesto de capellán si algún día es gobernador. A cambio le prometi que si llega a presidente, rumpo relaciones con los yanquis.

La familia Stradella es pobre. Son todos muy queridos en el pueblo.

Aquí se portan bien hasta los capitalistas. Muy pocas veces se resisten a las ordenanzas. Entre ellas, naturalmente, hay muchos católicos.

Es cierto que va más gente a la iglesia desde que vino el cura. Pero no es porque sea más católico. Cuando llegó el padre Jorge, todas las muchachas corrieron el chisme: "¡Vieron que curita más lucen misa!" Y con a verlo cuando da misa.

Debemos administrar una economía dentro de un sistema burgués. No es lo ideal, pero es nuestra obligación. Aun así, pagamos 66 pesos diarios a los obreros. En pueblos vecinos, por el mismo trabajo, apenas si les dan 32 ó 40 pesos por mes. Eso es comunismo y no lo que pueda decir el cura...

No buscamos conflicto con la iglesia porque queremos el apoyo de todo el pueblo. Católico y no católico. Inclusive del cura, si es que así lo desea.

Foto 9 de Zenteno Zegarra, 1958

Esas "familias pudientes" conformaban la burguesía brinkmannense, un reducido número de familias que se atribuían tanto el poder político como económico en la zona. La concentración del poder en pocas familias también lo deja ver el padre Jorge Isacc expresando que:

Brinkmann tenía en ese momento un pasaje difícil... había una especie de imperialismo, tres mil estaban al servicio de cinco; ese aprovecharse de la gente de campo, de las siembras, de las cosechas, eso de nombrar siempre a los testaferros en la Comuna, en la Policía, en el Juzgado... todo eso ha-

bía resentido al pueblo, por eso este pueblo había aceptado al comunismo como una forma de defensa (Gómez, et al., 1999).

En el testimonio del párroco se puede observar esa sociedad polarizada que la revista *Leoplan* dejó plasmada en su portada a la cual ya nos hemos referido en párrafos anteriores. Esa burguesía local ejercía su poder sobre la gente de campo, la Comuna, la policía, el juzgado y la Iglesia. El testimonio bien lo ejemplifica: “Brinkmann era un tipo de imperialismo donde tres mil estaban al servicio de cinco”. Ante la concentración del poder y la coerción que la burguesía ejercía sobre la clase trabajadora y los sectores populares, el comunismo encontró un campo yermo donde sentar sus bases y construir una alternativa. Como buen espectador de la realidad local, Isacc observaba que “todo eso había resentido al pueblo, por eso este pueblo había aceptado al comunismo como una forma de defensa.” Para el párroco, su objetivo en relación al comunismo en Brinkmann “era neutralizarlo, no apalearlo”. Desde su visión, ambos marchaban sobre líneas paralelas. “Tanto la Iglesia como el comunismo tienen un mismo destino, la herida social, pero el comunismo la envenena, mientras que el cristianismo tiene que sanarla” (Gallo Rojo, 2016).

Para contrarrestar el poder del comunismo, el nuevo sacerdote se planteó una serie de medidas que iban desde la creación de una escuela, una fundación y hasta un plan de viviendas. El cura Issac competía en su discurso con el comunismo ya que también orientó su prédica y su accionar a favor de los pobres. En la revista *Leoplan* este expresaba que “más que un mensaje de culto, la parroquia plantea un mensaje social” (*Leoplan*, 1958). Ese mensaje social, del mismo modo, se expresó en la campaña anticomunista que se pregonaba desde el palco en los sermones del cura Isaac, como en la caracterización negativa que se tenía de ellos. Esto quedó expresado en la siguiente imagen, donde se observa a Stradella compartiendo un juego de ajedrez. La revista *Leoplan* tituló esta fotografía “Los camaradas jugando una partida de ajedrez mientras el cura trabaja sin descanso” (*Leoplan*, 1958) (ver foto en página siguiente).

El anticomunismo se volvió una dificultad cada vez más apremiante para la Comuna y sus militantes. Recuerda Juan Bogliero que ser comunista en Brinkmann siempre fue un problema y esto se fue intensificando con el paso del tiempo, en sus palabras: “Nunca fue fácil ser comunista. Nos metían presos por cualquier cosa, en Brinkmann, en San Francisco... Me amenazaban que me iban a quemar la casa; me golpeaban las puertas a la madrugada. Una vez abrí y estaban por todos lados”. (Bogliero, 2013)



LEOP! AM. 7

mañanas de Palermo...

empedre que ha puesto el padre Jorge Itaco.

No soy el martillero de ellos. El cura no tiene sin cuidado.

Dentro de los nuevos puntos del programa secreto comunista para América Latina, figura la penetración mediante la construcción de cristianos a escuelas religiosas. (El programa no es un secreto para el cura; lo guarda en un cajón de su escritorio.)

Muchas familias comunistas se ven obligadas a mandar sus hijos al jardín de infantes del cura. No es por "monstruos". No tienen más remedio porque es el único colegio de ese tipo que existe en el pueblo.

Los "Comaradas" jugando una partida de ajedrez. Mientras tanto, el cura trabaja sin descanso.

...el detalle del éxito

Juventud, simpatía y buen gusto: feliz conjunción que decida el éxito femenino... y ese "buen gusto" está revelado en un detalle: la elección del perfume. Por eso COLONIA RUSA DE PREAL despierta la preferencia de toda mujer que desea triunfar socialmente. Colonia Rusa de Preal, de aroma delicado, persistente, acatizador.

OSORIO
una familia
perjura

Colonia Rusa de
PREAL
INDUSTRIA ARGENTINA

COMUNISTAS Y SOCIALISTAS EN UN MOMENTO DE REUNIÓN

Foto 10 de Zenteno Zegarra, 1958

EL FINAL DE LA INTENDENCIA COMUNISTA

A los dos años de asumir Stradella, los problemas del gobierno comunista se complejizaron. Por un lado, el aumento injustificado del precio del kilovatio por parte de la Cooperativa Limitada de Luz y Fuerza local generó polémica, por el otro, los problemas a nivel provincial. A mediados del año 1960, el gobierno provincial de Arturo Zanichelli agonizaba. Se preveía una intervención federal en Córdoba, esta se consumó el 15 de junio de 1960, meses después de la

voladura de los depósitos de nafta de Shell-Mex en el barrio de San Fernando, en cercanías de Malagueño. La explosión dejó un saldo de 15 muertos y más de 20 heridos. El Comando en Jefe del Ejército la consideró un atentado terrorista promovido y ejecutado por grupos peronistas con apoyo de Zanichelli. La provincia fue intervenida y asumió el gobierno Juan Francisco de Larrechea, quien decretó a su vez la intervención de los municipios del interior¹¹. La medida afectó a todos los municipios cordobeses. El de Brinkmann no fue la excepción. De esta manera concluía la experiencia de un gobierno comunista legitimado en las urnas.

En la siguiente fotografía, se puede observar a los brinkmannenses y Félix Stradella frente a la comuna en momentos de la intervención provincial.



Foto 11 del año 1960. Archivo Municipal de Brinkmann

¹¹ *La Voz del Interior*, mes de junio de 1960.

De esta manera llegaba a su fin la intendencia comunista. Como recuerda Juan Bogliero “Les faltó tiempo”. Ahora bien, ese tiempo que según el concejal comunista les faltó para concluir su mandato, quedó inscrito en la memoria de los brinkmannenses. Nuevamente las estructuras de sentimiento y las prácticas culturales de izquierda que han recorrido este trabajo se evidencian en el recuerdo vivo de la gente. A sesenta años del gobierno comunista se la recuerda como una “correcta administración comunal” y a Félix Stradella como un “bohémio y soñador; pero un intendente que caminó las calles y se ocupaba de su gente” (Gómez et al., 1999).

CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo del presente artículo fue rescatar la memoria de la intendencia comunista en Brinkmann del año 1958. Por medio de distintos tipos de fuentes, como fueron los testimonios orales de sus protagonistas, diarios y revistas de la época, prensa partidaria y fotografías que nos sirvieron como una “extensión del ojo” hemos podido echar luz sobre esta rica experiencia. También hemos podido sostener que las “estructuras de sentimiento”, como las plantea Raymond Williams, han sido el eje articulador de las necesidades materiales de los brinkmannenses, con el ideario de un partido de izquierda, en este caso, el Partido Comunista. Que Félix Stradella y sus camaradas llegaran a ocupar una intendencia en el interior cordobés antes de la revolución cubana respondería a la acumulación de una tradición de izquierda que podemos rastrear desde principios del siglo xx en la zona y que tuvo su punto cúlmine en el año 1958.

Como plantea el puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones, en ocasiones la memoria puede conferirle forma a una tradición, evitando que se desgaste y muera (Díaz Quiñones, 1993, p. 86). En el caso de la intendencia comunista de Brinkmann, esa memoria se convirtió en tradición y en un legado que fue recuperado a través del tiempo y que hoy tiene cobijo en el Archivo Municipal de Brinkmann. De esta manera, la memoria rota por años tras la intervención del municipio comunista y las décadas de olvido de esta rica experiencia vuelve a cobrar sentido y se resignifica en el Archivo Municipal de Brinkmann, convirtiéndose en una tradición viva y ejemplificadora para este pueblo del nordeste cordobés.



Foto 12 del Archivo Municipal de Brinkmann, 2018. Fotografía de Mariana Mastrángelo.



Foto 13 del interior del Archivo Municipal de Brinkmann, 2018 Reunión con miembros del archivo, el actual intendente Gustavo Tevez, la directora del archivo Ing. Natalia Bossio, la presidenta Ana Rosa Menicetti, Laura Frola, miembro de la comisión y el Dr. Pablo Pozzi. Fotografía de Mariana Mastrángelo.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo Municipal de Brinkmann (AMB)

Bianciotti, Ramón (1990). *Brinkmann la roja* [Tesis de licenciatura] *Córdoba* (1958), Córdoba.

Díaz Quiñones, Arcadio (1993). *La memoria rota*. Puerto Rico: Ediciones Huracán.

Gallo Rojo, episodio 5 (2016), serie documental, Ana Pontes y Ezequiel Salinas, realizadores.

Gómez, Jorge, y Andrés Gutiérrez (1999). *Primera Intendencia Comunista en América Latina. Voces recobradas*, 2(5).

De las Heras Herrero, Beatriz (2009). *La historia a través de la imagen: la fotografía como fuente de memoria. Estudios da lingua(gem). Vitoria de conquista*, 7.

La Voz del Interior (1958-1960), Córdoba

La Voz de San Justo (1958), San Francisco.

Leoplan (1958)

Mastrángelo, Mariana (2011). *Rojos en la Córdoba obrera 1930-1940*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Samuel, Raphael (2008). *Teatros de la memoria*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia.

The Milwaukee Journal (26 julio 1959), Milwaukee, Wisconsin (en AMB).

Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península

LAS ORGANIZACIONES DE IZQUIERDA EN EL SINDICATO DE LOS TRABAJADORES DEL METRO, EN LA CIUDAD DE MÉXICO, 1970-1990

Gustavo López Laredo

RESUMEN

Al abordar este tema en el seno del Sindicato de los Trabajadores del metro de la Ciudad de México, en el contexto del período señalado, lo hice tomando en cuenta que es en el año de 1970 cuando se da a conocer la constitución del Sindicato y, desde ese momento, se vive un intenso proceso de resistencia de los trabajadores, proponiéndose como una de sus principales objetivos, incidir en la toma de decisiones de su organización sindical, de manera democrática.

El contexto de este período nos permite incursionar en las prácticas del accionar de los trabajadores del metro y con ello establecer los vínculos con el accionar de las izquierdas en el movimiento de estos trabajadores. Esto lo podremos constatar a través de las diversas etapas de su movimiento y por las formas de lucha que asumieron los trabajadores para alcanzar sus objetivos.

EL CONTEXTO

El auge de los movimientos sociales que sacuden al sistema político mexicano a mediados del siglo pasado fue intenso y variado, por lo mismo, no puede pasar desapercibido. La acción de diferentes sectores de la población así lo confirma. En el caso de los trabajadores, los referentes son varios. En efecto, han quedado registrados los

movimientos realizados por trabajadores de diferentes sectores, como fueron el de la huelga de los ferrocarrileros (1958-1959), el magisterio, coordinados a través del Movimiento Revolucionario de Magisterio [MRM, 1960], o el de los trabajadores de la salud, los médicos (1964). De igual manera, en el sector de los campesinos, que seguían demandando el reparto de las tierras y una de las expresiones relevantes sin duda lo fue el movimiento encabezado por Rubén Jaramillo en el Estado de Morelos, el cual tuvo como respuesta la represión del Estado, al ser asesinado este dirigente, junto con su familia. En otros estados también los movimientos sociales tuvieron presencia, como el movimiento estudiantil en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo de Michoacán [UMSNH] (1964-1966); la acción guerrillera en Chihuahua con el asalto al cuartel Madera (1965); la guerrilla en el Estado de Guerrero, con Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas (desde fines de los sesenta y parte de la década de los setenta del siglo xx; el movimiento estudiantil de la Universidad Autónoma de Nuevo León (1968-1971); entre otros, dan cuenta de la permanencia de las luchas por las libertades democráticas y por mejorar las condiciones de vida.

En el marco de ese contexto, en la Ciudad de México, el movimiento estudiantil de 1968, la masacre del 2 de octubre de 1968 y el de 1971 el 10 de junio, reafirman la intolerancia del Estado mexicano hacia los movimientos sociales reivindicativos. Estos movimientos fueron sujetos de represión como respuesta a sus justas demandas.

Con estos antecedentes, al inicio de la década del setenta, la represión del Estado mexicano no detiene el auge de los movimientos sociales que se empeñan en la búsqueda de respuestas a sus demandas de democracia y mejoras en sus condiciones de vida, dentro de los cuales los trabajadores tendrán un lugar destacado por sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales. El auge llega a ser de tal magnitud, que da lugar a que, en dicha década, para el caso de los trabajadores, se le conozca, por el auge del movimiento de la lucha de los trabajadores, como la *insurgencia sindical* y es justamente con la práctica de las acciones emprendidas por los trabajadores, en donde se puede apreciar la presencia de la izquierda, de múltiples maneras, en el seno de las luchas de los trabajadores.

Encontrar las evidencias no ha sido fácil, sobre todo por las prácticas que se desarrollaban en esos momentos para evadir la represión, en donde los activistas, como parte de los actores sociales, generaban formas de organización clandestina o semiclandestinas para difundir propaganda en donde se llamaba a reivindicar sus demandas y evitar ser señalados como “agitadores” Prácticas que se distinguían por buscar influir en las organizaciones institucionales o formales (como los sindicatos, con los trabajadores, o con los

demandas de vivienda, con los colonos urbanos, entre otros) para incidir en la democratización de sus organizaciones y promover sus demandas reivindicativas, esto lo impulsaban de múltiples maneras. Para el caso que me ocupa, los trabajadores del Metro, es necesario apuntar algunos elementos que nos permitan encontrar esas evidencias y cómo se vinculan con las propuestas y prácticas de la izquierda, ya sea de manera directa o indirecta; es decir, cuándo fueron tangibles y cuándo intangibles, pero su influencia y la presencia de los activistas no se puede soslayar, sobre todo cuando se enfrentan a los mecanismos de control ejercidos por el Estado en los diferentes sectores de la población. Por ello, una de las rutas que hay que seguir para encontrar elementos que den cuenta del accionar, es observar cómo el rechazo de las prácticas de control y dominación obligó a los actores sociales a recurrir a diversas formas de lucha, como podremos apreciar en el caso de los trabajadores del metro, obligó a emplear diversas formas de lucha.

De esta manera se generó un movimiento de resistencia y lucha con demandas y reivindicaciones compartidas entre los trabajadores que se encontraban laborando en diversas áreas de la empresa Sistema de Transporte Colectivo [STC], metro de la Ciudad de México (taquilleras, técnicos de mantenimiento, conductores, administrativos, entre otros, que tiene como eje principal la democratización de su organización sindical para respaldar sus demandas. Esto se puede apreciar en varios momentos, lo que da lugar a considerar etapas en las cuales se irán develando los vínculos con prácticas de los activistas de las izquierdas, unas veces de manera encubierta y otras de forma más abierta. En la descripción de las etapas de las luchas de resistencia se pueden identificar las demandas y sus resultados. Así, tenemos:

- 1970-1973, la movilización se centra en la búsqueda de la destitución de los representantes impuesto (se renueva en tres ocasiones al comité ejecutivo).
- 1973- 1975, los esfuerzos de los trabajadores de las diferentes áreas de trabajo se encaminan al rechazo de la imposición de un Reglamento de Condiciones Generales de Trabajo [RCGT]. Para alcanzar su meta, confluyen con la creación de un frente y anulan la imposición del RCGT y, a través de las movilizaciones, logran la firma de uno nuevo.
- 1975 a 1978, se caracteriza por una intensa vida democrática, que es interrumpida por la represión e imposición de representantes sindicales respaldados por el gobierno (primer "charrazo").

- 1978-1981, reagrupamiento de los activistas democráticos, derrota de la imposición e inicio de un nuevo período democrático.
- 1981-1983, nueva etapa de intensa vida democrática, interferida de nuevo por la represión e imposición de representantes oficialistas (segundo “charrazo”).
- 1983-1989, proceso de dismantelamiento de la resistencia democrática e imposición del modelo corporativo sindical.
- 1990-1997, resistencia disminuida y esperanza de cambio

EL RECHAZO AL CORPORATIVISMO Y LA RESISTENCIA

Para conocer el proceso de la resistencia de la primera etapa, usé documentos de circulación restringida que dan cuenta del proceso de organización y resistencia desde que se formó el sindicato, para exigir al comité ejecutivo que asuma la defensa de los derechos laborales.

El Sindicato de los Trabajadores del metro emerge de una manera muy peculiar. A poco más de 10 meses de que inició el servicio de este moderno transporte masivo, tuvo el congreso constitutivo, el 24 de julio de 1970, y queda con la denominación de Sindicato de Trabajadores del Sistema de Transporte Colectivo [STSTC].

Lo destacado de este evento es que ocurrió a espaldas de los trabajadores. Nunca se les consultó sobre su creación y sí, todo fue a imagen y semejanza del sindicalismo oficial; además, los trabajadores quedaron sujetos a las relaciones laborales de la legislación burocrática, conocida como Ley Reglamentaria del Apartado “B”, del Artículo 123 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. El estatuto sindical aprobado en el congreso establecía que todos los sindicalizados del metro eran miembros del Partido Revolucionario Institucional [PRI] e integraba el sindicato a la central burocrática, la Federación de Trabajadores al Servicio del Estado [FSTSE]. Más clara no podría ser la imposición corporativa.

Lo primero que enfrentaron los trabajadores fue la imposición de un régimen laboral que excluía su intervención para fijar las condiciones de trabajo. Más aún, con la aparición del sindicato, inició la imposición del corporativismo. ¿Cómo es esto? El sindicato se formalizó en un acto en donde los trabajadores no fueron tomados en cuenta.

De inmediato corroboraron que las contrataciones laborales se establecían de manera unilateral y con figuras que se estaban aplicado en varios organismos públicos y descentralizados: contratos eventuales, temporales, figuras como supernumerarios, de confianza, todas ellas para evitar la estabilidad en el empleo y por consiguiente limitar la afiliación al sindicato. Este mismo fenómeno se

presentaba en Petroleros Mexicanos [PEMEX], Comisión Federal de Electricidad [CFE], por ejemplo, y con el mismo fin: evitar que se sindicalizaran.

No obstante, los trabajadores que iniciaban el servicio eran sujetos que compartían rasgos comunes, entre otros, destacaba su escolaridad y juventud; muchos aún estudiaban en la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], el Instituto Politécnico Nacional [IPN] y otras instituciones de educación media y superior, instituciones que estuvieron inmersas en las movilizaciones estudiantiles de 1968.

Cuando se incorporaban, llevaban consigo tanto sus experiencias y saberes de trabajos previos, de conocimientos básicos para su operación y asimilación de lo nuevo en cuanto a la incorporación de nuevas tecnologías, así como sus vivencias en los movimientos sociales.

Con estos antecedentes de experiencia y saberes, los trabajadores del Metro se iban ubicando en las diferentes áreas de trabajo, en donde se relacionaban entre sí a través del proceso de trabajo y la estructura organizativa de la empresa. Bajo tales condiciones irían generando los mecanismos de contacto para transmitirse entre sí las condiciones en que se encontraban laborando (tipo de contrato, prestaciones sociales y económicas, condiciones de higiene y seguridad, entre otras), lo cual les iba a generar las posibilidades de incidir en el proceso de la organización sindical de los trabajadores, en la medida en que se daba la expansión de la empresa.

Los trabajadores, al darse cuenta de la imposición del registro del sindicato, de inmediato se vieron inmersos en la maraña de los métodos de control sindical, así como a la ausencia de prácticas sindicales (asambleas, información, consultas, toma de decisiones, etcétera) que daban cuenta de los mecanismos de control corporativo, autoritario y represivo del sistema en el ámbito de las relaciones laborales.

Teniendo presente estos hechos, podemos comprender por qué los activismos de grupos de trabajadores rápidamente abrevaron de las experiencias que se generaron con las movilizaciones del 68. La práctica de las brigadas y la propaganda que transmitían abonaron de manera sustantiva los horizontes de las luchas que fueron perfilando lo que más tarde se conocería como la insurgencia sindical.

¿Cómo retomaron esto los trabajadores del metro? A través de las denuncias, apoyándose en el volanteo y la organización de pequeños grupos de activistas (como brigadistas), fueron promoviendo las acciones de resistencia y llamando a la organización independiente de las estructuras verticales del sindicato existente. Es decir, la difusión y socialización de las demandas comunes a través de la propaganda y promoviendo la organización de brigadas de activistas que se encargaran de esto.

Los trabajadores no fueron escuchados por los representantes sindicales para atender sus demandas y la respuesta que recibieron fue la cooptación de quienes aparecían como actores visibles encabezando la oposición. La forma en que los neutralizaban fue llamando a congresos sindicales extraordinarios para ampliar la representación del comité ejecutivo e integrándolos como representantes, hasta llegar a la creación de secciones sindicales en donde se intentaba neutralizar la oposición. Con estas medidas se pretendía silenciar las demandas laborales.

Al continuar sin atención a las demandas laborales, los activistas se multiplicaron, se fomentaron las brigadas de información y volanteo en las áreas de trabajo llamando a la organización. Estas acciones encontraron mayor eco entre los trabajadores cuando se dio a conocer la firma de un RCGT, sin que mediara información y consulta previa a los trabajadores. Ante este hecho, fructificó la creación de un frente interno donde se establecieron alianzas entre los diferentes grupos de trabajadores de las áreas de trabajo que en ese momento estaban operando el Metro. El frente, llamado Frente Jesús Becerril (1973), publicó un manifiesto en el cual se denunciaban de manera muy puntual las condiciones en que se encontraban laborando los trabajadores y se sintetizaban las ideas de cómo llaman a democratizar el sindicato.

A partir de ese momento se ampliaron los medios de difusión escrita y propaganda, como el periódico *El Grito*¹, con toda la “carga” de ser un medio para promover la organización (al estilo leninista), promoviendo que se nombrasen delegados por área de trabajo, así como denuncias en la prensa comercial, hasta llegar a instituir dos órganos oficiales de información del sindicato: El boletín informativo *Trinchera*² y la revista *Ariete*³. Ambos surgen en el contexto de la lucha por la democratización y se mantienen por largo período. En la prensa sindical se incluye información sobre las demandas cotidianas en los centros de trabajo, se promueve la información sobre los movimientos de otras organizaciones sindicales y de las luchas que se están

1 Periódico editado por activistas en 1973, el cual se distribuye en diferentes áreas de trabajo. No se tiene el dato sobre el tiraje.

2 Este boletín se va a convertir en el vocero oficial del Sindicato a partir de 1975, sin importar quien asuma la dirección del Sindicato. Va dirigido a todos los sindicalizados y la primera edición se registra con el primer Comité Ejecutivo General que es electo por voto secreto y universal.

3 Esta publicación, editada por el Sindicato, surge en el período de 1976, cuando es electo democráticamente el segundo Comité, en esta publicación se incorporan artículos de análisis y de orientación político/ideológica de las luchas de los trabajadores y se promueve la solidaridad entre ellos.

dando en esos momentos en los países de América Latina. Se fomenta la solidaridad y se denuncia la represión que enfrentan esas luchas.

Qué se puede destacar de los dos primeros períodos:

- Rechazo a pertenecer al partido oficial al estar en el sindicato.
- Reforma estatutaria para elegir por voto secreto y de todos los sindicalizados a los representantes sindicales.
- Exigir la participación bilateral de las condiciones laborales, es decir, de acuerdo entre sindicato y empresa.
- Reconocimiento de un nuevo RCGT (que se destaca porque logra que su revisión tanto salarial como de prestaciones, se haga de manera bilateral y con una periodicidad anual) y estabilidad laboral para cientos de trabajadores (taquilleros, supernumerarios, eventuales) que logran su permanencia en el empleo.

DE LA RESISTENCIA A LA DEMOCRATIZACIÓN DEL SINDICATO.

La etapa que va de 1975 a 1978 se destaca por las acciones emprendidas para democratizar a la organización sindical y es donde se puede percibir, en las prácticas de activistas sindicales, cómo convergen con las que son promovidas de diferentes maneras por corrientes de activistas de las izquierdas que emergieron de movimientos sociales del período. Se da una clara atención a la difusión de las ideas y se promueve la organización horizontal, generando espacios colectivos para toma de decisiones.

Como se menciona líneas atrás, la sola vinculación con los movimientos sociales de la época permitió una familiaridad con las demandas más sentidas de la sociedad: la denuncia del autoritarismo, las libertades democráticas, la no represión, entre otras, que fueron los puentes que permitieron establecer los vínculos con los diferentes sectores de la población.

Así es como se puede constatar la presencia de algunas de las tendencias de las izquierdas al seno del movimiento de los trabajadores del metro. Las primeras evidencias las encontraremos a través de la difusión de las demandas y las movilizaciones que realizan los trabajadores con un grupo que edita la revista *Punto Crítico*⁴, publicación de activistas provenientes del movimiento estudiantil de 1968. En ella se registra de manera recurrente lo que acontece en la lucha

4 Las referencias se tomaron a partir de que aparecen notas relacionadas con los trabajadores del metro. La consulta de los números señalados, se tomaron de la digitalización de la revista de Punto Crítico, que cubre todas las ediciones, desde el primer número hasta que concluye su publicación.

de los trabajadores del metro. Esto se puede corroborar entre los años 1975 a 1983, en donde aparecen referencias sobre los trabajadores del metro en cuarenta y un números a lo largo de este periodo y en el momento del auge del movimiento impulsando la democratización del sindicato (1976) las referencias sobre estas acciones se publican en diez números en ese año.

Otras tendencias de la izquierda que se van ir involucrando en los procesos de lucha de los trabajadores se dan por medio de la asesoría jurídica⁵, donde participan abogados provenientes del Frente Auténtico del Trabajo [FAT], con vínculos cercanos a las tendencias del cristianismo. También se perfila el acompañamiento en el proceso de organización de los trabajadores, en particular el sector que labora en la limpieza de las instalaciones, en la Organización de Izquierda Revolucionaria [OIR] de tendencia maoísta y, más tarde, también de esta tendencia, en la organización “Compañero”⁶.

Otra referencia sobre la presencia de tendencias de la izquierda en el proceso de la lucha de los trabajadores del metro se registra con la asesoría especializada para detectar las condiciones insalubres y peligrosas en el proceso de trabajo. Para esto, se establecieron convenios con varios profesionistas de la UNAM y de la UAM, coordinados por el Dr. Jorge Fernández Osorio (Fernández, 1999, pp. 118-121). Este equipo de investigadores estaba integrado por profesionistas de diversas disciplinas (médicos del trabajo, sociólogos, antropólogos). Su posición siempre fue denunciar las complicidades de los patrones para favorecer la explotación del trabajo y buscar concientizar a los trabajadores para mejorar sus condiciones de trabajo con su participación y organización independiente.

Lo que se pudo visibilizar hasta ese momento con la intervención de estas tendencias fue en los sentidos de la difusión de lo que acontecía en *Punto Crítico* y en el acompañamiento de organización maoísta con la asesoría jurídica. En todos los casos se mantenía una prudente distancia y respeto a la toma de decisiones internas de los trabajadores. Estos vínculos permitieron que las movilizaciones y avances que tenían los trabajadores en el proceso de la democratización de su organización trascendieran del espacio local y tuviera difusión más allá

5 La presencia de los abogados en la asesoría jurídica para los trabajadores del metro, se dio a partir de la participación de un despacho de abogados para atender la elaboración del nuevo Reglamento de Condiciones Generales de Trabajo.

6 La participación de estas organizaciones de tendencia maoísta, fue reconocida por su apoyo en el proceso de organización de los trabajadores de limpieza y también por los vínculos que el Sindicato llegó a resaltar con los movimientos de otros sectores de trabajadores.

de su ámbito laboral cotidiano.

De las experiencias de participación y democratización, sin duda destaca la decisión que asumieron los trabajadores a través de sus delegados cuando renunció el comité ejecutivo en el momento en que se sessionaba un congreso de delegados para preparar su primera revisión del RCGT. Del desconcierto que esto provocó se pasó a la búsqueda de alternativas y a la discusión colectiva sobre cómo enfrentar tal situación. Se determinó asumir la dirección del sindicato de forma colegiada y no a través de la forma clásica de nombrar un comité provisional, y el congreso en pleno asumió la dirección del sindicato, declarándose en sesión permanente, y por medio de tres comisiones canalizó, la atención de las demandas que se presentarían ante la empresa.

Esta decisión se acompañó de un condicionamiento: nada se pactaría sin la consulta previa al pleno de delegados y estos sin la autorización de sus bases. Es decir, se asumió la dirección del sindicato obedeciendo a sus bases. Esta forma de dirigir la organización sindical no fue aceptada, en un primer momento, por la representación de la empresa; sin embargo, con la movilización y acciones de protesta se impuso la decisión de los trabajadores. Esta manera de dirigir la representación se mantuvo a lo largo de ocho meses, cuando se decidió llamar a elecciones por la vía del voto secreto y universal y, el 6 de noviembre de 1976, queda electo un comité ejecutivo, integrado, en su mayoría, por los activistas que estuvieron al frente del sindicato en forma colegiada, respaldados por el congreso permanente de delegados, profundizando de esta manera las prácticas democráticas.

Los resultados de las acciones emprendidas estuvieron encaminadas a mejorar sus condiciones laborales y sentar las bases para poner en práctica la toma de decisiones de manera democrática; es decir, tener el aval y legitimidad desde las bases. Esto permitió que fueran tangibles los resultados de esta forma de accionar de los trabajadores, destacando, entre otros:

- Hacer efectiva la aplicación del nuevo RCGT.
- Demandar la estabilidad laboral (base para el personal de limpieza, rechazo al *outsourcing*).
- Fomentar la solidaridad con los movimientos de la insurgencia sindical y luchas de liberación en América Latina.
- Rechazo al intento de volver al corporativismo oficial (renuncia del comité ejecutivo) y creación de una instancia de dirección horizontal (Congreso Permanente).
- Elecciones democráticas.

DE NUEVO LA REPRESIÓN Y REORGANIZACIÓN DEL PROCESO DEMOCRÁTICO

La dinámica del movimiento por la democratización, tensó las relaciones con la administración de la empresa. Tal situación generó que se propiciara una escalada represiva para detener los avances del sindicato. Una de las demandas del momento que generó una reacción de la administración de la empresa en contra del sindicato fue cuando este incluyó dentro del pliego petitorio para revisión del RCGT que se reconociera a los trabajadores de limpieza como empleados directos y con ello eliminar las empresas intermediarias, puesto que ello implicaría cerrar un gran negocio a costa de esos trabajadores, dado que estaban de por medio los intereses y la corrupción de los funcionarios de la administración.

La respuesta de la empresa fue la represión. Sobre ello se cuenta en una detallada nota informativa en la revista *Punto Crítico*, donde se señala que el gobierno de la Ciudad de México, con la modalidad de asesores, incorpora gente

[...] como Jorge Eduardo Pascual, Ulises Laport y Sergio Romero (a) el FISH. Todos ellos reclutadores de halcones y activistas furibundos en contra del movimiento estudiantil de 1968 y 1971. Tal fue el caso del Jefe de Vigilancia Cuauhtémoc Cárdenas, jefe del servicio secreto y comandante del Batallón Olimpia, también en 1968. Este sujeto en 1972 servía a Rubén Figueroa transportando en sus avionetas los cadáveres de guerrilleros, asesinados en la sierra de Guerrero, al Campo Militar Número 1. Además, era contrabandista de armas y dueño de la Constructora Cárdenas. Con estas fichas se trata de parar el movimiento sindical democrático en el metro [...] (*Punto Crítico*, 1978, p. 18)

Finalmente, la represión se implementó y la manera de concretarse fue recurriendo al clásico golpeteo con la activación de todos los mecanismos de control y dominio de los trabajadores, esto es, golpeadores, policías, tribunales, prensa, dirigentes sindicales oficiales, para imponer una dirección espuria y despedir a los representantes y activistas más visibles del movimiento. Esto se dio en marzo de 1978 y, a partir de ese momento, los activistas nuevamente se reagruparon y generaron mecanismos de organización para enfrentar la ofensiva.

La respuesta de los trabajadores fue arrojarse en sus experiencias, impulsando una organización semiclandestina en cada una de las áreas de trabajo, apoyándose en los activistas más comprometidos con el movimiento democrático, organización a la cual denominaron Comités de Acción Sindical (CAS). Uno de sus primeros objetivos fue promover la elección de los delegados departamentales en cada centro de trabajo para, desde ahí, presionar y recuperar su

organización, depurándola de los golpistas. Tal objetivo lo alcanzaron en un corto período de intensas movilizaciones, dentro de las cuales se incluyeron faltas colectivas y denuncias, hasta obtener una representación legítima por los trabajadores en elecciones libres. Esto lo materializan en 1981.

Del período de 1978 a 1981 se destaca lo siguiente:

- Mantener la estructura horizontal dentro del estatuto sindical, y generar formas paralelas de organización para mantener la resistencia y oposición a la imposición, creando los CAS y la COCAS⁷.
- Fomentar la vida sindical desde abajo.
- Mantener la movilización e incidir en el nombramiento de los delegados departamentales.
- Obligar a llamar a elecciones democráticas.
- Recuperar la organización sindical.

Durante este corto período del movimiento los trabajadores del metro vivieron una práctica democrática. Instituyeron como forma de consulta más amplia la asamblea general de todos los sindicalizados, esto de la mano de la toma de decisiones horizontales, a través de su estructura que habían generado a lo largo de más de una década de lucha por democratizar a su organización. Sin embargo, habría que señalar que no se encuentran evidencias de que una organización de izquierda estuviera marcando las pautas que se debían seguir. Lo que sí se puede apreciar en la prensa sindical de ese período es el respeto a la toma de decisiones en sus estructuras internas.

No obstante, los vínculos y la participación solidaria hacia otros movimientos de trabajadores, tanto a nivel local como nacional, son más que evidentes. El sindicato participó activamente en la conformación de frentes como Frente Nacional en Defensa del Salario y Contra la Austeridad [FNDSCA], la Coordinadora Sindical Nacional [COSINA], el Frente Nacional Contra la Represión [FNCR], impulsado por el Comité Eureka, entre otros.

A partir del período de 1981-1983, se destaca:

- Ampliar la solidaridad con los movimientos.

7 Fue la estructura de Coordinación de los CAS. Ahí deliberaban sobre las formas de lucha, la socialización de las demandas laborales y sindicales y la manera de difundirla entre los trabajadores.

- Ampliar las posibilidades de movilidad laboral de las trabajadoras (primera vez que se incorporan trabajadoras como conductoras).
- Rechazo a la imposición de apoyar el pago a los banqueros por la nacionalización de la banca comercial.

NUEVA REPRESIÓN E IMPOSICIÓN DEL CORPORATIVISMO

A partir de entonces, en el periodo 1981-1983, se retoma el proceso de la democratización de la organización sindical, en donde la dinámica que siguen los lleva a un enfrentamiento con las estructuras corporativas externas que apoyan a grupos de trabajadores cooptados por los funcionarios de la empresa, respaldados por el partido en el poder (PRI) e incorporando asesores que tenían en su haber experiencias en el manejo de grupos de choque para reprimir los movimientos sociales.

El resultado de la represión se expresa con decenas de activistas y dirigentes sindicales democráticos despedidos y, a su vez, como parte de las medidas de control, sientan las bases de "legitimidad" con una modificación a fondo del estatuto sindical para garantizar el control y dominación corporativa.

La escalada de represión que viven los movimientos democráticos de los trabajadores al inicio de la década de los ochenta alcanza también a los trabajadores del metro y, si bien habían logrado imponerse recuperando de nuevo su vida democrática, esto no fue por mucho tiempo. La represión se acentúa y se prolonga el control sobre la organización con la amenaza permanente de la represión, a partir 1983 y hasta 1997, cuando se presenta la coyuntura de desplazar al PRI del gobierno de la Ciudad de México.

A MANERA DE CONCLUSIONES

- En el contexto en que los trabajadores del metro emprenden la lucha por democratizar su organización sindical, también retoman las prácticas en la toma de decisiones que el movimiento estudiantil de 1968 les heredó.
- Generaron formas de toma de decisiones diametralmente opuestas a las prácticas corporativas de control sindical. Aplicaron desde muy temprano los principios del mandar obedeciendo, revocación del mando, rendición de cuentas.
- Establecieron límites a la central burocrática e impusieron en los hechos la autonomía sindical.
- Lograron remontar la imposición de un marco normativo laboral restrictivo e impusieron con su lucha la regulación

bilateral, e incluso más allá de lo que establece la ley laboral.

- Desarrollaron formas de organización autónomas y paralelas a lo instituido (reconocido legalmente).
- Las formas de organización horizontal y respaldada desde las bases, les permitió remontar etapas de represión.

BIBLIOGRAFÍA

- Balandier, George (1994). *El poder en escenas: de la representación del poder al poder de las representaciones*. Barcelona: Paidós.
- Bensusan, Graciela et al. (1989). *Estado y sindicatos. Crisis de una relación*. México: Universidad Autónoma metropolitana.
- Bizberg, Ilán (1983a). *Estado y sindicalismo en México*. México: COLMEX.
- Bizberg, Ilán (2003b). Estado, organizaciones corporativas y democracia. En Aziz Alberto (coord.), *Democracia, ciudadanía y desarrollo*. México: CIESAS.
- Escobar, Saúl (2006) *Los trabajadores del Siglo XX. Sindicato, Estado y sociedad en México: 1907-2004*. México.
- Fernández, Jorge (1999). *La lucha de los trabajadores por su salud. Arma de lucha política en manos de los trabajadores*. México: Universidad Obrera de México.
- Delarbre, Raúl (1984). Notas sobre la insurgencia sindical y la burocracia sindical. En *Memorias Del Encuentro Sobre Historia Del Movimiento Obrero III*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- López, Gustavo (1987). *La Democracia Sindical en el metro. Memoria de una lucha desigual*. México.
- Melucci, Alberto (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: COLMEX.
- Punto Crítico*. La versión digital fue realizada por el Comité 68, Pro Libertades Democráticas A.C.

TRÁNSITO DE MILITANCIAS Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN MONTERREY A FINALES DE LOS AÑOS SESENTA (SIGLO XX)

Edna Ovalle Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Monterrey es la ciudad mexicana donde actuaron células de varias organizaciones de izquierda a lo largo del siglo xx: El Partido Comunista, la Liga Comunista Espartaco, las Fuerzas de Liberación Nacional —antecedente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional [EZLN]—, el Comando “Carlos Lamarca” —una vertiente fundadora de la Liga Comunista 23 de Septiembre—, y la Liga de los Comunistas Armados, entre los más conocidos. Algunos de los miembros de estas organizaciones participaron activamente en los movimientos estudiantiles que tuvieron lugar a finales de los años sesenta e inicios de la década de los años setenta para posteriormente incorporarse a diversas organizaciones político-militares¹.

En las líneas que siguen, apoyada en fuentes documentales², hemerográficas, bibliográficas y orales, busco dar respuesta a la preguntas ¿cómo fue ese tránsito de militancias y cuáles fueron los elementos que intervinieron para que algunos militantes decidieran pasar de una

1 Algunos de ellos son Raúl y Estela Ramos Zavala, Héctor Escamilla Lira, Jorge Ruiz Díaz, Ricardo Morales Pinal, Ignacio Olivares, Nora Rivera, entre otros

2 Agradezco a Roberto Benavides permitirme el acceso a su archivo personal.

organización a otra en aquellos años? A lo largo del texto planteo que este tránsito fue complejo, que influyeron en él elementos de carácter general como el espíritu de la época, las características de la vida política de esta ciudad industrial, así como también factores específicos como los relacionados con los pocos espacios de participación política de los jóvenes en la izquierda local y la gran influencia que ejercieron en ellos los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971 así como su desenlace y la represión de que fueron objeto, todos serán elementos que de una forma u otra influirán en el paso de una forma de militancia³ a otra.

MONTERREY: DESARROLLO ECONÓMICO SIN PROGRESO SOCIAL

En los años sesenta del siglo xx Monterrey era aún una ciudad industrial con predominio de la industria pesada⁴ donde habitaban más de un millón de personas. Ubicada geográficamente lejos de la ciudad de México —933 km— y muy cerca de los Estados Unidos, era la segunda ciudad industrial del país. Su población provenía en gran parte de la migración —interestatal y de los estados vecinos—, la cual era atraída por la disponibilidad de plazas laborales y la posibilidad de pasar hacia los Estados Unidos. La ciudad era fuente de trabajo y lugar de tránsito o estancia transitoria⁵.

El auge económico de la zona era patente. Las industrias locales generaban toda clase de productos desde acero, hierro, plomo, maquinaria, hasta numerosas manufacturas de la industria ligera: textiles, alimentos envasados, ropa, entre otros. Sin embargo, a pesar del éxito económico, la distribución de los beneficios no era equitativa. Si bien la ciudad aportaba el 10% de la producción industrial total del país, el 68% de la población más pobre de la ciudad no consumía ni el mínimo recomendable de nutrientes y menos aún el mínimo humanamente aceptable de satisfactores de bienestar. En 1965 el panorama indicaba una distribución sumamente inequitativa del ingreso. El desarrollo económico no caminaba al parejo del progreso social. Había déficit de vivienda por la constante llegada de migrantes, aumento de precios, disminución del poder de compra de la población y estancamiento salarial (Puente, 1969, p. 20).

3 Considero la militancia como una conducta o actitud que desarrolla una persona que defiende una causa, y se adhiere a alguna organización para hacerlo.

4 La ciudad se industrializó a finales del siglo xix y fue sede de la primera siderúrgica latinoamericana: Fundidora Monterrey. Para conocer el proceso de industrialización ver los trabajos de Mario Cerutti, Isidro Vizcaya y Stephen Haber.

5 Con frecuencia los migrantes instalaban y dejaban a su familia en la ciudad para probar suerte en Estados Unidos, si no lograban colocarse regresaban a trabajar a la ciudad.

En la estructura de clases destacaban la numerosa clase obrera que en 1966 era el 40,9% del total de la población económicamente activa (Solís, 2007, p. 121) y la riqueza de sus patrones: los empresarios del Grupo Monterrey, organización poderosa y políticamente conservadora, que lograron conservar sus fortunas durante la Revolución Mexicana y se asociaron con los “revolucionarios” para hacer negocios. Junto a ellos estaban los grandes comerciantes, el alto clero y una clase media al servicio de las empresas y negocios locales.

La industrialización y la política posrevolucionaria impulsaron la educación. Temprano (1853) se establecieron la escuela básica, la normal de maestros, la escuela de comercio y de oficios para trabajadores, pero fue hasta 1933 cuando se fundó la Universidad de Nuevo León y en 1943 el Tecnológico de Monterrey creado por la gran burguesía local para nutrirse de cuadros medios para sus empresas. A fines de los años sesenta se instalaron varias universidades privadas (Lozano, 2005) sin embargo, de las instituciones universitarias la más concurrida era la Universidad de Nuevo León [UNL] que en 1968 contaba con 17 666 alumnos y una plantilla de 2 500 trabajadores: 211 profesores de tiempo completo, 156 de medio tiempo, 924 por horas y 1209 empleados (Ruíz, 1990, p. 164).

En los años que nos ocupan, el espectro político local no era muy amplio: A la derecha se encontraba el Partido Revolucionario Institucional [PRI], partido gobernante junto al Partido Acción Nacional [PAN] de extrema derecha, así como una serie de organismos ligados a ellos y al alto clero católico como la Unión Nacional de Padres de Familia [UNPF], Unión Cívica Nacionalista [UCN], entre otros⁶. También estaban los partidos satélites como el Partido Popular Socialista [PPS] y el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana [PARM]. En este escenario también se ubicaban las grandes centrales sindicales que actuaban como instrumentos de contención y control del movimiento obrero: la Confederación de Trabajadores Mexicanos [CTM] central corporativa promovida desde los años treinta desde la Ciudad de México, el Sindicato Minero-Metalúrgico que agrupó a las secciones 66-67 y 68 de trabajadores de la industria metalúrgica y la Federación de Sindicatos Independientes [FSI] una agrupación que reunía a los sindicatos blancos de manufactura local creada e instrumentada por los patrones.

6 También estaban la Cruzada Regional Anticomunista [CRAC] fundada por Eugenio Garza Sada, el Frente Cívico de Acción Democrática Mexicana [FCADM], la Asociación Democrática Mexicana [ADM] y la Asociación Revolucionaria Mexicanista [ARM] más conocidos como Los Dorados (Treviño, 2013, p. 109).

Hacia la izquierda se encontraba el Partido Comunista Mexicano [PCM] instalado en la ciudad desde los años veinte, la Liga Comunista Espartaco [LCE]⁷ que actuó en la ciudad desde 1962, grupos de cristianos progresistas ligados a la Teología de la Liberación, la más conocida fue la Obra Cultural Universitaria [OCU]⁸ y algunas logias masónicas⁹. Gracias a la actividad de estas agrupaciones existían grupos de izquierda en varias secciones sindicales: el Sindicato de la Universidad de Nuevo León, el Frente Magisterial en la sección 50 de maestros, los grupos 5 de Febrero y Regeneración en las secciones 66, 67 y 68 del Sindicato Minero-Metalúrgico y el Movimiento Sindical Ferrocarrilero en la sección 19 del Sindicato de Ferrocarrileros, entre otros. En estos espacios, era común el conflicto con los poderosos empresarios, con sus sindicatos blancos y con el corporativismo sindical oficial conocido como “charrismo sindical”. Es de destacar, que a lo largo del siglo xx estos grupos se enfrentaron en varios momentos a las fuerzas represivas y a los grupos anticomunistas al servicio de los empresarios. El saldo más reciente fue la represión a la huelga ferroviaria de finales de los años cincuenta¹⁰

“ESTE HOGAR ES CATÓLICO, NO SE ADMITE PROPAGANDA COMUNISTA”

Por sus centros educativos, era común que a la ciudad llegaran estudiantes de otras partes del país para cursar estudios superiores, como

7 Esta organización fue fundada por José Revueltas a raíz de sus discrepancias con el Partido Comunista, su expresión local se denominó Movimiento Espartaquista Revolucionario [MER].

8 La Obra Cultural Universitaria [OCU] fue un organismo de orientación religiosa (jesuita) que aglutinó a los estudiantes católicos con inquietudes políticas. En 1970 sus dirigentes fueron desterrados de Monterrey por la alta jerarquía que gobierna el Tecnológico de Monterrey (Ruíz, 1990, p. 109).

9 Las logias datan del 12 y 13 de septiembre de 1903 cuando se fundaron las N°1 Obreros del Silencio, N°2 Constancia y N°3 Victoria bajo el auspicio de la Gran Logia Mexicana de Veracruz. Las cartas patentes fueron entregadas en marzo de 1905 al Gral. Bernardo Reyes. En 1952 se crearon las Asociaciones de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad [AJEF]. En enero de 1953 se contabilizaron 3 952 miembros agrupados en 52 logias (Memoria de la Gran Logia del Estado de Nuevo León 1952-1953, pp. 110, 133).

10 Los ferrocarrileros locales impulsaron en 1956 el *tortuguismo* (trabajar con desgano para ralentizar la transportación de mercancías), por ello fueron cesados y presos siete trabajadores a quienes se les acusó de: Disolución Social, ataque a las vías generales de comunicación y asociación delictuosa, entre ellos estaba Jesús Rivera padre de Nora Rivera. En las huelgas de 57-58 fueron cesados y encarcelados numerosos ferrocarrileros, entre ellos Valentín Campa dirigente obrero y miembro destacado del Partido Comunista y fue asesinado por el gobierno el dirigente comunista Román Garza Montemayor.

fue el caso de Rosa Albina Garavito¹¹, a quien a los pocos días de su arribo a la ciudad le sorprendió el letrero de una casa que decía: “Este hogar es católico no se admite propaganda comunista” (Garavito, 2014, p. 45). El cartel expresaba las contradicciones existentes en la ciudad y la posición de la “Unión de Padres de Familia”¹² contra los libros de texto gratuitos y la educación laica, al tiempo que también se oponía a la actividad propagandística que desarrollaban los comunistas. El letrero también indicaba la posición que sus moradores tenían en este conflicto que de manera velada o manifiesta existía de tiempo atrás en la ciudad.

En las décadas de los años sesenta y setenta el mundo experimentó profundas transformaciones que también se expresaron en Monterrey. Los jóvenes cuestionaron y replantearon los papeles y las responsabilidades laborales, sociales y familiares que esta sociedad les asignaba. La inconformidad juvenil frente al autoritarismo, la desigualdad social, la falta de oportunidades y la polarización social que existía en Monterrey se combinaron con la protesta que también se manifestaba en el vecino país signado por la guerra en Vietnam, la lucha por los derechos civiles y el movimiento *hippie*. Así, la protesta e inconformidad se generalizaron sobre todo en los espacios educativos universitarios los que socialmente se consideraban aún un mecanismo de ascenso social a pesar de sus cada vez más elevados costos.

En la ciudad, los medios de comunicación difundían la posibilidad de una sexualidad más libre mediante la píldora anticonceptiva, las protestas sociales en otras partes del mundo, la popularidad de la minifalda, la ropa de mezclilla y el pelo largo. El rock y la música negra se oían constantemente a través de la radio y la televisión, cada vez más comunes en los hogares. Nuevos hábitos y estilos de vida se imponían. Cambiar no solo era normal sino necesario en esa sociedad industrial donde la propia autoridad —empresarios y gobierno— impulsaba la producción constante y se inculcaba por todos los medios la acción transformadora¹³ orientada a reforzar el sistema.

11 Rosa Albina Garavito estudió economía en la UNL, originaria de Santa Cruz Sonora, llegó procedente de Mexicali a Monterrey, estudió un posgrado en Chile y a su regreso participó en el Grupo “Carlos Lamarca”, fue herida y detenida por la policía en Monterrey en 1972. Se exilió en Italia.

12 Organización de corte religioso y conservador ligada a los empresarios del Grupo Monterrey.

13 A los migrantes recién llegados se les instaba a convertirse en obreros productivos bajo la disciplina industrial y dejar de ser indígenas o campesinos —si lo eran—, para “progresar”. A las mujeres se les conminaba a esmerarse en el cuidado y desarrollo de los futuros obreros y a impulsar la productividad fabril del marido. Más adelante ellas mismas podrían ser obreras productivas, si lo deseaban y el marido lo permitía.

Por su parte, los grupos de la izquierda local, —casi siempre ilegales—, también impulsaban el progreso, pero orientado a la revolución social para ello buscaron incorporar en sus filas a los obreros y actuar en los sindicatos y centros de trabajo. En concordancia, los jóvenes también querían transformar su realidad y se acercaban a las opciones existentes en su entorno: las organizaciones de izquierda que actuaban en las escuelas y facultades de la Universidad de Nuevo León, la Normal Básica de Maestros, la Normal Superior, el Tecnológico de Monterrey o en los sindicatos de la UNL, de maestros, de mineros y ferrocarrileros entre otros.

En estos espacios educativos, se difundía información, se promovía la discusión sobre diferentes temas, así como la asistencia a mítines o marchas como lo relata Rosa Albina Garavito:

En aquellos años la facultad de Economía era una especie de ágora. La inquietud bullía por el patio y las aulas para discutir sobre cualquier tema. El movimiento de los derechos civiles, el movimiento pacifista contra la guerra de Vietnam, los asesinatos de John Kennedy y Martin Luther King en Estados Unidos, la revolución cubana [...] todos esos acontecimientos se sentían como propios. Visconti, Antonioni, Buñuel, Sartre, Camus, Fanon, Deutscher, García Márquez, Pavese, Mariátegui, Fromm, Marcuse, los Doors, Jimmy Hendrix, Bob Dylan, Janis Joplin, Bob Marley, los Rolling Stones, los Beatles: veíamos, leíamos y oíamos todo lo que estaba en el aire y parecía que era el mismo mundo el que se podía devorar (Garavito, 2014, pp. 82-83).

Tras los muros escolares y a pesar de la política de la Guerra Fría que impulsaban los grupos conservadores locales, la población de la ciudad conocía de la existencia del campo socialista como una forma alternativa de sociedad gracias a la propaganda que realizaban el Instituto de Relaciones Culturales de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS] y el Centro Cultural Cubano “José Martí”, ambos instalados en el centro de la ciudad, así como por las actividades que organizaban los militantes del Partido, la Juventud Comunista y miembros de algunas logias masónicas para difundir la existencia y logros del campo socialista. Un ejemplo de ello es el que relata Héctor Treviño:

Ante la crisis de los cohetes en Cuba, en octubre de 1962 [...] los estudiantes y jóvenes realizaban pintas en las bardas de las calles céntricas de la ciudad tales como ¡VIVA CUBA SOCIALISTA!, ¡CUBA SI, YANKIS NO!, ¡MUERA EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO! y otras más; al mismo tiempo que se hacían volantes en pro del pueblo cubano y se repartían en las calles, en los cines de la localidad se lanzaban desde el segundo y

tercer nivel para que todos los asistentes se enteraran, se entregaban en las puertas de las fábricas y los obreros los regresaban, diciendo “no queremos perder la chamba” (Treviño, 2013, p. 248).

LA IZQUIERDA LOCAL

Desde mediados de los años sesenta se incrementó en la ciudad la actividad de la izquierda como lo refiere el entonces activista estudiantil Agustín Acosta¹⁴:

Un numeroso grupo de estudiantes desarrollábamos actividades al interior de nuestras escuelas, unos agrupados en la Juventud Comunista y otros en la Unión Democrática de Estudiantes o en el Movimiento Estudiantil Profesional de inspiración cristiana, aunque también estaban los grupos de derecha, brazos estudiantiles del PRI y del clericalismo ultraconservador [...] La actividad política era intensísima y la lucha de ideas aportaba elementos para ir conquistando espacios en las mesas directivas de facultades, preparatorias y demás escuelas de la UNL. A mediados de 1969, escuela tras escuela era conquistada por la izquierda, la fuerza de la derecha mermaba y el control de la UNL, que hasta entonces habían mantenido, se les escapaba (Acosta, 2015, p. 18).

Otro ejemplo de este avance fue el hecho de que, en 1968, por primera vez en su historia, la izquierda ganó las elecciones de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León [UANL] con una planilla encabezada por Eduardo González quien, con Raúl Ramos Zavala¹⁵, era de los cuadros más brillantes de la Juventud Comunista (Garavito, 2013, p. 103).

Sin embargo, los jóvenes en las organizaciones de izquierda no tenían un lugar destacado. El Partido Comunista, instalado en Monterrey desde los años veinte, tenía una estructura piramidal, era dirigido por una dirección burocratizada y los jóvenes no tenían un papel preponderante en su vida interna. Esto se refleja en el hecho de que es hasta 1947, casi treinta años después de fundado, cuando se creó la Juventud Comunista [JC].

Este organismo no tenía definido claramente su función en la estructura partidaria ya que sin apoyo definido de la dirección partidaria [...] asume un papel oscilatorio entre una agrupación de primer grado y un

14 Agustín Acosta fue estudiante de filosofía y letras de la UNL, dirigente estudiantil en 1969 y uno de los fundadores de la Preparatoria Popular y el Campamento Tierra y Libertad. Fue miembro del PC, el MER y del grupo Política Popular.

15 Raúl Ramos Zavala será uno de los fundadores de organización político-militar Liga Comunista 23 de Septiembre.

auxiliar secundario en el seno del partido [...] y es hasta 1961 que la dirección del PCM impulsa la creación de una organización nacional unitaria del estudiantado, sin que se supere el problema de indefinición de la política juvenil de los comunistas: la inexistencia de un criterio único sobre quién debe dirigir o controlar el trabajo entre los estudiantes, si el Partido o la Juventud Comunista. Así, la JC es supervisada o restringida por el aparato partidista, lo que limita su desenvolvimiento (Cuevas, 1984, pp. 56-61).

La JC actuó en Monterrey a partir de 1963 con numerosos problemas internos porque no se tenía claro si era solo un espacio de discusión de la problemática estudiantil o un órgano de conducción política. No obstante, su actividad influyó en profesores y estudiantes de preparatorias y facultades de la UNL, en la Escuela Normal Básica y Superior del Estado en Monterrey, Galeana, Sabinas Hidalgo y el Centro de Estudios Universitarios. Entre sus militantes estaban Raúl y Esthela Ramos Zavala, Amel Garza, Héctor Escamilla Lira, Jesús Ibarra Salazar, José Luis Rhi Sauci, Noé Ramos, Enrique de la Garza Toledo, Eduardo González, Fernando Bazúa, Miguel Covarrubias, Cástulo Hernández, Francisco Zúñiga, Carlos Jiménez, Jorge Ruiz Díaz, Ricardo Morales Pinal, entre otros.

Los espartaquistas también se ocuparon poco de los jóvenes, por ejemplo, en un folleto titulado *Tesis sobre la realidad nacional* elaborado y editado por la Liga Comunista Espartaco [LCE] en 1964 y reeditado en 1966 en el que se plantean las principales tesis en torno a la realidad nacional, no aparece siquiera el tema de los jóvenes, ni de los estudiantes, ni las clases medias o la pequeña burguesía, solo se dedica un apartado a la educación en donde se considera un derecho para los hijos de obreros y campesinos y ahí someramente se refieren al estudiantado. En su totalidad, este material se centra en lo que consideran son los sujetos revolucionarios: los obreros y los campesinos (s/a, 1966, pp. 83-87).

No obstante, lo anterior, otras fuentes indican que este grupo sí daba un lugar a los jóvenes —aunque no como sector específico— y a su educación política en la medida en que ellos podían reclutarse y convertirse en nuevos cuadros, como lo relata Agustín Acosta:

[...] en una reunión de uno de los grupos pertenecientes al Movimiento Espartaquista Revolucionario [...] escuchamos [...] la Segunda Declaración de La Habana por Fidel Castro. Este documento me impactó de tal manera, que esa noche adquirí el compromiso de prepararme para formar parte del MER [...]. Me integré a un círculo de estudios, ahí leí [...] libros como *El Manifiesto Comunista*, *Trabajo Asalariado* y *Capital*, *Salario*, *Precio* y *Ganancia*, obras de Carlos Marx y Federico Engels; asimismo, el *¿Qué hacer?*, *Dos tácticas de la socialdemocracia rusa* de Vladímir Ilich Lenin. Esas

lecturas las complementábamos con novelas del heroísmo soviético como *La Madre de Máximo Gorki* o *Así se templó el Acero* de Nikolái Ovstrosky (Acosta, 2015, p. 16).

Los espartaquistas, a través del Movimiento Espartaquista Revolucionario [MER] adquirieron influencia en diferentes escuelas normales y universitarias y en centros de trabajo, militaban en este grupo personajes como Gabriel Capó, Cristina Villarreal, Rubén Vidales, Gilberto Guajardo, Sócrates Cuauhtémoc Rizzo, Rodolfo Garza Montemayor, Severo y Leonardo Iglesias y Roberto Benavides, entre otros, algunos de ellos después destacarán en diversos campos de la vida política e intelectual local.

También actuaba a nivel local la Obra Cultural Universitaria [OCU] este grupo cercano a la teología de la liberación cuya influencia se dejaba sentir en las facultades de Arquitectura, Derecho, Economía y Filosofía y Letras y el Tecnológico de Monterrey contaba con la militancia de Amadeo Garza, Ignacio Olivares, Gustavo Alarcón, Leticia Villaseñor, Jorge García Murillo, Enrique Guzmán Benavides y Mario Humberto Gamboa, entre otros (Ruiz, 1990, p. 109).

De igual manera, había otro grupo considerado como independiente ligado a algunas las logias masónicas y que después será conocido como las Fuerzas de Liberación¹⁶, los más conocidos eran Mario Sánchez Acosta, Carlos Vives, Cesar Yáñez Muñoz, Mario Saéñz y Graciano Sánchez Aguilar, los que participaban en diferentes escuelas de la Universidad de Nuevo León (Ruíz, 1990, p. 109).

Por su secrecía, es difícil conocer la vida interna de las organizaciones de izquierda en aquellos años, no obstante, se sabe que fueron varios los acontecimientos en esa década que generaron fuertes discusiones y definiciones en su interior: la Revolución Cubana (1959-1961), el Movimiento de Liberación Nacional (1961-1965), el Ataque al Cuartel Madera de Arturo Gámiz (1965) en Chihuahua y el Movimiento Estudiantil (1968-1971). Estos acontecimientos los obligaron a rediscutir el carácter de la revolución, las vías para llegar a ella, el sujeto central de la misma y sus aliados.

Suponemos que estas discusiones fueron muy complejas y en algunos casos sembraron el terreno de la división orgánica como sabemos que fue en el caso del MER, en el que desde 1967 se manifestaron dos tendencias en su interior: una que planteaba la construcción del partido de la clase obrera, encabezada por Severo Iglesias y la otra, que estaba por tomar la vía armada como respuesta a la cerrazón del gobierno

16 Las Fuerzas de Liberación son el antecedente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional [EZLN].

esta última liderada por Rodolfo Flores y Mónico Rentería (Acosta, 2003, p. 17). Estas tendencias a la larga provocarán su disolución

El año de 1968 va a ser clave en el tránsito de militancias. El PC se encontraba aún desgastado y paralizado por la derrota que sufrieron sus militantes en el movimiento ferrocarrilero donde tuvieron una destacada participación¹⁷. Hasta donde sabemos, los cristianos inclinados a la teología de la liberación, apenas iniciaban su participación en escuelas, colonias, sindicatos, cooperativas y comunidades eclesiales de base (Macín, 1984, p. 6) al tiempo que los llamados independientes cercanos a las logias actuaban más entre los profesionistas y universitarios, de igual manera que los espartaquistas buscaban ligarse a la clase obrera. Independientemente de su campo de acción y situación concreta, casi ninguna organización percibía las señales de los próximos movimientos sociales.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Los años sesenta en Monterrey fueron muy agitados en cuanto a movimientos estudiantiles: El primero se registró en 1963 e implicó a jóvenes del Partido Comunista y del Movimiento de Liberación Nacional, la Liga Comunista Espartaco y la Gran Logia de Nuevo León¹⁸ el segundo (1965), cuestionó al director de la Facultad de Filosofía y Letras, mientras que la tercera movilización estudiantil (1967-1968) fue en apoyo de las demandas del sindicato universitario¹⁹. El movimiento más intenso y trascendente inició el 9 de marzo de 1968 cuando el gobernador del estado Eduardo Elizondo representante de la burguesía local, informó que a partir del siguiente ciclo escolar el Estado ya no subsidiará más a la Universidad. La iniciativa desencadenó numerosas protestas estudiantiles e incluso de organismos como la Confederación de Trabajadores de México [CTM], la Masonería y la Sección 50 del Sindicato de Trabajadores de la Educación [SNTE]. El rechazo fue generalizado y el 17 de abril el Consejo Universitario planteó formalmente el rechazo al Plan Elizondo y propuso, ante la carencia de recursos para la universidad,

17 Entrevista a Roberto Benavides realizada por Eda Ovalle en julio de 2018 en Monterrey N.L.

18 Se trata del Primer Festival de la Juventud por la Paz, la Amistad y la Liberación Nacional organizado por los universitarios en la localidad de Sabinas Hidalgo. El evento no se realizó porque fue atacado por anticomunistas tildados por la prensa como “luchadores por un México social cristiano” (Ruiz, 2016, pp. 19-22).

19 El Sindicato de Trabajadores de la Universidad de Nuevo León fue fundado en 1964 y fue el primero en el país en agrupar a trabajadores académicos y administrativos.

que se estableciera un impuesto especial a la fabricación de cerveza y tabaco y planteó que había que dotar de Autonomía a la Universidad (Ruíz, 2014, pp. 25-27).

En este movimiento docentes, trabajadores administrativos y estudiantes de la UNL se unieron contra la propuesta de Elizondo, quien había sido rector de la universidad. En el movimiento participaron en su calidad de estudiantes, docentes o administrativos destacados miembros de la Juventud Comunista y del Movimiento Espartaquista²⁰.

Este movimiento tuvo la característica que se entrelazó con el de la Ciudad de México. La unidad obtenida y la simpatía de la población hacia el movimiento estudiantil se reforzó a partir del 26 de julio cuando se apoya decididamente al movimiento estudiantil de la Ciudad de México. La toma de la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM] por el ejército en septiembre, provocó que el movimiento estudiantil regiomontano se radicalizara como lo refleja un desplegado del Consejo Estudiantil²¹, en el que denuncia la represión del Estado, la antidemocracia y convoca a obreros y sectores populares a unirse en defensa de las libertades democráticas del país. A partir de este momento los estudiantes se vuelcan en brigadas hacia la población informando a usuarios de camiones, barrios, colonias y mercados. Se toman escuelas, se organizan mítines en espacios públicos, manifestaciones, asambleas permanentes y volanteo a las fábricas y espacios laborales. Por vez primera hay una creciente participación de mujeres y los militantes trabajan unitariamente, aunque casi nunca con dirección partidaria.

Un hecho notable por el poder de convocatoria de los universitarios, fue la manifestación del 26 de septiembre de 1968 en Monterrey donde marcharon juntos por primera vez estudiantes de la UNL, las normales básica y superior del estado con los del Tecnológico de Monterrey²². La movilización estudiantil fue masiva y rebasó a las organizaciones políticas quienes no encontraron respuesta a los

20 Eduardo González y Roberto Benavides, entre otros.

21 Consejo Estudiantil y la Asamblea Universitaria fueron los órganos representativos del movimiento estudiantil.

22 Los estudiantes del Tecnológico eran considerados como representantes de las clases altas de la ciudad y pocas veces se codeaban con universitarios o normalistas, sin embargo, ahora marcharon junto a los universitarios e incluso tuvieron voz en el mitin, ya que tomaron la palabra Rogelio Cantú por el Consejo Estudiantil, Roberto Benavides por la Facultad Leyes, Felipe Ortiz por el Sindicato de Trabajadores de la Universidad de Nuevo León [STUNL] y José Luis Sierra por el Tecnológico de Monterrey.

cuestionamientos de sus jóvenes militantes y, en consecuencia, no emitieron directrices acertadas para conducirlo.

1968: “LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA NO PUDO CONTESTAR”

El impacto del movimiento estudiantil capitalino y de la represión de la que fue objeto, sobre el movimiento estudiantil y las organizaciones políticas de izquierda en Monterrey fue intenso. La represión del 2 de octubre sorprendió y enlutó a todos. El movimiento estudiantil como respuesta inmediata emitió numerosos desplegados y se organizaron numerosas actividades de protesta en la ciudad. Sin embargo, en las organizaciones políticas de izquierda los efectos fueron diferenciados

La radicalización, ya de por sí presente en el análisis de la situación nacional, se reflejó de forma gradual. En el caso de los integrantes de las Fuerza de Liberación Nacional

[...] un efecto inmediato [...] se dio [...] a finales de octubre cuando un grupo de profesores universitarios se lanza a la lucha guerrillera, entre ellos estaban Carlos Arturo Vives Chapa, Mario A Sáenz Garza, Cesar Yáñez Muñoz, Graciano Sánchez Aguilar y Mario Sánchez Acosta (Ruíz, 2016, p. 28).

Poco después del primer aniversario de la masacre, el 2 de febrero de 1969 partieron de Monterrey a la Selva Lacandona un grupo de profesionistas y estudiantes quienes el 6 de agosto deciden integrar las “Fuerzas de Liberación Nacional”. En su primer comunicado interno se refieren al 2 de octubre de la siguiente manera: “El recordar la masacre perpetrada a mansalva a nuestro pueblo unido a su vanguardia de estudiantes como mártires, debe ser incentivo para unirnos todos como militantes organizados y disciplinados; haciendo a un lado las tendencias a la improvisación y el sabotaje indiscriminado y sin contenido político; controlando y sabiendo administrar nuestro odio y amor por caminos claros y científicos que nos aseguren un avance hacia la toma del poder y la derrota del enemigo común” (Harvey, 2015, p. 49).

Cabe destacar que esta organización asignó un lugar destacado en su estructura a los estudiantes como lo refleja la existencia de las EYOL [Estudiantes y Obreros en Lucha], que [...] se nutren y crecerán con cualquier compañero sin distinción de raza, sexo, nacionalidad, credo religioso o partido político siempre y cuando esté en disposición de aceptar la militancia y de haber sido propuesto por un compañero urbano, de quien será la absoluta responsabilidad (Harvey, 2015, p. 50)

En el caso de los militantes de la Juventud Comunista del PC, fue Raúl Ramos Zavala quien cuestionó directamente a la dirección de su partido al señalar:

Actuamos en la gran convulsión sin tener un sentido realista del destino de esa insurgencia esencialmente estudiantil. Luego se culpó de todo a la represión y al reflujo del movimiento sin reconocer la incapacidad para definir los lineamientos para la acción y las perspectivas a seguir. Nuevamente se ignoraron las preguntas que lanzó el movimiento, que fueron las mismas que el movimiento del 56-59. La izquierda revolucionaria no pudo contestar. No había una concepción consecuente para la acción de masas en México ni tampoco la consciencia de que son estas y no las vanguardias y prevanguardias las que marcan el ritmo de la acción (Ramos Zavala, 2003).

Más adelante Raúl abandonaría las filas de la JC con un grupo de camaradas. Por su parte, Rosa Albina Garavito, quien también optará más adelante por la lucha armada, declara que

Con lo que sucedió en la masacre de Tlatelolco tuve la certeza de que no podía continuar en la vida como si nada hubiese pasado. Si habían matado a aquellos estudiantes, gente de mi edad, porque pedían liberad para los presos políticos, derogación de artículos represivos y destitución de jefes policiacos arbitrarios, entonces aquellos era mis muertos y quienes estaban en la cárcel mis compañeros. Y no era retórica (Garavito, 2013, p. 84).

Al interior del grupo espartaquista la situación era compleja respecto al movimiento estudiantil. De acuerdo a los lineamientos de la LCE nacional se discutieron documentos como “La pequeña burguesía, el proletariado y la revolución socialista” donde se reconocía que

[...] el movimiento estudiantil del año pasado ha obligado a los comunistas y a todos los interesados en los problemas de la revolución en México a plantear y discutir de nuevo una serie de cuestiones fundamentales. Problemas de principios como: cuál es el programa que los comunistas deben levantar para organizar la lucha de la clase obrera contra la burguesía y el imperialismo y cuáles son por tanto las tareas revolucionarias de la presente etapa...” (Grupo Vladímir Ilich Lenin, 1973, p. 2).

Al mismo tiempo, en el documento se considera a los estudiantes incapaces de transformar revolucionariamente la sociedad porque la suya “[...] fue una lucha democrático-burguesa porque expresaba los intereses y las posiciones políticas de la pequeña burguesía, que aspira a resolver todos los problemas dentro de la sociedad burguesa mexicana, sin tener que transformarla revolucionariamente” y, en su opinión, “hay que acabar con la democracia burguesa y la lucha por reformas ya que la única salida es la Revolución Socialista que destruya por medio de las armas al corrupto y decadente sistema de explotación capitalista” (Grupo Vladímir Ilich Lenin, 1973, pp. 1-2).

En la misma tónica, los espartaquistas discutieron un documento de Sebastián Hernández, miembro del grupo Vladímir Ilich Lenin en el que, además de acusar a la LCE de un “maoísmo sin límite”, critica a las organizaciones marxistas y socialistas sin excepción porque lucharon por el programa estudiantil democrático-burgués que, en su opinión, no resolvía los problemas del proletariado. Asimismo, sostiene que la lucha estudiantil solo genera ilusiones de poder modificar el sistema a la clase obrera, la verdaderamente encargada de revolucionar el sistema (Grupo Vladímir Ilich Lenin, 1973, p. 6).

Lo anterior indica que en este grupo lo que se discutía era el papel de los movimientos reivindicativos en una estrategia de lucha por el socialismo, se observan varias posiciones y que tal discusión fue motivada en gran medida por el movimiento estudiantil y la necesidad de dar respuesta a los acontecimientos. También se refleja que el movimiento estudiantil tenía la iniciativa y que las organizaciones políticas se encontraron a la zaga de los acontecimientos como se verá a continuación

LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA

Al tiempo que se discutían estos temas al interior de las organizaciones, el movimiento estudiantil local lejos de amedrentarse por la represión a los capitalinos, tomó nuevos bríos. Con las demandas de gratuidad educativa, autonomía universitaria y paridad en la elección de autoridades universitarias el movimiento estudiantil local logró llegar en 1969 a la unidad de objetivos y acción y a la creación de una nueva estructura organizativa

En este marco, el primer aniversario del 2 de octubre se conmemoró con una gran marcha que reunió nuevamente a estudiantes y trabajadores de la UNL, a los del Tecnológico de Monterrey, a los de las normales básica y superior del estado a la que se sumaron obreros de la sección 66 y 67 de minero-metalúrgicos y ferrocarrileros. Días después, se realizó el Primer Congreso de Estudiantes Universitarios de Nuevo León, donde se definió el pliego petitorio: autonomía universitaria, la paridad magisterial-estudiantil en el Consejo Universitario y en las Juntas Directivas de Escuelas y Facultades y el derecho de estas de nombrar al rector y a los directores respectivamente y el pase automático de preparatoria a facultad.

Los militantes de casi todas las organizaciones de izquierda²³ participaron activa y unificadamente en el movimiento, lo cual ayudó

23 En el comunicado de marzo de 1970 se plantea que es inútil y perjudicial participar en luchas abiertas o democráticas debido a que son vigiladas por la policía (Harvey, 2015, p. 66).

a dotar de organicidad y dirección al movimiento que instituyó la Asamblea Universitaria como órgano máximo del movimiento, integrada por diez estudiantes por escuela y se reguló la composición del Consejo Estudiantil.

En octubre, el gobernador del Estado dio a conocer un proyecto de decreto que solo concedía el 33% de los votos a los estudiantes para elegir rector (De León, 1972, p. 96-97)²⁴ y, debido a las protestas, en noviembre el Congreso del Estado aprobó una comisión de profesores y estudiantes que redactarían una nueva ley orgánica universitaria. Cabe destacar que, en esos momentos, la universidad se encontraba en paro total, la rectoría tomada y a las afueras del Palacio de Gobierno los estudiantes de la facultad de Medicina en huelga de hambre (Sánchez, 1999, p. 80).

A los trabajadores del sindicato de la universidad se les retuvo el salario como represalia por apoyar al movimiento, mientras los estudiantes de varias escuelas organizaron brigadas estudiantiles de salud y asistencia a la población urbana y rural. Las autoridades amenazaban con la pérdida del semestre mientras se intensificaba en el estado el activismo estudiantil.

El 15 de noviembre de 1969 el Consejo Estudiantil reivindicó nuevamente la paridad en la elección de rector y directores, diez días después el gobernador promulgó la nueva Ley Orgánica que otorga autonomía a la institución. El primero de diciembre con una votación dividida (267 contra 248 a favor) la Asamblea Universitaria acordó volver a clases. Cabe destacar que el nuevo rector, doctor Oliverio Tijerina, incluyó en su equipo a Tomás González de Luna como secretario general y a Rolando Guzmán Flores como secretario de extensión universitaria, ambos destacados miembros del Partido Comunista, con ello al PC se le ofrece la posibilidad de ejercer una mayor influencia en la Universidad.

El año 1970 fue un momento clave para el movimiento. Se presentaron dos proyectos de reformas a la ley orgánica de la Universidad: uno de profesores ligados a la derecha y otro del Consejo Estudiantil. Ambos entraron al Congreso del Estado para su discusión. Entretanto se creó una preparatoria popular por parte de un grupo activistas y estudiantes rechazados ligados a una fracción de los espartaquistas. La universidad era estrangulada económicamente por el gobierno del estado y el rector tuvo que renunciar, quedando en su lugar el Ing. Héctor Ulises Leal a quien los estudiantes entregan la rectoría el 9 de marzo.

24 Lo cual indica que va a ser aprobado sin cambio alguno.

En este marco, a nivel de organizaciones políticas, en septiembre de 1970 se realiza una reunión nacional de la JC conocida como “Encuentro del Pacífico” en donde se postula que el conjunto del partido se debe preparar para operar en la clandestinidad con el objetivo de lanzarse a la lucha armada al tiempo que de acuerdo al texto La juventud mexicana al socialismo del IV Congreso de la JCM a fines de 1970 esta postura se enfrenta con la de la dirección del PC y concluye con la separación de la JC a inicios de 1971.

Entretanto, en el movimiento estudiantil, después de un año de discusión y de la modificación de la Ley Orgánica Universitaria en el Congreso, el 25 de marzo se realiza una marcha encabezada por el rector Ulises Leal para demandar la promulgación de la ley, lo cual sucede al día siguiente. En esta nueva ley orgánica se destituyen a todas las autoridades universitarias y se plantea un hecho inédito en el país: el Congreso del estado nombró a una peculiar asamblea popular que incluía a sectores no universitarios y era la encargada de designar al nuevo rector y al tesorero²⁵ de la UANL y, de inmediato, el Congreso procedió a nombrar a los representantes de la asamblea, los que tomaron posesión el 12 de abril y nombraron como rector a un militar: el coronel Arnulfo Treviño Garza.

Al consejo estudiantil se le negó el amparo que solicitaron por este atropello y el primero de mayo marcharon todos los estudiantes de la ciudad. En los siguientes días cundieron los comités de lucha en todas las escuelas al tiempo que la preparatoria N° 1, espacio central de movimiento, fue tomada por la policía con un saldo de numerosos estudiantes detenidos y golpeados. Detuvieron también al rector Héctor Ulises Leal y al secretario general del Sindicato de Trabajadores de la UNL. Días después entró a la Rectoría el coronel y se realizaron dos marchas: la del movimiento estudiantil y la de las autoridades y los sindicatos blancos. El movimiento envió brigadas a los estados del país buscando el apoyo de otros universitarios, es así como en la Ciudad de México se programó una marcha para el 10 de junio en apoyo de los Universitarios de Nuevo León, entre otras demandas.

Intempestivamente llegó a Monterrey el secretario de educación Víctor Bravo Ahúja para intervenir en el conflicto. Luego de nombrar una comisión de exrectores para encontrar una salida, el 5 de junio,

25 Esta asamblea estaría formada por treinta y seis personas: diez representantes de obreros y empleados organizados, cuatro de las Ligas de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos de Nuevo León, una del patronato Pro-Laboratorios, ocho de la prensa, radio y televisión, tres profesores, tres estudiantes, una de la industria, una del comercio organizado, una del Congreso local y cuatro profesionistas organizados.

en sesión extraordinaria el Congreso local, dio marcha atrás y reformó nuevamente la Ley Orgánica de la UANL eliminando la Asamblea Popular elizondista, que se sustituyó por una Junta de Gobierno de 11 miembros elegidos por el Consejo Universitario, dejando de lado la paridad. En la misma sesión, el gobernador Eduardo Elizondo presentó su renuncia y fue sustituido por Luis Farías, quien firmó la nueva Ley Orgánica.

Entre tanto, el 10 de junio el gobierno reprimió nuevamente a los estudiantes de la Ciudad de México, pero ahora utilizando el grupo paramilitar Halcones con un número indefinido de muertos y heridos. En Monterrey, con el movimiento estudiantil disminuido y desgastado luego de casi tres años de movilizaciones constantes, se realizaron protestas, no obstante, la Universidad empezó a normalizar actividades y el 31 de julio se nombró a Héctor Ulises Leal nuevo rector por la Junta Directiva.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Como se puede observar a lo largo de este recorrido, el paso de una militancia a otra en los diferentes grupos de izquierda en Monterrey fue un proceso que se manifestó en diversos momentos y con características particulares. No se puede generalizar, no lo realizaron todos los militantes, sin embargo, lo que sí se puede afirmar es que no fue repentino, duró tiempo y se realizó en constante discusión interna e interacción con la realidad política y social. La fuerza con que emergió el movimiento estudiantil capitalino y local obligó a todas las organizaciones por lo menos a discutir el papel de los estudiantes en la Revolución. La represión de que fueron objeto estos movimientos mostró la verdadera cara del Estado mexicano. La lenta reacción del PC y LCE fue algo que aceleró la salida de los militantes y la formación de nuevas organizaciones con otras estrategias.

Si bien en este proceso de tránsito de militancias influyó el cambio de mentalidad, el surgimiento de generaciones antiautoritarias que buscaban mayor eficacia política y transformación en sus organizaciones, también influyeron acontecimientos del campo internacional como: la Revolución Cubana y Vietnamita con su experiencia organizativa y militar, la Revolución China y Rusa con la adopción de la línea de masas y la huelga política que adoptarán la LCA y los exmilitantes de la JC. Además, es importante destacar que algunas de las organizaciones de origen (PC, LCE) ya perfilaban, aunque sea teóricamente, la violencia revolucionaria que varios militantes van a adoptar como estrategia, en ese sentido, existen rasgos de continuidad que van a permanecer en las nuevas organizaciones. En

adelante, los jóvenes van a ser más tomados en cuenta organizativamente, aunque no precisamente como un nuevo sujeto revolucionario, sino más bien como un sector que puede adquirir consciencia y colaborar en la toma de consciencia de clase del proletariado.

Los grupos de izquierda que actuaron en Monterrey siguieron por varios caminos: el PC logró nuevos espacios de poder en la estructura de la UNL además de gran influencia en el STUNL, la JC quedó debilitada por la salida de muchos de sus cuadros que se orientaron a la lucha armada, algunos de los que junto con un grupo de cristianos de la OCU formaron la Liga Comunista 23 de septiembre. Las Fuerzas de Liberación Nacional [FLN] se instalaron y trabajaron en la clandestinidad y la LCE vivió un proceso de rectificación que la condujo hacia su desaparición: una parte de sus militantes adoptó la línea de masas y se acercaron al grupo Política Popular mientras que otros optaron por la lucha armada.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Agustín (2015). *Así lo recuerdo*. México: Senado de la República XVIII Legislatura.
- Barkin, David (1972). *Los beneficiarios del desarrollo regional*. México D.F: Sep-Setentas.
- Condés, Enrique et al. (1998). *Asalto al cielo*. México: Océano.
- Condés, Enrique (1999). *Los últimos años del Partido Comunista Mexicano (1969-1981)*. Puebla: BUAP.
- Cerutti, Mario (1989). *Burguesía y Capitalismo en Monterrey 1850-1910*. México: Claves Latinoamericanas.
- Cuevas Díaz, José Aurelio (1984). *El Partido Comunista Mexicano 1963-1973*. México: Ed. Línea.
- Gamiño Muñoz Rodolfo (2011). *Guerrilla, represión y prensa en la década de los setentas en México*. México: Instituto Mora.
- Garavito, Rosa Albina (2014). *Sueños a prueba de balas*. México: Cal y Arena
- Gran Logia del Estado de Nuevo León (1954) *Memoria 1952-1954*. Monterrey N.L. s/a, El Modelo.
- Grupo Vladímir Ilich Lenin (1973). *La pequeña burguesía, el proletariado y la Revolución Socialista*. Monterrey: LCE.
- Hernández Palacios, Benjamín (2009). *Héroes y fantasmas. La guerrilla mexicana de los años 70*. Monterrey: UANL.
- Harvey, Neil et al. (2015). *Las Fuerzas de Liberación Nacional y la guerra fría en México 1969-1974*. Apodaca, N.L.: La Casa de Todos y Todas.

- Ibarra Salazar, Jesús (1984). *El movimiento universitario por la autonomía y la democracia en la UANL*. Monterrey: OIDMO.
- Juventud Comunista de México (1970). *Encuentro del Pacífico (CESU)*.
- Juventud Comunista de México (1970b). *La juventud mexicana al socialismo*. Trabajo presentado en IV Congreso de la JCM.
- López Ovalle, Gustavo Iván (2011). *El Movimiento de Liberación Nacional (1961-1965)*
- Tesis de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos. (México D.F.: UNAM)
- Medina Martínez, Fuensanta 1981 *El grupo Monterrey y el Estado Mexicano*. (Tesis de licenciatura en Ciencia Política). Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.
- Macín, Raúl (1984). *Las luchas de los cristianos en los movimientos sociales de Monterrey 1968-1983*. Monterrey: OIDMO.
- Montemayor, Carlos (2007). *La guerrilla recurrente*. México: Debate.
- Morales Pinal, Ricardo (1995). *Un poco nada más* (Monterrey, NL: Oficio)
- Nuncio Limón, Abraham (1984). *Las organizaciones empresariales en Monterrey. Expresión de una burguesía militante*. Monterrey: OIDMO.
- Ovalle Rodríguez Edna (1994) *La formación de la clase obrera en Monterrey*. (Tesis de licenciatura en historia). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Puente Leyva, Jesús (1969) *Distribución del ingreso en un área urbana: el caso de Monterrey*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Pozzi, Pablo A. y Pérez Claudio (2011) *Por el camino del Ché. Las Guerrillas latinoamericanas 1959-1990*. Buenos Aires: Imago Mundi-Red Latinoamericana de Historia Oral.
- Ramos Zavala, Raúl (2003). *El tiempo que nos tocó vivir*. México: Ed. Huasipungo.
- Ruiz, Carlos (1990). *Poder y lucha sindical en la UANL, 1949-1971*. Monterrey: s/ed.
- Ruiz, Carlos, (2014). *Los movimientos universitarios de Nuevo León en los años sesenta*. Monterrey: STUANL.
- s/a, (1966) *Tesis sobre la realidad nacional*. Monterrey N.L.: s/ed.
- Salas Obregón, Ignacio Arturo, (2003). *Cuestiones Fundamentales del Movimiento Revolucionario*. México: Ed. Tierra Roja-Huasipungo.
- Sánchez, Juan Ángel (1999). *Treinta años después*. Monterrey: Grupo Ser Universitario.

Solís, Patricio, 2007 *Inequidad y movilidad social en Monterrey*
(México D.F.: COLMEX)

Treviño Villarreal, Héctor Jaime (2013). *El Sabinazo*. Monterrey:
UANL.

Vizcaya Canales, Isidro (1988) *Un siglo de Monterrey. Desde el Grito
de Dolores hasta el Plan de San Luis*. Monterrey: Col. Tiempo-
Región.

CLASE TRABAJADORA, IZQUIERDA Y PROTESTA URBANA EN LA CRISIS DEL DESARROLLISMO (CHILE 1960-1962)

Viviana Bravo Vargas

Hasta ahora, ha existido consenso al señalar que entre los años 1939 y 1970 la clase trabajadora chilena logró mejorar sus condiciones de trabajo y vida en un período que por algunos ha sido caracterizado como República Mesocrática (Vial, 2010) o Estado de Compromiso (Lechner, 1970; Garretón, 1983; Moulian, 1993) para enfatizar la transformación de la estructura económica y un conjunto de pactos institucionales entre actores políticos y sociales que implicaron el crecimiento de la clase media a través del aparato estatal (Candina, 2013). Como sabemos, desde la década de 1930, Chile experimentó diversos intentos de impulsar políticas desarrollistas. Al igual que en otros procesos latinoamericanos, se apostó a la industrialización comandada por el Estado, con énfasis en la ampliación del mercado interno, desarrollo de obras públicas, urbanización, modernización del agro y un mayor número de políticas públicas que favorecieran la ampliación de las bases sociales del Estado, entre otras.

No obstante, salvo algunas excepciones, desde el campo historiográfico el período no ha sido abordado con detenimiento, subsistiendo supuestos que consideramos relevante repensar, como el consenso entre el Estado y los trabajadores que permitió un proceso de democratización en ascenso. Si, en efecto, es innegable que

asistimos a un proceso de ampliación de sus bases sociales, este fue construido desde abajo, con sectores movilizados que interpelaron a patrones y gobernantes y que, lejos de ser lineal, experimentó retrocesos, frenos e impulsos. La clase trabajadora debió idear estrategias de movilización para preservar las conquistas que estaban lejos de estar consolidadas y hacer frente a las problemáticas abiertas e imperantes como las repercusiones del crecimiento inflacionario y el consabido deterioro de los salarios y encarecimiento de la vida, que fue la tónica de los años cincuenta (Thilemann, 2018; Bravo 2017a, 2017b; Rodríguez, 2017; Pavilack, 2011; Hinojosa, 1967; Sepúlveda, 1959; Pizarro, 1950).

En efecto, esta década, lejos de representar el período de oro en la mejora de las condiciones de vida dentro de las expectativas abiertas por el programa desarrollista, fue compleja para la clase trabajadora chilena. No está de más recalcar que si bien la derecha —después de 22 años— logró en 1958 obtener la presidencia de Jorge Alessandri, en lo que fue llamado el “gobierno de los gerentes”, su participación en la toma de decisiones de corte económico, político y represivo es indiscutible en los períodos anteriores. Recordemos que el giro conservador de Gabriel González Videla desde 1947, caracterizado por la persecución a los comunistas y el mundo obrero organizado, plasmado en la promulgación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, se complementó con la incorporación al gobierno de ministros de la derecha, entre los que destacaba el propio Jorge Alessandri en el Ministerio de Hacienda. Que Carlos Ibáñez del Campo, cuando se aceleró la inflación entre 1953 y 1955 —siguiendo los consejos de los sectores más conservadores— adoptó los lineamientos de la misión norteamericana Klein Saks para liberalizar aún más la economía junto a un abandono parcial del impulso interventor del Estado (Rodríguez, 2017, p.187; Informe de la Misión Klein & Saks, 1959).

Los resultados estuvieron muy lejos de ser satisfactorios. La percepción de estar en crisis fue aumentando junto a la carestía de la vida. “Chile un caso de desarrollo frustrado”, sintetizaba Aníbal Pinto en 1959, “Cambio social y frustración en Chile” señalaba por su parte Osvaldo Sunkel en 1965. Con diversos énfasis existía coincidencia en apuntar que el incremento del gasto público no fue acompañado por una reforma drástica en el sistema tributario, subsistiendo la gran concentración de la riqueza y el estancamiento agrario. Los grupos de bajo ingreso habían cargado con el esfuerzo redistributivo a través de un incremento en los impuestos indirectos y por medio de la transferencia forzada de ingresos que produjo el proceso inflacionario y las políticas de estabilización (Sunkel, 1965).

Es interesante revisar algunos datos, según el censo de 1960 la distribución de la población activa en categorías ocupacionales señalaba que existían 1 055 087 de obreros, 488 056 empleados y 449 056 por cuenta propia (Godoy, 1971, p. 409). Sin embargo, se observaba que la industria creaba relativamente pocos empleos en relación con la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo; además, los obreros industriales ganaban salarios solo algo superiores a los de subsistencia (Meller, 2016, p. 85), por tanto, estuvieron muy lejos de mejorar sus condiciones de vida como fue, hasta cierto punto, la experiencia de los empleados.

Pero la crisis del Estado desarrollista no se situaba solo en el campo del desequilibrio económico sino que se trataba de una crisis política que fue debilitando al sistema de dominación. No podemos dissociar, por tanto, las condiciones objetivas-estructurales y una creciente conciencia subjetiva que alimentaban demandas de mayor alcance. A fines de la década de 1950, se fortalecía en Chile una red de organizaciones sindicales que aunada a la influencia creciente que ejercían partidos de izquierda de vertiente marxista permitía darle una expresión orgánica a sectores que presionaban por mejorar sus condiciones de trabajo y vida (Borón, 1975).

Un hito destacable fue sin duda el surgimiento en 1953 de la Central Unitaria de Trabajadores [CUT], con un fuerte poder de convocatoria y papel de vanguardia del movimiento popular, que demostró en una serie de paros y huelgas que caracterizaron el periodo. (Angell, 1974; Barría, 1971a, 1971b). Y aunque es importante destacar que no toda la clase trabajadora estaba sindicalizaba o militaba formalmente, se plegaba a las convocatorias a través de diversas formas de lucha que revisaremos más adelante. Se estaba sedimentando así, desde fines de la década de 1940, un proyecto de radicalización política que planteaba demandas concretas dentro de un horizonte transformador, expresadas en el nivel alcanzado por las luchas sociales. Demandas que iban desde la necesidad de una Reforma Agraria, la nacionalización de recursos naturales como el cobre y el acero, hasta el fin de un sistema que traspasaba los costos de la inflación a las familias trabajadoras. Era un petitorio que resonaba una y otra vez, en los espacios públicos que se mantenían en movimiento.

Así lo presenció la ciudad de Santiago. La capital del país bullía en marchas, mítines, reuniones, construyendo un espacio de socialización política que tenía a las calles como escenario principal. Esa apropiación la observamos tanto en la ocupación de plazas, sedes sindicales que se desbordaban como en la rebeldía a seguir las trayectorias estipuladas por la autoridad a la hora de marchar o incluso negarse a solicitar autorización por ocupar lo que consideraban

“sus calles”. Sobre la defensa del “derecho a la ciudad” —como diría Lefebvre (1975)— lo supieron las fuerzas policiales que intentaron detenerles el paso, o los autobuses y automóviles que no acataron el llamado a no circular debido a un paro nacional.

Esa cultura política, que no se construyó de un día para otro, se ejerció en el centro cívico y en los contornos de los espacios laborales, también en diversos territorios que, con el crecimiento del proletariado empobrecido, se iban consolidando como barrios obreros, en los que también se debatía y resonaban apasionados discursos de clase dentro de una intensa actividad política ejercida por la clase trabajadora. Sus problemas eran cuantiosos, la reproducción de la vida iba cuesta arriba y tenían una serie de demandas por las que organizarse y luchar, como el derecho al trabajo, vivienda, servicios básicos, educación, etcétera.

El problema historiográfico que se presenta es que, con el paso del tiempo, lejos de comprender y explicar la nueva conformación de la clase trabajadora al calor de las políticas desarrollistas, se ha tendido a abordarlos simplemente como pobladores o grupos marginales. Desde esa perspectiva, estos serían el actor urbano más dinámico de la ciudad, vinculados al mundo de “lo social”, pero desvinculados de la lucha económica-política nacional (Garcés, 2002; Salazar, 1990). Y, aquí, lo simple no refiere a lo fácil sino a lo unidimensional, con un nivel de autonomía local y proyectual que proponemos repensar, en tanto esas luchas (como tomas de terrenos o creación de ollas comunes) eran parte de la red que referíamos anteriormente, fuertemente asociadas a un discurso de clase que tenía firmes referentes en las organizaciones de trabajadores y los partidos de raigambre marxista.

De ahí que, como primera cuestión, consideramos que el pensarlos como “clase trabajadora” —categoría que incluye a hombres, mujeres, niños/as y ancianos/as— nos permite abrir el camino hacia una reflexión que incorpore el mundo del trabajo y de la vida, junto a una trayectoria histórica más amplia. Nos aparece, entonces, no solo la relación salarial directa ni el mundo de la reproducción sino la compleja relación entre ambos. Como segunda cuestión, postulamos lo relevante del vínculo que establece esa clase con la izquierda, algo descuidado —aunque no abiertamente rebatido— por quienes definden la composición obrera de las luchas durante el período (Orellana, 2018). Una clase trabajadora comprometida o en proceso de ir involucrándose cada vez más con la suerte de ese proyecto transformador en las luchas contra la carestía de la vida, por trabajo y reajustes dignos, pero también adscribiéndose a bandera políticas, con demandas de mayor alcance. Por lo tanto, su suerte está íntimamente relacionada con el trabajo y la historia de la izquierda chilena.

Esa estrecha relación se observa, por ejemplo, en el proceso electoral y la ampliación de la votación de la coalición izquierdista Frente de Acción popular [FRAP], que desde 1958 se posicionó como una alternativa de poder real que cambió el cuadro político (Witker, 1984), pero sobre todo, y es lo que aquí nos interesa profundizar, se consolida en la politización, participación, movimiento y encadenamiento de luchas que ocurre en las calles y los barrios, en la influencia de liderazgos visibles a nivel local y nacional o la participación en diversas instancias de lucha social, como fueron las marchas o los paros nacionales convocadas por la CUT, que congregaron a cientos de miles de personas por la demanda de reivindicaciones laborales y políticas en las calles del país. Con la finalidad de graficar estos planteamientos, en este texto nos concentraremos en dos casos emblemáticos de lucha de calles ocurridos durante la gestión presidencial de Jorge Alessandri.

Se trata de la concentración y marcha por los reajustes desarrollada en noviembre de 1960, y el paro nacional de noviembre de 1962, ambos convocados por la CUT, con importante impacto urbano debido a su desarrollo y consecuencias políticas. El caso de este último es sumamente interesante, ya que ha pasado a la memoria como “la matanza de la Población María Caro”, desdibujando la participación y defensa activa que sus habitantes, en tanto clase trabajadora, protagonizaron ante el paro nacional y que, como en otras ocasiones, interpellaron al poder desde su derecho a ocupar y manifestarse en la ciudad. No obstante, tal como presenciamos en otras manifestaciones desarrolladas durante estas décadas, terminaron con trabajadores muertos, cuantiosos heridos y detenidos, pero, lejos de paralizarlos, sirvieron como fuerza propulsora para encabezar nuevas luchas.

EL GOBIERNO DE LOS GERENTES Y LA MARCHA POR LOS REAJUSTES: 9 DE NOVIEMBRE 1960

En las elecciones presidenciales de 1958, Jorge Alessandri fue el candidato y portavoz de los empresarios. Presidente de la Confederación de la Producción y el comercio, miembro del Consejo Directivo de la Sociedad de Fomento Fabril, presidente de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones y miembro del directorio de numerosas sociedades industriales y financieras (Correa, 2016, p. 255). Como señalamos, había ocupado el Ministerio de Hacienda durante Gabriel González Videla, en los duros años de persecución política y sindical (1947-1950), pero, a pesar de las propuestas de su sector, esperó su momento para aceptar la candidatura presidencial. Presentarse como candidato independiente fue la condición que puso sobre la mesa, tanto a liberales como a conservadores, en un intento de subordinarlos a su liderazgo.

En una estrecha votación, Alessandri obtuvo el 31,56% de los votos, seguido muy de cerca por el candidato del FRAP, Salvador Allende, con el 28,85%. La votación sorprendió a muchos, ya que, si bien triunfó el candidato de derecha, las elecciones supusieron un nuevo giro hacia la izquierda, como lo manifestaba el fuerte incremento de su electorado. (Rodríguez, 2017, p. 206). Un antecedente de ello fue que la primera ley de Reforma Agraria tildada burlescamente de “reforma de macetero” se realizó a regañadientes durante este mandato. Pero lo más importante es que daba cuenta del crecimiento y capacidad de presión de la izquierda con demandas que apuntaban hacia la profundización de las reformas estructurales impulsadas por el Estado (Rodríguez, 2017, p. 207).

Para concretar su ambicioso proyecto de modernización capitalista, Alessandri optó por conformar un gabinete tecnócrata. De más está decir que compartía el impulso antiestatista en favor de la empresa privada que los actores empresariales y partidos de derecha defendían. En su opinión, se había deteriorado “el orden social y desarmando al patrón ante las exigencias de cualquier orden de sus obreros” (Rodríguez, 2017, p. 187). Para remediar el cuadro, su mayor preocupación fue la apertura de los mercados, incentivar la inversión extranjera, la instauración de un tipo de cambio único, el control de la inflación vía control de los sueldos y salarios y disminución del gasto público.

Pero un año y medio más tarde, entre el déficit fiscal, el desequilibrio en la balanza de pagos, la protesta popular y el rechazo de los partidos de izquierda y ciertos sectores de la Democracia Cristiana, la propuesta modernizadora fue perdiendo impulso. Las elecciones parlamentarias de marzo de 1961 tampoco ayudaron mucho a la gestión de Alessandri, en tanto la derecha no logró obtener la cantidad de representantes para controlar el tercio necesario para asegurar el veto presidencial, lo que le complicaría el escenario y lo conduciría a buscar una alianza con el Partido Radical para lograr gobernar. Según señala Sofía Correa, la política económica del gobierno de Alessandri terminó enfrentando una serie de fracasos. El más relevante fue el descontento social:

Los partidos de derecha junto a los radicales apostaron a conducir las reformas estructurales que pedían las fuerzas de izquierda, a las que se habían sumado al comenzar los 60 el gobierno de Estados Unidos y la Iglesia Católica. Con ello, liberales y conservadores estaban respondiendo a un imperativo político, y se jugaban su última carta en un intento de conducir el proceso de cambios (Correa, 2016, p. 279).

El proyecto inicial del gobierno fue abandonado, dejando solo los aspectos anticomunistas, tan característicos de su sector.

Pero ya en 1959 era evidente que el descontento iba en aumento. Una serie de huelgas y paros movilizaban a la clase trabajadora en contra de las consecuencias de las políticas económicas, como pagar los costos del proceso inflacionario, el deterioro constante de su calidad de vida y los altos niveles de cesantía (Pizarro, 1986, p. 158). Por ejemplo, en el mes de diciembre se registró un 38,6% de inflación, pero según el programa gubernamental el reajuste salarial debía hacerse recién en junio del siguiente año. Ante las presiones, y como un gesto de buena voluntad hacia los trabajadores, el gobierno decidió adelantarlo para el mes de marzo, pero solo anunció el reajuste de un 10%, lo que estaba muy lejos de ser igual al alza del costo de la vida.

El gremio de los profesores y metalúrgicos, los obreros de las industrias manufactureras Mademsa y Madeco, de la Compañía Chilena de Electricidad y la empresa Nacional de Electricidad, protagonizaron el proceso huelguístico. También el salitre y el cobre, sectores estratégicos clave para la economía chilena. En el mes de abril de 1960 pararon solidariamente los estudiantes de la Universidad de Chile, en tanto la CUT siguió convocando a actos, como los realizados en los recurrentes teatros Sicchel, Sevilla o el Caupolicán, donde acostumbraba reunirse la clase trabajadora. También proliferaban las concentraciones y micromovilizaciones en diversas plazas públicas, las marchas por la Alameda, principal arteria de la capital y los enfrentamientos en el centro de Santiago. Fue la tónica de esos meses, con heridos y detenidos como correlato.

De hecho, según ha señalado Francisco Zapata, en la misma línea que lo planteado por Crisóstomo Pizarro, la recuperación que experimentó la combatividad de los trabajadores es la característica más clara de la trayectoria huelguística durante el período alessandrista, con un claro repunte en la cantidad de huelgas que pasan de un promedio de 198,8 durante la presidencia de Ibáñez a 350,6 con Alessandri (Zapata, 1986; Pizarro, 1986). En octubre de 1960 la editorial del diario *El Mercurio*, portavoz de la derecha, advertía su preocupación por cómo se propagaba “la politización de la vida nacional, mentalidad clasista y prejuicio contra el régimen” en distintas esferas de la vida chilena, incluida la académica (*El Mercurio*, 26 de octubre 1960, p. 3).

Pero una de las situaciones más graves se registró el jueves 3 de noviembre de 1960. La CUT había convocado a una concentración en Plaza Artesanos, ubicada en el centro de Santiago. Como era habitual, trabajadores y trabajadoras llegaron al acto central en cuatro marchas que partieron después del trabajo, desde distintos puntos de Santiago,

para converger en la plaza a las 19 horas. Pero ya en el trayecto las diversas columnas tuvieron problemas con carabineros que les impedía movilizarse por rutas distintas a las autorizadas por las autoridades. A su juicio de los trabajadores, las calles eran suyas, por lo tanto, tenían derecho a marchar por dónde considerasen conveniente y significativo. Como hemos señalado, la lucha por ese derecho significó una tensión constante en el período. Sobre el caso de la columna que iba marchando desde Plaza Baquedano hacia plaza Artesanos, señalaba más tarde *El Mercurio*:

[...] en lugar de dirigirse a la Plaza Tirso de Molina, por el Parque Forestal, cruzando el Puente Recoleta, como le estaba señalado por la intendencia de la provincia, desobedeciendo órdenes expresas de las fuerzas de Carabineros siguió por la Avda. Bernardo O'Higgins, calle Ahumada y Puente, hasta la referida plaza (*El Mercurio*, 5 de noviembre 1960, p. 1).

También fue el caso de quienes llegaron marchando desde la zona sur. Nótese el carácter de “infiltrados” que les da el diario:

Otro tanto pretendieron realizar los componentes o manifestaciones de la otra de las columnas procedentes del sector sur, que marchaba por la calle Lira al norte, pues al llegar a la Avda. Bernardo O'Higgins trataron de infiltrarse hacia el sector céntrico obediendo incitaciones de uno de sus dirigentes, logrando la fuerza de Carabineros, después de largos esfuerzos, disuadirlos de tales pretensiones. (*El Mercurio*, 5 de noviembre 1960, p. 1).

Sin duda, los enfrentamientos previos alteraron aún más los ánimos de quienes lograron llegar finalmente a la concentración.

En la plaza, ente más de cuatro mil presentes, resonaron los discursos de líderes sindicales y políticos, como el de Federico Mujica, presidente de la Confederación de Empleados Particulares, y de los diputados Jorge Lavanderos (Partido Democrático Nacional), Mario Hamuy (Partido agrario Laborista) y Ramón Silva Ulloa (Partido Socialista). Pero sin duda, fue el discurso de Clotario Blest, líder de la CUT, el que destacó por la radicalización que el sindicalista alcanzaba en los últimos años de su gestión (Orellana, 2018; Echeverría, 2013). Revisemos parte de su intervención:

La clase trabajadora debe despertar de su sueño soporífero para levantarse en armas y repudiar a este gobierno. La mayoría de este país, los asalariados, los empleados y obreros y campesinos, que forman el 75% de la población de Chile, somos capaces de derribar este gobierno reaccionario. Y ahora, en este gran mitin podremos proclamar que el pueblo de Chile comienza a despertar y que con los puños crispados estamos dispuestos al sacrificio y a librar la lucha callejera que dé el triunfo a la clase trabajado-

ra [...] ¡Compañeros! ¡Hoy debemos comenzar nuestra acción combativa! ¡Todos, compañeros, debemos avanzar por las plazas, por las calles céntricas de Santiago para demostrar nuestro valor! (*El Mercurio*, 4 de noviembre 1960, p. 7).

Según la prensa oficialista, el ambiente generado por los oradores determinó la actitud exaltada con que prosiguió la marcha hacia el centro de Santiago una vez terminado el acto.

No obstante, se trata de “un ambiente” presente en otras manifestaciones de la clase obrera durante los meses anteriores —como en mayo, junio y agosto— que también terminaron con tensos enfrentamientos con las fuerzas del orden e incluso obreros heridos a bala. Si bien Blest podía estar efectivamente más radicalizado que sus compañeros/as, no era ajeno al estado de ánimo combativo que subsistía entre los trabajadores y las trabajadoras. Daba cuenta de un proyecto de radicalización política que se iba construyendo en plena calle bajo las banderas de la izquierda.

Después del acto, tal como lo habían hecho en otras ocasiones, el diputado socialista Mario Palestro y otros dirigentes encabezaron un desfile de alrededor de mil personas hacia el centro de la ciudad, cruzaron el Puente la Pirámide, Plaza Valenzuela, Ismael Valdés Vergara y calle 21 de mayo. Iban con pancartas, gritaban consignas, algunos manifestantes lanzaban piedras contra edificios comerciales y automóviles. Al llegar a calle Rosas la columna fue agredida por carabineros con el fin de impedir que llegasen hasta la Plaza de Armas, mas no lo lograron, ni siquiera disparando sus armas de servicio; los manifestantes se abrieron paso para seguir avanzando, disolviéndose en pequeños grupos que se esparcían y volvían a concentrarse en distintos puntos del centro. Más tarde se supo que las balas dieron muerte a dos trabajadores, Roberto Valenzuela de 34 años y Vladimir Tobar de 22 años, obrero municipal de San Miguel y militante del Partido Comunista. Hubo, además, más de treinta heridos a bala y decenas de detenidos.

Indignados por la respuesta represiva del gobierno, el viernes al mediodía marcharon los estudiantes secundarios y universitarios, en tanto la Federación de Estudiantes de Chile [FECH] acordó adherir al Paro Nacional de 24 horas convocado por la CUT el lunes siguiente, para homenajear a las víctimas y concurrir a sus funerales. Como precaución, el Ministerio de Educación se adelantó a suspender las clases en los colegios fiscales y llamó a evitar que los niños y jóvenes “se mezclasen en manifestaciones políticas callejeras y, sobre todo, en momentos que esta clase de movimientos tomaban características de subversión del orden” (*El Mercurio*, 7 de noviembre 1960, p. 19).

Como en otros momentos que atestiguaron la matanza de trabajadores movilizadas, la sede de la CUT sirvió para los oficios fúnebres y desde ahí una multitud, incluidas las federaciones y sindicatos con sus respectivos estandartes, se congregó para acompañar a los caídos hasta el Cementerio General. Al frente de la marcha mujeres obreras desplegaban la bandera chilena, le seguían en orden los emblemas de la CUT, del Partido Comunista, del Socialista y las Juventudes Comunistas. Más atrás, trabajadores y trabajadoras llevaban arreglos florales, seguidos lentamente por las carrozas fúnebres. Más atrás, se ubicaron los dirigentes nacionales y provinciales de la CUT, parlamentarios del Frente de Acción Popular, presidentes de federaciones y sindicatos obreros, dirigentes estudiantiles y de otros organismos.

Pero las propias organizaciones no estaban libres de conflictos, subsistían diversas tensiones que debieron saber resolver. Una de ellas se transparentó al inicio de la marcha cuando la cabeza del desfile intentó romper el cordón policial que delimitaba los contornos autorizados para el paso del cortejo para intentar desplazarse por las calles que consideraban más pertinentes y significativas para la marcha, como el paso por Plaza de Armas. Además del encuentro con carabineros, se ocasionó un fuerte intercambio que incluyó empujones entre los socialistas y Blest por un lado, contra representantes comunistas como Luis Figueroa, Secretario General de la CUT, por otro, que aconsejaban ceñirse a las indicaciones de la autoridad y evitar problemas. Finalmente, la marcha continuó por la ruta previamente establecida.

Ya en el cementerio habló César Godoy Urrutia en nombre del Partido Comunista y Salomón Corbalán por el socialista. Sin temor y sin dar pie atrás, Clotario Blest nuevamente fue enfático:

Este es un juicio político y repetiremos lo que dijimos el jueves. Santiago será de este país la Sierra Maestra de Fidel Castro, que deberá aplastar a la reacción, a la soberbia y la prepotencia [...]. El pueblo está cansado y no respetaremos más la Constitución Política, que defiende los intereses de la oligarquía. Necesitamos una Constitución para los trabajadores" (*El Mercurio*, 8 de noviembre 1960, p. 17).

Blest también hizo referencia a los hechos en que fueron asesinados los trabajadores, haciendo un guiño implícito a la polémica iniciada antes del cortejo:

Los trabajadores, cansados de someterse a los dictados de la Intendencia y del Ministerio del Interior, cuando indican las calles que debe usar el pueblo para sus desfiles, no aceptamos esa humillación y avanzamos a pesar de los carabineros que quisieron obstruirnos el paso (*El Mercurio*, 8 de noviembre 1960, p. 17).

A la salida del camposanto, la rabia que nace de un sentimiento de injusticia se expresó en contra de las fuerzas del orden que con su presencia en el sector no aportaban a calmar los ánimos. De esta manera, grupos de jóvenes lanzaron piedras contra sus efectivos, rompieron los vidrios de la novena Comisaría de Carabineros, luego hicieron una barricada en Avenida La Paz con el puente Independencia. Paralelamente, unas cien personas se agruparon y destrozaron la puerta de una garita de Carabineros ubicada en el Puente Manuel Rodríguez: “de su interior sustrajeron el teléfono y lo lanzaron al lecho del río Mapocho junto con cables de la misma garita” (*El Mercurio*, 8 de noviembre 1960, p. 17). Como vemos el blanco estaba claro. En otras zonas de la periferia de Santiago, desde la mañana se habían manifestado contra los vehículos que no acataban el paro y contra las fuerzas represivas. Así informaba *El Mercurio*:

A las 8:40 horas, en Alhué con La Feria, comuna de San Miguel, una poblada de 200 individuos lanzó piedras contra un camión de la Fuerza Aérea que recogía personal para llevarlo a prestar servicios. Dicho personal repelió al ataque e hizo disparos con carabinas. Resultó herido en la pierna izquierda el obrero Luis Santibáñez Rubio, de 53 años, quien fue trasladado al Hospital Barros Luco (*El Mercurio*, 8 de noviembre 1960, p. 17).

Tengamos presentes estas muertes, pero también esta protesta en la comuna de San Miguel, cuando revisemos los sucesos ocurridos en 1962 en la población José María Caro, ubicada al sur de la ciudad de Santiago. En tanto —queremos insistir en ello— no se trataba de una experiencia nueva, aislada ni improvisada sino de trayectorias de confrontación que se estaban configurando en los territorios de composición obrera.

Por su parte, el senador socialista Salvador Allende, muy presente en estas luchas, pidió la palabra en el Congreso para expresar su indignación ante la continuidad de las políticas represivas de las últimas administraciones. De esta manera expresó Allende la ceguera de las autoridades al responsabilizar a Clotario Blest y desestimar la organización de las bases:

Vladimiro Tobar y Roberto Antonio Valenzuela son eslabones dolorosos de una política que lamentablemente va marcando a los distintos Gobiernos que pretenden, con la represión y la fuerza bruta, detener las justas protestas de los que viven de un sueldo o de un salario [...]. Se comete un tremendo error cuando se trata de ocultar el substrato, la base de esta expresión de rebeldía del pueblo, de los trabajadores organizados en el campo sindical o en los partidos populares (Allende, 9 de noviembre 1960, p. 702).

En su extensa intervención, Allende puso énfasis en la situación económica de la clase trabajadora y criticó el proyecto de modernización capitalista rotulándolo como “estabilización de la miseria”:

Pero, señores Senadores, ¿acaso no sabemos que, en los últimos cuatro o cinco años, el poder de compra de los asalariados ha mermado en 190 millones de escudos? ¿Acaso ignoramos que la distribución de la renta nacional se ha hecho más y más injusta y que, mientras los trabajadores han disminuido su participación en el ingreso nacional en un ocho por ciento en los últimos dos años, el sector patronal la ha aumentado en un once por ciento? ¿Acaso yo no he preguntado a los distintos ministros que pasan por aquí, o pasaban como bólide, cuál había sido la iniciativa del Gobierno destinada efectivamente a paliar un poco siquiera la injusticia brutal en que nos debatimos? (Allende, 9 de noviembre 1960, p. 707).

El gobierno continuó en su tónica represiva. Responsabilizó a Clotario Blest de lo ocurrido y deslindó de cualquier responsabilidad a carabineros. En palabras del ministro del interior, Dr. Sótero del Río: “el gobierno estableció claramente la responsabilidad de los sucesos en las personas que incitaron públicamente a la subversión del orden público y declaró que los carabineros se vieron obligados a hacer uso de sus armas en legítima defensa” (*El Mercurio*, 17 de noviembre de 1960, p. 23).

También presentó una denuncia por ofensas a Carabineros contra los diarios *El Siglo*, *Clarín* y la revista *Vistazo*. En tanto, Blest fue detenido y enviado a la cárcel por incitar a la subversión del orden público, de acuerdo a las disposiciones de Ley de Seguridad de Estado. Blest había sido encarcelado en otras oportunidades durante el período de Carlos Ibáñez y al parecer se lo tomaba con tranquilidad. En el interrogatorio le hicieron escuchar la grabación del discurso en Plaza Artesanos, a lo que el sindicalista señaló, con desdén, sabérselo “de memoria” mientras confirmaba que sostenía y ratificaba todo lo expresado. Casi un mes después logró salir bajo fianza. (Echeverría, 2013, p. 261). No fue el único sancionado durante aquel tiempo, casos como el de Salomón Corbalán, secretario general del PS, relegado por 180 días a Freirina, por “despotricar insidiosamente contra S. E. el presidente de la República”, no eran la excepción, y marcaron la gestión alessandrista.

EL PARO NACIONAL Y LA MATANZA EN LA POBLACIÓN JOSÉ MARÍA CARO: 19 DE NOVIEMBRE 1962

Lejos de ir disminuyendo, durante los años siguientes continuó la tensión debido a las políticas de estabilización y continua devaluación del escudo. En 1961, la inequitativa concentración de la riqueza se

expresaba en cifras: once grupos económicos dominaban el 70% de los capitales constituidos en sociedades anónimas y el 1,2% de los propietarios controlaban el 60% del territorio agrícola (Witker, 1984, p. 115). En octubre de 1962, el diario *El Siglo* denunciaba el alza de 800 artículos de consumo habitual, además de los servicios esenciales (*El Siglo*, 15 de octubre 1962, p. 6). Para colmo, noviembre despuntaba con el alza de la locomoción colectiva, microbuses y liebres. El bolsillo obrero resentiría un aumento en las tarifas de las liebres en un 40% (de 50 a 70) y de las micros en un 30% (de 30 a 40) (*El Siglo*, 4 de noviembre 1962, p. 1).

Si bien Clotario Blest había dejado la presidencia de la CUT, seguía participando activamente en ella. En esa instancia constituyó el Movimiento Nacional contra las alzas. El Movimiento organizó numerosas movilizaciones en regiones y diversos territorios de Santiago, que contaban con la participación de dirigentes sindicales junto a representantes de partidos políticos. La demanda por reajustes dignos estaba en el centro de las luchas, no obstante, en 1962, mientras el gobierno ofrecía un 12%, la demanda de los trabajadores apuntaba a un reajuste del 25%, salarios mínimos de noventa escudos para la industria y de sesenta escudos para el campo, además de escalas móviles de sueldos reajustables cada seis meses.

El movimiento se extendía a regiones. En la ciudad de Valparaíso se realizaban constantes movilizaciones, consolidando una trayectoria de protesta urbana. Los trabajadores se reunían en la Aduana para llegar marchando hasta el Parque Italia, acostumbraban participar dirigentes que representaban a los porteños. Así fue para el paro de 24 horas convocado por la Confederación Marítima de Chile en el mes de octubre de 1962. En esa concentración se escucharon consignas que repetían en las calles una y otra vez los trabajadores y las trabajadoras y que es interesante registrar: “Elector, elector, no cometes el mismo error”, con clara referencia a quienes habían votado por la derecha y proyectándose a las futuras elecciones presidenciales o “La olla llena de huesos y el Paleta se hace el leso”. “El Paleta” fue el apodo de Jorge Alessandri diseñado por la agencia publicitaria que contrató para su campaña electoral y hacía referencia a su autorreferida “generosidad y entrega” (*El Siglo*, 19 de octubre, 1962, p. 1). Además, durante aquellos días jóvenes estudiantes y obreros respondían al llamado de la FECH y el FRAP juvenil para apoyar a Cuba en lo que fue la llamada “crisis de los misiles”, y protagonizaron varias escaramuzas en el centro de Santiago. Al calor de este tipo de movilizaciones observaremos un creciente sentimiento antinorteamericano dentro de la izquierda chilena.

Pero la gran concentración contra el hambre, las alzas y por los reajustes se acordó para el día 19 de noviembre de 1962, en calle 18

con Alameda. La concentración sería acompañada por un paro de actividades o un retiro anticipado de labores para poder asistir. Como podemos observar en la tabla detallada más abajo, decidieron parar importantes gremios.

Paro Nacional. 19 de noviembre 1962

Gremios/Sindicatos	Cantidad de Obreros
Ferrovianos	18000
Confederación de Trabajadores del Cobre	16000
Transportes Colectivos del Estado	5000
Obreros Municipales	10000
Trabajadores de la construcción	50000
Obreros Molineros	3000
Metalúrgicos	15000
Textiles	25000
Marítimos	30000
Portuarios	5000
Panificadores	10000
Mineros	50000
Cuero y Calzado	15000
Trabajadores de la Salud	30000
Utilidad Pública	5000
Empleados y obreros de la LAN	2000
Magisterio	40000
Empleados Fiscales	5000
Química y Farmacia	2500
Comerciantes de Ferias Libres	10000
Trabajadores Hoteleros	20000
Compañías de Seguros	1500
Cerveceros	3000
Huachipato	5000
Estucadores	1500

Gremios/Sindicatos	Cantidad de Obreros
Sindicatos Agrícolas	10000
Pequeños Comerciantes e Industriales	3000
Licoristas	2000
Empleados Particulares de la CEPCH	20000
Comercio Detallista	250000
Total	662500

Fuente: Diario *La Tercera*, 18 de noviembre 1962, p. 3

Siguiendo una trayectoria previa, en cuanto a formas de reunión y ocupación del espacio público, se acordaron concentraciones en distintos puntos de Santiago, para posteriormente llegar marchando hasta el acto central. El sector norte, se reunió en Plaza Artesanos, el sector sur en Avenida Matta con San Diego y la zona centro en Estación Central. Por su parte, los trabajadores de Quinta Normal se reunirían previamente en Plaza Tropezón y desde ahí saldrían marchando. Su organización territorial se constató desde temprano con manifestaciones y barricadas para impedir que circularan microbuses o se desplazaran las fuerzas de carabineros. Así informaba *El Siglo*:

Los habitantes levantaron barricadas en las calles San Pablo a la altura del 65, lugar denominado Puente Negro, José Joaquín Pérez y Mapocho. Grandes piedras, maderos y otros elementos fueron colocados sobre el pavimento. Hasta un camión quedó atravesado sobre las vías... se improvisaban mítines en los que hacían uso de la palabra improvisados oradores (*El Siglo*, 20 de noviembre 1962, p. 4).

A las 11:30 en la Plaza Tropezón se inició la anunciada concentración contra las alzas, a la que asistieron más de treinta sindicatos de la zona. Más tarde, *El Siglo* acusaba la provocación de una fuerza policial que llegó a dispersarlos, fuerza “que detenía indiscriminadamente, golpeaba, violó domicilios, sin respetar a niños ni mujeres” (*El Siglo*, 20 de noviembre 1962, p. 4). En efecto solo en la mañana hubo más de sesenta detenidos y reportes de allanamientos y destrozos en casas obreras.

En diversos puntos de la capital, como el sector de San Pablo, El Salto, población Estrella de Macul y frente a la Municipalidad de San Miguel, hubo barricadas, enfrentamientos a piedras con carabineros y autobuses. En la zona sur de Santiago, cerca de la línea del tren que divide las poblaciones Clara Estrella y José María Caro, los manifestantes pusieron grandes y pesadas barras de madera (durmientes)

en el cruce ferroviario Buenaventura (entre las calles 1 y 7 sur por calle Santa Anita) para impedir el paso y respetar el llamado a paro. También se congregaron para protestar y defender la medida. Según recuerda un poblador: “se movilizó a mucha gente que apedreaba las micros, incendiaba garitas y se prendieron neumáticos en las líneas de los trenes para pararlos” (Ruiz, 2012).

No obstante, uno de los trenes salió desde Estación Central hacia el sur haciendo caso omiso o sencillamente sin sospechar de la barricada con la que se encontraría, cuestión que dudamos ya que en otras movilizaciones realizadas al menos desde 1946 se había realizado esta forma de lucha. Si bien, la población José María Caro se había creado en 1959, bajo el plan Habitacional del Gobierno, al poco tiempo conformaba la más habitada de la ciudad de Santiago, con entre 100 mil a 140 mil habitantes según las estadísticas. (Ruiz, 2012; De Ramón, 2007; Guzmán y Godoy, 1964). Los grupos que se asentaron provenían de diversos sectores de Santiago y registraban variadas ocupaciones que gravitaban en torno a la industria, comercio, construcción y un gran número de desempleados. (Garcés, 2002, p. 176). Pero además de la experiencia que traían esas familias al llegar, los contactos con habitantes cercanos —muy asociados a la tradición de organización y lucha ferroviaria— se activaban en las protestas y manifestaciones.

Esa mañana de 1962, al llegar al paso, dos detectives se bajaron del tren y dispararon contra los manifestantes dejando a un poblador herido en el suelo. El tren debió devolverse. Momentos más tarde se harían presentes soldados del ejército y de la aviación para despejar la línea, también efectivos de la Undécima Comisaría que intentaron reprimir a la población, pero fueron rodeados por ella. Así relataba *La Tercera*:

Unos cuantos centenas de hombres, mujeres y niños observan desafiantes la faena apresurada de soldados que se encarga de despejar el lugar. Los durmientes fueron colocados por hombres bien adestrados, en las primeras horas de la mañana. La consigna era: el tren no debe pasar (*La Tercera*, 20 de noviembre 1962, p. 10).

Las cifras distan mucho según las fuentes. Según el parte de carabineros, los efectivos fueron rodeados por cinco mil personas, probablemente una cifra exagerada para justificar su acción, pero efectivamente la protesta era masiva. Agregaban que les tiraban piedras, lo que también es muy probable, y que hicieron uso de armas cortas, lo que descartamos ya que es un argumento que sostenidamente fue usado para responsabilizar a los manifestantes de los heridos o muertos (*El Siglo*, 20 de noviembre 1962, p. 5).

Todo indica que en diversas oportunidades los pobladores intentaron obstruir la vía y en diversas ocasiones fueron reprimidos violentamente, los uniformados volvían con más refuerzos, pero la represión enardecía más los ánimos. Según *El Siglo*: “A la 1:15 llegaron unos doscientos carabineros en tres micros, traían una ambulancia (¿sabían lo que iba a pasar?) y un Jeep. Su ataque fue realizado sin aviso previo, a toda carrera por el medio de la calle Santa Anita, disparando en todas direcciones y lanzando bombas lacrimógenas”. Ahí cayó herido un joven de 18 años. Pocos minutos después, cuando los pobladores protestaban por lo ocurrido “tropa de la escuela de infantería de San Bernardo, que venía en un tren, cargó contra los manifestantes. Un oficial muy joven, siempre según testigos, dio orden de disparar” (*El Siglo*, 20 de noviembre 1962, p. 8).

Helicópteros de la Fuerza Aérea de Chile sobrevolaban la población y el aire estaba infestado de lacrimógenas. El reportero de *La Tercera* que llegó hasta el lugar, grafica vívidamente los hechos:

Los grupos se juntan y los músculos forcejean. Las culatas de los fusiles se hunden en la carne, y las exclamaciones maldicientes forman un coro infernal. De pronto, y desde muy atrás del grupo de civiles, llueve una andanada de piedras. Se escucha entonces la voz de un oficial que grita: ¡Fuego...! Una descarga salpica puntos acerrados de muerte. Los civiles huyen, el desbande es desesperado. Sin embargo, se siguen lanzando piedras. [...] Las balas, disparadas prácticamente a boca de jarro, han alcanzado a muchos (*La Tercera*, 20 de noviembre 1962, p. 11).

La suerte del paro pasó a segundo plano, las noticias del siguiente día eran trágicas. Seis personas habían muerto en la Población José María Caro. Nemesio Barraza Sánchez, 28 años (comerciante ambulante), Jorge Daniel Miranda, 28 años (comerciante vega central), Elsa Ramírez Castro, 16 años (operaria), Hipólito Bravic Ivanovic, 35 años (pintor) y Ricardo Cubillos Quezada, 21 años (mecánico). Además, hubo 29 heridos a bala, la mayoría eran pintores, zapateros y obreros de la construcción, incluso había un niño de 8 años, baleado en el brazo.

El gobierno se apresuró en decretar zona en estado de emergencia para Santiago, por lo que se prohibieron automáticamente las concentraciones públicas y se advirtieron represalias ante cualquier tipo de provocación o desorden. Tres microbuses con tropa de la Fuerza Aérea se estacionaron durante todo el día en el cruce Buenaventura, seguramente para impedir nuevos bloqueos y neutralizar los ánimos. No obstante, gran cantidad de hombres, mujeres y niños también llegaron hasta ahí que, según registran

las fuentes, comentaban en tono airado los sucesos de la mañana. Una camioneta de la Municipalidad de San Miguel y su alcalde Tito Palestro, militante del Partido Socialista también llegó a constatar lo ocurrido, también lo hizo Salvador Allende. Desde ahí, en un improvisado discurso expresó su preocupación por la gravedad de los hechos, pero también, anticipándose a las próximas elecciones presidenciales en las que sería el candidato de la izquierda, les dio a los habitantes de la población José María Caro un horizonte de esperanza. Allende aseguró: “cuando el pueblo llegue al Poder en 1964, tendremos pan y trabajo” (*El Mercurio*, 20 de noviembre 1962, p. 27).

Los cuerpos fueron velados en la misma población, entre casas adornadas con crespones negros y banderas a media asta. Como en otras ocasiones fue decretado un paro de actividades para poder acompañarlos al cementerio. Quienes no participaron de la protesta lo harían sumándose al cortejo. Cientos de hombres, mujeres y niños cruzaron Santiago y fueron sumando gente a su paso. Era un ritual tristemente recurrente en otras matanzas de la historia de la clase trabajadora chilena. Bajo treinta grados de calor, caminaron a través de ciento veinte cuadras y cuatro horas de marcha. De esta forma se socializaba el dolor y la rabia que se activaba con el sentimiento de injusticia que traían otros sucesos a la memoria, pero que también fortalecería nuevas luchas y organizaciones poblacionales que comenzarían a fortalecerse desde entonces.

La columna era encabezada por diez camiones de la Municipalidad de San Miguel que transportaban gente. La seguían dos filas de ciclistas que portaban la bandera nacional con un crespón negro, a continuación, jóvenes de la población y representantes de la CUT, un poco más atrás los féretros y cuatro sacerdotes de la escuela parroquial. Banderas chilenas, socialistas y comunistas, también otros partidos acompañaron el recorrido que siguió por las calles San Joaquín, San Ignacio, Blanco Encalada, Dieciocho, Manuel Rodríguez y Compañía, para detenerse unos instantes frente al local de la CUT, donde se unieron sindicatos, gremios, sociedades y distintas agrupaciones. Siguieron por Amunátegui, San Pablo, Puente, hasta llegar a Avenida La Paz. Así retrataba el cortejo el diario *La Tercera* mientras su editorial reconocía que motivos no faltaban:

Todos están mudos. En algunos grupos se entona la canción nacional al paso de las carrozas. Se desterró por completo ese grito: “Y que fue, aquí estamos otra vez”. Nadie dice nada. Todos marchan junto a los cadáveres de los que cayeron el lunes [...] Sus rostros marcados por el sol, y sus manos marcadas por las huellas del trabajo advertían la presencia

de algo que se llama ¡puro pueblo! [...] Las bandas apenas interrumpían sus acordes para tomar aliento, y los nombres de las víctimas eran repetidos en monótono orden de relación, mientras que, como una letanía, los hombres y las mujeres contestaban: ¡presente! (*La Tercera*, 22 de noviembre 1962, p. 10).

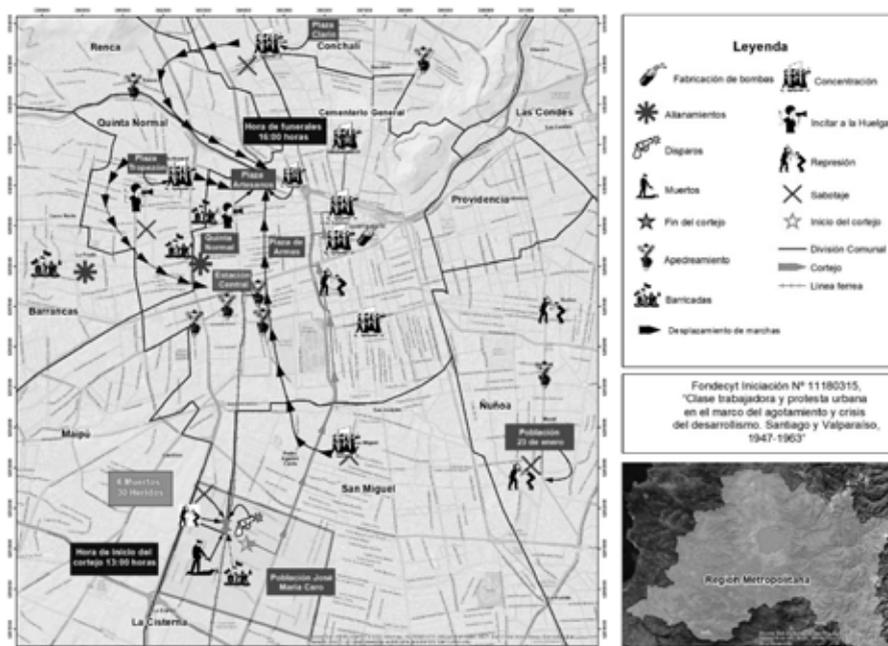
Entre los oradores se encontraba el presidente de la CUT, Oscar Núñez, José González del PCCH, Ricardo Valenzuela del Partido Demócrata Cristiano y Luis Minchel del Partido Democrático Nacional. También habló Salvador Allende:

La CUT interpretó la inmensa amargura y desesperanza de los trabajadores y convocó al paro. Medida extrema pero necesaria. El pueblo reclamó su derecho a la vida, a tener alimentos, escuelas, trabajo. Por eso los pobladores de la JMC se volcaron para expresar sus esperanzas y fueron repelidos por carabineros” (*El Mercurio*, 22 de noviembre 1962, p. 27).

Por su parte, Alfonso Cuevas, presidente del Comando de la Población José María Caro, tomó la palabra, desde un sentimiento de clase recordó lo sucedido y confirmó la continuidad de las luchas. Es interesante seguir la participación de Cuevas, ya que nos entrega otro hilo para comprender la profunda imbricación de las luchas poblacionales y de corte nacional:

Ese día nadie trabajó y los hombres, mujeres y niños transitábamos libre y tranquilamente por las calles. Este pueblo acudió hasta la vía férrea para sentarse en los rieles e impedir el paso de los trenes... sepan ustedes que si mañana la CUT vuelve a llamar a paro ahí estaremos defendiendo al pueblo” (*El Mercurio*, 22 de noviembre 1962, p. 27).

Por lo mismo, no termina ahí. Mientras Santiago seguía con atención lo que pasaban en sus calles, durante el cortejo fúnebre, un grueso número de carabineros acordonó la sede del Congreso, impidiendo la libre circulación incluso para la prensa y los parlamentarios, lo que desató la molestia y una polémica sesión que motivó el retiro de diputados y senadores del FRAP y DC, que finalmente fue censurada y omitida en las actas. La respuesta represiva continuó ensañándose con los 276 obreros y empleados detenidos, (160 de ellos incomunicados) y hacinados en el teatro de la cárcel pública (ver mapa en página siguiente).



Fuente: Mapa Elaborado por Imara Álvarez en el marco de Proyecto Fondecyt Iniciación N°11180315

Como podemos observar en el mapa, los hechos urbanos que acompañaron la realización del Paro Nacional se expandieron por distintos puntos de Santiago, bajo una multiplicidad de formas de lucha. Concentraciones en el centro de la ciudad y en diversas plazas en las que solía reunirse la clase trabajadora; marchas que desde distintos puntos (zona sur, norte y centro) convergieron en Plaza Artesanos; un extenso cortejo fúnebre que prácticamente cruzó todo Santiago a pie; pronunciamiento de discursos en diversos escenarios; levantamiento de barricadas, fogatas y enfrentamientos en la comuna de San Miguel, Macul, Renca, Quinta Normal, Barrancas. Cada uno de ellos significó ensamblar experiencia nuevas y antiguas de organización, confrontación e interpelación al poder dentro del proceso antagónico que reseñamos. En ello queremos insistir, en tanto no se trataba de luchas aisladas o individualizadas, tampoco de una sumatoria de individuos desvinculados de demandas globales, sino de confrontaciones colectivas encadenadas dentro de un intenso proceso de protesta popular.

Fue difícil recuperarse, esta matanza empañó aún más la gestión de Alessandri, mientras el descontento social iba en aumento.

Cada vez cobraba más certeza en el horizonte político la necesidad de apuntar hacia cambios revolucionarios que redefinieran las relaciones sociales: la insostenible estructura capitalista chilena, con su inequitativa distribución del ingreso, la concentración de la propiedad de la tierra y extracción de recursos naturales en manos de empresas privadas extranjeras. Por tanto, “la revolución” comienza a ganar terreno en la contienda, como la necesidad de organizarse, militar y vincularse. Sin duda el proceso cubano podía ejercer cierta influencia como lo hacía en el resto del continente, pero las condiciones subjetivas se venían labrando desde tiempo antes y continuarían en proceso ascendente en los años venideros. La derecha, con sus fracasos a cuestas y con pocos elementos para competir en este escenario convulsionado, se concentró en sostener su anticomunismo como freno a la amenaza izquierdista, buscando una alianza con el centro radical primero, y demócratacristiano, después. Ello se vería reflejado en el triunfo de Frei Montalva en 1964.

CONCLUSIONES

Lejos de ser un proceso de democratización ascendente consensuado entre trabajadores y el Estado, confirmamos que el período se caracterizó por una intensa lucha de clases. Solo hemos dado una pequeña muestra, pero los hechos se multiplican a lo largo de estos lustros.

Insistimos en que el crecimiento exponencial de las huelgas y paros nacionales estuvo acompañado por intensas movilizaciones que involucraron el espacio público, la socialización del programa de la izquierda y la politización de los sectores populares.

Demandas que lejos de estar sectorizadas en espacios locales se encadenaban con luchas nacionales. Prueba de ello es la incorporación de los comités y comandos de pobladores a la CUT, que activamente llamaron a sus bases a plegarse a las convocatorias como parte de la confluencia entre reivindicación social, sindical y transformación política de la sociedad que venimos refiriendo. En definitiva, considerar que las soluciones requerían transformaciones profundas o revolucionarias del sistema capitalista imperante en Chile era parte del clima de ideas de la época.

En dicho proceso, la calle fue un escenario privilegiado. El crecimiento de la interpelación directa de lo político en el espacio público, a través de la multiplicación de micromovilizaciónes que se desarrollan a nivel local y del aumento del volumen global de manifestaciones, conforman parte de la actividad política de la izquierda. Podríamos citar los Paros Nacionales de la CUT en 1954, 1955 y 1956, la rebelión popular de agosto de 1949 o la de abril de 1957; los cientos de huelgas legales e ilegales en distintos espacios laborales,

las manifestaciones y marchas en apoyo a Cuba o Vietnam, por nombrar algunas.

Al contrario de la política en salones, clubes sociales y banquetes familiares propia de sectores conservadores, la manifestación política callejera fue la expresión de la clase trabajadora chilena; una lucha que, junto al crecimiento de las ciudades, involucró la ocupación y democratización de los espacios. Porque el derecho a la ciudad no significó solo el derecho al espacio para vivir y por el que se emprendieron importantes y significativas batallas, como las tomas de terreno que florecieron con fuerza en la década de 1950 en adelante, sino también la lucha por el derecho colectivo de ejercer la política en el espacio público y rebelarse contra la actitud hostil de las élites ante la participación y organización popular.

De ahí que la política de masas se exprese en huelgas y concentraciones que fueron acompañadas por diversas formas de luchas, como las marchas, un medio de comunicación y expresión popular que refuerza la confianza, la afirmación identitaria, la socialización del descontento, la demostración de fuerza y unidad. Observamos recurrentemente columnas que incitaron a otros/as trabajadores/as a parar la producción, cortejos fúnebres que por horas acompañaron a pie a los caídos con dolorosa y solidaria frecuencia; también otros repertorios de lucha que son constantes en la trayectoria de la protesta social chilena, como el lanzamiento de piedras contra fuerzas del orden, edificios y monumentos que representan y reproducen el poder político y económico. Con una interpelación al orden que insiste en marcar las trayectorias de desplazamiento y circulación, que intenta disciplinar los recorridos y espacios de encuentro con un aparato represivo autorizado para disparar y que de alguna manera pareciese normalizarse en la historia política chilena (Loveman y Lira, 2014).

Como hemos expuesto en este trabajo, en la llamada marcha por los reajustes de 1960 la arenga de Clotario Blest en Plaza Artesanos evidenciaba la importancia de la lucha de calles para el posicionamiento político de la clase trabajadora. Lo señaló esa tarde como tantas otras veces: “debemos avanzar por las plazas, por las calles céntricas de Santiago para demostrar nuestro valor” (*La Nación*, 4 de noviembre 1960, p. 7). Pero en el podio también estaban presentes dirigentes políticos, senadores y diputados de la clase trabajadora, algunos de ellos encabezaron la improvisada marcha hacia La Moneda y el cuadrante político administrativo de la ciudad. Hubo manifestantes que iban con piedras en los bolsillos y palos en las manos y dirigieron su furia hacia blancos precisos: cortinas y vidrios de algunos locales, también automóviles que no respetaban el paso de la marcha. Al intentar avanzar, carabineros les detuvo el paso disparando sus

armas de servicio, dos trabajadores cayeron muertos y muchos otros heridos, no obstante, se abrieron paso para conseguir su objetivo con la táctica de dispersión y reconcentración.

Pero no solo era el centro de Santiago, las manifestaciones en los barrios también eran frecuentes, como lo fueron en las calles de las populosas comunas de San Miguel, Barrancas y Quinta Normal, también Renca y Conchalí, que aquí hemos recorrido. No es casual que esos espacios con sus trayectorias de lucha (barricadas, concentraciones, enfrentamientos a piedras con carabineros) vuelvan a cobrar protagonismo dos años más tarde en los sucesos de noviembre de 1962, que terminaron en la tragedia ocurrida en la población José María Caro. La participación de esa clase trabajadora, que se organizó para defender el paro nacional y se alzó contra la represión de los cuerpos policiales, es visible, como señalamos, si realizamos una revisión de los cortejos fúnebres durante la época, verdaderos actos políticos de masa y abono para futuras organizaciones.

Aquí expusimos dos ejemplos. Durante horas y bajo el sol quemante, hombres, mujeres y niños reproducían un rito que presenciábamos recurrentemente durante la época, como fue en 1946, 1949 y los años venideros. Esa experiencia, lejos de desaparecer, se va sedimentando, pavimentando el camino de nuevas trayectorias de lucha que cobrarán aún mayor masividad al avanzar la década de 1960.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Diario de Sesiones del Senado, Sesión 14, 9 de noviembre 1960, Santiago.

El Mercurio, octubre-noviembre 1960 y noviembre 1962, Santiago.

El Siglo, octubre y noviembre 1962, Santiago.

La Nación, noviembre 1960, Santiago.

FUENTES SECUNDARIAS

Angell, Alan (1974). *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. De los orígenes hasta el triunfo de la Unidad Popular*. México: ERA.

Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo (2003). *Memoria de la izquierda chilena*. Tomo I. Santiago: Javier Vergara Editor.

Barría, Jorge (1971a). *Historia de la CUT*. Santiago: Prensa Latinoamericana.

_____ (1971b). *El movimiento obrero en Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado.

- Borón, Atilio (1975). *Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile*. En Foro Internacional XVI (México).
- Bravo, Viviana (2017a). Chile no va hoy a la fábrica: Protesta obrera y represión política en el verano de 1946. En *Revista Izquierdas*, (35).
- _____ (2017b) La sangre, la furia y la memoria: Ramona Parra en el martirologio comunista de la postguerra (Chile 1946-1947). En *Revista Páginas*, 9(20).
- Candina, Azún (2013). *Clase media, Estado y Sacrificio*. Santiago: LOM.
- Casals, Marcelo (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo"*. Santiago: LOM.
- Cavarozzi, Marcelo (2017). *Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964*. Santiago: LOM.
- Correa, Sofía (2016). *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: Debolsillo.
- De Ramón, Armando (2007). *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Catalonia.
- Echeverría, Mónica (2013). *Antihistoria de un luchador (Clotario Blest 1823-1990)*. Santiago: LOM.
- Garcés, Mario (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago 1957-1970* Santiago: LOM.
- Garretón, Manuel (1983). *El proceso político chileno*. Santiago: FLACSO.
- Godoy, Gonzalo y Guzmán, Jaime (1964). *El problema habitacional y las poblaciones de erradicados*. (Tesis). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Godoy, Hernán (1971). *Estructura social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Hinojosa, Francisco (1967). *El libro de oro de los Empleados Particulares. Génesis de su Movimiento Gremial y de su Legislación Social*. Santiago: Nascimento.
- Lechner, Norbert (1970). *La democracia en Chile*. Buenos Aires: Signos.
- Loveman, Brian y Lira, Elizabeth (2014). *Poder judicial y conflictos políticos (Chile:1925-1958)*. Santiago: LOM.
- Meller, Patricio (2016). *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Santiago: Ediciones Uqbar.
- Misión Klein & Saks (1958). *El programa de estabilización de la economía chilena y el trabajo de la misión Klein & Saks*. Santiago: Editorial Universitaria.

- Moulian, Tomás (2006). *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. Santiago: LOM.
- _____. (1993). *La Forja de Ilusiones. El Sistema de Partidos 1932-1973*. Santiago: Arcis.
- Orellana, Paola (2018). *Clotario Blest en la CUT. Por la democracia de los trabajadores*. Santiago: América en movimiento.
- Pavilack, Jody (2011). *Mining for the Nation. The Politics of Chile's Coal Communities from the Popular front to the Cold War*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Pinto, Aníbal (1973). *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Pizarro, Crisóstomo (1986). *La huelga obrera en Chile*. Santiago: SUR.
- Pizarro, Eduardo (1950). *Victoria al amanecer, Intimidaciones y trayectorias de la huelga gremial de enero de 1950*. Santiago: Imprenta La Sudamericana.
- Rodríguez, Javier (2017). *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009), Historia de su economía política*. Santiago: Dibam.
- Ruiz, Juan Carlos (2012). Violencias en la periferia de Santiago. La población José María Caro. En *Revista INVI*, 27(74), 249-285
- Salazar, Gabriel (2006). *La violencia política popular en "Las Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórica popular)*. Santiago: LOM.
- Sepúlveda, Armando (1959). *Historia social de los ferroviarios*. Santiago: Imprenta Siglo XX.
- Sunkel, Osvaldo (1965). Cambio social y frustración en Chile. En Godoy, Hernán (1971) *Estructura social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Vial, Gonzalo (2010). *Chile, cinco siglos de historia: desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006*, 2.
- Witker, Alejandro (1984). *El movimiento obrero chileno*. En González, Pablo. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México: SXXI.
- Zapata, Francisco (1986). *El conflicto sindical en América Latina*. México: El Colegio de México.

SOBRE LAS AUTORAS Y AUTORES

GERARDO NECOECHEA GRACIA

Doctor en historia social, investigador de la Dirección de Estudios Históricos [INAH], profesor del posgrado en historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México e integrante del Seminario de Historia de las Izquierdas [DEH-INAH]. Tiene varias publicaciones sobre historia de Estados Unidos, de México y de historia oral: entre ellas *Clase, comunidad y parentesco: mexicanos en Chicago, 1916-1950* (2015); *Después de vivir un siglo: ensayos de historia oral* (2005) y coordinó junto a Patricia Pensado *El siglo xx que deseábamos: ensayos de historia oral en torno de experiencia y expectativa* (2014). Fue presidente de la Asociación Mexicana de Historia Oral, vicepresidente de la International Oral History Association y director de *Words and Silences / Palabras y Silencios*, revista bilingüe de la Asociación Internacional de Historia Oral.

JOSÉ ROMUALDO PANTOJA REYES

Maestro en historia y profesor de historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es especialista en historia social mexicana, interesado particularmente en las poblaciones indígenas mexicanas y los movimientos y revueltas sociales. Entre sus publicaciones están *La guerra del Nayar 1850-1880. Una perspectiva regional* (2001), y el libro de texto *Cultura y sociedad I* (2018).

MAURICIO ARCHILA NEIRA

Profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, e investigador asociado del Cinep. Licenciado en Historia con maestría en economía por la Universidad Javeriana y Ph. D. en Historia por la Universidad del Estado de Nueva York [SUNY] en Stony Brook (EE. UU.). Especialista en la historia social contemporánea de Colombia y América Latina, y en temas historiográficos. Dentro de sus publicaciones se destacan: *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (1991), *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* (2003) —obra que obtuvo en 2004 el Premio Nacional en Ciencias Sociales— y las contribuciones a obras colectivas entre las que se destacan *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000* (2002), *Conflictos, poderes e identidades en el Magdalena Medio, 1990-2001* (2006), *Una historia inconclusa, izquierdas políticas y sociales en Colombia* (2009), *Independencia, historia diversa* (2011), *Violencia contra el sindicalismo en Colombia* (2012), *“Hasta cuando soñemos” Extractivismo e interculturalidad en el sur de La Guajira* (2015) y *Cuando la copa se rebosa, luchas sociales en Colombia 1975-2015* (2019). También cuenta con numerosos artículos en revistas indexadas colombianas e internacionales. Fue director del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* entre 2008 y 2015.

MARCOS FÁBIO FREIRE MONTYSUMA

Licenciado en Historia por la Universidad Federal de Acre (1985), máster en Historia Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro (1990) y doctorado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (2003). PosDoc en La Universidade Nova de Lisboa (2017). Y profesor asociado III de la Universidad Federal de Santa Catarina. Tiene publicaciones sobre memoria, historia oral, historia ambiental, género y medio ambiente, cultura y medio ambiente, Amazonia. Trabaja en el Programa de Posgrado en Historia/UFSC y en el Doctorado Interdisciplinario en Humanidades/UFSC. Coordinador del Laboratorio de Historia Oral/DH/CFH/UFSC. CV: <http://lattes.cnpq.br/3709395886751456> / Identificación de lattes: 3709395886751456

ANA LAURA RAMOS SASLAVSKY

Maestra en Historia y Etnohistoria por la ENAH, profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México [UACM], integrante del Seminario de Historia de las Izquierdas [DEH-INAH], pertenece al Grupo de Trabajo [GT] CLACSO Izquierdas: praxis y transformación social y al GT CLACSO Antiimperialismo: perspectivas transnacionales en el Sur Global. Tiene publicaciones sobre

historia de la relación entre México y Argentina durante el siglo xx, y sobre Gregorio Selser: entre ellas “Sandino, general de hombres libres: biografía del primer libro de Gregorio Selser” en Andrés Kozel, *et. al.* (Coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina* (2015); “Regeneración y la Argentina” en Jacinto Barrera, *Regeneración 1900-1918* (2008); “Biografía de Gregorio Selser” en *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la ‘nueva izquierda’ (1870-1976)*, Horacio Tarcus (dir.) (2007). Integrante del equipo de trabajo del Archivo Gregorio y Marta Selser de la UACM (2005-2009). Participó en el proyecto del Dr. Jacinto Barrera, “Digitalización e indexación del periódico *Regeneración 1900-1918*” de la DEH-INAH (2003- 2005).

PATRICIA PENSADO LEGLISE

Profesora investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora-CONACYT. Es doctora en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores. Profesora del Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Coordina junto con Gerardo Necochea Gracia del Seminario de Historia Oral, desde 1997 a la fecha. Miembro fundadora de la Red Latinoamericana de Historia Oral creada en 2010 y participa en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO] desde 2009. Actualmente forma parte del Grupo de Trabajo “Izquierdas: Praxis y transformación social” (2019-2022).

Entre sus publicaciones se cuentan los libros editados por el Instituto Mora *Recorridos solidarios. Trayectorias individuales y montajes colectivos en la historia reciente*, en coordinación con Gerardo Necochea Gracia (2020). *Adolfo Sánchez Rebolledo. Un militante socialista* (2014). Ha publicado también “Apuntes de la historia de vida de un militante sindicalista” en Alicia Tecuanhuey (coord.), *Autobiografías y textos autorreferenciales. Experiencias y problemas heurísticos*, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2019.

“El Che en la memoria de los jóvenes del siglo XXI,” en *Revue EOLLES (Est Ouest Langues Littératures Échanges Sociétés)*, Francia, Université Le Havre Normandie, (9), Marzo 2018. [Disponible en línea: https://gric.univ-lehavre.fr/IMG/pdf/patricia_pensado.pdf].

“Imaginarios e integrados. La praxis comunista de los años veinte en México,” en *Revista Avances del CESOR. Investigaciones Socio-históricas Regionales. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*. [Disponible en línea: conicet.gov.ar/ojs/index.php/avancescesor/article/view/v14n17a06/798].

ALEJANDRO PEÑALOZA TORRES

Doctor en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (2014), docente en la licenciatura en historia de la ENAH e integrante del Seminario de Historia de las Izquierdas en México (Dirección de Estudios Históricos, INAH). Ha realizado investigaciones sobre la guerrilla urbana en México y sobre memoria y violencia política en el pasado reciente. Ha presentado ponencias y publicado artículos sobre estos temas en México, Uruguay y Argentina. Autor de “Guerrilla urbana en México. La Liga Comunista 23 de Septiembre, 1970-1981”, tesis doctoral (2014); *El periódico Madera, órgano de agitación de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1974-1981)* (2016); *Recordar tras la derrota. Memoria de ex militantes armados en las décadas de 1960 y 1970 en México* (2016); *El aniquilamiento de la disidencia armada en el marco de la reforma política en México. El caso de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1977-1978)* (2018).

MARIANA MASTRÁNGELO

Profesora y licenciada en historia (UNC, 2002-2005), doctora en historia (UBA, 2010) y ha realizado un posdoctorado en la Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil, 2011). Es profesora Asociada Regular por la Universidad Nacional de Chilecito (Undec) y profesora de grado y de posgrado en la Universidad de Buenos Aires. Ha participado en calidad de ponente y/o coordinadora de distintos congresos nacionales e internacionales. Ha publicado libros incluyendo *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1940*. (Buenos Aires, Imago Mundi, 2011), *Desde las profundidades de la Historia Oral. Argentina, Brasil, Uruguay*, (coedición con Robson Laverdi. Buenos Aires, Imago Mundi, RELAHO, 2012) y *Anatomía de un Imperio* (coedición con Valeria Carbone. Valencia: PUV, 2019). Ha publicado artículos con referato, nacionales e internacionales (Brasil, Canadá, México, Argentina). Es investigadora del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), del Programa de Historia Oral de la UBA, del Instituto de Estudios de América Latina (INDEAL) de la UBA y de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires. Participa de proyectos de Ubacyt y de extensión (UBANEX). Fue becaria de la Universidad de Buenos Aires. Sus líneas de investigación son la Historia Social, el Movimiento Obrero, Memoria y Cultura.

GUSTAVO LÓPEZ LAREDO

Doctor en historia y etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Profesor investigador de tiempo completo,

Universidad Intercultural Indígena de Michoacán; integrante del Seminario de historia de las izquierdas en México (Dirección de Estudios Históricos, INAH). Ha escrito sobre cuestiones obreras del presente y el pasado, incluyendo “Los trabajadores del metro: continuidad de una desigual lucha por la democracia sindical” en *El Cotidiano* (1998), “La política laboral foxista: señales de alerta para los trabajadores” en *Políticas públicas en el nuevo sexenio*, José María Martinelli (coord.) (2002), “El cambio de gobierno del Distrito Federal en la visión de los trabajadores del metro” en *La historia oral en los procesos sociales del siglo xx*, Mario Camarena (coord.) (2007).

EDNA OVALLE RODRÍGUEZ

Historiadora, maestra en historia y etnohistoria y doctora en antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); profesora- investigadora de tiempo completo en la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán (UIIM). Ha impartido docencia en varias licenciaturas y en el posgrado de Historia y Etnohistoria de la ENAH y en la maestría de Educación Ambiental UACM-UIIM. Es integrante del seminario de Historia de las izquierdas en México (DEH-INAH).

Es autora de “Historia, movimientos sociales y participación política-juvenil en Monterrey (1968-1972)” en Rodolfo Gamiño Muñoz et al. (coords.), *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: historia, memoria, testimonio y literatura* (2014); “Ciencia y tecnología en el pensamiento de Manuel Sandoval Vallarta” en Federico Lazarín Miranda et al. (coords.) *Manuel Sandoval Vallarta en su Época, Relaciones Sociales y Culturales, influencias científicas y políticas* (2017); “Monterrey 1918: La hora de los obreros” en Lylia Palacios Hernández (coord.) *Entre Montañas y Sierras. Resistencia y organización laboral en Monterrey en el siglo XX* (2017); “1968: El Movimiento Estudiantil de la Universidad de Nuevo León (1968-1971)” en Gloria Armida Tirado Villegas et al. (coords.) *El 68 mexicano, del centro a la periferia* (en prensa).

VIVIANA BRAVO VARGAS

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, con estudios postdoctorales en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la misma casa de estudios. Actualmente es profesora-investigadora en la Carrera de Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en Santiago de Chile y coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO, *Izquierdas: praxis y transformación social*. Además, forma parte de CLASE, Centro de Estudios Históricos de la Izquierda y la Clase Trabajadora,

y desarrolla proyectos de investigación referidos a la trayectoria histórica de la protesta popular en Chile. Entre sus últimas publicaciones se encuentra el libro *Piedras, barricadas y cacerolas: Las Jornadas Nacionales de Protesta (Chile 1983-1987)* y los artículos “*Etnografía histórica de la protesta urbana. Santiago de Chile, 1983-1986*” y “*Chile no va hoy a la fábrica: Protesta obrera y represión política en el verano de 1946*”.

¿Qué lugar ocupa la izquierda en las historias nacionales y, en consecuencia, por supuesto, en la historia latinoamericana? Esta es la pregunta fundamental a partir de la que se trabajaron los distintos capítulos que integran este libro. No se trata de una cuestión que se resuelva meramente señalando su existencia, sino que interesa conocer cómo cambia nuestro conocimiento convencional de la historia a la luz de lo que emerge en nuestras investigaciones; en otras palabras, no se trata de construir un ghetto para los estudios de historia de la izquierda sino de transformar el conjunto de la historia mediante la inclusión de un componente central.

De la Presentación

Para dar dirección a nuestras investigaciones ha sido necesario elaborar una noción sobre qué es izquierda, o al menos vagamente considerar a qué nos referimos cuando empleamos el término

Patrocinado por



Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

